

Por el autor de  
LA BIBLIOTECA DE LOS MUERTOS

# EL LIBRO DE LAS ALMAS

GLENN COOPER



DEBOLSILLO

Por el autor de  
LA BIBLIOTECA DE LOS MUERTOS

# EL LIBRO DE LAS ALMAS

GLENN COOPER



DEBOLSILLO

La nueva novela del autor de La biblioteca de los muertos plantea un nuevo y aún más estremecedor reto: Encontrar un libro que revela el destino último de la humanidad.

¿Qué harías si conocieras la fecha del fin del mundo? Cuando un hombre a las puertas de la muerte encarga a Will Piper la búsqueda de un libro, el ex agente del FBI no lo duda un instante. Un libro antiguo en el que va a descubrir un secreto estremecedor: una misteriosa epístola escrita por Félix, el último superior de la abadía de Vectis, deja constancia de los extraños acontecimientos relacionados con la biblioteca de los muertos y revela la naturaleza de la última fecha registrada: el 9 de febrero de 2027... el fin de la humanidad.

Will deberá enfrentarse, entonces, a un dilema moral de difícil solución: revelar a la humanidad una verdad aterradora o callar para siempre.



Glenn Cooper

# **El libro de las almas**

**Trilogía de La biblioteca de los muertos 2**

**ePUB r1.2**

**libra** 21.08.13

Título original: *Book of Souls*  
Glenn Cooper, 2010  
Traducción: Carlos Abreu Fetter

Editor digital: libra

Primer editor: Fanhoe  
ePub base r1.0

**más libros en [bajaepub.com](http://bajaepub.com)**

## Prólogo

Después de treinta años largos en el negocio de los libros raros, Toby Parfitt se había dado cuenta de que los únicos momentos en que lo embargaba la emoción era cuando metía delicadamente las manos en una de las cajas recién llegadas de la zona de carga.

La sala de admisión y catalogación de la casa de subastas Pierce & Whyte estaba en un sótano, totalmente aislada del tráfico ensordecedor de Kensington High Street, en Londres. A Toby le complacía el silencio de aquel antiguo y confortable taller, con sus mesas de roble pulidas, los flexos regulables y los taburetes acolchados. No se oía más que el agradable crujido de las tiras de papel de embalar que él sacaba a puñados y tiraba a la papelera, hasta que, de forma desconcertante, una respiración asmática acompañada de un resuello ahogado lo interrumpieron.

Al alzar la mirada, vio el rostro salpicado de manchas de Peter Nieve. Lo saludó de mala gana con un leve movimiento de cabeza. Por desgracia, el placer del descubrimiento se había ido al garete. Toby no podía decirle al joven que se largara, ¿o sí?

—Me han dicho que ha llegado el lote de Cantwell Hall —dijo Nieve.

—Así es. Acabo de abrir la primera caja.

—Espero que hayan llegado las catorce.

—¿Por qué no las cuentas para cerciorarte?

—Eso mismo voy a hacer, Toby.

La informalidad lo sacaba de quicio. «Toby.» Nada de «señor Parfitt». Ni de «señor». Ni siquiera «Alistair». Toby, el nombre que empleaban sus amigos. No cabía duda de que los tiempos habían cambiado —a peor—, pero

él no tenía fuerzas suficientes para luchar contra la corriente. Si un empleado que llevaba menos de dos años allí se sentía con derecho a llamar «Toby» al director del Departamento de Libros Antiguos, él lo soportaría estoicamente. Costaba encontrar a personas preparadas, y el joven Nieve, que se había licenciado en un sólido segundo lugar de su promoción por la facultad de Historia del Arte de Manchester, era lo mejor que se podía conseguir por veinte mil libras en los tiempos que corrían. Al menos el joven se ponía todos los días una camisa limpia y una corbata para ir al trabajo, aunque llevaba unos cuellos demasiado generosos para su esmirriado pescuezo, con lo que parecía que su cabeza estuviera unida a su torso con un palo.

Toby apretó la mandíbula mientras lo oía contar en voz alta, de forma pausada e infantil, hasta catorce.

—Están todas.

—Cuánto me alegro.

—Martin dijo que la mercancía te iba a gustar.

Toby ya casi nunca realizaba visitas a domicilio. Eso se lo dejaba a Martin Stein, el subdirector de su departamento. Lo cierto era que odiaba el campo y no salía de la ciudad a menos que lo llevaran a rastras, pataleando y gritando. En ocasiones, algún cliente poseía auténticas joyas y Pierce & Whyte intentaba engatusarlo para arrebatárselo a Christie's o a Sotheby's. «Descuida —le había dicho Toby a su director ejecutivo para tranquilizarlo —, si me llega el rumor de que por ahí, en provincias, alguien tiene un segundo folio de Shakespeare o un buen ejemplar de Brontë o de Walter Raleigh, me abalanzaré sobre él a la velocidad de la luz, aunque esté en Shropshire.» Por lo que le habían dado a entender, el tesoro de Cantwell contenía piezas entre aceptables y mediocres, pero Stein le había asegurado que quedaría encantado con la variedad del material.

Lord Cantwell era uno de sus clientes típicos; un anacronismo andante que luchaba por conservar su ruinosa residencia de campo vendiendo periódicamente algunos muebles, cuadros, libros y cuberterías para mantener a raya al fisco y evitar que su fortuna se esfumase. El viejo mandaba sus piezas más valiosas a una de las casas de subastas principales, pero la reputación de Pierce & Whyte en el terreno de los libros, los mapas y los

autógrafos suponía una ventaja para hacerse con esa tajada del pastel de Cantwell.

Toby se llevó la mano al bolsillo interior de su americana entallada Chester Barrie y extrajo unos guantes blancos de algodón fino. Décadas atrás, su jefe lo había enviado a su sastre de Savile Row y, desde entonces, Toby vestía los trajes de los mejores materiales que se podía permitir. El atuendo era importante, y el cuidado personal también. Siempre llevaba el hirsuto bigote pulcramente arreglado, y sus visitas al barbero todos los martes a la hora del almuerzo mantenían el corte de su cabello entrecano perfecto.

Se puso los guantes con ademán de cirujano y se inclinó sobre el primer volumen que tenía a la vista.

—Bien. Veamos qué tenemos aquí.

Los lomos de la fila superior conformaban una serie. Toby sacó el primer libro.

—¡Ah! Los seis volúmenes de la *Historia de la conquista normanda de Inglaterra* de Freeman, escrita entre 1877 y 1879, si mal no recuerdo. —Levantó la tapa encuadernada en tela y abrió el libro por la portada—. ¡Fantástico! Primera edición. ¿Y el resto de la obra?

—Todos son primeras ediciones, Toby.

—Bien, bien. Deberían tener un precio de salida entre seiscientas y ochocientas libras. No es raro que los volúmenes sean de ediciones distintas, ¿sabes?

Colocó los seis libros con cuidado uno al lado del otro y valoró su estado antes de devolverlos a la caja.

—Aquí hay algo un poco más antiguo. —Era una vieja Vulgata, publicada en Amberes en 1653, encuadernada en una suntuosa y gastada piel de becerro, con nervios dorados en el lomo—. Bonita pieza —murmuró con arrobo—. Calculo que ofrecerán entre cincuenta y doscientas por ella.

Se mostró menos entusiasta respecto a los siguientes volúmenes, ediciones más recientes y algo maltrechas de Ruskin y Fielding; en cambio se emocionó bastante con el *Diario de un viaje por una parte de la cordillera nevada de las montañas Himalaya y a las fuentes de los ríos Yamuna y Ganges*, de Fraser, del año 1820, una primera edición immaculada.



—¡Hacía años que no veía uno de estos en tan buen estado! ¡Qué maravilla! Valdrá tres mil, como mínimo. Esto me levanta la moral. Dime, ¿por casualidad no figura algún incunable en la colección? —Por la expresión de perplejidad del joven, Toby supo que le estaba pidiendo peras al olmo—. Incunables. Libros impresos en Europa antes de 1501. ¿Te suena?

El joven, visiblemente afectado por la irritabilidad de Toby, se sonrojó avergonzado.

—Ah, ya. Lo siento. No hay ningún incunable. Sí que había algo que parecía antiguo, pero estaba escrito a mano. —Apuntó con el dedo al interior de la caja, servicial—. Ahí está. A su nieta no le hacía demasiada gracia deshacerse de él.

—¿La nieta de quién?

—De lord Cantwell. Tenía un cuerpazo...

—No tenemos por costumbre hacer comentarios sobre los cuerpos de nuestros clientes —lo reprendió Toby con severidad mientras extendía el brazo hacia el grueso lomo del libro.

Era sorprendentemente pesado; tuvo que utilizar las dos manos para sacarlo con cuidado y depositarlo sobre la mesa.

Incluso antes de abrirlo, notó que se le aceleraba el pulso y que se le secaba la boca. Algo en ese libro grande y compacto ponía en alerta sus instintos. La encuadernación era de piel de becerro vieja, suave y moteada, del color del cacao con leche. Despedía un ligero olor afrutado a moho viejo y humedad. Sus dimensiones eran colosales: cuarenta y cinco centímetros de largo, treinta de ancho y por lo menos doce centímetros de grosor; un par de millares de páginas, sin duda. En cuanto al peso, Toby se imaginó levantando un paquete de azúcar de dos kilos. El volumen pesaba mucho más. No tenía marcas más que en el lomo, unos números grandes grabados a mano en la piel con incisiones profundas: «1527».

Toby se sorprendió, con cierto distanciamiento, al ver que, cuando se dispuso a levantar la tapa, la mano derecha le tembló. El lomo se había reblandecido con el uso, pero no crujió. Había una guarda de color crema, sencilla, sin adornos, encolada a la piel. El volumen no tenía ni frontispicio ni portada. La primera página, de color mantequilla y de tacto áspero e irregular,

estaba repleta de garabatos escritos con pluma y tinta negra y dispuestos en apretados renglones, en filas y columnas sin ninguna introducción. Por lo menos había cien nombres y fechas. Toby absorbió gran cantidad de información visual antes de pasar la página. Y luego otra. Y otra. Abrió directamente el libro por la mitad. Echó un vistazo a varias páginas del final; luego a la última. Intentó realizar un cálculo mental rápido, pero como no había paginación, no podía ser muy preciso: en todo el libro figuraban más de cien mil nombres.

—Asombroso —susurró.

—Martin no ha sabido descifrarlo. Cree que es una especie de censo. Ha dicho que a lo mejor tú tendrías alguna idea.

—Tengo montones de ideas. Por desgracia, son incompatibles. Fíjate en las hojas. —Cogió una y la separó de las demás—. Esto no es papel, ¿sabes? Es vitela, un material de mucha calidad. No estoy seguro, pero creo que es papel vitela uterino, la crème de la crème. Solía hacerse con piel de ternero nonato: la ponían en remojo, la trataban con cal, eliminaban el pelo y la estiraban. Lo normal era emplearla para los mejores manuscritos iluminados, no para un maldito censo de población.

Iba pasando las páginas, haciendo comentarios y apuntando aquí y allá con el dedo índice enguantado.

—Es una crónica de nacimientos y muertes. Mira esta entrada: «Nicholas Amcotts, trece uno mil quinientos veintisiete Natus». Al parecer está diciendo que un tal Nicholas Amcotts nació el 13 de enero de 1527. Simple y claro. Pero fíjate en la siguiente entrada. La misma fecha, Mors, es de una muerte, pero aquí aparecen caracteres chinos. Y en la siguiente, otra muerte, Kaetherlin Banwartz, sin duda un nombre germánico, y luego este otro de aquí. Si no me equivoco, es árabe.

En menos de un minuto, había encontrado nombres griegos, portugueses, italianos, franceses, españoles e ingleses, así como múltiples palabras desconocidas escritas en caracteres cirílicos, hebreos, griegos y chinos. Había idiomas que Toby no acertaba a identificar. Farfulló algo sobre dialectos africanos. Juntó las puntas de los dedos enfundados en los guantes mientras pensaba.

—¿Qué ciudad tendría en 1527 una población tan diversa, por no decir tan densa? ¿Y qué hay de la vitela y de esta encuadernación más bien primitiva? Me da la impresión de que esto es bastante anterior al siglo XVI. Decididamente tiene un cariz medieval.

—Pero está fechado en 1527.

—Sí, bueno. Ya he tomado nota de ello. Aun así, es la impresión que tengo, y suelo hacer caso a mi intuición. Tú también deberías. Creo que tendremos que pedir la opinión de los colegas académicos.

—¿Cuánto vale?

—No tengo la menor idea. Sea lo que sea, es un artículo especial, una rareza, algo único. A los coleccionistas les gustan las piezas únicas. No es momento de preocuparse demasiado por su valor. Creo que nos irá bastante bien con este ejemplar. —Llevó con cuidado el libro al extremo más alejado de la mesa y lo colocó en un lugar de honor, separado de los demás—. Revisemos el resto del material de Cantwell, ¿te parece? Tú te encargarás de hacer el inventario del lote en el ordenador. Cuando termines, quiero que revises cada una de las páginas de todos los libros en busca de cartas, autógrafos, sellos, etcétera. No queremos que nuestros clientes se lleven regalos a cambio de nada, ¿verdad?

Por la tarde, cuando hacía rato que el joven Nieve se había ido, Toby bajó de nuevo al sótano. Pasó rápidamente junto a la colección de Cantwell, distribuida en tres largas mesas. En aquel instante aquellos volúmenes le interesaban tanto como una pila de prensa rosa antigua. Se fue directo hacia el libro que había ocupado sus pensamientos durante todo el día y posó despacio las manos sin guantes sobre la suave piel de la cubierta. Más adelante aseguraría con insistencia que en aquel momento experimentó una especie de conexión física con el objeto inanimado; algo impropio de un hombre poco dado a tonterías de ese tipo.

—¿Qué eres? —le preguntó en voz alta. Se cercioró de que estaba solo, pues suponía que hablar con libros podría perjudicar su carrera en Pierce & Whyte—. ¿Por qué no me cuentas tus secretos?

# Capítulo 1

A Will Piper nunca se le habían dado bien los bebés que lloraban, y menos aún los suyos. Tenía un recuerdo vago del bebé llorón número uno, de hacía un cuarto de siglo. En aquella época era un joven ayudante del sheriff de Florida al que le asignaban los peores turnos. Cuando llegaba a casa por la mañana, su hija de pocos meses ya estaba despierta y dando guerra con su rutina de bebé feliz. Cuando Laura empezaba a berrear en las raras ocasiones en que Will y su mujer pasaban la noche juntos, él mismo soltaba un gemido y se quedaba dormido antes de que Melanie hubiese sacado el biberón del calentador. Will no cambiaba pañales. Will no daba comidas. Will no apaciguaba llantos. Y se había marchado para siempre antes de que Laura cumpliera dos años.

Pero habían pasado dos matrimonios y toda una vida desde entonces, y ahora él era un hombre distinto, o al menos eso quería creer. Había dejado que lo convirtieran en algo parecido a un padre neoyorquino metrosexual del siglo XXI con todo lo que ello comporta. Si en el pasado había sido capaz de acudir a los escenarios de crímenes y tocar carne en descomposición, ahora podía cambiar un pañal. Si era capaz de realizar un interrogatorio a pesar de los sollozos de la madre de la víctima, podía enfrentarse al llanto de un bebé.

Lo cual no significaba que tuviera que gustarle.

Su vida había sido una sucesión de fases nuevas y hacía un mes que había iniciado la más nueva de todas, que combinaba jubilación con paternidad a tiempo completo. Solo habían transcurrido dieciséis meses desde el día en que se retiró repentinamente del FBI hasta el día en que Nancy volvió precipitadamente al trabajo tras la baja de maternidad. Esto lo dejaba a solas

con su hijo, Phillip Weston Piper, al menos durante breves períodos. Su presupuesto no daba para pagar a una niñera más de treinta horas por semana, de modo que durante unas horas al día él tenía que apañárselas solo.

Este cambio de vida no era moco de pavo. Durante buena parte de sus veinte años en el FBI, Will había sido un criminólogo de primera fila, uno de los mejores cazadores de asesinos en serie de su tiempo. De no ser por lo que él llamaba sus «deslices personales», habría podido retirarse a lo grande, con toda clase de condecoraciones y un buen cargo honorífico como asesor de justicia penal.

Sin embargo, su debilidad por el alcohol y las mujeres, amén de su obstinada falta de ambición, habían torpedeado su carrera y lo habían llevado fatídicamente a ocuparse del caso del Juicio Final. Para el resto del mundo, el caso seguía sin resolverse, pero él conocía la verdad. Lo había resuelto, pero había tenido que pagar un precio muy alto por ello.

El resultado había sido una jubilación anticipada forzosa, un encubrimiento negociado y varias páginas repletas de cláusulas de confidencialidad. Lo único que había conseguido era salir con vida, y por los pelos.

La parte positiva era que el destino lo había unido a Nancy, su joven compañera en el caso del Juicio Final, la cual le había dado su primer hijo varón. Este tenía ya seis meses y, al percibir la ausencia de su madre cuando la puerta del apartamento se cerró tras ella, se puso a ejercitar los pulmones a conciencia.

Afortunadamente, los berridos de Phillip Weston Piper se aplacaron un poco cuando lo meció en sus brazos, pero se reanudaron en el momento en que su padre lo acostó de nuevo en su cuna. Deseando con todas sus fuerzas que el pequeño Phillip se agotara enseguida, Will salió muy despacio de la habitación. Puso en el televisor el canal de noticias por cable y subió el volumen para amortiguar los enervantes chillidos de su vástago.

Pese a su insomnio crónico, Will tenía la cabeza sorprendentemente despejada desde hacía unos días, gracias a la separación voluntaria de su colega Johnnie Walker. Guardaba la botella ceremonial de dos litros de Black Label, llena hasta tres cuartas partes, en el mueble sobre el que estaba el

televisor. No era uno de aquellos borrachos rehabilitados que tenían que purgar de alcohol toda su casa. A veces cogía la botella, le guiñaba un ojo, discutía o charlaba un poco con ella. La provocaba más que ella a él. No asistía a sesiones de Alcohólicos Anónimos ni había buscado a «alguien con quien hablar». ¡Ni siquiera había dejado de beber! Con frecuencia se tomaba un par de cervezas o una copa generosa de vino, e incluso se le iba un poco la cabeza cuando tenía el estómago vacío. Simplemente se había prohibido a sí mismo tocar aquel néctar —ahumado, hermoso, ambarino—; era su amor, su enemigo. Le daba igual lo que dijeran los manuales sobre los adictos y la abstinencia. Podía cuidarse solo y se había prometido a sí mismo y a su flamante esposa que no volvería a beber hasta perder el sentido.

Se sentó en el sofá con sus grandes manos apoyadas lánguidamente sobre los muslos desnudos. Estaba listo para salir a correr, con su pantalón corto, su camiseta y sus zapatillas. La niñera volvía a retrasarse. Will se sentía atrapado, al borde de la claustrofobia. Pasaba demasiado tiempo en aquella pequeña celda con suelo de parquet. Pese a sus buenas intenciones, estaba a punto de estallar. Intentaba hacer lo correcto, cumplir con sus compromisos y todo eso, pero cada día se sentía más inquieto. Nueva York siempre le había resultado irritante y últimamente le provocaba náuseas.

El timbre lo salvó de las tinieblas. Un minuto después, la canguro trol, como él la llamaba (aunque no a la cara), entró despotricando del transporte público en lugar de disculparse. Leonora Monica Nepomuceno, una filipina de metro y medio de estatura, tiró su bolsa de plástico sobre la encimera de la cocina americana, se fue directa hacia el bebé que lloraba y apretó el cuerpecillo tenso de la criatura contra sus senos desproporcionados. La mujer, a la que Will echaba unos cincuenta años, era tan poco atractiva físicamente que, cuando él y Nancy se enteraron de que su apodo era «Campanilla», rieron a carcajadas hasta caer rendidos.

—Ay, ay —arrulló la niñera al bebé—. Tu tía Leonora está aquí. Ya puedes dejar de llorar.

—Voy a correr un rato —anunció Will con el ceño fruncido.

—Que sea un rato largo, señor Will —le recomendó Campanilla.

Salir a correr a diario se había convertido en parte de la rutina de jubilado

de Will, un componente de su nueva vida. Hacía años que no estaba tan esbelto y fuerte; solo pesaba cinco kilos más que cuando había jugado al fútbol americano en Harvard. Estaba a punto de cumplir los cincuenta, pero aparentaba menos edad gracias a su dieta libre de whisky. Tenía un cuerpo robusto y atlético, una mandíbula firme, una juvenil mata de pelo castaño rojizo y unos ojos azules con un brillo de locura. Cuando llevaba su pantalón corto de nailon para hacer footing, las mujeres, incluso las jóvenes, volvían la cabeza para mirarlo. Nancy seguía sin acostumbrarse a aquello.

Una vez en la calle, se dio cuenta de que el veranillo de San Martín había pasado y hacía un frío incómodo. Mientras estiraba las pantorrillas y los tendones de Aquiles apoyado en una señal de tráfico, se planteó la posibilidad de subir un momento al piso para ponerse un chándal.

Entonces vio la caravana al otro lado de la calle Veintitrés Este. El vehículo arrancó, expulsando gases diesel por el tubo de escape.

Will había dedicado gran parte de los últimos veinte años a seguir y observar. Sabía cómo pasar inadvertido. El tipo de la caravana no sabía o le daba igual. Will se había fijado la noche anterior en aquel cacharro, que había pasado frente a su edificio a menos de diez kilómetros por hora, entorpeciendo el tráfico y provocando un concierto de bocinazos. Era difícil no reparar en aquel Beaver de gama alta, un vehículo mastodóntico de trece metros y de color azul marino, con laterales extensibles y ondas pintadas en gris y carmesí. Will había pensado: «¿Quién diablos conduce una autocaravana de medio millón de dólares por el bajo Manhattan a paso de tortuga, buscando una dirección? Si la encontrara, ¿dónde iba a aparcar ese mamotreto?». Pero fue la matrícula lo que disparó todas las alarmas.

Nevada. ¡Nevada!

Por lo visto, el tipo había encontrado un lugar para aparcar la noche anterior, al otro lado de la calle, pocos metros al este del edificio de Will; una hazaña prodigiosa, desde luego. El corazón le latía a toda velocidad, aunque aún no había arrancado a correr. Hacía meses que había perdido la costumbre de cuidarse las espaldas.

Grave error, al parecer. «Matrículas de Nevada. Venga ya», pensó.

Por otro lado, aquel no era el modus operandi de los vigilantes. No irían a

por él en una caravana reconvertida en un carro de combate de andar por casa. Si alguna vez se decidieran a pillarlo en la calle, él no los vería venir. Eran profesionales, joder.

La calle era de doble sentido, y la autocaravana estaba orientada hacia el oeste. Will solo tenía que correr en la dirección opuesta, hacia el río, y doblar algunas esquinas para perder de vista el vehículo. Pero entonces no sabía si alguien lo había elegido como presa o no, y no le gustaba quedarse con la duda. Así que echó a correr hacia el oeste, no muy deprisa, para facilitarle las cosas al tipo.

La autocaravana abandonó el lugar donde estaba aparcada y lo siguió. Will apretó el paso, en parte para ver cómo reaccionaba el conductor, en parte para entrar en calor. Llegó al cruce con la Tercera Avenida y se quedó trotando sin avanzar, esperando a que el semáforo para peatones se pusiera verde. La autocaravana estaba unos treinta metros más atrás, tenía delante una fila de taxis. Will se puso la mano a modo de visera. A través del parabrisas alcanzó a distinguir la figura de dos hombres. El que iba al volante llevaba barba.

Cuando reanudó la marcha, Will cruzó la calle corriendo y siguió adelante esquivando a los pocos viandantes que circulaban por la acera. Por el rabillo del ojo, vio que la autocaravana continuaba avanzando por la calle Veintitrés, pero eso no demostraba nada. La prueba definitiva llegó en Lexington, cuando él torció a la izquierda y enfiló hacia el sur. Efectivamente, el vehículo también giró.

«La cosa se pone caliente —pensó Will—. Al rojo vivo.»

Su destino era Gramercy Park, una plaza arbolada y rectangular situada a unas manzanas del centro de la ciudad. Las calles que la delimitaban eran todas de sentido único. Si lo estaban persiguiendo, se divertiría un rato.

Lexington desembocaba delante del parque, en la calle Veintiuno, donde el tráfico circulaba en sentido oeste. Will corrió hacia el este, por la parte exterior de la vega del parque. La autocaravana tuvo que tomar la dirección contraria y unirse al flujo de vehículos.

Will empezó a correr por el perímetro del parque en el sentido de las agujas del reloj. Cada vuelta le llevaba unos pocos minutos. Vio que el



conductor de la caravana las pasaba moradas con los giros cerrados a la izquierda, que hacían que rozara los coches aparcados en las esquinas.

Que lo estuvieran siguiendo no tenía ninguna gracia, pero Will no podía evitar sonreír, divertido, cada vez que la gigantesca caravana lo pasaba de largo en su circuito contrario a las agujas del reloj. Aprovechaba cada encuentro para echar un vistazo a sus perseguidores. Aunque no le parecían demasiado amenazadores, uno nunca podía estar seguro. Definitivamente, aquellos payasos no eran vigilantes, pero había otras personas que le tenían ganas. Había puesto entre rejas a muchos asesinos. Los asesinos tenían familia. La venganza era un asunto familiar.

El conductor era un tipo mayor, de pelo más bien largo y una barba de color ceniza. Por la cara mofletuda y los hombros abultados dedujo que era un hombre corpulento. El que iba en el asiento del copiloto era alto y delgado, también de cierta edad, con unos ojos abiertos como platos que lanzaban miradas furtivas a Will. El que iba al volante se negaba tozudamente a establecer contacto visual, como si de verdad creyera que él no los había calado.

En su tercera vuelta, Will avistó a dos agentes de la policía de Nueva York que patrullaban a pie por la calle Veinte. La zona de Gramercy Park era muy exclusiva; era el único parque privado de Manhattan. Quienes residían en los edificios circundantes tenían llave de la verja de hierro forjado y era muy notoria la presencia de la policía, que merodeaba por allí a la caza de atracadores y de perversos. Will se les acercó jadeando.

—Agentes. Esa caravana de ahí. La he visto detenerse. El conductor estaba acosando a una niña pequeña. Creo que intentaba convencerla de que subiera.

Los polis lo escucharon con cara de póquer. El monótono acento sureño de Will siempre minaba su credibilidad. Había recibido muchas miradas de extrañeza en Nueva York.

—¿Está seguro?

—Soy ex agente del FBI.

Will se quedó a mirar unos minutos. Los polis se plantaron en medio de la calle e hicieron que la caravana se detuviera agitando las manos. Entonces

Will se marchó. Sentía curiosidad, por supuesto, pero quería dirigirse al río para dar su vuelta de siempre. Además, tenía la corazonada de que volvería a ver a aquellos individuos.

Por si las moscas, cuando llegara a casa sacaría la pistola del cajón del tocador y la engrasaría un poco.

## Capítulo 2

Will se alegró de tener varios recados y tareas de los que ocuparse. A primera hora de la tarde, pasó por el colmado, la carnicería y la vinatería sin ver la gran caravana azul ni una sola vez. Lenta y metódicamente, picó las verduras, machacó las especias y doró la carne. Pronto el aroma a chile con carne, marca de la casa inundó la microscópica cocina y el apartamento entero. Era el único plato que siempre le salía bien y que preparaba cuando tenía invitados a cenar.

Phillip estaba dormido cuando Nancy llegó a casa. Will le indicó con un gesto que no hiciera ruido antes de darle un abrazo de primer año de matrimonio, de aquellos en los que uno deja que las manos exploren.

—¿Cuándo se ha ido Campanilla?

—Hace una hora. El se ha pasado el día durmiendo.

—Lo he echado tanto de menos... —Intentó soltarse de Will—. ¡Quiero ir a verlo!

—¿Y yo qué?

—Él es el *número uno*. Tú eres el *número dos*.<sup>[1]</sup>

Will la siguió hasta el dormitorio y la contempló mientras ella se inclinaba sobre la cuna y agitaba primero una pierna y después la otra para quitarse los zapatos. Ya lo había notado antes, pero cobró plena conciencia de ello en aquel momento: Nancy había adquirido una serenidad, una belleza femenina y madura que, francamente, lo había pillado por sorpresa. Will solía recordarle con picardía que cuando los habían emparejado para investigar el caso del Juicio Final, ella no lo volvía precisamente loco de deseo. Por aquel entonces, estaba más bien rellenita y se comportaba como una completa

novata: tenía un empleo nuevo, mucho estrés, malos hábitos y cosas por el estilo. Lo cierto era que a Will siempre le habían ido más las chicas tipo modelo de lencería. En su época de estrella del fútbol adolescente se le habían grabado en la mente los cuerpos de las animadoras del mismo modo que a los patitos se les queda grabada la mamá pata. Desde entonces, a lo largo de toda su vida, cada vez que veía un cuerpo estupendo intentaba seguirlo.

En realidad, nunca había mirado a Nancy con interés hasta que una dieta estricta le había dado una figura más apetecible. «Vale, soy un tipo superficial», habría reconocido si alguien le hubiera hecho algún comentario al respecto. Pero el físico no había sido el único impedimento para el amor. Él había tenido que iniciarla en el cinismo. Al principio, su personalidad de recién graduada de la academia, entusiasta y ansiosa por complacer a los demás, lo ponía enfermo, como un virus intestinal. Pero era un profesor bueno y paciente, y bajo su tutela ella había aprendido a cuestionar la autoridad, a torear la burocracia y a vivir al borde del abismo en general.

Un día, agobiado por las complicaciones del caso del Juicio Final, Will había caído en la cuenta de que aquella mujer lo trastornaba, le tocaba todas las fibras. Se había puesto muy guapa. Su baja estatura había llegado a resultarle sexy, puesto que le permitía envolverla entre sus brazos y sus piernas casi hasta hacerla desaparecer. Le gustaba la textura sedosa de su cabello castaño, la forma en que se ruborizaba hasta el esternón, la risita que se le escapaba cuando hacían el amor. Era lista y descarada.

Sus conocimientos enciclopédicos de arte y su cultura eran fascinantes incluso para un hombre cuyo concepto de cultura era una peli de spiderman. Por si fuera poco, a Will incluso le caían bien sus padres.

Estaba listo para enamorarse.

Y entonces el asunto de Área 51 y la Biblioteca habían acaparado su atención y le habían dado el empujón definitivo. Lo habían llevado a replantearse su vida y a pensar en sentar la cabeza.

Nancy había sobrellevado el embarazo como una campeona, comiendo cosas saludables y haciendo ejercicio todos los días casi hasta el momento de romper aguas. Tras el parto, adelgazó rápidamente y recuperó la forma. Se

había propuesto mantener el tipo y borrar los rastros de la maternidad como un objetivo profesional. Sabía que el FBI no la discriminaría abiertamente, pero quería asegurarse de que no la trataran, ni siquiera de forma sutil, como a una ciudadana de segunda que luchaba inútilmente por mantenerse a flote en el mar de testosterona de hombres jóvenes y dinámicos.

El resultado final de todo este flujo físico y emocional fue una maduración de mente y cuerpo. Nancy volvió al trabajo más fuerte y segura de sí misma que antes, con una estabilidad emocional sólida y fría como el mármol. Así lo comunicaba a sus amigas: el marido y el bebé se comportaban, todo iba bien.

Según la versión de Nancy, enamorarse de Will había sido algo absolutamente previsible. Su encanto de chico malo, peligroso y macizo la había atraído tanto como la luz a una polilla y resultaba igual de mortífero. Pero Nancy no iba a dejarse achicharrar. Era una chica dura y espabilada. Había llegado a acostumbrarse a la diferencia de edad —de diecisiete años—, pero no a la diferencia de actitud. Estaba dispuesta a pasar por alto las diabluras, pero se negaba a convivir permanentemente con una Bola de Demolición, el sobrenombre que Laura, la hija de Will, le había puesto en honor a los años de matrimonios y relaciones destrozados.

Ella no sabía si la afición de Will a la bebida era una causa o un efecto, ni le importaba, pero era algo tóxico, por lo que le había hecho prometer que lo dejaría. También le había hecho prometer que le sería fiel, que le permitiría progresar en su carrera y que se quedarían en Nueva York al menos hasta que ella consiguiera un traslado a algún sitio que les pareciera razonable a los dos. No le había obligado a prometer que sería un buen padre; intuía que eso no sería un problema.

Entonces había aceptado su proposición de matrimonio, con los dedos cruzados.

Mientras Nancy se echaba una siesta junto al bebé, Will terminó de preparar la cena y, para celebrarlo, remojó el gaznate con una copita de merlot. El arroz humeaba y la mesa estaba puesta cuando llegaron su hija y su yerno, muy puntuales.

A Laura se le empezaba a notar el embarazo; estaba radiante y feliz.

Parecía un espíritu libre y grácil, una hippy moderna con su vestido vaporoso y sus botas ajustadas de caña alta. En realidad, pensó Will, su aspecto era muy parecido al de su madre hacía una generación. Habían enviado a Greg a Nueva York a cubrir una noticia para el *Washington Post*. La empresa pagaba el hotel y Laura se había apuntado al viaje para darse un respiro tras completar su segunda novela. La primera, *Bola de Demolición*, ligeramente basada en el divorcio de sus padres, estaba vendiéndose relativamente bien y había recibido buenas críticas.

A Will el libro seguía causándole dolor y, para colmo, cada vez que miraba su ejemplar, orgullosamente expuesto sobre una mesita en el cuarto de estar, no podía evitar pensar en el papel que había tenido en la solución del caso del Juicio Final. Sacudía la cabeza con la mirada perdida y entonces Nancy sabía hacia dónde vagaban sus pensamientos.

Will se percató de que Greg estaba de mal humor antes de que cruzara el umbral, así que se apresuró a ponerle una copa de vino en la mano.

—Anímate —le dijo cuando Laura y Nancy se fueron al dormitorio para disfrutar un rato con el bebé—. Si yo soy capaz, tú también.

—Estoy bien.

No lo parecía. Greg siempre había tenido un aspecto enjuto, hambriento, con las mejillas hundidas, la nariz angulosa y un hoyuelo profundo en la barbilla; el tipo de cara que arrojaba sombras sobre sí misma. Daba la impresión de que no se peinaba nunca. A Will le parecía la caricatura de un periodista beat cargado de cafeína y falto de sueño que se tomaba demasiado en serio a sí mismo. Aun así, era un buen tipo. Cuando Laura se quedó embarazada, Greg estuvo a la altura y se casó con ella sin nada de preguntas ni melodramas. Dos bodas Piper en un año. Dos bebés.

Los hombres se sentaron. Will le preguntó a Greg en qué estaba trabajando. Este le contó algo con voz monótona acerca de algún foro sobre el cambio climático y ambos se aburrieron enseguida. Greg estaba atravesando el bache del principio de la vida laboral. Aún no había encontrado una noticia a la que pudiera agarrarse para darle a su carrera el impulso que necesitaba. Will lo tenía bien presente cuando Greg preguntó por fin:

—Bueno, Will, la última vez que oí hablar del asunto, no se había sacado nada en claro del caso Juicio Final.

—Pues no. Nada.

—No llegó a resolverse.

—No. Nunca.

—Los asesinatos cesaron, sin más.

—Sí. Así fue.

—¿No te parece un poco raro?

Will se encogió de hombros.

—Llevo más de un año fuera del caso.

—Nunca me contaste qué pasó, ni por qué te retiraron del caso, ni por qué dictaron una orden de detención contra ti, ni cómo se arregló todo.

—Tienes razón, nunca te lo conté. —Se levantó—. Voy a remover un poco ese arroz, porque si no tendremos que comérselo con escoplo. —Dejó solo a Greg en la sala, tomándose su vino con aire taciturno.

Durante la cena, Laura estaba exultante. Tenía las hormonas en plena efervescencia, sobre todo después de acunar a Phillip en brazos e imaginarse que era suyo. Se llevaba a la boca grandes cucharadas de chile con carne y, entre un bocado y otro, charlaba animadamente.

—¿Cómo lleva papá la jubilación?

—Ha perdido vitalidad —observó Nancy.

—Estoy aquí sentado. ¿Por qué no me lo preguntas a mí?

—Vale, papá, ¿cómo llevas la jubilación?

—He perdido vitalidad.

—¿Lo ves? —Nancy se rio—. Con lo bien que estaba al principio...

—¿Cuántos museos y conciertos puede soportar un hombre?

—¿Qué clase de hombre? —preguntó Nancy.

—Uno como Dios manda, a quien le guste ir de pesca.

—¡Pues vete a Florida! —exclamó Nancy, exasperada—. ¡Vete a pescar al golfo durante una semana! Le pediremos a la canguro que venga más horas.

—¿Y si te hacen trabajar horas extras?

—Me tienen investigando robos de identidad, Will. Me paso todo el día

conectada a internet. No hay peligro de que me hagan trabajar horas extras hasta que me asignen casos de verdad.

Will cambió de tema, molesto.

—Quiero ir todos los días, cuando me dé la gana.

A Nancy se le borró la sonrisa de la cara.

—Lo que quieres es que nos mudemos.

Laura le dio una patada a Greg por debajo de la mesa para que interviniese.

—¿Lo echas de menos, Will? —preguntó Greg.

—¿El qué?

—Trabajar. El FBI.

—Qué dices, hombre. Echo de menos la pesca.

Greg carraspeó.

—¿Alguna vez has pensado en escribir un libro?

—¿Sobre qué?

—Sobre todos tus asesinos en serie. —Al fijarse en la mirada fulminante de Will, se apresuró a añadir—: ¡Excepto el del Juicio Final!

—¿Por qué iba yo a querer remover toda esa mierda?

—Fueron casos célebres, historia popular. A la gente le fascina eso.

—¿Historia? Para mí es basura truculenta. Además, no se me da bien escribir.

—Encárgaselo a un negro. Tu hija escribe. Yo también. Creemos que se venderá bien.

Will se enfadó. De haber estado borracho, habría estallado, pero el nuevo Will se limitó a arrugar el entrecejo y a negar con la cabeza lentamente.

—Tenéis que buscaros la vida solos. No soy la gallina de los huevos de oro.

—¡Will! —exclamó Nancy, propinándole un manotazo en el brazo.

—¿Greg no se refería a eso, papá!

—¿No? —Sonó el timbre. Will se puso en pie apoyándose en los brazos de la silla y pulsó el botón del telefonillo, irritado—. ¿Quién es? —El timbre sonó otra vez. Y luego otra—. ¿Qué narices...?

Refunfuñando, bajó en el ascensor y se encontró con el vestíbulo vacío.



Cuando se disponía a salir a toda prisa a la calle para echar una ojeada, vio una tarjeta de visita pegada con cinta adhesiva a la puerta del edificio, a la altura de los ojos.

«Henry Spence, presidente del Club 2027» —decía, y debajo aparecía un número de teléfono con el prefijo 702. Las Vegas. Había un mensaje escrito a mano en letras pequeñas de imprenta—: «Sr. Piper, llámeme cuanto antes, por favor». 2027.

Al ver la fecha, aspiró entre dientes.

Abrió la puerta. Fuera hacía fresco y, en la oscuridad, unos cuantos hombres y mujeres caminaban por la acera, bien abrigados, con aire decidido, como solían caminar los vecinos de aquel barrio residencial. No había nadie en la calle ni ninguna caravana a la vista.

Sacó el teléfono móvil del bolsillo, donde lo llevaba durante el día para hablar con Nancy sobre el bebé. Marcó el número.

—Hola, señor Piper. —La voz hablaba en un tono animado, casi festivo.

—¿Con quién estoy hablando? —preguntó Will con cautela.

—Soy Henry Spence. Estoy en la autocaravana. Gracias por devolverme la llamada tan rápidamente.

—¿Qué quiere?

—Hablar con usted.

—¿Sobre qué?

—Sobre 2027 y otros temas.

—No creo que sea una buena idea. —Will se dirigía a toda prisa a la esquina para intentar avistar la caravana.

—Detesto recurrir a los tópicos, señor Piper, pero se trata de un asunto urgente, de vida o muerte.

—¿La muerte de quién?

—La mía. Me quedan diez días de vida. Concédale a un hombre que está a punto de morir una última voluntad: hable conmigo.

## Capítulo 3

Will aguardó a que su hija se hubiese marchado, los platos estuviesen lavados y su esposa e hijo se hubiesen dormido para salir sigilosamente del apartamento a fin de encontrarse con el hombre de la autocaravana.

Se subió la cremallera de la chaqueta bomber hasta el cuello, metió las manos en los bolsillos de sus téjanos para mantenerlas calientes y caminó de un lado a otro por la acera, preguntándose si hacía bien en seguirle la corriente al tal Henry Spence. Como una medida de precaución extrema, se había colgado la pistolera del hombro y estaba familiarizándose de nuevo con el peso del acero sobre el corazón. La calle estaba desierta y oscura y, aunque pasaba algún que otro coche, Will se sentía solo y vulnerable. Se sobresaltó al oír el aullido repentino de una sirena de ambulancia que se dirigía al Hospital de Bellevue y notó que la culata del arma se movía adelante y atrás, apretada contra el forro de su chaqueta, al compás de su respiración agitada.

Justo cuando estaba a punto de mandarlo todo a la porra, la caravana apareció y redujo la velocidad hasta detenerse con un suspiro de los frenos. La puerta del lado del acompañante se abrió y Will se encontró ante un rostro barbudo que lo contemplaba desde lo alto del asiento del conductor.

—Buenas noches, señor Piper —lo saludó el hombre.

Algo se movía en la parte de atrás del vehículo.

—Tranquilo, solo es Kenyon. Es inofensivo. Suba a bordo.

Will se encaramó y se quedó de pie junto al asiento del copiloto, intentando hacer un análisis instantáneo de la situación. Era una costumbre de los viejos tiempos. Le gustaba presentarse en un nuevo escenario de un crimen y absorber cada detalle como un aspirador gigante, tratando de

asimilarlo todo de un vistazo.

Había dos hombres: el conductor robusto y un tipo desgarrado apoyado en una encimera, en medio de la caravana. El conductor, con pinta de sexagenario, tenía un físico que le habría permitido disfrazarse de Papá Noel sin necesidad de usar relleno. Su poblada barba, del color de las ardillas, se derramaba sobre una camisa de lana a cuadros y colgaba, laxa, entre dos tirantes marrones. Tenía una cabellera abundante y entrecana lo bastante larga para hacerse una cola de caballo, aunque él la llevaba suelta sobre el cuello de la camisa. Tenía manchas en la piel, erupciones rojizas en las mejillas, y los ojos cansados y turbios. Sin embargo, las patas de gallo parecían rastros de una vivacidad ya extinguida.

Luego estaban sus aparatos. Llevaba unos tubos de plástico verde claro enrollados al cuello y metidos en la nariz por medio de unas cánulas. Los tubos serpenteaban por su costado y estaban conectados por el otro extremo a una caja de color marfil, que ronroneaba suavemente a sus pies. El hombre necesitaba una máquina de oxígeno.

El otro tipo, Kenyon, también tenía más de sesenta años. Era prácticamente un saco de huesos con un jersey abrochado hasta el cuello. Alto, desgarrado, de ademán mesurado, tenía el pelo bien cortado con la raya marcada, la barbilla prominente que denotaba un carácter apasionado y la mirada de un militar, un misionero o un creyente fervoroso de... algo.

El interior de la caravana era la quintaesencia del vehículo recreativo, un despliegue de opulencia sobre ruedas, con azulejos de mármol negro, armarios de raíz de arce pulida, tapicería en blanco y negro, pantallas planas de vídeo y elegantes luces empotradas. En la parte de atrás estaba la suite principal, con la cama deshecha. Había platos sucios en la pila y un olor a cebolla y a salchicha impregnaba el vehículo. Se notaba que llevaban un tiempo viviendo allí, viajando por carretera. Había mapas, libros y revistas sobre la mesa del comedor, zapatos, pantuflas y calcetines arrugados en el suelo, gorras de béisbol y chaquetas desperdigadas en sillas.

La conclusión inmediata de Will fue que no corría peligro. Podría seguirles el juego durante un rato para ver adónde llegaba.

Se oyó un bocinazo procedente de un coche. Luego otro.

—Siéntese —dijo Spence, muy serio, pronunciando con claridad—. Los neoyorquinos no son la gente más paciente del mundo.

Will obedeció y se acomodó en el asiento del acompañante mientras Spence cerraba la puerta y arrancaba bruscamente. Ante el riesgo de caerse, el tipo alto dobló su largo cuerpo para sentarse en el sofá.

—¿Adónde vamos? —preguntó Will.

—Voy a conducir siguiendo una especie de patrón geométrico. No se imagina lo complicado que resulta aparcar este armatoste en Nueva York.

—Ha sido todo un desafío —añadió el otro—. Me llamo Alf Kenyon. Es un placer conocerle, caballero, a pesar de que esta mañana por poco consiguen que nos detengan.

Aunque no se sentía amenazado, Will tampoco estaba demasiado a gusto.

—¿De qué va todo esto? —preguntó con sequedad.

Spence redujo la velocidad y frenó frente al semáforo en rojo.

—Compartimos cierto interés por Área 51, señor Piper. De eso va todo esto.

—Que yo sepa, no he estado allí —repuso Will con voz inexpresiva.

—Bueno, no es nada espectacular, al menos a nivel del suelo —dijo Spence—. Bajo tierra, es otro cantar.

Pero Will no estaba dispuesto a morder el anzuelo.

—Ah, ¿sí? —El semáforo se puso verde, y Spence se dirigió hacia el norte—. ¿Cuánto gasta por kilómetro este trasto?

—¿Es eso lo que le interesa, señor Piper? ¿El consumo energético?

Will flexionaba los músculos del cuello para tener a los dos hombres a la vista en todo momento.

—Oigan, no tengo la menor idea de qué saben o creen saber sobre mí. Solo quiero que quede claro que no sé una mierda sobre Área 51. A simple vista diría que este cacharro gasta como mínimo cincuenta litros por cada cien kilómetros, así que les ahorraré dinero si me bajo aquí y regreso a casa andando.

—Estamos seguros de que ha firmado acuerdos de confidencialidad —se apresuró a decir Kenyon—. Nosotros también. Somos tan vulnerables como usted. También tenemos familia. Sabemos de qué son capaces. Eso nos pone

en la misma situación.

—Vamos a depender unos de otros —terció Spence—. No me queda mucho tiempo. Ayúdenos, por favor.

El tráfico en Broadway era fluido. A Will le gustó mirar la ciudad desde aquel trono elevado. Se sentía distanciado de Nueva York; no quería tener nada que ver con ella. Se imaginó que secuestraba la caravana, que echaba a los dos tipos a patadas, daba media vuelta rápidamente para recoger a Nancy y a su hijo, y enfilaba hacia el sur hasta que las azules y cristalinas aguas del golfo de México aparecieran tras el enorme parabrisas.

—¿Qué es lo que cree que puedo hacer por usted?

—Queremos saber qué significa 2027 —respondió Spence—. Queremos entender qué tiene de especial el 9 de febrero. Queremos saber qué pasará el 10 de febrero. Creemos que usted también desea averiguarlo.

—¡Es imposible que no quiera! —agregó Kenyon enérgicamente.

Por supuesto que quería. Pensaba en ello cada vez que contemplaba a su hijo durmiendo en la cuna, cada vez que hacía el amor con su mujer. El futuro no quedaba tan lejos, ¿o sí? Diecisiete años. Pasarían en un abrir y cerrar de ojos. Y él estaría allí. Estaba FDR. Fuera del registro.

—Su tarjeta dice algo del Club 2027. ¿Cómo se hace uno miembro de ese club?

—Usted ya es miembro.

—Qué curioso. No recuerdo haber recibido mi carnet de socio por correo.

—Todo aquel que conoce la existencia de la Biblioteca es miembro. De facto.

Will tenía los dientes tan apretados que le dolían.

—De acuerdo. Ya está bien. ¿Por qué no me dicen quiénes son?

## Capítulo 4

Al cabo de una hora, Will había dejado de fijarse por completo en la ruta que estaban siguiendo. Era vagamente consciente de haber pasado por Times Square, de haber dejado atrás el Museo de Historia Natural, descomunal y a oscuras, y de haber cruzado Central Park un par de veces, con los anchos neumáticos de la caravana levantando hojas quebradizas en el aire nocturno. Estaba escuchando con tanta atención que la ciudad prácticamente había desaparecido para él.

En Princeton, Henry Spence había sido un prodigio entre prodigios, un adolescente sorprendentemente precoz. Corrían los primeros años de la década de los sesenta, la guerra fría estaba en pleno apogeo y, a diferencia de muchos de sus iguales, que aplicaron su capacidad intelectual a las ciencias naturales, Henry se sumergió en el estudio de las lenguas extranjeras y la política. Adquirió un dominio absoluto del mandarín y el japonés, así como conocimientos suficientes de ruso. Estudió relaciones internacionales como asignatura optativa y, debido a sus raíces conservadoras, a haberse criado en una zona residencial cercana a Pensilvania, a su seriedad y rectitud, era prácticamente como si llevara en la frente un letrero de «reclúteme» dirigido al agente local de la CIA. El profesor de estudios soviéticos se frotaba las manos esperando cada vez que veía al joven atildado fumando en el Ivy Club con una expresión inteligente en su pálido rostro y la nariz metida en un libro.

Hasta la fecha, Spence seguía siendo el fichaje más joven en la historia de

la CIA, y algunos de los veteranos hablaban todavía de aquel cerebritito que se pavoneaba por Langley con su enorme ego y una capacidad analítica asombrosa. Seguramente solo era cuestión de tiempo que un hombre trajeado de aspecto anodino lo abordase y le pusiese en la mano una tarjeta con la insignia de la Marina de Estados Unidos. Spence, por supuesto, preguntó qué quería de él la Armada, y la respuesta hizo que su vida tomara el rumbo que había seguido desde entonces.

Will recordó que había sentido un desconcierto parecido el día que Mark Shackleton le dijo que Área 51 formaba parte de una operación naval. El ejército tenía sus tradiciones, algunas obstinadamente ridículas, y esta era una de ellas.

Según había averiguado Will, en 1947 el presidente Truman le encomendó a James Forrestal, uno de sus asesores de confianza, que estableciera una base militar ultrasecreta en Groom Lake, Nevada, en una región desierta y remota que lindaba con Yucca Flats. Aunque su denominación cartográfica era Zona de Pruebas 51 de Nevada, acabaron refiriéndose a la base como «Área 51», que era un nombre más corto.

Los británicos habían descubierto algo extraordinariamente inquietante en una excavación arqueológica en la isla de Wight, en los terrenos de un antiguo monasterio, la abadía de Vectis. Habían abierto ligeramente su caja de Pandora y la habían cerrado de golpe al darse cuenta de dónde se habían metido. Clement Atlee, el primer ministro, encargó a Winston Churchill que oficiase de mediador y persuadiese al presidente de Estados Unidos de que les quitara ese peso de encima e impidiese que la reconstrucción de Gran Bretaña se demorara por esa distracción monumental.

Así nació el Proyecto Vectis.

Daba la casualidad de que Forrestal era el secretario de Marina cuando se le asignó la misión, de modo que el proyecto quedó indisociablemente vinculado al Departamento de Marina, lo que convirtió a Área 51 en la base naval más seca y alejada del mar del planeta. El Grupo de Trabajo del Proyecto Vectis, dirigido por Truman en persona, concibió una idea ingeniosa para rodear Área 51 de una nube de desinformación, una estratagema que seguía dando resultado sesenta años después. Se

aprovecharon del furor que causaban en todo el país los avistamientos de ovnis para montar una pequeña farsa en Roswell, Nuevo México, y luego propagar el rumor de que una base recién establecida en Nevada podía tener algo que ver con naves espaciales alienígenas y cosas por el estilo. De este modo, Área 51 siguió adelante con su verdadera misión, gracias a la credulidad de la opinión pública.

El secretario de Marina en todas las administraciones era, en la práctica, el representante del Pentágono en los asuntos relacionados con la base y uno de los pocos altos cargos gubernamentales que tenían una remota idea de lo que se estaba cociendo. Reclutar a Henry Spence de la CIA, la agencia rival, fue un golpe maestro, hasta tal punto que poco después de su fichaje lo llamaron al despacho del secretario. Spence estaba aún tan pasmado por la naturaleza de su nuevo trabajo que durante la reunión estuvo como un zombi, y después apenas se acordaba de lo más esencial de las cuestiones tratadas.

Will escuchó atentamente cómo Spence describía su primer día en el desierto de Nevada, muchos metros bajo tierra en el Edificio Truman del complejo principal de Área 51. Como era novato, su supervisor bajó con él solemnemente hasta el nivel de la Cripta y, flanqueado por guardias armados con cara de pocos amigos, lo guió al interior de aquel espacio enorme, silencioso y enfriado artificialmente, una especie de catedral de la tecnología punta, donde Spence vio por primera vez aquellos setecientos mil libros antiguos.

Era la biblioteca más singular e insólita del planeta.

«Señor Spence, aquí tiene sus datos —había declarado el supervisor con un movimiento teatral del brazo—. Pocos hombres han tenido este privilegio. Hemos depositado grandes esperanzas en usted.»

Y así fue como Spence empezó su nueva vida.

Área 51 había encontrado algo más que una persona con talento; la organización había dado con un fanático. Cada uno de los días en que había bajado a la cámara subterránea a lo largo de casi treinta años, Spence había disfrutado plenamente del privilegio que su viejo jefe le había ofrecido y de



la embriagadora responsabilidad de formar parte de la institución más exclusiva y secreta del mundo. Gracias a sus conocimientos lingüísticos y a sus dotes analíticas, al cabo de pocos años estaba al cargo de la sección de China. Más tarde llegaría a ser director de Asuntos Asiáticos y al final de su trayectoria profesional era el analista más condecorado en la historia del laboratorio.

En los años setenta, ideó un sistema nuevo y global para obtener información de personas específicas valiéndose de bases de datos chinas disponibles, aunque algo rudimentarias, y de una amplia red de inteligencia que desarrolló en cooperación con la CIA. Las purgas maoístas y los desplazamientos de población con frecuencia lo obligaban a basarse en modelos estadísticos, pero su primer gran éxito fue predecir en 1974 el desastre natural que acaecería el 28 de julio de 1976 en China, en el pueblo minero de Tangshan, y provocaría 255.000 víctimas mortales. Apenas se produjo el terremoto, el presidente Ford ya estaba preparado para ofrecer al primer ministro Hua Guofeng la ayuda de sus equipos de rescate previamente movilizadas, lo que reforzó las relaciones entre Estados Unidos y China en la era post-Nixon.

Aquel fue un momento emocionante para Spence. Describía con orgullo morboso el entusiasmo que lo embargó cuando las primeras noticias sobre el seísmo letal llegaron a Nevada. Will lo miró como a un bicho raro.

—Entiéndame, no es que yo ocasionara el maldito desastre —se explicó—. Simplemente lo predije.

De joven, Spence era un tipo arrogante y bien parecido que estaba encantado con su vida de soltero en la pujante Las Vegas. Pero al final, como en el fondo era un blanco protestante de clase acomodada, un pez fuera del agua en una ciudad de nuevos ricos codiciosos, acabó por juntarse con gente de su estilo. En su club de campo conoció a Martha, la hija de un rico promotor inmobiliario. Se casaron y tuvieron hijos, que en la actualidad eran ya profesionales de éxito. Spence era abuelo pero, por desgracia, Martha había fallecido a causa de un cáncer de mama antes de que naciera su primer nieto.

—Nunca busqué la fecha de su muerte —insistió Spence—. Seguramente

habría podido conseguirla sin problemas, pero no lo intenté.

Dejó el laboratorio cuando cumplió la edad de jubilación obligatoria, poco después del 11-S. Probablemente se habría quedado más tiempo si se lo hubieran permitido; su trabajo era su vida. Su interés se centraba en Área 51, pero le gustaba informarse sobre temas candentes, aunque no tuvieran que ver con Asia. Durante el verano de 2001, cuando su jubilación era inminente, hacía lo posible por almorzar a diario con los del departamento de Estados Unidos para intercambiar teorías y predicciones sobre los sucesos que pronto matarían a tres mil personas en el World Trade Center.

Cuando se retiró, era fisiológicamente viejo pero sumamente rico gracias a la fortuna familiar de su esposa. Su muerte causó estragos en la salud de Spence; el hábito de fumar dos paquetes diarios le provocó un enfisema complicado con asma que empeoraba cada día. Estaba gordo debido a los esteroides y su debilidad por la comida rica en grasas. Con el tiempo, se vería obligado a utilizar una silla de ruedas eléctrica y una máquina de oxígeno. Sus dos pasiones como jubilado, confesó, eran sus nietos y el Club 2027. La caravana, que llamaba el yayomóvil, era clave para su movilidad y para ver a su familia desperdigada por el país.

Cuando Spence terminó de hablar, Alf Kenyon, como si hubiera estado esperando ese instante, se lanzó a contar su historia personal sin darle siquiera a Will la oportunidad de interrumpir, que se sentía como si estuviesen jugando con él. Esos tipos le estaban abriendo su corazón para engatusarlo. No le gustaba, pero como le picaba la curiosidad, les seguía la corriente.

Kenyon era hijo de unos pastores presbiterianos de Michigan. Se crio en Guatemala pero lo enviaron a la universidad en Estados Unidos. En Berkeley, enardecido por las protestas contra la guerra de Vietnam, mezcló los estudios latinoamericanos con un radicalismo creciente. Después de licenciarse, viajó a Nicaragua para ayudar a los campesinos a reclamar tierras al régimen de Somoza.

A principios de los setenta, los rebeldes sandinistas empezaban a tener

cierta influencia en el campo y a movilizar a la gente contra el gobierno. Kenyon era un simpatizante fervoroso de la causa. Sin embargo, su trabajo en el altiplano atrajo la atención no deseada de las milicias progubernamentales y, un día, recibió en su aldea la inesperada visita de un joven estadounidense angelical llamado Tony que tenía más o menos su misma edad. De forma misteriosa, Tony sabía muchas cosas sobre él y, sin que se lo pidiera, le aconsejó que intentara pasar inadvertido. Aunque Kenyon era bastante ingenuo, tenía suficiente mundo para reconocer en Tony a un hombre de la CIA.

Eran la noche y el día, polos opuestos política y culturalmente, de modo que Kenyon, furioso, lo echó de su casa. Pero cuando Tony regresó una semana más tarde, se alegró de verlo, le confesó Kenyon a Will.

—¡Creo que ninguno de los dos sabía en realidad que éramos gays! — exclamó alegremente.

Will supuso que la historia de Tony tenía otro propósito que simplemente el de revelar su orientación sexual, así que dejó que Kenyon siguiera explayándose con su estilo pausado y preciso.

Pese a sus diferencias políticas, se hicieron amigos; dos estadounidenses solitarios en misiones opuestas en la hostil selva tropical, católico uno, protestante el otro, ambos muy devotos. Kenyon llegó a comprender que cualquier otro agente de la CIA lo habría echado a los lobos, pero Tony se mostraba realmente preocupado por su seguridad e incluso le avisó de una batida de las milicias.

Cuando se acercaba la Navidad de 1972, Kenyon hizo planes para pasar una semana en Managua. Tony le hizo una visita y le suplicó —«¡Sí, me suplicó!»—, que no fuera a la capital. Kenyon no quiso escucharlo hasta que Tony le contó algo que cambiaría su vida.

«El 23 de diciembre se producirá un desastre en Managua —le dijo—. Miles de personas morirán. Por favor, no vayas.»

—¿Sabe qué ocurrió ese día, señor Piper?

Will negó con la cabeza.

—El gran terremoto de Nicaragua. Murieron más de diez mil personas, y las tres cuartas partes de los edificios quedaron destruidos. Él no quiso

decirme cómo se había enterado, pero me puso los pelos de punta y no fui a Managua. Más tarde, cuando nos volvimos íntimos, por decirlo de alguna manera, me dijo que no tenía idea de cómo nuestro gobierno podía estar al tanto de lo que se avecinaba, pero que la predicción estaba en el sistema y él tenía entendido que era totalmente fiable. Huelga decir que me dejó intrigado.

Al final, destinaron a Tony a otro lugar, y Kenyon abandonó Nicaragua cuando estalló una guerra civil en toda regla. Regresó a Estados Unidos para cursar el doctorado en Michigan. Al parecer, Tony había introducido el nombre de Kenyon en el sistema, y los reclutadores de Área 51 se fijaron en él porque buscaban un especialista en Latinoamérica. Un buen día, un funcionario de la Marina lo visitó en su piso de Ann Arbor y le sorprendió preguntándole si quería saber cómo el gobierno había sabido lo del terremoto de Managua.

Desde luego que quería saberlo. Había picado el anzuelo.

Se incorporó a Área 51 pocos años después que Spence, y lo asignaron a la sección de Latinoamérica. Como Spence y él eran unos tipos muy cerebrales y les encantaba hablar de política, congeniaron de inmediato y pronto empezaron a sentarse juntos en los vuelos diarios entre Las Vegas y Groom Lake. Con el paso de los años, el clan Spence adoptó a todos los efectos al joven soltero y lo invitaba por vacaciones y a las reuniones familiares. Cuando Martha murió, Kenyon fue el principal apoyo de Spence.

Se jubilaron los dos el mismo día de 2001. En la sala VIP de EG&G, en el aeropuerto de McCarran, tras tomar su último vuelo juntos, se abrazaron con los ojos llorosos. Spence se quedó en su finca del club de campo en Las Vegas, y Kenyon se mudó a Phoenix para estar cerca de su único pariente, una hermana. Los dos hombres mantuvieron un contacto estrecho, unidos por las experiencias compartidas y el Club 2027.

Kenyon dejó de hablar. Will esperaba que Spence retomara el hilo de la conversación, pero este también se quedó callado.

—¿Puedo preguntarle si es usted religioso, señor Piper? —inquirió de pronto Kenyon.

—Sí que puede, pero creo que no es asunto suyo.

El hombre pareció ofenderse. Will cayó en la cuenta de que ellos le habían hablado de su vida personal con la esperanza de que él se confiase a ellos.

—No, no soy muy religioso.

Kenyon se inclinó hacia delante.

—Tampoco Henry. Me extraña mucho que alguien que sepa algo de la Biblioteca no lo sea.

—Cada uno tiene su opinión —replicó Spence—. Lo hemos discutido mil veces. Alf está empeñado en que la Biblioteca demuestra que Dios existe.

—No hay otra explicación.

—Ahora no tengo ganas de volver a hablar de eso —dijo Spence con aire cansino.

—Lo que siempre me ha parecido muy curioso —prosiguió Kenyon— es que de pequeño me educaran en la religión perfecta. Como presbiteriano, estaba programado para incorporar la Biblioteca a mi vida espiritual.

—El hombre sigue implantando la Reforma Protestante —bromeó Spence.

Will sabía por dónde iban los tiros. Durante el último año, pensaba mucho en estas cosas.

—La predestinación.

—¡Exacto! —exclamó Kenyon—. Yo era calvinista antes de tener una justificación concreta para serlo. Digamos que la Biblioteca me convirtió en un hipercalvinista, muy doctrinario.

—Y muy dogmático —añadió su amigo.

—He dedicado mis años de jubilación a ordenarme pastor. También estoy escribiendo una biografía de Juan Calvino, intentando descubrir cómo había tenido la genialidad de dar en el clavo con su teología. Francamente, de no ser porque a Henry le queda poco tiempo, estaría feliz como una perdiz. Todo tiene sentido para mí, y eso es muy reconfortante.

—Háblenme del Club 2027 —dijo Will.

Spence vaciló cuando el semáforo se puso en verde. Tenía que decidir si atravesar el parque de nuevo.

—Como sin duda sabrá, el último libro de la Biblioteca llega hasta el 9 de febrero de 2027. Todas las personas cuya fecha de fallecimiento no consta en los libros están FDR, fuera del registro. Todos los que han trabajado en la Biblioteca han hecho infinidad de especulaciones sobre por qué dejaron de escribirse los libros y quién fue su autor original. La obra de esos sabios, monjes, adivinos o extraterrestres... sí, Alf, mi explicación es tan válida como la tuya..., ¿quedó interrumpida por factores externos como guerras, enfermedades o desastres naturales? ¿O hay una causa más siniestra que los habitantes de la Tierra deberíamos conocer? Por lo que sabemos, las autoridades no han llevado a cabo ningún esfuerzo para investigar la importancia de esa última fecha registrada, u horizonte, como lo llaman. El Pentágono siempre está demasiado ocupado exprimiendo al máximo los datos y generando informes de inteligencia. Hay muchos malos presagios de grandes catástrofes en un futuro no muy lejano y están obsesionados con ello. Algo muy gordo va a pasar en Latinoamérica, por ejemplo. Tal vez, cuando el año 2027 esté cerca, a esos genios de Washington se les ocurrirá que deberíamos saber qué demonios pasará el día después. Pero deje que le diga, señor Piper, que la curiosidad por el horizonte no desaparece con la jubilación. En la década de 1950, un puñado de ex empleados de Área 51 fundaron el Club 2027, en parte como un centro social de jubilados, en parte como un grupo de detectives aficionados. Todo lo hacemos en secreto, porque estamos violando nuestros acuerdos de jubilación y todo eso, pero la naturaleza humana no se puede borrar de un plumazo. Estamos muertos de curiosidad, y los únicos con los que podemos hablar son ex empleados. Además, eso nos da la oportunidad de juntarnos para tomar bebidas de adultos. —El largo soliloquio lo dejó sin aliento.

Will vio cómo su pecho se movía al ritmo de su respiración agitada.

—Entonces, ¿cuál es la respuesta? —preguntó Will.

—La respuesta es... —Spence hizo una pausa dramática— ¡qué no lo sabemos! —Soltó una carcajada—. Por eso estamos dando vueltas por Manhattan intentando conquistarlo.

—No creo que pueda ayudarlos.

—Pues nosotros creemos que sí —repuso Kenyon.

—Oiga —agregó Spence—, lo sabemos todo del caso Juicio Final y de Mark Shackleton. Lo conocíamos. No éramos íntimos, vale, pero yo sabía que si alguien iba a descontrolarse, sería un tipo como Shackleton, un pardillo, en mi opinión. Usted ya había tenido algo que ver con él antes, ¿no?

—Fue mi compañero de habitación en la universidad. Durante un año. ¿De dónde han sacado la información sobre mí?

—Del club. Sabemos que Shackleton pirateó toda la base de datos de Estados Unidos hasta la fecha final. Que se inventó unos asesinatos en serie en Nueva York para crear una cortina de humo.

Kenyon sacudió la cabeza tristemente.

—¡Todavía me cuesta creer que fuera tan rastreramente cruel como para enviar a la gente postales con la fecha de su muerte! —interrumpió.

—Sabemos que su auténtico propósito era mezquino —prosiguió Spence—: hacer dinero con una trama relacionada con los seguros. Sabemos que usted lo desenmascaró. Sabemos que los vigilantes lo hirieron de gravedad. Sabemos que a usted lo dejaron retirarse del FBI y llevar una vida supuestamente libre de ataduras. Por lo tanto, señor Piper, albergamos la fuerte sospecha, casi la certeza, de que usted tiene una influencia especial sobre las autoridades.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Porque sin duda posee una copia de la base de datos.

Por unos instantes, Will se vio a sí mismo otra vez en Los Ángeles, huyendo de los vigilantes en el asiento trasero de un taxi, copiando apresuradamente la base de datos de Shackleton en un lápiz de memoria. Shackleton, que debía de estar pudriéndose en algún pabellón dejado de la mano de Dios.

—No pienso confirmarlo ni negarlo.

—Pero hay algo más —anunció Kenyon—. Vamos, Henry, cuéntaselo todo.

—A mediados de los noventa, hice buenas migas con uno de los vigilantes, llamado Dane Bentley, tan buenas que me hizo el mayor favor imaginable relacionado con Área 51. Mi curiosidad era insaciable. ¡Las únicas personas que tenían acceso a lo que yo quería saber eran precisamente

los encargados de que los demás no tuviéramos acceso! Como ya sabrá, los vigilantes son bastante lúgubres, pero ese chico, Dane, era suficientemente humano para saltarse las reglas por un amigo. Consultó la fecha de mi muerte: el 21 de octubre de 2010. Por aquel entonces me parecía algo muy, muy lejano. Pero el tiempo pasa sin que uno se dé cuenta.

—Lo siento.

—Gracias. Se lo agradezco. —Esperó al siguiente semáforo en rojo para preguntar—. ¿Se ha buscado usted a sí mismo?

Will vio que no tenía mucho sentido seguir haciéndose el despistado.

—Sí. Dadas las circunstancias, me pareció que no tenía alternativa. Soy FDR.

—Eso es bueno —señaló Kenyon—, es un alivio saberlo, ¿verdad, Henry?

—Sí, lo es.

—Yo nunca he querido conocer mi fecha —admitió Kenyon—. He preferido dejarla en manos de Dios.

—Bueno, al grano —dijo Spence en tono enérgico, golpeando el volante con las manos—. Me quedan diez días para averiguar la verdad. ¡No puedo aplazar lo inevitable, pero quiero saberlo antes de morir, maldita sea!

—No tengo la menor idea de cómo puedo ayudarle. De verdad que no.

—Enséñaselo, Alf —ordenó Spence—. Enséñale lo que encontramos hace una semana.

Kenyon abrió una carpeta y sacó unas hojas en las que había impreso una información de una página web. Se las pasó a Will. Era un catálogo de la casa de subastas Pierce & Whyte, de Londres, especializada en libros antiguos. Anunciaba una subasta que se celebraría el 15 de octubre de 2010, es decir, al cabo de dos días. Había varias fotos en color del lote número 113, un volumen grueso y viejo con la fecha 1527 grabada en el lomo. Will miró las imágenes y la descripción detallada del artículo que estaba más abajo. Aunque solo leyó el texto por encima, concluyó que, en esencia, lo que decía era que, aunque se trataba de un objeto único, la casa de subastas no sabía qué era. El precio de salida estaba entre dos mil y tres mil libras esterlinas.

—¿Es lo que yo creo? —preguntó Will.



Spence asintió.

—En la oficina sabíamos que faltaba un volumen de la Biblioteca. Un libro de 1527. ¡Y ahora que me quedan menos de dos semanas de vida, descubro que ese jodido libro va a salir a subasta! ¡Tengo que hacerme con él! ¡Ese maldito libro ha estado por ahí perdido durante seis siglos! El único tomo que falta entre cientos de miles. ¿Por qué no estaba con los demás? ¿Dónde ha estado todo este tiempo? ¿Sabía alguien lo que era? Joder, tal vez nos diga más que cualquiera de los otros libros guardados en la Cripta de Groom Lake. No quiero adelantarme a los acontecimientos, pero, por lo que sabemos, ¡podría ser la clave para averiguar qué diablos pasará en 2027! Tengo un presentimiento, señor Piper. Y, por Hades, ¡debo corroborarlo antes de morir!

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Queremos que vaya a Inglaterra mañana a pujar por el libro en la subasta. Yo estoy demasiado enfermo para tomar un avión, y Alf, este cabronazo testarudo, se niega a apartarse de mi lado. Le he comprado billetes en primera clase, y el de vuelta es para el viernes por la noche. Le he reservado una bonita suite en el Claridge`s.

Will le lanzó una mirada de odio, pero cuando se disponía a replicar, Spence lo interrumpió.

—Antes de que responda, quiero que sepa que hay algo que es aún más importante para mí. Quiero ver la base de datos. Conozco la fecha de mi muerte, pero no he consultado las de mis seres queridos. Hasta donde yo sé, ese hijo de puta de Malcolm Frazier, que el Dios de Alf lo fulmine mañana mismo, va a por nosotros. Tal vez lo que acabará conmigo dentro de diez días no serán mis pulmones jodidos, sino los matones de Frazier. Me niego a abandonar este valle de lágrimas sin antes saber si mis hijos y mis nietos son FDR. Quiero saber si están a salvo. ¡Estoy desesperado por saberlo! Si hace esto por mí, señor Piper, si consigue el libro y me facilita la base de datos, yo le haré rico.

Will estaba negando con la cabeza incluso antes de que el hombre terminara de hablar.

—No iré a Inglaterra mañana —dijo Will, rotundamente—. No puedo

dejar a mi mujer y a mi hijo sin avisar con tiempo. Tampoco tocaré la base de datos. Es mi seguro de vida. No pienso poner en peligro la seguridad de mi familia para satisfacer su curiosidad. Lo siento, pero debo negarme, aunque lo de hacerme rico suena bastante bien.

—Llévese también a su esposa y a su hijo. Lo pagaré todo.

—No puede ausentarse del trabajo así, sin más. Olvídelo. —Imaginó la reacción de Nancy, y no era algo agradable—. Tuerza a la derecha por la Quinta Avenida y lléveme a casa.

Spence se puso nervioso y comenzó a gritar y a farfullar. Will tenía que colaborar. El tiempo se acababa. ¿Acaso no veía lo desesperado que estaba?

El hombre tosía y resollaba con tal violencia que Will temió que perdiera el control y se estrellara contra los coches aparcados.

—¡Tranquilízate, Henry! —le imploró Kenyon—. Silencio. Deja que yo me encargue de esto.

De todos modos, Spence se había quedado sin habla. Agachó su cabeza moteada y le hizo señas a Kenyon para que lo relevara.

—Muy bien, señor Piper. No podemos obligarle a hacer algo contra su voluntad. Ya suponía que no querría involucrarse. Pujaremos por teléfono. Denos permiso al menos para pedir que un mensajero le entregue el libro en su apartamento el viernes por la noche de modo que podamos pasar a recogerlo. En el ínterin, tenga la gentileza de considerar la generosa oferta de Henry. No necesita la base de datos completa, solo las fechas de fallecimiento de menos de una docena de personas. Por favor, consúltelo con la almohada.

Will asintió con la cabeza y guardó silencio durante el resto del trayecto hacia el bajo Manhattan, concentrándose en la respiración sibilante de Spence y en el siseo del oxígeno que fluía por las cánulas que llevaba en la nariz.

En ese momento, Malcolm Frazier se despertó sobresaltado y con el ceño fruncido, inusualmente desorientado. Los títulos de crédito de la película pasaban por la pantalla del avión, y la señora mayor del asiento del medio estaba dándole unos golpecitos en el hombro para que la dejara salir al pasillo y dirigirse al lavabo. Los asientos de clase turista en el vuelo de American no

estaban diseñados para cuerpos grandes y musculosos como el suyo, por lo que se le había dormido la pierna derecha. Se levantó y sacudió el pie hasta que se le pasó el hormigueo, maldiciendo a sus superiores por no haberse estirado un poco para pagarle un billete en clase business.

No había ningún aspecto de esa misión que le gustara. Enviar al jefe de seguridad de Área 51 a pujar por un libro en una subasta le parecía ridículo. Aunque se tratara de ese libro. ¿Por qué no habían enviado a un machaca del laboratorio? El le habría encargado gustosamente a uno de sus vigilantes que le hiciera de niñera. Pero no. El Pentágono lo quería a él. Y, por desgracia, Frazier sabía por qué.

El Suceso de Caracas.

Faltaban treinta días, y el tiempo corría.

Una de esas predicciones trascendentales de Área 51 estaba a punto de cumplirse, pero esta era distinta. Ellos no estaban en guardia ni a la defensiva, como de costumbre. Esta vez, aprovecharían la información para pasar a la ofensiva. El Pentágono estaba preparado. Los jefes del Estado Mayor se encontraban permanentemente reunidos. El vicepresidente en persona encabezaba un grupo de expertos. El gobierno de Estados Unidos estaba poniendo toda la carne en el asador. Era el momento más inoportuno para que el libro que faltaba saliese a la luz. Aunque la confidencialidad era la prioridad en Groom Lake, nadie quería hablar de un posible fallo de seguridad cuando faltaba solo un mes para la operación Mano Tendida.

¡Mano Tendida!

¿A qué genio de las relaciones públicas del Pentágono se le había ocurrido eso?

Si el libro que faltaba acababa en manos de algún cerebritito, solo Dios sabía qué preguntas se plantearían, qué información se divulgaría.

Por eso, Frazier entendía por qué le habían encomendado a él la misión. Pero eso no significaba que le gustara.

El piloto anunció que estaban cerca de la costa de Irlanda y que aterrizarían en Heathrow en dos horas. A sus pies, Frazier tenía un maletín de piel vacío, acolchado por dentro y del tamaño adecuado para el trabajo. Ya estaba contando las horas que faltaban para estar de vuelta en Nevada, con el

pesado libro de 1527 cuidadosamente envuelto y guardado en su mochila suministrada por el gobierno.

## Capítulo 5

La sala de subastas de Pierce & Whyte estaba al lado del vestíbulo principal en la planta baja de la mansión georgiana. Los postores se registraban en la recepción y entraban en una estancia elegante y antigua con suelos de madera noble color ocre, techo alto de escayola y una pared recubierta de librerías que requerían una escalera de mano para llegar a los estantes superiores. Las ventanas de la sala daban a High Street, y, con las cortinas descorridas, los rayos de luz amarilla se entrecruzaban con las filas de sillas de madera perfectamente alineadas formando cuadros como los de un tablero de ajedrez. Había espacio para entre setenta y ochenta asistentes, y esa soleada mañana de viernes, la sala se estaba llenando rápidamente.

Malcolm Frazier había llegado temprano, ansioso por despachar el asunto cuanto antes. Tras registrarse ante una joven pizpireta que pasó por alto alegremente su malhumor, entró en la sala vacía, se sentó en la primera fila, justo enfrente del podio del subastador, y, con aire distraído, empezó a hacer girar su paleta de puja entre el pulgar y el índice. Conforme llegaban más personas, se hacía más patente que Frazier no era el habitual comprador de libros antiguos. Los demás postores no tenían aspecto de poder levantar ciento ochenta kilos en un banco de pesas, nadar cien metros bajo el agua o matar a un hombre con sus manos. Pero Frazier estaba visiblemente más nervioso que sus compañeros miopes y fofos, pues nunca había participado en una subasta y solo tenía una idea vaga del protocolo que debía seguir.

Echó un vistazo al catálogo y encontró el lote 113 en las páginas interiores. Si ese era el orden del día, le esperaba una sesión larga y tediosa. Mantenía la espalda erguida y rígida, con los pies firmemente plantados junto

a su mochila; parecía un monolito con un rostro en el que predominaban los ángulos sobre las curvas. En la segunda fila, la silla situada detrás de él estaba desocupada porque su corpachón no dejaba ver el podio.

Frazier se había enterado de la subasta por un mensaje de correo electrónico enviado por el Pentágono a su BlackBerry cifrada. En ese momento él estaba empujando un carrito en un supermercado de las afueras de Las Vegas, siguiendo obedientemente a su mujer por la sección de lácteos. El tono que emitió el aparato era una señal de máxima prioridad, un pitido insistente que hizo que se le secase la boca como a un perro de Pavlov. Ese sonido de alerta en particular nunca presagiaba nada bueno.

Un filtro de Inteligencia de la Defensa del que ya nadie se acordaba y que analizaba todos los medios electrónicos en busca de las palabras clave «1527» y «libro» se había disparado, y un analista de bajo rango de la CIA comunicó el hallazgo a sus superiores, con curiosidad pero sin tener la menor idea de por qué a alguien de la inteligencia militar podía importarle un pimiento que una página web anunciara la subasta de un libro viejo.

Sin embargo, para los entendidos de Área 51, aquello era un bombazo. El único volumen que faltaba, la aguja en el pajar, había aparecido. ¿Dónde había estado ese libro durante todos esos años? ¿Sabía alguien lo que era? ¿Podía alguien averiguarlo? ¿Tenía ese volumen concreto algo especial que pudiera comprometer la misión del laboratorio? Se organizaron reuniones, se trazaron planos, se cursaron solicitudes a instancias superiores, se asignaron y enviaron fondos. La operación Mano Tendida era inminente, y Frazier fue elegido expresamente por el Pentágono para llevar a cabo el trabajo.

Los subastadores llegaron a la sala casi llena y ocuparon sus puestos. Toby Parfitt, impecablemente vestido, se acercó al podio para ajustar el micrófono y sus pertrechos para la subasta. A su izquierda, Martin Stein y otros dos altos cargos del departamento de libros se sentaron ante una mesa cubierta con una tela. Cada uno de ellos estableció una conexión telefónica para atender a quienes querían pujar por teléfono y, con el auricular contra la oreja, aguardaron tranquilamente a que comenzara la sesión.

Peter Nieve, el joven ayudante de Toby, apostado a la derecha de su jefe, se revolvía nervioso, un lacayo listo para obedecer órdenes. Nieve se aseguró

de estar más cerca de su jefe que el nuevo ayudante, Adam Cottle, que se había incorporado al departamento solo un par de semanas antes. Cottle era un rubio de veintitantos años con los ojos apagados, el pelo corto y dedos amorcillados. Su aspecto era más propio de un aprendiz de carnicero que de un comerciante de libros. Por lo visto, su padre conocía al director ejecutivo, y le habían pedido a Toby que lo contratara, aunque no necesitaba a otro ayudante; Cottle no solo carecía de un título universitario, sino de cualquier tipo de experiencia en el sector.

Nieve había sido implacable con él. Ahora que por fin tenía a alguien por debajo en el escalafón, aprovechaba para delegar sus tareas más rutinarias y humillantes en el joven anodino, que asentía en silencio y ponía manos a la obra como un tonto servil.

Toby paseó la mirada por el público, saludando a los asiduos con un leve movimiento de la cabeza. Había algunos rostros nuevos, pero ninguno tan imponente como el del caballero corpulento y musculoso que estaba sentado delante de él y que parecía curiosamente fuera de su elemento.

—Señoras y señores, ha llegado la hora señalada. Soy Toby Parfitt, el subastador, y me complace darles la bienvenida a la subasta de otoño de Pierce & Whyte de libros antiguos y manuscritos, un conjunto selecto y variado de artículos literarios de colección de la más alta calidad. Entre los numerosos objetos que ofrecemos hoy contamos con un auténtico tesoro formado por piezas de la colección que lord Cantwell guardaba en su finca de Warwickshire. Les comunico que también aceptaremos pujas telefónicas. Nuestro personal está a su disposición para aclarar cualquier duda que tengan. Así que, sin más preámbulos, vamos a empezar.

Una puerta trasera se abrió, y entró una bonita ayudante con guantes blancos, sujetando recatadamente el primer lote con los brazos extendidos frente a su pecho.

Toby la saludó y comenzó.

—El lote uno es un bello ejemplar de *La unidad del arte*, de John Ruskin, una conferencia que pronunció en la reunión anual de la facultad de Arte de Manchester en 1859 y se publicó en Oxford en 1870. Conserva las sobrecubiertas originales, que han adquirido un tono ligeramente

amarronado, y sería una adquisición ideal tanto para admiradores de Ruskin como para historiadores. Les propongo un precio inicial de cien libras.

Frazier soltó un gruñido y se armó de paciencia para aguantar aquella dura prueba.

En Nueva York eran cinco horas menos, y aún faltaban dos para que el sol traspasara la fría bruma que flotaba sobre el East River. Spence y Kenyon se habían despertado temprano en su domicilio nocturno, el aparcamiento de unos grandes almacenes Wal-Mart en Valley Stream, Long Island. Tras preparar café y huevos con beicon en la cocina de la caravana, se pusieron en marcha para dirigirse al bajo Manhattan antes de la hora punta. Llegaron frente al edificio de Will a las cuatro y media. Él estaba esperándolos en la acera, tiritando de frío pero echando humo por el altercado casero de buena mañana.

No había sido una idea muy afortunada ponerse a discutir con su esposa mientras ella daba el pecho. Will se dio cuenta a media discusión. Se sentía como un desalmado por alzar la voz y ahogar los gorgoteos y chupeteos de su hijo, y ya no digamos por borrar de la cara de Nancy su expresión habitual de serenidad maternal. Por otro lado, le había prometido a Spence que lo ayudaría y alegó que al menos no había accedido a largarse a Inglaterra. Aunque esto no sirvió para apaciguar a Nancy. Para ella, el caso Juicio Final era cosa del pasado, y la Biblioteca un mal recuerdo que convenía olvidar. Era consciente del peligro que representaban los grupos en la sombra como los vigilantes. Pero quería volcarse en el presente y el futuro. Tenía un bebé y un marido a los que quería mucho. La vida le sonreía, pero podía derrumbarse de un día para otro. Advirtió a Will que no jugara con fuego.

Él se mantuvo en sus trece. Cogió su chaqueta y salió a toda prisa del apartamento, pero al instante empezó a sentirse como una basura. Sin embargo se negó a volver a entrar y pedirle disculpas. El toma y saca de la vida conyugal era un concepto que él entendía intelectualmente, pero que no tenía interiorizado, y tal vez nunca lo tendría. Farfulló algo acerca de ser un maldito calzonazos y pulsó con fuerza el botón del ascensor, como si



intentara sacarle el ojo a alguien.

—Menos mal que no haremos esto en mi casa —reconoció Will en cuanto subió a la caravana.

—¿Ha empezado el día con mal pie, señor Piper? —preguntó Spence.

—Lámame Will de ahora en adelante, ¿vale? —respondió malhumorado —, ¿tenéis café? —Se repantigó en el sofá.

Kenyon le sirvió una taza mientras Spence pulsaba el botón de «indicaciones de voz» de su dispositivo GPS y arrancaba el vehículo. Su destino era el centro comercial de Queens, donde Will supuso que podrían aparcar sin demasiados problemas.

Cuando llegaron, seguía siendo de noche, y faltaban varias horas para que abrieran las tiendas. El estacionamiento no tenía vega, y Spence aparcó cerca del exterior. Su teléfono móvil tenía plena cobertura, así que no tenían que preocuparse por la calidad de la señal.

—En Londres son las diez de la mañana. Ya llamo yo —dijo Spence, levantándose y empujando la máquina de oxígeno con ruedas.

Depositó el móvil sobre la mesa de la cocina en modo manos libres y los tres se sentaron alrededor mientras él marcaba el número con el prefijo internacional. Una operadora los conectó con la casa de subastas.

—Pierce & Whyte. Al habla Martin Stein. ¿Su nombre, por favor?

—Soy Henry Spence y le llamo desde Estados Unidos. ¿Me oye bien?

—Sí, señor Spence, alto y claro. Esperábamos su llamada. Nos sería muy útil que nos indicara los lotes por los que le interesa pujar.

—Solo por uno, el lote 113.

—Entiendo. Bueno, es posible que no lleguemos a ese artículo hasta bien entrada la segunda hora.

—He enchufado el móvil a la corriente y tengo las facturas al día, así que por mí no hay problema.

En Londres, Frazier luchaba contra el jet lag y el aburrimiento, pero era demasiado disciplinado y estoico para hacer muecas, bostezar o retorcerse en su asiento como una persona normal. Los libros viejos se sucedían en un tedioso desfile de cartón, piel, papel y tinta. Crónicas, novelas, libros de viajes, poemarios, tratados de ornitología, ciencia, matemáticas, ingeniería...

Él parecía ser el único de los presentes que no estaba fascinado. Los demás, empapados en sudor, mejoraban con vehemencia la oferta de sus competidores, cada uno con su estilo particular. Algunos agitaban su paleta de puja ostentosamente, mientras que otros alzaban la suya de forma casi imperceptible. Los más asiduos hacían gestos —asentían con la cabeza, torcían la boca, arqueaban una ceja— que el personal de la casa reconocía como indicaciones. Estaba claro que en aquella ciudad sobraba la pasta, pensó Frazier, mientras la gente ofrecía miles de libras por volúmenes que él ni siquiera querría para calzar una mesa.

En Nueva York ya había amanecido, y el sol inundaba la caravana. De vez en cuando, Stein se ponía al teléfono para informarles de la marcha de la subasta. Se estaban acercando. Will empezaba a impacientarse. Había prometido regresar a casa antes de que Nancy tuviera que irse a trabajar, y el tiempo se agotaba. El cuerpo de Spence emitía todo tipo de ruidos: resollaba, tosía, aspiraba por un inhalador y susurraba palabrotas.

Cuando presentaron el lote 112, a Frazier se le despejó la cabeza y la descarga de adrenalina le aceleró la respiración. Era un volumen gordo y viejo, y en un principio Frazier lo confundió con su objetivo. Toby se deshizo en alabanzas del libro y pronunció su título en un latín fluido.

—El lote 112 es un magnífico ejemplar de la obra de anatomía de Raymond de Vieussens *Neurographia Universalis, Hoc Est, Omnium Corporis, Humani Nervorum*, publicado en 1670 en Frankfurt por G. W. Kuhn. Contiene veintinueve grabados en papel de vitela de la época y, salvo por unas pequeñas roturas, se trata de una copia extraordinaria de un tratado de medicina histórico. El precio de salida es de mil libras.

Había varios individuos interesados que comenzaron a pujar enérgicamente. Un anticuario de las últimas filas, un hombre voluminoso que llevaba un fular y durante toda la mañana había mostrado su entusiasmo por los artículos de tipo científico, llevaba la voz cantante y subía el precio agresivamente en incrementos de cien libras. Cuando pasó la tormenta, su oferta final era de dos mil trescientas libras.

Martin Stein se puso al aparato de nuevo.

—Señor Spence —anunció—, hemos llegado al lote 113. Por favor, esté atento.

—Muy bien, caballeros, allá vamos —dijo Spence.

Will consultó su reloj, inquieto. Todavía estaba a tiempo de llegar a casa para evitar una monumental bronca doméstica.

Frazier clavó los ojos en el libro en el instante en que lo llevaron a la sala. Incluso desde lejos, no le cupo la menor duda de que era uno de ellos. Se había pasado dos décadas en la Biblioteca y los alrededores, por lo que no había error posible. Había llegado el momento. Llevaba toda la mañana siguiendo la subasta y había aprendido cómo funcionaban las pujas. «Bueno, listo para la batalla», pensó para mentalizarse.

Toby habló del libro con melancolía, como si lamentara desprenderse de él.

—El lote 113 es un artículo único, un registro manuscrito fechado en 1527, bellamente encuadernado en pergamino, con más de mil páginas de la vitela de mejor calidad. Posiblemente tenía una guarda que fue reemplazada hace mucho tiempo. Al parecer, el libro contiene una lista exhaustiva de nacimientos y muertes, con un regusto internacional, por los múltiples idiomas europeos y orientales que aparecen en él. El volumen forma parte de la colección familiar de lord Cantwell quizá desde el siglo XVI, pero por lo demás no se ha podido precisar su procedencia. Hemos consultado a colegas académicos de Oxford y Cambridge, pero no hay consenso respecto a su origen o propósito. Sigue siendo, si se me permite decirlo, un enigma envuelto en misterio, pero se trata de una curiosidad excepcional que ofrezco a un precio inicial de dos mil libras.

Frazier levantó su paleta con tal brusquedad que casi sobresaltó a Toby. Era el primer movimiento físico significativo que el hombretón hacía en casi dos horas.

—Gracias —dijo Toby—. ¿Alguien ofrece dos mil quinientas?

Por el pequeño altavoz, Will oyó a Stein ofrecer dos mil quinientas.

—Sí, está bien.

Stein le dirigió un gesto afirmativo a Toby.

—Un postor telefónico ofrece dos mil quinientas —dijo el subastador—. ¿Alguien sube a tres mil?

Frazier se rebulló, incómodo. Había esperado no tener competencia. Alzó la paleta.

—Estamos en tres mil, vamos a por tres mil quinientas —seguido rápidamente de un «gracias» mientras señalaba hacia las filas de atrás. Al volverse, Frazier vio que el tipo voluminoso del fular asentía—. Ahora vamos a por cuatro mil —dijo Toby velozmente.

Stein comunicó la puja.

—¿Qué coño se han creído? —musitó Spence a sus compañeros—. Ofrezco cinco mil.

—Aquí suben a cinco mil —anunció Stein al podio.

—Muy bien —continuó Toby con soltura—. ¿Alguien ofrece seis mil?

Frazier sintió una punzada de ansiedad. Tenía fondos de sobra, pero había creído que aquello sería un paseo. Levantó su paleta de nuevo.

—Ofrecen seis mil. ¿Alguien ofrece siete mil?

El hombre del fular sacudió la cabeza, y Toby se volvió hacia la mesa de los teléfonos. Stein habló, escuchó y volvió a hablar hasta que anunció, no sin ciertas ínfulas:

—Ofrecen diez mil.

—Permítanme el atrevimiento de pedir doce mil —dijo Toby con aplomo.

Frazier soltó una maldición entre dientes y alzó la mano.

Spence tenía las palmas húmedas. Will vio que se las secaba con la camisa.

—No tengo tiempo para juegucitos —dijo el hombre.

—Es su dinero —comentó Will, y tomó un sorbo de café.

—Voy a subir a veinte mil, señor Stein.

La noticia levantó un murmullo en la sala. Frazier parpadeó, sin dar crédito. Palpó el bulto de su móvil en el bolsillo de su pantalón, pero llamar era prematuro. Todavía tenía mucho margen de maniobra.

El bigote de Toby se elevó ligeramente cuando el labio se le curvó hacia arriba de la emoción.

—Muy bien, entonces, ¿alguien ofrece treinta mil?

Frazier entró al trapo sin vacilar.

Tras unos instantes, llegó la respuesta de la mesa de los teléfonos.

—¡La puja asciende a cincuenta mil libras!

El rumor del público se hizo más fuerte. Stein y Toby se miraron con incredulidad, pero el segundo consiguió guardar su compostura característica.

—Estamos en cincuenta mil —dijo simplemente—. ¿Alguien ofrece sesenta mil? —Le hizo a Peter Nieve una señal de que se acercara y le susurró que fuera a buscar al director ejecutivo.

Frazier notaba que el corazón le latía con fuerza en su robusto pecho. Estaba autorizado a pagar hasta doscientos mil dólares, equivalentes a unas ciento veinticinco mil libras, cifra que sus superiores le habían asegurado que sería un colchón más que suficiente dado que calculaban que el libro costaría como máximo tres mil libras. No había un penique más en la cuenta de depósito de Pierce & Whyte que habían abierto especialmente para él. Y ya casi habían alcanzado la mitad de esa suma. «¿Quién cojones está compitiendo conmigo?», se preguntó, rabioso, y alzó la paleta con determinación.

Spence pulsó el botón de silencio de su teléfono.

—Ojalá pudiera mirar a la cara al hijo de puta que está pujando —se quejó en voz alta—. ¿Quién narices pagaría esa cantidad de pasta por un libro que parece un censo antiguo?

—Tal vez alguien que sabe lo que es —dijo Will en tono siniestro.

—No me parece muy probable —repuso Spence—, a menos que... Alf, ¿tú qué opinas?

Kenyon se encogió de hombros.

—Es posible, Henry, siempre es posible.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Will.

—Los vigilantes. Los matones de Área 51 podrían haberse enterado, supongo. Aunque, espero que no. —Acto seguido, declaró—: Voy a darle un empujoncito al asunto.

—Pero ¿cuánto dinero tiene? —le preguntó Will a Kenyon.

—Un montón.

—Y no puedo llevármelo a la tumba —dijo Spence, y desactivó el modo

silencio del teléfono—. Stein, hágame el favor de ofrecer cien mil libras. Se me está agotando la paciencia.

—¿He oído bien? ¿Ha dicho cien mil libras? —preguntó Stein con la voz entrecortada.

—Así es.

Stein sacudió la cabeza.

—La puja telefónica es ahora de cien mil libras —anunció en alto.

Frazier vio que la expresión de Toby pasaba de la emoción a la suspicacia. «Ese tipo debe de haberse dado cuenta de que este libro es mucho más importante de lo que creía», pensó.

—Muy bien —dijo Toby sin alterarse, mirando directamente la cara desafiante de Frazier—. Me pregunto si el señor estará dispuesto a subir a ciento veinticinco mil.

Frazier asintió y abrió la boca por primera vez en toda la mañana.

—Sí —dijo.

Estaba al límite. La última vez que había sentido algo parecido al pánico fue cuando tenía poco más de veinte años y era un joven soldado de las fuerzas especiales. Estaba en una flotilla en la costa oriental de África, y la misión se fue al garete. Los habían descubierto y estaban en una inferioridad numérica de treinta a uno, bajo el fuego de lanzagranadas de unos cabrones rebeldes. Esta situación era peor.

Frazier sacó el móvil y, con las teclas de marcación rápida, llamó al secretario de Marina que, en ese momento, estaba jugando un partido matinal de squash en Arlington. El teléfono sonó varias veces dentro de la taquilla, y al final Frazier oyó: «Aquí Lester. Deje su mensaje y me pondré en contacto con usted».

Stein comunicó la nueva puja de ciento veinticinco mil. Spence le pidió que esperara un momento y puso el teléfono en silencio.

—Es hora de acabar con esto de una vez —masculló a sus compañeros. Will se encogió de hombros. Era su dinero. Cuando reanudó la comunicación con Stein, dijo—: Ofrezco doscientas mil libras.

En cuanto Stein dio a conocer esta nueva cifra, Toby se agarró al podio con las dos manos, como para no perder el equilibrio. El director ejecutivo de

Pierce & Whyte, un aristócrata muy serio y canoso, observaba desde un lado de la sala, juntaba y separaba las puntas de los dedos con nerviosismo. Entonces Toby se dirigió cortésmente a Frazier.

—¿Desea mejorar la oferta el señor?

Frazier se levantó y se retiró a un rincón en el que no había nadie.

—Tengo que hacer una llamada —dijo. Notaba una opresión en la garganta que hizo que su voz sonara casi cómicamente chillona para un hombre de su tamaño.

—El señor puede tomarse un momento —concedió Toby.

Frazier llamó de nuevo al móvil de Lester y luego a su línea del Pentágono, donde le respondió un ayudante. En susurros, acribilló al pobre desdichado a preguntas.

Toby lo miró pacientemente durante un rato.

—¿El señor desea mejorar la oferta? —preguntó de nuevo.

—¡Un segundo! —gritó Frazier.

Se oyó un runrún entre los presentes. Aquello era de todo punto inusual.

—Bueno, ¿lo tenemos? —preguntó Spence por teléfono.

—El otro postor está realizando una consulta, me parece —respondió Stein.

—Pues dígame que espabile —resolló Spence.

Frazier sintió un sudor frío. La misión estaba al borde del descalabro, y el fracaso no era una posibilidad prevista. Él estaba acostumbrado a resolver problemas por medio de la fuerza y la violencia calculadas, pero sus métodos habituales no servían de nada en aquella sala elegante del centro de Londres repleta de bibliófilos demacrados.

Stein enarcó las cejas para indicarle a Toby que el postor telefónico se estaba impacientando.

Toby, a su vez, atrajo la severa mirada del director ejecutivo, y ambos asintieron con la cabeza para confirmar la decisión.

—Me temo que, a menos que oigamos una puja más alta, tendré que adjudicar este lote por doscientas mil libras.

Frazier intentó no hacerle caso. Seguía gritándole en susurros a su teléfono.

Toby alzó con ademán melodramático su martillo de subastador, más alto de lo habitual.

—Señoras y caballeros —dijo despacio, con voz clara y orgullosa—. Doscientas mil a la una, doscientas mil a las dos y... ¡vendido al postor telefónico por doscientas mil libras!

Toby golpeó el tablero con el martillo, y el sonido hueco y satisfactorio resonó por un momento antes de que Frazier girase sobre sus talones.

—¡No! —gritó.



## Capítulo 6

Frazier caminaba arriba y abajo con furia, sin importarle que la acera de Kensington High Street estuviera atestada de peatones que tenían que esquivar sus embestidas de apisonadora. Hablaba frenéticamente por teléfono, intentando que sus superiores asimilaran la situación y trazaran un plan. Cuando por fin logró comunicarse con el secretario Lester, tuvo que refugiarse en una silenciosa farmacia Boots porque el rugido de un autobús de la línea 27 no le dejaba oír nada.

Salió a la calle dominada por el ruido y el humo de los coches, desanimado, con las manos en los bolsillos de su abrigo. Era la hora del almuerzo de un viernes soleado, y toda la gente con que se cruzaba estaba de mucho mejor humor que él. Las órdenes que había recibido rayaban en lo ridículo. «Improvisé. Y no infrinja ninguna ley británica.» Suponía que el mensaje implícito era que al menos no dejara que lo pillasen infringiéndolas.

Regresó a Pierce & Whyte y se quedó merodeando en el vestíbulo de recepción, entrando y saliendo de la sala de subastas hasta que la sesión finalizó. Toby lo vio y, por su reacción, quedó claro que quería evitar al postor enfurruñado. Justo antes de que pudiera escabullirse por la puerta trasera para empleados, Frazier lo abordó.

—Quiero hablar con el tipo que me ha arrebatado el lote 113.

—¡Todo un duelo! —exclamó Toby con diplomacia. Hizo una pausa deliberada, tal vez con la esperanza de que el hombre, al ver que le plantaba cara, explicara el motivo de su interés.

Pero Frazier simplemente volvió a la carga.

—¿Puede darme su nombre y su número de teléfono?

—Me temo que no es posible. Nuestra política de confidencialidad nos lo impide. Sin embargo, si me da usted su autorización, le facilitaré sus datos al ganador del lote por si desea ponerse en contacto con usted.

Frazier lo intentó de nuevo y luego incomodó visiblemente a Toby insinuándole que lo compensaría por las molestias. Cuando apareció Martin Stein, Toby se excusó atropelladamente y se dirigió hacia él. Mientras los dos subastadores hablaban, Frazier se acercó con disimulo y oyó hablar a Stein.

—Ha insistido en que le enviáramos el libro a Nueva York por mensajero para que se lo entreguen esta noche. ¡Está dispuesto a pagar billetes de ida y vuelta en primera clase para un miembro del personal! Ya ha reservado un asiento en el vuelo BA 179 que sale esta tarde.

—¡Pues yo no pienso ir! —dijo Toby.

—Yo tampoco. Tengo planes para la cena —rezongó Stein.

Toby divisó a sus ayudantes, al otro extremo de la sala, y les hizo señas de que se acercaran. Nieve no cabía en sí de emoción por el libro de Cantwell, mientras que Cottle, como de costumbre, parecía una acelga.

—Necesito que alguien lleve el libro de 1527 a Nueva York esta noche.

Cottle se disponía a decir algo, pero Nieve se le adelantó.

—¡Caray, me encantaría ir, Toby, pero no me he renovado el pasaporte! Es algo que tengo pendiente.

—Iré yo, señor Parfitt —se ofreció Cottle rápidamente—. No tengo nada que hacer el fin de semana.

—¿Has estado alguna vez en Nueva York?

—Sí, fui una vez, en un viaje escolar.

—Entonces, decidido. El comprador se ha comprometido a abonar el servicio íntegramente en el aeropuerto Kennedy y añadirlo a su cuenta. Te pagará billetes en primera y una habitación en un hotel de lujo, así que no te faltará de nada. Les preocupa bastante la seguridad, así que cuando llegues tendrás que pasarte por el mostrador de British Airways, donde recibirás una carta con la dirección de entrega.

—¡Primera clase! —gimió Nieve—. ¡Joder, macho! Me debes una, Cottle. Me la debes.

Frazier salió al vestíbulo a hurtadillas. La chica de la recepción estaba

guardando los folletos y las hojas de registro.

—Quisiera enviarle una nota de agradecimiento a ese joven que trabaja aquí. Cottle. Me ha sido de gran ayuda. ¿Podría decirme su nombre de pila y cómo se escribe Cottle?

—Adam —respondió ella, visiblemente sorprendida de que alguien tan insignificante como el joven Cottle pudiera ser de ayuda a un cliente. Eso era todo lo que Frazier necesitaba saber.

Unas horas después, Frazier iba en un taxi en dirección a Heathrow, devorando tres Big Macs comprados en el único restaurante de High Street que le había inspirado confianza. Adam Cottle viajaba en otro taxi, unos cien metros más adelante, pero a Frazier no le preocupaba perderle la pista. Sabía adónde se dirigía el chico y qué llevaba consigo.

Un rato antes, Frazier había conseguido hablar con el oficial del turno de noche en Área 51 y había solicitado información prioritaria de Adam Cottle, de aproximadamente veinticinco años de edad, empleado de la casa de subastas Pierce & Whyte en Londres, Inglaterra.

El oficial le devolvió la llamada antes de que hubiesen pasado diez minutos.

—Tengo a su hombre. Adam Daniel Cottle, Alexandra Road, Reading, Berkshire. Fecha de nacimiento: 12 de marzo de 1985.

—¿Y la de fallecimiento? —preguntó Frazier.

—Qué curioso que lo pregunte, jefe. Es hoy. Su hombre la palmará hoy.

«¿Por qué no me sorprende?», pensó Frazier, cansado.

## Capítulo 7

Will le pasó las judías verdes a su suegro. Joseph ensartó algunas con el tenedor y sonrió. Estaban tal como le gustaban, untadas con mantequilla y al dente, lo que no era de extrañar, puesto que las había hecho su mujer. De hecho, Mary había preparado toda la comida, incluido el pan, y había desenvuelto, recalentado y servido el banquete en la pequeña cocina mientras los demás colmaban de mimos a Phillip.

A los Lipinski, abuelos de nuevo cuño, se les caía la baba con su nieto, y no les importaba conducir cuarenta y cinco minutos desde Westchester hasta el bajo Manhattan un viernes por la tarde para conseguir su dosis. Para ahorrarle a su agobiada hija la pesada tarea de cocinar, Mary había preparado una lasaña con las guarniciones de rigor, Joseph había llevado el vino. Phillip estaba despierto, pletórico y encantado de tener visitas; era una auténtica delicia.

Pese a que solo era una velada familiar, Mary iba muy arreglada y había ido al salón de belleza para que la peinaran. Iba y venía por la diminuta cocina en una nube de perfume y laca para el pelo. Era igual que su hija, pero más rellenita y redondeada, y sorprendentemente se conservaba bonita y joven. Las greñas blancas y onduladas de Joseph le daban un aire de científico loco mientras se arrastraba por el suelo persiguiendo al bebé sonriente.

Nancy y Will estaban sentados en el sofá, al menos a treinta centímetros de distancia el uno del otro, sujetando sus copas de vino con los dedos tensos. A los Lipinski les quedó claro enseguida que habían llegado en plena discusión, pero hacían lo posible por tener la fiesta en paz.

Joseph se acercó sigilosamente a su esposa, se sirvió más vino y le dio unos toquecitos entre los omóplatos para asegurarse de que ella viera sus cejas enarcadas. Mary chasqueó la lengua.

—Ya sabes que no es fácil —susurró ella—. ¿Es que no te acuerdas?

—Solo me acuerdo de las cosas buenas —contestó él, y le dio un beso rápido.

Durante la cena, Mary observó cómo Will agitaba la mano enérgicamente sobre su plato.

—¡Will, le estás echando sal antes de haberlo probado!

Él se encogió de hombros.

—Me gusta la sal.

—Tengo que llenar el salero cada semana —dijo Nancy en tono acusador.

—Me parece que eso no es muy sano —comentó Joseph—. ¿Cómo tienes la tensión?

—No sé —dijo Will con sequedad—. Nunca he tenido problemas con eso. —No estaba de humor para chácharas de sobremesa, y no le apetecía fingir.

A Nancy no le había hecho ninguna gracia lo de la subasta, y, a toro pasado, él pensó que debería haber omitido los detalles. Ella se había pasado el día de malas porque Will se había dejado enredar en un asunto que no le concernía, y estuvo en un tris de perder los estribos cuando él mencionó de pasada que había ofrecido el piso para una reunión a altas horas de la noche.

—¿Has accedido a dejar entrar a esa gente en mi casa, con Philly durmiendo a un par de metros?

—Son unos viejos inofensivos. Solo estarán aquí unos minutos, se irán enseguida. Me aseguraré de que no os despierten.

—¿Te has vuelto loco?

A partir de ese momento, la cosa había ido a peor.

—¿Cómo va el trabajo, cielo? —le preguntó Joseph a su hija.

—Me tratan como si estuviera recuperándome de una operación de cerebro. Me asignan unas misiones ridículas. He tenido un niño, no una enfermedad.

—Me alegro de que se porten así —dijo su madre—. Eres una madre

primeriza.

—Debes de estar enviándole mensajes telepáticos a mi jefe —refunfuñó Nancy.

Joseph intentó aportar una nota de optimismo.

—Seguro que volverás a trabajar en lo que te gusta. —Como Nancy no le hizo caso, probó suerte con su yerno—. ¿La jubilación sigue tratándote bien?

—Huy, sí. Me lo paso de fábula —respondió Will con sarcasmo.

—Pues eres mi héroe. Dentro de un par de años, Mary y yo nos uniremos al club, así que nos interesa observar y aprender.

Debido a su humor de perros, Will le dio varias vueltas en la cabeza al comentario, intentando dilucidar si contenía un insulto en clave. Lo dejó correr.

Cuando se quedaron a solas, Nancy estuvo un rato inclinada sobre la cuna, haciéndole mimos a Phillip y luego se preparó para irse a la cama. Le estaba aplicando la táctica del hielo, dándole de lado, intentando eludir el contacto. El problema de hacerle el vacío era que el piso era demasiado pequeño.

Finalmente, salió del baño, rosada y expuesta en su breve camisón. Cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró con el ceño fruncido. Will estaba viendo la tele. Los brazos cruzados de Nancy realzaban sus pechos turgentes. A él le pareció que estaba preciosa, pero al ver su expresión avinagrada, se esfumaron todas sus esperanzas.

—Por favor, no traigas a esa gente al piso.

—Será solo un momento. Ni siquiera te enterarás de que están aquí —dijo él, cerrándose en banda. No iba a echarse atrás. Él no funcionaba así.

Nancy cerró enérgicamente la puerta del dormitorio tras de sí. De no ser porque el bebé dormía, seguramente habría dado un portazo. Will deslizó la vista del televisor al mueble bar sobre el que descansaba el aparato, y en el que guardada solemnemente su botella de whisky. Lo abrió con la mente y se sirvió un vaso imaginario.

## Capítulo 8

La tripulación de cabina estaba cerciorándose de que los pasajeros de primera del vuelo BA 179 se abrocharan el cinturón antes de iniciar el descenso al aeropuerto John F. Kennedy. El joven Cottle se había mantenido inexpresivo durante todo el trayecto, con su apatía habitual, aparentemente inmune al sublime encanto de las delicias que le ofrecía British Airways: el champán, el cabernet, el pato con salsa de cerezas, las trufas de chocolate, las películas de estreno y el asiento que se transformaba en cama, con edredón de plumón incluido.

Dos cabinas más atrás, Malcolm Frazier aguardaba en una larga cola para ir al servicio. Estaba rígido como una tabla e irritable a más no poder por haberse pasado seis horas apretujado en uno de los estrechos asientos de en medio. Toda aquella operación había sido un desastre, y sus superiores le habían dejado claro que tendría que apañárselas solo para sacar las castañas del fuego.

Pero su misión se había complicado más si cabe. El sencillo encargo de hacerse con el libro había dado paso a una investigación sobre quién había pagado aquella suma exorbitante y por qué. Le ordenaron que siguiera el libro para hallar las respuestas y, como de costumbre, borrar su rastro por todos los medios necesarios. Como no podía ser de otra manera, el asunto se consideraba de prioridad máxima, y su jefe estaba al borde de la histeria. El secretario Lester había exigido que se le informara hasta del detalle más insignificante.

Todo esto tenía amargado a Frazier. Estaba tan cabreado que podría matar a alguien.

En la puerta de embarque de la terminal 5 de Heathrow, Frazier se había acercado a Cottle cuando este estaba haciendo cola frente al mostrador de primera clase. Temía que el joven lo reconociese dentro del avión, así que quería disipar toda sospecha. También quería hacerle algunas preguntas «inocentes».

—¡Eh! —exclamó Frazier, fingiendo estar agradablemente sorprendido—. ¡Pero qué casualidad! Yo estaba en la subasta hace un rato.

Cottle lo miró, entornando los ojos.

—Por supuesto, señor, ya me acuerdo.

—Menuda se ha organizado, ¿verdad?

—Sí, señor. Ha sido espectacular.

—¡Vaya, resulta que vamos en el mismo vuelo! Qué cosas, ¿no? — Señaló el equipaje de mano de Cottle—. Me imagino lo que llevas ahí dentro.

—Sí, señor —respondió Cottle, visiblemente incómodo.

—¿Hay alguna posibilidad de saber quién se ha llevado el gato al agua? Todavía estoy interesado en comprarlo. Tal vez podría llegar a un acuerdo con el que me ganó en la puja.

—Me temo que no estoy autorizado para ello, señor. Por la política de la empresa y esas cosas. —Se anunció por megafonía el embarque de los pasajeros de primera clase. Cottle agitó su billete ante Frazier y dijo—: Bueno, señor, que tenga un vuelo agradable. —Y se alejó despacio.

Will se levantó de un salto del sofá antes de que el timbre sonara por segunda vez. Eran casi las once, y los hombres de la caravana habían llegado puntuales. Los esperó en el recibidor del piso para pedirles que hablaran en voz baja. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, se quedó boquiabierto al ver a Spence encorvado sobre una silla de ruedas eléctrica de color rojo subido y de tres ruedas, con la máquina de oxígeno sujeta al vehículo con correas. Kenyon se alzaba imponente a su lado.

—Esa cosa no hará ruido, ¿verdad? —preguntó Will, nervioso.

—No es una Harley —repuso Spence, quitándole hierro al asunto y avanzando con un suave zumbido del motor.



Los tres parecían incómodos en el pequeño salón de Will. Hablaban poco, en susurros, con las noticias de las once de la tele a bajo volumen. Kenyon había consultado la información sobre el vuelo BA 179 y había comprobado que había llegado a la hora prevista. Teniendo en cuenta que debía pasar por el control de pasaportes y la aduana, y el tiempo del recorrido en taxi, el mensajero estaba al caer.

Frazier se abrió paso a toda prisa por el control de pasaportes a golpe de carnet de federal y se unió a la multitud de gente que esperaba en la sala de llegadas a los pasajeros que acababan de desembarcar. Uno de sus hombres, DeCorso, ya estaba allí. DeCorso era un personaje de aspecto agresivo, llevaba una chaqueta acolchada de piel y una barba hirsuta, y andaba con una cojera pronunciada. Sin decir una palabra, le entregó una funda pesada de cuero. Al instante, Frazier se sintió aliviado por tener en sus manos las herramientas de su profesión. Guardó el arma en su mochila vacía, en el espacio que habría tenido que ocupar el libro de la Biblioteca.

DeCorso permaneció de pie a su lado, como una estatua silenciosa. Frazier sabía que su subordinado no era aficionado a las conversaciones superficiales. Llevaba trabajando con él el tiempo suficiente para saber que no era muy parlanchín, pero sabía que cuando le diera una orden, DeCorso la cumpliría al pie de la letra. El hombre se lo debía. La única razón por la que lo habían readmitido en Área 51 cuando le dieron el alta médica fue porque Frazier había intercedido por él. Después de todo, no se había cubierto de gloria precisamente.

Will Piper le había pegado un par de tiros a DeCorso. Eran cuatro contra uno en un tiroteo cuerpo a cuerpo, pero un agente del FBI incompetente lo había echado todo a perder. Hacía solo unos meses que DeCorso había vuelto al trabajo, con un montón de hierros en el fémur, el bazo extirpado y la prescripción de inyectarse Pneumovax durante toda la vida para evitar infecciones. Los otros tres hombres habían quedado discapacitados totales. Uno de ellos llevaba permanentemente una sonda de alimentación metida hasta el estómago. Como jefe del equipo, DeCorso había estado al mando de

una operación que había terminado en un fracaso monumental.

Frazier no tenía por qué readmitirlo, pero lo había hecho.

Cuando Adam Cottle salió por fin a la sala tirando de su maleta con ruedas, con pinta de turista despistado, Frazier alzó la barbilla.

—Es él —dijo antes de esconderse detrás de DeCorso. Observaron cómo Cottle se acercaba al mostrador de información de British Airways, cogía un sobre que le entregaban y se encaminaba hacia la salida.

—Tengo el coche aparcado fuera, detrás de la parada de taxis. He dejado a un poli vigilando para que no se lo lleve la grúa.

Frazier echó a andar.

—Vamos a descubrir quién es el soplapollas que me ganó en la subasta.

Siguieron al taxi amarillo hasta la autopista Van Wyck. El tráfico era fluido, así que en ningún momento perdieron de vista a su presa ni hubo momentos de tensión. DeCorso anunció que iban hacia el túnel de Queens en dirección a Midtown, por lo que su destino debía de estar en Manhattan. Frazier se encogió de hombros, muerto de cansancio.

—Lo que tú digas —murmuró.

Cottle bajó del taxi en mitad de la manzana. El joven cogió su maleta y le pidió al taxista que lo esperara. Al parecer, el conductor era desconfiado, pues pidió al pasajero que le pagase la carrera completa. Cottle, de pie en la acera, comprobó la dirección en un papel antes de desaparecer en el vestíbulo de un bloque de pisos.

—¿Quieres que entre? —preguntó DeCorso. Estaban al otro lado de la calle, no muy lejos, arrellanados en el coche.

—No. Ha dejado al taxi esperando —gruñó Frazier—. Consígueme los datos de todos los residentes en el edificio.

DeCorso abrió su ordenador portátil y estableció una conexión cifrada con los servidores de la oficina. Mientras tecleaba, Frazier cerró los ojos, arrullado por el suave repiqueteo de los gruesos dedos sobre el teclado. Hasta que, de pronto...

—¡Joder!

—¿Qué pasa? —preguntó Frazier, sobresaltado.

DeCorso le pasó el portátil. Frazier lo cogió e intentó enfocar su empañada vista en la lista que aparecía en la pantalla.

—¿Qué? —inquirió, con un gesto de incompreensión.

—Casi al final. ¿Lo ves?

Lo vio. Will Piper. Apartamento 6F.

Frazier se frotó la barbilla como si estuviera moldeando un trozo de arcilla. Después soltó un torrente de imprecaciones.

—No puedo creerlo, joder. ¡El maldito Will Piper! ¿No les dije a esos idiotas de mierda del Pentágono que era una locura soltarlo? —Le vino a la cabeza la irritante imagen de Will cómodamente sentado en la lujosa cabina del avión privado del secretario Lester, muy ufano, bebiendo whisky a sorbos a cuarenta mil pies, prácticamente imponiendo sus condiciones.

—Sí que lo dijiste. Me consta.

—Y aquí está ahora, jugándonosla.

—Déjame a mí, Malcolm —pidió DeCorso, casi suplicando. Se masajeó el muslo derecho, que todavía le dolía allí donde la bala de Will había astillado el hueso.

—Es FDR, ¿ya no te acuerdas?

—Eso no significa que no pueda dejarlo hecho una mierda.

Frazier no lo escuchaba. Su mente iba a mil por hora, intentando pensar en todas las posibilidades. Iba a tener que hacer unas llamadas, abrirse paso hacia arriba por el escalafón hasta los peces gordos.

—Un agente del FBI jubilado que vive en este barrio no tiene trescientos mil dólares con los que pujar en una subasta. Hay alguien detrás. Tenemos que llegar al fondo de este asunto. Con cautela. —Le devolvió el ordenador a DeCorso—. ¡Me cago en Will Piper!

El joven Cottle estaba sentado rígidamente en un apartamento de una ciudad desconocida para él, susurrando fórmulas de cortesía con un hombre gordo y de aspecto enfermizo postrado en una silla de ruedas eléctrica; su amigo, también anciano, y un hombre de menor edad que se erguía sobre los

demás, corpulento y amenazador.

Will supuso que el chaval debía de sentirse más como un contrabandista de droga que como un anticuario especializado en libros.

Cottle abrió la cremallera de su maleta. El libro, envuelto en plástico de burbujas, parecía un cubo blando y grueso. El hombre de la silla le indicó que se lo pasara con un gesto juvenil, y Cottle así lo hizo. Spence intentó aguantar el peso, pero de inmediato tuvo que depositarlo sobre sus rodillas y empezó a retirar con cuidado los envoltorios, que dejó caer al suelo.

Will lo observaba mientras iba desprendiendo las capas de la cebolla, acercándose cada vez más al pergamino de la cubierta. A pesar de la trascendencia del momento, lo que más le preocupaba era que Kenyon pisara el plástico de burbujas y despertara a Phillip con los chasquidos.

Una vez retirada la última capa, Spence abrió el libro con delicadeza. Se quedó contemplando la primera página, asimilando la información. Kenyon, inclinado, miraba por encima de su hombro.

—Sí —musitó débilmente.

Will, desde el otro lado de la habitación, vio que los renglones estaban tan apretados que la página casi parecía teñida de negro. Descifrar los nombres escritos a mano era muy distinto que leer los tipos de letra asépticos y modernos de la base de datos en el ordenador de Shackleton. Un ser humano había mojado una pluma de ave en un tintero decenas de miles de veces para rellenar esas páginas. En aquel momento, ¿qué demonios le pasaba por la cabeza al autor? ¿Quién había sido? ¿Cómo había logrado esa hazaña?

Cottle rompió el encanto. Pese a su expresión anodina, hablaba con buena dicción.

—Diversos expertos lo han analizado. Gente de Oxford y Cambridge. Nadie tenía la menor idea de qué era o de dónde había salido, aparte del hecho evidente de que se trata de un registro de nacimientos y fallecimientos. Nos preguntábamos si tendrían ustedes alguna información sobre su origen.

Spence y Kenyon alzaron la vista a la vez. Spence no dijo nada, así que Kenyon tuvo que responder diplomáticamente, yéndose por las ramas.

—Nos interesa mucho esa época. A principios del siglo XVI estaban ocurriendo muchas cosas. Es un libro único, y vamos a documentarnos al

respecto. Si encontramos respuestas, con gusto se las comunicaremos.

—Se lo agradecería. Tenemos mucha curiosidad, como es natural. Han desembolsado una suma desmedida por un libro cuya importancia desconocemos. —Cottle recorrió la habitación con la mirada—. ¿Es suyo este piso, señor?

Will clavó los ojos en Cottle, suspicaz. Algo en sus comentarios le parecía fuera de lugar.

—Sí. Todo mío.

—¿También usted es de Nueva York, señor Spence?

Spence le respondió de forma evasiva.

—Somos del Oeste. —Decidió cambiar de tema—. De hecho, puede usted ayudarnos.

—Si está en mi mano...

—Háblenos del vendedor, del tal Cantwell.

—Llevo poco tiempo trabajando en la empresa, pero según me han dicho, es como tantos otros clientes, rico en tierras pero sin liquidez. Mi supervisor, Peter Nieve, visitó Cantwell Hall para inspeccionar la remesa. Es una vieja finca de campo en Warwickshire que pertenece a la familia desde hace siglos. Lord Cantwell estaba allí, pero Nieve habló principalmente con su nieta.

—¿Qué dijeron sobre este libro?

—No gran cosa, creo. Obra en su poder desde que lord Cantwell recordaba. Suponía que su familia lo había conservado durante generaciones, pero no se ha transmitido ningún relato oral relacionado con él. Creía que era una especie de censo de ciudades o pueblos, tal vez de todo el continente, dada la gran variedad de lenguas. Lord Cantwell no le tenía mucho apego, pero al parecer su nieta sí.

—¿Y eso por qué? —preguntó Spence.

—Le dijo a Peter que siempre había sentido cariño por ese libro, que no sabía explicar por qué, pero que tenía la sensación de que era especial y lamentaba tener que desprenderse de él. Lord Cantwell no sentía lo mismo.

Spence cerró el volumen.

—¿Eso es todo? ¿Esa gente no sabía nada más sobre la historia del libro?

—Es todo lo que me han contado.

—Había otro postor —señaló Spence.

—Otro postor principal —precisó Cottle.

—¿Quién era?

—No me está permitido decirlo.

—¿De qué nacionalidad era? —insistió Kenyon—. ¿Puede decirnos eso al menos?

—Estadounidense.

—¿Estaba demasiado interesado en nuestros asuntos o es cosa mía? —preguntó Will cuando Cottle se marchó.

Spence se rio.

—Los tiene en ascuas que haya alguien que sepa más del libro que ellos. Seguramente están muertos de miedo por la posibilidad de haberlo malvendido.

—Pues lo han hecho —afirmó Kenyon.

—Un estadounidense estaba compitiendo contigo —dijo Will.

Spence sacudió la cabeza.

—Espero de verdad que ese hijo de puta no trabaje en Nevada. Tenemos que andarnos con pies de plomo, no bajar la guardia. —Dio unos golpecitos a la cubierta del libro—. Qué, Will, ¿quieres echarle un vistazo?

Will lo cogió del regazo de Spence y se reclinó en el sofá. Abrió el libro por una página al azar y se sumergió durante unos minutos en una serie de vidas extinguidas hacía mucho tiempo, en un libro de almas.

## Capítulo 9

Cottle subió de nuevo al taxi que lo esperaba y pidió al conductor que lo llevara al Grand Hyatt, donde tenía una habitación reservada. Pensaba darse una ducha rápida y después pasear por la ciudad. Tal vez se pasaría por un par de clubes antes de rendirse a la fatiga de un día inesperadamente largo. Mientras el taxi arrancaba, Cottle le dejó un mensaje breve a Toby Parfitt en el buzón de voz de la oficina para comunicarle que había realizado la entrega con éxito. Tenía que hacer una segunda llamada, pero esperaría a estar solo en el hotel.

Frazier debía tomar una decisión sobre el terreno: seguir al mensajero y sacarle información potencialmente importante o ir directo a por Piper y el libro. Necesitaba saber si Piper estaba solo. ¿En qué situación se encontraría si irrumpía por la fuerza? Si acababa metido en líos con la policía esa noche, lo crucificarían.

Le habría gustado tener una unidad de refuerzo preparada, pero no la tenía. Como conocía la fecha del fallecimiento de Cottle, su instinto le dijo que fuera primero a por el mensajero. Cuando el coche, con DeCorso al volante, empezó a alejarse del edificio de Will, Frazier alzó la vista hacia las ventanas iluminadas de la sexta planta y prometió para sus adentros que volvería más tarde.

En el Midtown, el taxi dejó a Cottle frente a la entrada del Hyatt de la avenida Vanderbilt. El joven bajó al cavernoso vestíbulo por la escalera mecánica. Mientras se registraba en recepción, Frazier y DeCorso lo observaban desde la zona de ascensores. Tarde o temprano Cottle tendría que dirigirse hacia allí.

—Intimídalo —le susurró Frazier a DeCorso—, pero no hace falta que lo destroces a hostias. Hablará. No es más que un mensajero. Averigua qué sabe de Piper y por qué quería el libro. Sonsácale si había alguien más en su piso. Ya sabes lo que hay que hacer.

DeCorso soltó un gruñido y Frazier se escabulló al bar del rincón del vestíbulo para que Cottle no lo descubriera.

Pidió una cerveza y encontró una mesa desocupada donde bebérsela tranquilamente. Había despachado la mitad cuando sonó su teléfono.

Era uno de sus hombres del centro de operaciones, que hablaba atropelladamente.

—Tenemos información sobre su objetivo, Adam Cottle.

Frazier no se sorprendía con facilidad, pero la noticia lo pilló desprevenido. Finalizó la conversación con un simple «vale» cargado de irritación y se quedó mirando su BlackBerry, intentando decidir si llamar a DeCorso. Dejó el teléfono sobre la mesa y apuró la otra mitad de la cerveza con un par de tragos. Seguramente era demasiado tarde para abortar la misión. Dejaría que siguiera adelante. Tal vez le costaría muy caro, pero no tenía alternativa. «El destino es la leche —pensó—. La cosa más descabellada del mundo.»

DeCorso siguió a Cottle al ascensor y levantó la mirada hacia la parte del techo donde suponía que estaba instalada la cámara de seguridad. Si las cosas se torcían, la policía se centraría en él —de eso no había la menor duda— después de descartar a los demás ocupantes del ascensor. Daba igual. Él no existía. Ni su cara, ni sus huellas, ninguna información constaba en otra base de datos que no fuese la del archivo del personal de Groom Lake; todos los vigilantes estaban fuera del sistema. Intentar investigarlo sería como buscar un fantasma.

Cottle pulsó el botón de su planta.

—¿A qué piso va? —le preguntó cortésmente a DeCorso, el único que no había pulsado un botón.

—Al mismo que usted —respondió DeCorso.



Los dos salieron en la planta veintiuno. DeCorso se rezagó, fingiendo que buscaba su llave mientras Cottle consultaba el letrero que indicaba la dirección de las habitaciones y se encaminaba hacia la izquierda. El pasillo era largo y estaba desierto. Cottle tiraba de su maleta con los andares de quien se siente libre y despreocupado, propios de un soltero con una generosa cuenta de gastos para pasar una noche en la ciudad. Estaba cobrando nuevas fuerzas justo en el momento adecuado.

Introdujo la llave en la ranura y una luz verde parpadeó. Su maleta aún no había cruzado el umbral cuando un ruido lo hizo mirar atrás. El hombre del ascensor estaba a un metro y se acercaba a toda velocidad.

—¡Eh! —exclamó Cottle al verlo.

DeCorso cerró la puerta tras ellos de una patada.

—Esto no es un atraco —se apresuró a aclarar—. Tengo que hablar con usted.

Inexplicablemente, Cottle no parecía asustado.

—Ah, ¿sí? Pues lárgate de aquí y llámame por teléfono. ¿Estás sordo, colega? Que te largues, joder.

DeCorso no daba crédito. Aquello le estaba rompiendo los esquemas. El chico debería estar hecho un manojito de nervios, suplicando por su vida, ofreciéndole la cartera. En cambio, le estaba plantando cara.

—Dígame qué sabe de Will Piper, el tipo con el que acaba de reunirse —le ordenó.

Cottle soltó la maleta, y abrió y cerró los puños varias veces como si estuviera calentando para una pelea.

—Oye, no tengo ni puta idea de quién eres, pero o te vas por las buenas o te parto en dos y tiro las dos mitades fuera.

—No me pongas las cosas más difíciles de lo que son —le advirtió DeCorso aunque estaba pasmado ante la agresividad del muchacho—. Has pisado mierda, chaval. Vas a tener que colaborar.

—¿Para quién trabajas? —quiso saber Cottle.

DeCorso sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Tú me estás haciendo preguntas a mí? Tienes que estar de guasa. —Había llegado el momento de ejercer un poco de presión. Sacó una navaja del

bolsillo del abrigo y la abrió con un movimiento rápido de la muñeca—. El libro. ¿Para qué lo quiere Piper? ¿Había alguien más con él esta noche? Dímelo y me esfumaré. Juega conmigo y verás lo que es bueno.

Por toda respuesta, Cottle se agachó, se encogió y de pronto se abalanzó sobre DeCorso. Lo estampó contra la puerta, y la fuerza del golpe hizo que la navaja cayera sobre la moqueta. De forma instintiva, DeCorso lanzó los puños contra la nuca de Cottle y lo apartó de un rodillazo en la barbilla.

Estaban a menos de un metro el uno del otro; se miraron durante una fracción de segundo antes de colisionar de nuevo. DeCorso vio que Cottle adoptaba la postura agazapada de un luchador entrenado, de un profesional, lo que no hizo más que aumentar su desconcierto. Bajó la vista hacia la navaja, y Cottle aprovechó ese instante para atacar otra vez, con una lluvia de puñetazos y patadas dirigidas al cuello y la entrepierna.

DeCorso usó su mayor masa corporal para parar los golpes y apartar a Cottle de la puerta. Echó una ojeada a la habitación en busca de otra arma. El tipo no iba a dejar que recuperase la navaja, y DeCorso no iba a poder neutralizarlo con las manos desnudas. El chico era demasiado hábil.

DeCorso embistió, y Cottle retrocedió, con tan mala fortuna que tropezó con su maleta y perdió el equilibrio. Cayó despatarrado, de espaldas, con la cabeza cerca de la mesita de noche. DeCorso arrojó sus ciento quince kilos de peso sobre el hombre, más menudo que él, y oyó el sonido del aire al salir del pecho oprimido de Cottle.

Antes de que este pudiera contraatacar con patadas o golpes, DeCorso extendió el brazo hacia la radio despertador y arrancó la clavija de la pared. Fuera de sí, bajó la contundente caja de plástico con fuerza sobre la mejilla de Cottle y siguió atizándole una y otra vez como un martillo pilón hasta que la radio quedó reducida a trozos de plástico y placas de circuitos, y la cara de Cottle, a un amasijo de sangre y huesos rotos. El chico gemía y maldecía entre secreciones.

DeCorso cayó de rodillas y torció el tronco para coger la navaja.

¿Dónde estaba?

Entonces la vio, destellando hacia él en la mano de Cottle. La hoja atravesó su abrigo y se quedó enganchada a la tela durante el tiempo

suficiente para que DeCorso aferrase el antebrazo de Cottle con las dos manos y le partiese el hueso contra su rodilla.

El alarido salvaje de Cottle hizo que DeCorso perdiera el control. De repente, sus años de entrenamiento y disciplina se desmoronaron como un puente que una crecida arranca de sus pilares. La navaja estaba ahora en su mano y, sin un segundo de reflexión consciente, DeCorso se agachó, rajó el lado derecho del cuello ya ensangrentado del hombre, seccionando limpiamente la arteria carótida y se dejó caer hacia atrás para evitar el chorro de sangre.

Se quedó sentado, jadeando e intentando recuperar el aliento mientras miraba cómo Cottle moría desangrado.

Cuando logró recobrar la calma, cogió la cartera y el pasaporte de Cottle, y, para despistar, revolvió y dispersó el contenido de su maleta. Encontró el papel con la dirección de Piper y se lo guardó en el bolsillo.

Se marchó, con la respiración agitada.

La prensa hablaría del suceso durante dos días, antes de que los periodistas de la edición metropolitana perdieran el interés. Un hombre de negocios joven y extranjero había sido la desdichada víctima de un robo con violencia en un hotel.

Una tragedia, pero eran cosas que pasaban en la gran ciudad.

Will ni siquiera se fijó en la noticia. Tenía otras cosas en la cabeza.

En Londres, empezaron a saltar las alarmas cuando el siempre fiable Cottle no hizo su segunda llamada. El oficial al mando se preocupó lo bastante para llamar al móvil de Cottle, pero no obtuvo respuesta. Aunque era noche cerrada, en el edificio del Servicio Secreto de Inteligencia en Vauxhall Cross las luces siempre estaban encendidas. El jefe de la sección de Cottle en el SIS le pidió a un ayudante que telefonara al Grand Hyatt para comprobar que se hubiese registrado.

Un recepcionista subió a la habitación de Cottle, aporreó la puerta y al entrar se encontró con una escena dantesca.

## Capítulo 10

Kenyon tenía el libro. Pasaba las páginas con sus largos dedos, inclinado sobre él en una postura reverencial. Durante todos los años que había pasado en Área 51, nunca había podido permitirse el lujo de coger uno de los libros sin que la mirada hostil de un vigilante le crispase los nervios.

Aunque los tres hombres estaban callados, Will se llevó una sorpresa desagradable cuando se abrió la puerta del dormitorio.

Nancy, en bata, se quedó mirándolos con los ojos entornados.

—Lo siento —dijo Will—. Creía que no estábamos haciendo ruido.

—No podía dormir.

Contempló a Spence en su silla de ruedas y a Kenyon en el sofá con el libro abierto sobre las rodillas.

—Señora Piper —dijo Spence—, le pido disculpas por invadir su hogar. Nos marcharemos enseguida.

Ella sacudió la cabeza, malhumorada, y entró en el cuarto de baño.

Will tenía una expresión de culpabilidad, de marido en apuros. Al menos Phillip no lloraba.

—¿Podrías empaquetarlo de nuevo, Alf? Deberíamos irnos —dijo Spence.

Kenyon no le hizo caso. Estaba absorto, comparando las guardas del principio y del final, apretándolas con la punta carnosa de sus dedos.

—Hay algo en la contraportada que no está bien —susurró—. Nunca había visto una así. —Se acercó a la silla de Spence y le colocó el volumen sobre el regazo.

—Enséñamela —exigió este.

—Es demasiado gruesa y mullida. ¿Lo notas?

Spence hincó el dedo índice en la guarda posterior.

—Es verdad. Will, ¿no tendrás por ahí un cuchillo afilado?

—¿Quieres cortarla? —preguntó Kenyon.

—Acabo de pagar trescientos mil dólares por este privilegio.

Will tenía una preciosa navaja plegable William Henry, afilada como una cuchilla de afeitar, que su hija le había regalado por Navidad.

Mientras él la buscaba en el cajón de la mesa de centro, Nancy salió del baño y le clavó una mirada más punzante que la hoja de la navaja antes de cerrar la puerta del dormitorio con un chasquido.

Spence cogió el utensilio y, sin vacilar, hizo un corte de veinte centímetros a lo largo del borde de la guarda. Acto seguido, plegó la navaja, ahuecó el papel e intentó colocarlo de manera que le diese la luz.

—No veo bien. ¿Tienes unas pinzas?

Con un suspiro, Will fue al baño a buscar las de Nancy.

Spence introdujo las pinzas para las cejas en la hendidura, y hurgó y tiró hasta que apareció la punta de algo.

—¡Aquí hay algo! —Lo sacó lentamente.

Era un pergamino doblado.

La hoja de color crema se había conservado sorprendentemente tersa y flexible, protegida durante muchos años de la luz y de los elementos. Spence la desdobló una vez, luego otra.

Tenía un texto escrito en una letra arcaica, perfectamente centrada en la página, de trazo seguido y esmerado.

—Alf, no llevo las gafas. ¿Qué es? —Se la tendió a su amigo.

Kenyon la estudió, moviendo la cabeza con incredulidad, y la leyó en silencio.

—Es increíble. Increíble —murmuró.

—¿El qué? —resolló Spence, impaciente—. ¡Qué! Su amigo tenía los ojos llorosos.

—Es un poema. Un soneto, de hecho, fechado en 1581. Hace referencia al libro; estoy seguro de ello.

—¡Sí, hombre! —exclamó Spence, en una voz demasiado fuerte que hizo

que a Will le rechinaran los dientes—. Léemelo.

Kenyon lo leyó en alto.

### ***EL ENIGMA DEL DESTINO***

*Cuando Dios quiso mostrarnos el caprichoso destino  
y las puertas del porvenir abrió de par en par,  
hombres sabios intentaron encubrirlo.*

*Que los secretos se conozcan tú, él, debéis evitar;  
mantenedlos ocultos en lugar seguro.*

*Las piezas del enigma son cuatro,  
por si hombres arrogantes e ilusos  
intentaran desentrañarlo;*

*bajo la llama de Prometeo está la primera;  
la siguiente, tras el suave viento flamenco;*

*la tercera, muy alto, sobre el nombre de un profeta,  
y la cuarta, con el hijo que cometió un pecado horrendo.*

*Cuando llegue el momento de que el hombre humilde lo sepa,  
roguemos por que Dios nos tenga en su gracia eterna.*

***W.Sh. 1581***

Kenyon temblaba de la emoción.

—¡W. Sh.! ¡Por Dios santo!

—¿Te dice algo eso? —preguntó Will.

Kenyon apenas podía hablar.

—Caballeros, creo que esto lo escribió Shakespeare. ¡William Shakespeare! ¿Alguno de vosotros sabe en qué año nació?

Ninguno de los dos lo sabía.

—¿Tienes ordenador?

Will encontró su portátil debajo de una revista.

Kenyon se lo arrebató de las manos para conectarse a internet y accedió a toda prisa a una de las webs sobre Shakespeare que encontró en Google. Sus ojos recorrieron a saltos el primer párrafo.

—Nació en 1564. En 1581 tendría diecisiete años. Sus primeros años

están envueltos en un misterio. No apareció en la vida pública hasta 1585, en Londres, como actor. ¡Stratford-upon-Avon, su ciudad natal, está en Warwickshire! También Cantwell Hall está allí. —Miró de nuevo el pergamino—. «Que los secretos se conozcan tú, él...» ¡Es un juego de palabras! «Can tú, él»... Cantwell. A Shakespeare le encantaban los juegos de palabras, eso es sabido. El poema es un acertijo. En él se da una serie de pistas, sin duda sobre el origen de este libro. Las claves se encuentran ocultas en Cantwell Hall. ¡Estoy seguro de ello, Henry!

Spence estaba boquiabierto. Aumentó el flujo de oxígeno ligeramente para recobrar las fuerzas.

—¡Joder! ¡Ya decía yo que este libro era especial! Tenemos que ir allí cuanto antes.

Al decir «tenemos», miró directamente a Will.

Cuando DeCorso regresó al coche, a Frazier no le hizo falta preguntarle cómo le había ido. Las magulladuras de su cara lo decían todo.

—¿Qué ha pasado?

—Era un profesional.

—Ah, ¿sí?

DeCorso se tocó el labio hinchado.

—¡Era un profesional! —repitió, a la defensiva.

—¿Has logrado sacarle algo?

—No.

—¿Por qué no?

—Opuso resistencia. Era o él o yo.

Frazier sacudió la cabeza.

—¡Joder!

—Lo siento. —Le entregó a Frazier los papeles de Cottle.

Frazier examinó la cartera. Contenía un carnet de conducir, una tarjeta de crédito y algunos billetes. Su pasaporte británico parecía normal y corriente.

DeCorso estaba reviviendo la experiencia en su cabeza.

—Ese tipo parecía entrenado como miembro de un comando. He tenido

suerte. Podría haber sido yo.

—Era del SIS.

—¿Cuándo te has enterado de eso?

—Un minuto antes de que entraras allí.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Sabía que saldrías bien librado.

Enfadado, DeCorso cruzó los brazos sobre su pecho agitado y se quedó en silencio.

Frazier sacudió la cabeza otra vez. ¿Qué otra cosa podía joderse en una operación tan sencilla?

Para pasar el rato en el bar, había elaborado una lista. Se la tiró a DeCorso, que aún parecía algo alterado, sentado en el asiento del pasajero. El coche estaba aparcado junto a la acera, a unas pocas manzanas del hotel.

—Hazme el favor de buscar las fechas de defunción de estas personas.

—¿Quiénes son?

—La familia de Will Piper. Todos sus parientes.

DeCorso puso manos a la obra sin decir palabra, todavía echando humo y resoplando.

—Acabo de enviar los resultados a tu BlackBerry —dijo al cabo de unos minutos.

El dispositivo emitió un pitido mientras él hablaba. Frazier abrió el correo electrónico y estudió las fechas de fallecimiento de todos los seres que a Will le importaban en el mundo.

—Al menos esta es una buena noticia —comentó Frazier—. Muy buena.



# Capítulo 11

A la mañana siguiente, muy temprano, Will se levantó de la cama para salir a correr un rato antes de que despertara su familia. El sol brillaba ya, esplendoroso y tentador, y penetraba como una espada dorada entre las cortinas de la habitación.

Will encendió la cafetera y observó hipnotizado el líquido que goteaba del filtro a la jarra, tan embebido en sus pensamientos que no reparó en la presencia de Nancy hasta que ella abrió la nevera para sacar el zumo de naranja.

—Perdona por lo de anoche —se apresuró a decir él—. Les di su libro y se marcharon.

Ella no respondió. «¿Con que esas tenemos?», pensó Will.

Insistió, inasequible al desaliento.

—El libro era la hostia en bicicleta. Algo increíble.

Ella no quería escuchar nada al respecto.

—Había un poema oculto en el libro. Creen que lo escribió William Shakespeare.

Notó que Nancy se esforzaba por fingir desinterés.

—Si quieres verlo, lo he escaneado e impreso. La copia está en el cajón de arriba del escritorio.

Como ella no respondió, él cambió de táctica y le dio un abrazo, pero ella se quedó rígida, sujetando el vaso de zumo con el brazo extendido. Will la soltó.

—Esto tampoco te hará mucha gracia, pero me voy a Inglaterra un par de días.

—¡Will!

Él ya tenía el discurso ensayado.

—He llamado a Campanilla esta mañana. Puede venir las horas que le pidamos. Henry Spence correrá con los gastos, y encima me pagará una pasta gansa que no nos vendrá nada mal. Además, me moría de ganas de tener algo que hacer. Será bueno para mí, ¿no crees?

Ella estaba furiosa, con las pupilas contraídas y las ventanas de la nariz dilatadas. Rompió su silencio y se le lanzó directamente a la yugular.

—¿Tienes idea de cómo me hace sentir esto? —bramó—. ¡Nos estás poniendo en peligro! ¡Estás poniendo a Philly en peligro! ¿De verdad crees que esa gente de Nevada no se dará cuenta de que andas metiendo las narices en sus asuntos?

—No haré nada que incumpla mis acuerdos con ellos, solo investigaré un poco para intentar responder a las preguntas de un moribundo.

—¿Quién?

—Ya lo has visto en ese chisme con ruedas y con la máquina de oxígeno. Sabe cuándo le llegará la hora. Será dentro de una semana. Haría el viaje él mismo si pudiera.

Sus palabras no la conmovieron.

—No quiero que te vayas.

Se sostuvieron la mirada, como en un duelo. De pronto, Philly rompió a llorar y Nancy se alejó pisando fuerte, literalmente, dando pasos ruidosos sobre las baldosas de la cocina y dejando a Will malhumorado y tan solo como el café que se estaba tomando.

A Frazier lo sacaba de quicio que, con la de recursos que el gobierno de Estados Unidos tenía a su disposición, él tuviera que compartir habitación porque las tarifas de hotel en Nueva York superaban las dietas que les asignaba el departamento. Y eso que era un hotel de segunda categoría, con una moqueta esponjosa y mugrienta que despedía Dios sabe qué emanaciones con olor a rancio. Frazier estaba despatarrado en una de las dos camas sencillas, en calzoncillos, tomándose una taza del asqueroso café del servicio

de habitaciones. En la otra cama, DeCorso trabajaba con su ordenador portátil, con la cabeza rodeada por un buen par de auriculares acústicos.

El teléfono móvil de Frazier empezó a sonar. La pantalla indicaba que lo llamaban desde la línea privada del secretario Lester en el Pentágono. Frazier notó que el intestino delgado se le contraía en un espasmo involuntario.

—Frazier, no se lo va a creer —dijo Lester, conteniendo la ira como un burócrata experimentado—. ¡Ese tal Cottle trabajaba para el Servicio! ¡Era del SIS!

—Eso les pasa por espiar a sus amigos —murmuró Frazier.

—No parece usted sorprendido.

—Porque ya lo sabía.

—¿Lo sabía? ¿Antes o después?

—Antes.

—¿Y aun así lo ha hecho matar? ¿Es eso lo que me está diciendo?

—No lo he hecho matar. Atacó a mi hombre, y él se defendió. Además, era el día que le tocaba morir. Si no lo hubiéramos hecho nosotros, lo habría hecho un bocadillo de carne o un resbalón en la ducha. Sea como fuere, era hombre muerto.

Lester hizo una pausa lo bastante larga para que Frazier se preguntara si se había cortado la comunicación.

—Por Dios santo, Frazier, este asunto es de locos. Debería habérmelo contado de todos modos.

—Es mi responsabilidad, no la suya.

—Se lo agradezco, pero eso no quita que tengamos un problema. Los ingleses están cabreados.

—¿Sabemos cuál era su misión?

—No sueltan prenda. Todavía tienen clavada la espina de Vectis, al menos los más veteranos.

—¿Saben que el libro era de la Biblioteca?

—Desde luego. Tienen la suficiente memoria institucional entre su Ministerio de Defensa y sus servicios de inteligencia militar para acordarse de Vectis cada vez que hacemos una predicción descabellada que luego se cumple. Es lo que está pasando ahora con Mano Tendida. Están convencidos

de que sabemos más sobre Caracas de lo que les decimos, y francamente nos tienen hasta la coronilla con sus preguntas y sus quejas. Usted y yo sabemos perfectamente que a los ingleses les encantaría recuperar su Biblioteca.

—De eso estoy seguro.

—Fueron unos idiotas al cedérsola en 1947, pero eso es historia pasada.

—¿Cuál era su plan?

—Enviaron a su hombre a infiltrarse en la casa de subastas para mantener el libro vigilado. Seguramente se enteraron de su existencia de la misma forma que nosotros, a través de un filtro de internet. A lo mejor querían pillarle a usted con las manos en la masa para tenernos bien cogidos. Quién sabe. Debían de estar enterados de que usted es de Groom Lake. Cuando otro comprador se hizo con el libro, siguieron el rastro. Está claro que querían tener ventaja sobre nosotros, de eso no me cabe la menor duda.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Frazier.

—Que recupere el libro y averigüe qué se trae entre manos ese hijo de puta de Will Piper. Y luego, que nos inmunice. El suceso de Caracas está al caer, y no hace falta que le diga que cualquiera que joda la operación Mano Tendida puede darse por muerto. Quiero noticias tuyas cada pocas horas.

Frazier colgó. Caracas estaba poniendo histérico a todo el mundo. El propósito principal de la búsqueda sistematizada de información en Área 51 era utilizar los conocimientos sobre acontecimientos futuros para decidir qué política adoptar y qué medidas preventivas tomar. Pero Mano Tendida estaba elevando su misión a un nivel sin precedentes. Aunque Frazier no era un experto en política, estaba casi seguro de que en ese momento una filtración dinamitaría el gobierno. Lo haría volar en pedazos.

Decaído, miró a DeCorso, que estaba aislado del mundo con sus auriculares. Parecía necesitar urgentemente una bolsa de hielo en la cabeza. Llevaba toda la mañana proporcionando a Frazier un flujo constante de información relacionada con tareas de vigilancia: Piper había llamado a la canguro para pedirle que trabajara unas horas más. Iba a marcharse unos días, pero no había dicho adónde. Por fin, otro equipo de vigilantes había llegado en avión. Uno de ellos había seguido a Piper mientras corría junto al río y después, mientras iba a hacer la compra con su mujer y su hijo. Las

actividades propias de un sábado.

Pero DeCorso acababa de enterarse de un notición. Permaneció conectado unos minutos más para obtener las respuestas a las preguntas que sabía que Frazier le haría. Cuando terminó, se quitó los auriculares. No era solo un notición: era un bombazo. Un misil nuclear de trescientos megatones.

Frazier notó por su expresión que tenía algo importante que comunicarle.

—¿Qué? ¿Qué pasa ahora?

—Conoces a Henry Spence, ¿verdad? —preguntó DeCorso.

Frazier asintió. Lo sabía todo acerca del Club 2027, un puñado de vejstorios inofensivos. Los vigilantes les echaban una ojeada de vez en cuando, pero la opinión general era que Spence no dirigía más que un club social para jubilados con pretensiones. Nada prejudicial ni ilegal. Joder, seguramente él mismo se apuntaría cuando entregase su placa, si es que lo aceptaban, cosa no muy probable.

—¿Qué ocurre con él?

—Acaba de llamar a Piper, de móvil a fijo, así que ni se imaginan que lo tiene pinchado. Spence está en Nueva York. Le ha comprado a Piper un billete en primera clase a Londres con la vuelta abierta. Sale esta noche.

Frazier puso los ojos en blanco.

—¡Dios santo! Sabía que Piper no estaba solo en esto, pero... ¿Henry Spence? ¿Tanta pasta tiene, o es que lo financia otro?

—Está forrado. Su mujer murió y tenía mucho dinero. Pero eso no es todo.

Frazier sacudió la cabeza y le dijo que desembuchara.

—Está enfermo. Su fecha de fallecimiento es dentro de ocho días. Me pregunto si será por causas naturales o por nosotros.

Frazier se estaba poniendo los pantalones a toda prisa.

—Vete a saber.

## Capítulo 12

A Will le gustó la sensación de volver a ponerse en marcha, viajando ligero de equipaje, como en los viejos tiempos. Había descansado como todo un señor durante la noche en un confortable asiento de primera clase que, por un capricho del destino que él jamás sospecharía, estaba destinado originalmente al joven y difunto Adam Cottle. Will no era un viajero internacional experimentado, pero había estado en el Reino Unido y en el continente europeo varias veces por asuntos del FBI. Incluso había dado, unos años atrás, una charla en la New Scotland Yard titulada «El asesino en serie y el sexo: la experiencia americana». Había tenido un público nutrido y, después, un grupo de detectives de alto rango se lo llevaron de bares, lo que, como era previsible, acabó en amnesia.

En ese momento estaba recorriendo la llana campiña inglesa en el vagón de primera clase de un Chiltern Rail, tras haber salido de la estación de Marylebone en dirección a Birmingham. La extensa masa gris de Londres había cedido el paso a los tonos terrosos de los campos de cultivo, a una paleta de verdes y marrones algo apagados debido a la humedad de ese día lluvioso de otoño. Como el tren avanzaba a toda máquina, el agua formaba regueros horizontales en las ventanas. Se le cerraban los párpados mientras contemplaba las tierras labradas, las balas de heno y los anodinos y funcionales cobertizos de granja que pasaban como una exhalación. Poblaciones pequeñas ocupaban la ventana durante unos segundos y luego desaparecían. Will tenía el compartimiento para él solo. Era un domingo de temporada baja para el turismo.

Se imaginó que, en casa, Nancy se levantaría temprano y más tarde

sacaría a Phillip a pasear en el cochecito, si no estaba diluviando también en Nueva York. Había olvidado consultar el pronóstico del tiempo antes de partir, pero, de cualquier manera, estaba convencido de que Nancy tendría sobre su cabeza un pequeño nubarrón de tormenta particular. Cuando él finalizara su búsqueda del tesoro, se pasaría unas horas en Harrods intentando arreglar el desaguisado con regalos. Al fin y al cabo, podría permitírselo. Le había dado vergüenza decírselo a Nancy, pero Spence le había hecho una oferta exorbitante. Nunca se había considerado una persona que se dejara seducir por el dinero, aunque también era cierto que nadie le había ofrecido nunca tanta pasta. Como experiencia nueva, no era desagradable.

¿Cuánto iba a cobrar por la misión? ¡Un cheque por cincuenta mil dólares y el título de propiedad de la caravana! En cuanto Spence la palmara, el vehículo sería suyo. No sabía cómo pagaría el combustible que consumía, pero en el peor de los casos dejaría el trasto en un parque de caravanas en el noroeste de Florida y lo convertiría en su refugio para las vacaciones.

Aunque no había sucumbido a la tentación más irresistible. Spence quería saber las fechas de fallecimiento de su familia, pero Will se negaba a ceder en ese punto. La cifra que Spence había puesto sobre la mesa había dejado a Will sin aliento, pero no había dinero suficiente en el planeta. Si incumplía flagrantemente sus acuerdos de confidencialidad, la apreciación de Nancy sería correcta: estaría llevando a su familia al matadero.

Se despertó al oír la voz del revisor por el altavoz y miró su reloj, parpadeando. Llevaba casi una hora adormilado, y el tren reducía la velocidad, ya a las afueras de la ciudad-mercado.

Stratford-upon-Avon. La tierra de Shakespeare. La situación era tan irónica que Will no pudo evitar sonreír. Lo habían admitido en Harvard porque era capaz de placar a un corredor con un balón de fútbol americano entre las manos, no por sus dotes para la literatura. No había leído ni una palabra de Shakespeare en su vida. A sus dos ex esposas les pirraba el teatro, pero por lo visto no era una afición contagiosa. Incluso Nancy intentó convencerlo de ir a ver un éxito de taquilla, *Macbeth*, si mal no recordaba, pero él había puesto una cara tan larga que ella había desistido. Pese a que Will era incapaz de imaginar por qué sus obras despertaban tantas pasiones,

allí estaba, en poder del que tal vez fuera el objeto más raro de Shakespeare, posiblemente el único texto escrito sin lugar a dudas de su puño y letra.

En la estación reinaba la tranquilidad propia de un domingo; solo había un puñado de taxis en la parada. Un taxista estaba de pie junto a su coche, fumándose un cigarrillo bajo la llovizna, con la gorra empapada. Tiró la colilla a un lado y le preguntó a Will adónde iba.

—A Wroxall —respondió Will—. A un sitio llamado Cantwell Hall.

—Ya decía yo que no tenía usted pinta de fan de Willie Wonka —comentó el taxista, mirándolo de hito en hito. Will no entendió a qué se refería—. Ya sabe, Willie Shake Rattle and Roll, el gran bardo y toda la pesca.

«Qué buen ojo tiene la gente en estos tiempos», pensó Will.

Wroxall era una población pequeña situada unos quince kilómetros al norte de Stratford, en el corazón del bosque de Arden, del que apenas quedaba rastro, pues se habían talado los árboles hacía siglos en aras de la agricultura. Los normandos habían calificado Arden de «tierra hermosa y salvaje». Pero los adjetivos que mejor la describían en la actualidad eran agradable y tranquila.

El taxi circulaba por carreteras secundarias entre espesos setos de arces menores, espinos y avellanos, campos arados y rastrojos.

—Ha traído consigo el buen tiempo —comentó el taxista.

Will no tenía ganas de chachara.

—La mayoría de la gente que va a Wroxall se queda en el centro de conferencias de Abbey Estate. Un lugar precioso, reformado hace unos diez años, con un hotel de lujo y todo. Allí tenía su casa de campo Christopher Wren.

—No es allí adónde voy.

—Ya me lo ha dicho. Nunca he estado en Cantwell Hall, pero sé dónde está. ¿Qué le trae por aquí, si no es indiscreción?

Will se preguntó qué pensaría el tipo si le contara la verdad. «Estoy aquí para resolver el mayor misterio del mundo, chófer. El sentido de la vida y la muerte, el principio y el fin. Y, ya que estamos, la existencia de Dios también. Para eso estoy aquí.»



—Asuntos de trabajo —dijo.

El pueblo en sí era muy poca cosa. Unas docenas de casas, un pub, una oficina de correos y una tienda que vendía de todo.

—El pueblo de Wroxall, visto y no visto —dijo el taxista asintiendo con la cabeza—. Solo faltan tres kilómetros.

La entrada de la finca de Cantwell no estaba señalizada; solo había un par de pilares de ladrillo que flanqueaban un camino de grava en cuyo centro había una franja de hierbajos. El camino descendía por un prado húmedo y cubierto de maleza, salpicado con los tonos desvaídos de las flores silvestres de finales de otoño, sobre todo de verónicas mustias y azules, y algún que otro conjunto de setas carnosas. A lo lejos, tras una curva pronunciada, se divisaba un tejado que sobresalía por encima de un seto alto de espinos que ocultaba casi todo el edificio.

Cuando se acercaron, las gigantescas dimensiones de la casa se hicieron evidentes. Era un batiburrillo de tejados a dos aguas y chimeneas, ladrillo visto, pálido y desgastado, sobre una estructura exterior de estilo Tudor y de una madera oscura y violácea. A través del seto, Will vio que la fachada central de la casa estaba totalmente recubierta de una hiedra que alguien a quien al parecer no se le daban muy bien las líneas ni los ángulos rectos había recortado en torno a las ventanas emplomadas de marco blanco. El techo de tejas y con vertientes en distintas direcciones verdeaba a causa del musgo, y casi semejaba un organismo vivo. Por lo que Will alcanzaba a ver de los enmarañados arriates del jardín delantero, estaban, en el mejor de los casos, mal cuidados.

Tras cruzar un frondoso pórtico formado por setos, el camino llegaba a una rotonda. El taxi se detuvo con un crujido de grava frente a una puerta con una rejilla de roble. Las ventanas delanteras, a oscuras, reflejaban la luz exterior.

—Esto parece una tumba —dijo el taxista—. ¿Quiere que le espere?

Will bajó y le pagó. De una de las chimeneas se elevaba una columna de humo. Decidió dejar que el hombre se fuera.

—No, no pasa nada —respondió, echándose la bolsa al hombro. Pulsó el botón del timbre y oyó las tenues notas de un carillón en el interior. El taxi

cruzó el segundo pórtico de setos y se alejó por el camino.

La entrada estaba a merced de los elementos, por lo que a Will, mientras esperaba que alguien diera señales de vida, se le estaba alisando el pelo bajo la lluvia. Al cabo de un minuto largo, tocó el timbre de nuevo y llamó con los nudillos para ponerle más énfasis.

La mujer que abrió la puerta estaba más mojada que él. Saltaba a la vista que la había pillado en la ducha y que se había puesto deprisa y corriendo unos vaqueros y una camiseta sin haberse secado antes.

Era alta y de figura estilizada, con un rostro expresivo de persona culta, la mirada firme y la tez joven y lozana, de color crema. Su cabellera rubia, que le llegaba a las clavículas, goteaba sobre su camiseta de algodón, y el contorno de sus pechos se traslucía bajo la tela mojada.

—Lo siento muchísimo —se disculpó—. El señor Piper, ¿verdad?

«Es preciosa», pensó Will. No era lo que más le convenía en ese momento.

—Sí, señora —dijo asintiendo, como todo un caballero sureño, y entró en la casa tras ella.

## Capítulo 13

El ama de llaves está en misa, el abuelo está sordo como una tapia y yo estaba en la ducha, así que me temo que ha pasado usted un buen rato a la intemperie con este tiempo tan horrible.

El vestíbulo, un espacio abovedado con una escalinata que ascendía hasta una galería en la primera planta, estaba en efecto como boca de lobo. Will tenía la sensación de encontrarse en un museo, y lo asaltó el temor a tirar sin querer un plato de porcelana, un reloj o un jarrón. Ella le dio a un interruptor, y una gigantesca araña de luces Waterford se iluminó sobre su cabeza como si hubiera estallado un cohete.

Ella cogió el abrigo de Will, lo colgó de un perchero y dejó la bolsa en un rincón, aunque él insistió en quedarse con su maletín.

—Vamos a sentarnos al calor del fuego, ¿le parece?

La pieza más llamativa del gran salón estilo Tudor, que estaba en penumbra, era una enorme chimenea, lo bastante grande para asar un cerdo. El marco era oscuro como el ébano, estaba labrado con todo detalle y la madera brillaba de tan antigua que era. Tenía una repisa maciza y un aspecto medieval a causa de la rectitud de sus líneas, pero en algún momento de su historia a alguien le había picado el gusanillo continental y había recubierto el panel de madera noble con una doble hilera de azulejos azules y blancos de Delft. Ardía un fuego modesto, que parecía pequeño y desproporcionado respecto al tamaño de la bóveda, mortecino. La chimenea no tiraba bien, y del hogar salían unas volutas de humo que flotaban hasta el techo alto de vigas de nogal. Por cortesía, Will se esforzó por no carraspear, pero no pudo contenerse.

—Siento lo del humo. Tendría que hacer algo al respecto. —Le indicó un sillón acolchado y lleno de bultos cerca de las llamas.

Al sentarse, Will percibió un ligero tufo a orina, áspero y acre. Ella se inclinó para echar un par de leños más al fuego y removió el montón con un atizador.

—Voy a preparar una cafetera y a ponerme un poco presentable. Prometo que no tardaré.

—Tómese su tiempo, señora, y no se preocupe por mí.

—Llámame Isabelle.

Él le sonrió.

—Will.

Con los ojos llorosos e irritados, paseó la vista por el salón. No tenía ventanas, y estaba abarrotado de muebles y siglos de bibelots. La zona próxima a la chimenea parecía la mejor conservada y la más acogedora. Los sofás y las butacas eran del siglo XX, diseñados para proporcionar una comodidad mullida. Había algunas lámparas para leer, mesas con pilas de periódicos y revistas, tazas de té y de café desperdigadas, marcas redondas y blancas de vasos mojados que alguien había dejado descuidadamente sobre la madera. La parte central y los bordes del gran salón eran más parecidos a un museo, y si Enrique VIII hubiese llegado a ese lugar después de una cacería, se habría sentido a gusto con sus aires de la época de los Tudor y su esplendor. Las paredes con paneles de nogal estaban cubiertas hasta el techo de tapices, piezas de taxidermia y cuadros de docenas de miembros del clan Cantwell barbudos y de rostro adusto que miraban desde lo alto de sus lienzos tiznados con sus gorgueras, sus togas y sus jubones, como una galería de alta costura masculina a lo largo de los siglos. Las cabezas de ciervo disecadas, con una expresión permanente de sorpresa ante su muerte, eran un recordatorio de lo que esos hombres hacían en sus ratos de ocio.

La mayor parte de los muebles reposaban sobre una enorme alfombra persa con los bordes raídos pero immaculada en el centro, protegido por una mesa de banquetes de roble rodeada de sillas tapizadas en rojo. Todos los respaldos acolchados llevaban una rosa Tudor bordada. Sobre ambos extremos de la mesa había un par de candeleros de plata, grandes como bates

de béisbol, que sostenían velas blancas la mitad de altas.

Al cabo de un rato, Will se levantó y curioseó por los recovecos oscuros del salón. Una capa de polvo cubría como un manto todas las superficies y objetos de arte. Haría falta un ejército de plumeros para limpiar tan solo una parte. Echó un vistazo por una puerta a otra habitación oscura, la biblioteca. Se disponía a entrar cuando Isabelle regresó portando una bandeja con café y pastas. Tenía el pelo más seco, recogido en una cola de caballo, y se había aplicado a toda prisa maquillaje y brillo de labios.

—Debería instalar más luces. Esto es como un mausoleo. Esta sala se construyó en el siglo XV. No parecían tener ningunas ganas de dejar entrar el sol, supongo que porque creían que era más saludable estar totalmente encerrados.

Mientras tomaban café, ella le hizo preguntas sobre su viaje y le comentó lo sorprendidos e intrigados que estaban por haber recibido una llamada del comprador de su libro. Estaba ansiosa por saber más, pero le pidió a Will que esperase a que su abuelo despertara de su siesta. Padecía algo de insomnio, y no era raro que se quedase dormido al alba y se levantase al mediodía. Para pasar el rato, hablaron de sus respectivos pasados, y ambos se mostraron interesados por la vida del otro.

Por lo visto, Isabelle estaba fascinada por conversar con un agente del FBI de carne y hueso, un tipo de persona que, para ella, solo existía en películas y novelas. Mantenía la mirada fija en sus ojos de un azul hipnótico mientras él, con su suave acento sureño, la encandilaba con historias sobre casos antiguos.

Cuando la conversación pasó a centrarse en la vida de Isabelle, a Will le pareció encantadora y cautivadora, con un espíritu altruista y admirable, una joven tan unida a su abuelo que se había tomado un año libre en la universidad para cuidar de él en aquel caserón apartado y con corrientes de aire y ayudarle a adaptarse a su nueva vida sin la mujer que había sido su esposa durante cincuenta años. Iba a empezar su último año en Edimburgo, donde estudiaba historia de Europa, cuando lady Cantwell sufrió una embolia. Los padres de Isabelle, que vivían en Londres, intentaron convencer al viejo de que se fuera a la ciudad con ellos, pero él se negó en redondo.

Había nacido en Cantwell Hall y, como un buen Cantwell, moriría allí. La situación no podía seguir así indefinidamente, pero Isabelle había propuesto una solución temporal.

Siempre le había encantado la casa y se instalaría allí por un año con el fin de hacer el trabajo preparatorio para una futura tesis doctoral sobre la Reforma anglicana y consolar al anciano viudo. Según le contó a Will, los Cantwell eran un microcosmos de la división del siglo XVI entre católicos y protestantes, y la casa había sido testigo mudo de parte de ese cataclismo. Uno de los temores de Isabelle era que, cuando lord Cantwell falleciera, los impuestos sobre la herencia obligaran a la familia a vender la casa a una promotora inmobiliaria, en el peor de los casos, o, en el mejor, al Patrimonio Nacional. En cualquier caso, sería el final de un linaje que se remontaba al siglo XIII, cuando el rey Juan sin Tierra otorgó al primer Cantwell, Robert de Wroxall, una baronía donde este construyó una torre de piedra de base cuadrada, justo en el sitio en que se alzaba la casa en la actualidad.

Al final, ella se sinceró respecto al libro. Estaban locos de alegría por la cifra astronómica que habían pagado por él en la subasta, pero la afligía enormemente que pasase a manos de alguien que no era de la familia. Ya de niña se había sentido cautivada por él, pues le parecía extraño y misterioso. Incluso reconoció que la fecha de 1527 que llevaba grabada había despertado su interés en esa época de la historia británica. Tenía la esperanza de descubrir algún día qué representaba el libro y cómo había ido a parar a Cantwell Hall. Aun así, admitió, lo recaudado en la subasta les permitiría mantener la finca en funcionamiento, aunque esta seguiría necesitando reformas estructurales muy caras y urgentes. Había humedades en las paredes y vigas podridas, había que renovar el tejado, la instalación eléctrica era un desastre, las cañerías parecían un colador. Isabelle comentó con ironía que seguramente tendrían que vender todo lo que contenía la casa para poder restaurar la casa en sí.

La conversación proporcionaba a Will cierto placer morboso. ¡Aquella mujer tenía la edad de su hija! A pesar de su discusión con Nancy, era un hombre felizmente casado que tenía un hijo recién nacido. Sus días de calavera y mujeriego habían quedado atrás, ¿no? Casi deseaba que Isabelle no

resultara tan estimulante. Su cuerpo estilizado y sensual, y su mente, aguda como un estoque, eran como el cañón doble de una escopeta apuntándole al pecho. Will temía que un ligero roce del gatillo bastara para dejarlo tieso. Al menos estaba sobrio. Eso ayudaba.

Ansioso por despachar el asunto cuanto antes, se preguntaba cuándo haría lord Cantwell su gran entrada. Con ánimo provocador, hizo una pregunta que la pilló desprevenida.

—¿Cuánto necesitarías para reformar la casa y liquidar sus futuros impuestos?

—Qué pregunta tan extraña.

Él insistió.

—Bueno, no soy contratista ni contable, pero ¡supongo que harían falta millones!

Will sonrió con picardía.

—Llevo algo en mi bolsa que podría solucionar tus problemas.

Ella arqueó las cejas, suspicaz.

—Eso suena demasiado bonito —dijo con sequedad—. Voy a ver por qué tarda tanto el abuelo.

Justo cuando ella se disponía a levantarse para ir a buscarlo, el viejo llegó al gran salón arrastrando los pies, mirando con perplejidad a Will.

—¿Y ese quién es? —preguntó en alto.

Ella le respondió con un volumen de voz que él pudiera oír.

—Es el señor Piper, de Estados Unidos.

—Ah, sí. Se me había olvidado. Ha venido de muy lejos. No sé por qué no ha llamado por teléfono y santas pascuas.

Isabelle guió a lord Cantwell hasta Will para presentárselo.

Tenía más de ochenta años y estaba calvo excepto por un mechón rebelde y cano. Su cara, rojiza por los eccemas, era como un jardín salpicado de hierbajos, pelos que habían escapado a la navaja de afeitar. Iba vestido de domingo: pantalón de sarga, chaqueta sport de espiguilla y una antigua corbata de la universidad, lustrosa por el uso. Will advirtió que los pantalones le quedaban grandes, y que estrenaba agujero del cinturón. Había perdido peso recientemente, mala señal en una persona mayor. Estaba rígido a causa

de la artritis y caminaba como entumecido. Cuando Will le estrechó la mano, percibió un fuerte olor a orina, por lo que dedujo que había estado sentado en el sillón favorito del viejo.

Will le cedió a Cantwell su asiento habitual, un gesto de cortesía que le valió la aprobación de Isabelle. Esta le sirvió un café a su abuelo, atizó la lumbre y le ofreció su silla a Will antes de sentarse en un escabel.

La sutileza no era el punto fuerte de Cantwell.

—¿Por qué diablos se ha gastado doscientas mil libras esterlinas en mi libro? —inquirió tras tomar un ruidoso sorbo de café—. Obviamente, me alegro de que lo hiciera, pero que me aspen si entiendo por qué.

Will alzó la voz para compensar la deficiencia auditiva del anciano.

—No soy yo quien lo compró, señor. Fue el señor Spence quien le llamó. Él es el comprador. Está muy interesado en el libro.

—¿Por qué?

—Cree que es un documento histórico muy valioso. Tiene algunas teorías, y me ha pedido que venga para intentar averiguar algo más sobre él.

—¿Es usted historiador como mi Isabelle? Tú creías que el libro tenía algún valor, ¿verdad, Isabelle?

Ella asintió y sonrió a su abuelo con orgullo.

—No soy historiador —dijo Will—. Un investigador, más bien.

—El señor Piper trabajaba en la oficina de investigación estadounidense —terció Isabelle.

—La gente de J. Edgar Hoover, ¿no? Nunca me cayó bien.

—Murió hace tiempo, señor.

—En fin, no creo que pueda ayudarle. Ese libro ha pertenecido a nuestra familia desde que yo recuerdo. Mi padre no sabía nada de su procedencia, ni tampoco mi abuelo. Siempre lo consideraron una rareza única, un registro municipal o algo así, posiblemente de origen continental.

Había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—Tengo algo que decirles —anunció Will, mirando a uno y a otro a los ojos, con aire melodramático—. Hemos encontrado algo oculto en el libro que podría tener un valor considerable y ayudar a aclarar el origen del volumen.



—¡Creía que había revisado cada página! —intervino Isabelle—. ¿Qué había escondido, y dónde?

—Debajo de la guarda del final. Había un pergamino.

—¡Joder! —soltó Isabelle—. ¡Joder, joder!

—Ese lenguaje... —la reprendió Cantwell.

—Era un poema —prosiguió Will, divertido ante la florida muestra de exasperación de la joven—. Todavía no hemos tenido tiempo de investigarlo, pero un colega del señor Spence cree que hace referencia al libro. —Le estaba sacando todo el jugo a la situación—. No saben quién es el autor, ¿verdad?

—¿Quién? —preguntó Isabelle con impaciencia.

—¿No quieres adivinarlo?

—¡No!

—¿Qué te parece William Shakespeare?

El anciano y la chica se miraron entre sí para ver sus reacciones respectivas y luego se volvieron hacia aquel estadounidense chiflado.

—¡Nos toma el pelo! —resopló Cantwell.

—¡No me lo creo! —exclamó Isabelle.

—Se lo enseñaré —dijo Will—. Uno de mis socios asegura que, si resultara ser auténtico, valdría millones, tal vez decenas de millones. Al parecer, no existe un solo documento que se haya confirmado que sea del puño y letra de Shakespeare, y esta maravilla está firmada con las iniciales «W Sh.». El señor Spence se quedará con el libro, pero está dispuesto a devolver el poema a la familia Cantwell si ustedes nos ayudan en un asunto.

—¿Qué asunto? —preguntó la chica con recelo.

—El poema es un mapa. Menciona pistas sobre el libro, y lo más probable es que estas pistas estén ocultas en Cantwell Hall. Quizá sigan aquí, tal vez desaparecieron hace tiempo. Si me ayudan con esta búsqueda, el poema será suyo, aunque no encontremos nada.

—¿Por qué iba el tal Spence a devolvernos algo que compró con todas las de la ley? —reflexionó Cantwell—. Creo que yo no lo haría.

—El señor Spence es un hombre rico. Y moribundo. Está dispuesto a cambiar el poema por respuestas, simple y llanamente.

—¿Podemos verlo? —pidió Isabelle.

Will sacó de su maletín el pergamino, protegido con una funda de plástico transparente. Se lo tendió a Isabelle con una floritura de la mano.

Tras estudiarlo unos instantes, los labios de la joven empezaron a temblar de emoción.

—No puede estar bien —susurró. Lo había encontrado enseguida.

—¿Cómo dices? —preguntó el anciano, irritado.

—Hay una alusión a nuestra familia, abuelo. Te la leeré.

Recitó el soneto en una voz clara, adecuada para una grabación, con matices de entusiasmo y teatralidad, como si ya la hubiera leído antes y hubiera ensayado la declamación.

Cantwell frunció el entrecejo.

—¿1581, has dicho?

—Sí, abuelo.

El hombre se apoyó con fuerza en los brazos del sillón y se puso de pie antes de que Will o Isabelle pudieran ofrecerle su ayuda, y se encaminó arrastrando los pies hacia un rincón oscuro del salón. Los otros dos lo siguieron.

—Richard, el abuelo de Shakespeare, era del pueblo —farfulló—. Wroxall es la tierra de los Shakespeare. —Buscaba algo en la pared del fondo—. ¿Dónde está? ¿Dónde está Edgar?

—¿Qué Edgar, abuelo? Hemos tenido varios.

—Ya sabes, el reformista. No fue la oveja más negra de nuestra familia, pero poco le faltó. En 1581 él debía de ser el señor de la finca. Ahí está. Es el segundo por la izquierda, a media altura de la pared. ¿Lo ves? Es el que lleva un cuello ridículamente alto. No fue uno de los Cantwell más apuestos, ha habido cierta evolución genética a lo largo de los siglos.

Isabelle encendió una lámpara de pie, que arrojó algo de luz sobre el retrato de un hombre de aspecto severo y mentón afilado con una perilla rojiza que posaba arrogante, sacando pecho. Llevaba una casaca negra ajustada con grandes botones dorados y un sombrero cónico de estilo holandés con el ala vuelta hacia arriba.

—Sí, es ese —confirmó Cantwell—. Hace ya un tiempo vino un tipo de

la National Gallery que dijo que tal vez lo había pintado Robert Peake el Viejo. Recuérdaselo a tu padre cuando yo estire la pata, Isabelle. Podría conseguir un buen dinero por él si lo necesita.

Desde el otro extremo de la habitación, el vozarrón de una mujer los sobresaltó.

—¡Hola! Ya estoy aquí. Si me dan una hora, prepararé el almuerzo. —El ama de llaves, una mujer bajita y robusta, llevaba puesta todavía la bufanda mojada, y el bolso bien sujeto, muy seria.

—Nuestro invitado ya está aquí, Louise —la informó Isabelle.

—Ya lo veo. ¿Ha visto las toallas limpias que he preparado para él?

—No hemos ido a la planta de arriba todavía.

—¡Entonces no sea grosera! —la reprendió—. Deje que el señor se lave un poco, viene de muy lejos. Y mande a su abuelo a la cocina a por sus pastillas.

—¿Qué dice esta mujer?

—Louise dice que te tomes tus pastillas.

Cantwell alzó la vista hacia su antepasado y se encogió de hombros de forma enfática.

—Luego seguimos, Edgar. Esa mujer me mete el miedo en el cuerpo.

El ala de invitados de la planta superior era fría y oscura, un pasillo interminable, revestido de paneles con cenefa de latón y bombillas de baja potencia cada pocos metros, con habitaciones a ambos lados, como en un hotel, y alfombras largas y desgastadas. La habitación de Will estaba en la parte posterior. Se acercó a las ventanas a contemplar la tormenta que arreciaba, y, ensimismado, barrió las moscas muertas de los alféizares. Abajo había un patio de ladrillo y, más allá, una extensión de jardín llena de maleza, árboles frutales que se inclinaban por el fuerte viento y la lluvia lateral. En primer término, a su derecha, alcanzaba a ver un extremo de lo que parecían unas caballerizas, y, por encima de la cubierta, el tejado de un edificio anejo, una estructura semejante a una torre, borrosa bajo el aguacero.

Después de echarse un poco de agua en la cara, se sentó en la cama de cuatro columnas y se quedó mirando la única raya de cobertura de su teléfono móvil, que seguramente apenas sería suficiente para llamar a casa. Se

imaginó lo incómoda que resultaría la conversación. ¿Qué podía decir que no le causara aún más problemas? Más valía que acabara primero con ese asunto y arreglara las tensiones de su matrimonio en persona. Decidió conformarse con enviar un SMS: «Llegué bien. Vuelvo pronto. T kiero».

El dormitorio parecía el de una viejecita, con un montón de flores secas, cojines con volantes y cortinas de encaje fino. Sacudió una pierna y después la otra para quitarse los zapatos, tendió su pesado cuerpo sobre el cubrecama floreado y se echó diligentemente una siesta de una hora hasta que la voz de Isabelle, cantarina como una campanita, le avisó de que el almuerzo estaba listo.

Will tenía tanto apetito que devoró todo lo que le sirvió Louise. Aquel asado típico de domingo casaba perfectamente con su predilección por la carne con patatas. Se comió una montaña pequeña de rosbif, patatas asadas, guisantes y zanahorias con salsa de carne, pero se abstuvo de beber una tercera copa de Borgoña.

—¿Hay alguna leyenda sobre una visita de Shakespeare a Cantwell Hall? —le preguntó Isabelle a su abuelo.

El viejo contestó con la boca llena de guisantes.

—Nunca he oído nada por el estilo, pero ¿por qué no? Se supone que se crio por estos alrededores. La nuestra era una familia distinguida que mayoritariamente siguió practicando el catolicismo durante esa época tan espantosa, y es probable que los Shakespeare también fueran católicos encubiertos. Además, ya en aquel entonces teníamos una biblioteca estupenda que sin duda le habría interesado. Es perfectamente posible.

—¿Alguna teoría sobre por qué Edgar Cantwell se tomó la molestia de encargar un poema con pistas ocultas para luego esconderlo en el libro? —inquirió Will.

Cantwell se tragó los guisantes y apuró el vino que le quedaba.

—Tal vez intuían que el libro era peligroso. Eran unos tiempos muy duros, en los que a uno podían matarlo por sus creencias. Supongo que no tuvieron estómago para destruir el libro y prefirieron disimular su importancia de un modo imaginativo. Seguramente como explicación no vale un pimiento, pero es lo que creo.

Isabelle estaba radiante.

—Tengo la sensación de que mi tesis va a tomar un rumbo de lo más interesante.

—Entonces, ¿qué me dicen? —preguntó Will—. ¿Trato hecho?

Isabelle y lord Cantwell asintieron. Habían hablado de ello mientras Will dormía.

—Sí, trato hecho —respondió Isabelle—. Empezaremos esta pequeña aventura después de comer.

## Capítulo 14

Empezaron por la biblioteca. Era una estancia de grandes dimensiones, con un suelo de tarima que brillaba de tan gastado, unas cuantas alfombras de calidad y una pared orientada al exterior en la que unas ventanas con un emplomado de rombos dejaban entrar la luz gris de aquel día tormentoso. Las otras paredes estaban recubiertas de estanterías, salvo por el espacio situado encima de la chimenea, donde colgaba un cuadro de una partida de caza inglesa tradicional oscurecido por el hollín.

Había miles de libros, casi todos antiguos, pero una sección de la pared lateral contenía algún que otro volumen contemporáneo de tapa dura e incluso algunos en rústica. Will lo miraba todo con ojos soñolientos de después de comer. Lord Cantwell anunció que se retiraba a hacer la siesta de la tarde y, pese a los deseos de Will por despachar el asunto y regresar a casa, la idea de arrellanarse en uno de los mullidos sillones de la biblioteca en un rincón oscuro para echarse otro sueñecito lo seducía demasiado.

—De niña, este era mi lugar mágico —le contó Isabelle mientras se paseaba por la biblioteca, rozando delicadamente el lomo de los libros con la punta de los dedos—. Adoro esta habitación. —Su actitud lánguida y soñadora contrastaba con la imagen que se había hecho Will de la típica estudiante universitaria frívola—. Jugaba aquí durante horas. Ahora, es donde paso casi todo el tiempo. —Señaló una mesa larga sobre la que había libretas y bolígrafos, un ordenador portátil y montones de libros viejos de los que sobresalían papelitos que marcaban pasajes de interés—. ¡Si tu poema es auténtico, tal vez tenga que volver a empezar de cero!

—Lo siento, pero no podrás utilizarlo. Ya te explicaré por qué.

—¿Estás de broma? Eso catapultaría mi carrera.

—¿A qué quieres dedicarte?

—A dar clases, a escribir... Quiero ser una historiadora académica como Dios manda, una profesora estirada de la vieja escuela. Seguramente esta biblioteca es responsable de que tenga estas aspiraciones desde hace años.

—No me parece tan raro. Mi hija es escritora. —Sin saber por qué, añadió—: No es mucho mayor que tú. —Al oír esto, ella soltó una risita nerviosa. Will atajó las inevitables preguntas de cortesía diciendo bruscamente—: ¿Me enseñas dónde estaba guardado el libro?

Ella señaló un hueco en uno de los estantes que estaban a la altura de los ojos, en medio de la pared más larga.

—¿Siempre había estado ahí?

—Que yo recuerde, sí.

—¿Y los libros que están al lado? ¿Los han cambiado mucho de sitio?

—No desde que yo nací. Podemos preguntárselo al abuelo, pero no recuerdo que alguien los haya reordenado. Los libros se quedaban donde estaban.

Will examinó los libros situados a cada lado del hueco: un tratado de botánica del siglo XVIII y uno del XVII sobre monumentos de Tierra Santa.

—No, no son de la misma época —observó ella—. Dudo que exista alguna relación entre ellos.

—Empecemos por la primera pista —dijo Will, sacando el poema de su maletín—. «Bajo la llama de Prometeo está la primera.»

—De acuerdo —dijo ella—. Prometeo. Le robó el fuego a Zeus y se lo dio a los mortales. Es mi versión resumida de la historia.

Will señaló la habitación con un movimiento del brazo.

—¿Se te ocurre algo?

—Bueno, abarca muchos temas posibles, ¿no crees? ¿Libros sobre mitología griega? ¿Chimeneas? ¿Antorchas? ¿La barbacoa!

Will la miró como diciendo «qué graciosa».

—Comencemos por los libros. ¿Hay un catálogo?

—Debería haberlo, pero no lo hay. Otro problema, por supuesto, es que el abuelo ha estado vendiendo cosas con singular entusiasmo.

—Eso no podemos remediarlo —dijo Will—. Seamos sistemáticos. Yo empezaré por este extremo. ¿Por qué no empiezas tú por ahí?

Mientras se centraban en la primera pista, para ser más eficientes, tenían presentes las otras para evitar en la medida de lo posible repetir la operación. Mantenían los ojos bien abiertos por si encontraban libros relacionados con Flandes u Holanda, o con algún texto que mencionase a algún profeta. No tenían la menor idea de cómo enfocar la referencia al «hijo que cometió un pecado horrendo».

Era un proceso laborioso, y al cabo de una hora, Will empezaba a desmoralizarse, porque se sentía como si buscara una aguja en un pajar. No siempre era tan sencillo como sacar un libro, abrirlo por la portada y volver a ponerlo en su sitio. Will se veía obligado a pedir ayuda a Isabelle cada vez que topaba con un volumen en latín o en francés. Ella se acercaba, le echaba un vistazo rápido y se lo devolvía con un suave «no».

La tenue luz del atardecer se desvaneció por completo, por lo que Isabelle encendió todas las luces y después los troncos de la chimenea.

—Mirad, yo os doy el fuego —dijo cuando las llamas empezaron a lamer los leños.

Terminaron al anochecer. Aparte de un volumen no muy antiguo de la Mitología de Bullfinch, no había un solo libro que hubiese despertado su interés.

—O el poema no se refiere a un libro, o ese libro ya no está aquí. Pasemos a otra cosa —dijo Will.

—De acuerdo —respondió ella, animada—. Echemos una ojeada a todas las chimeneas antiguas. Paneles ocultos, repisas falsas, piedras sueltas. Me estoy divirtiendo, ¿tú no?

Will miró de nuevo su teléfono móvil por si había llegado algún mensaje de Nancy. Nada.

—Lo estoy pasando bomba —respondió.

Según los cálculos de Isabelle, había seis chimeneas anteriores a 1581. Tres estaban en la planta baja: en la biblioteca, el gran salón y el comedor; y las otras tres en el primer piso: en el dormitorio del abuelo, situado justo encima del gran salón, y en otras dos habitaciones.



Comenzaron su inspección en la biblioteca, de pie frente al fuego crepitante, preguntándose qué debían hacer.

—¿Y si doy golpecitos en los paneles para encontrar partes huecas? — propuso ella.

A él le pareció una idea perfectamente razonable.

El sonido de los nudillos contra la antigua repisa de nogal indicaba que era maciza. Examinaron los biseles en busca de cierres o bisagras ocultos, pero al parecer era inamovible y de una sola pieza. Las losas en el suelo del hogar eran sólidas y parejas, y la argamasa que las unía tenía un aspecto uniforme. Como el fuego seguía encendido, tendrían que esperar un poco para estudiar de cerca los ladrillos del fondo, pero una mirada superficial no reveló nada.

Las llamas de la chimenea de la gran sala se habían extinguido hacía un rato. Lord Cantwell, que estaba leyendo medio dormido en su sillón, se mostró desconcertado al verlos palpar y golpetear las paredes del enorme hogar.

—¡Desde luego...! —resopló.

El faldón, bellamente acanalado, relucía por su antigüedad, y la repisa era una tabla sólida con el borde biselado, tallada a partir de un único y descomunal madero. Isabelle, esperanzada, daba golpecitos a los azulejos azules y blancos, embutidos en el faldón, cada uno decorado con una escena campestre distinta, aunque todos sonaban con el mismo timbre. Will se ofreció voluntario para agacharse y entrar a gatas en el gigantesco hogar, para golpetear los ladrillos con un atizador. Sin embargo lo único que consiguió fue mancharse de hollín la camisa y los pantalones. Isabelle le señaló las manchas y observó divertida mientras él intentaba quitárselas con la palma de la mano.

Repitieron la operación en las otras tres chimeneas. Si había algo escondido en una de ellas, necesitarían un equipo de derribos para encontrarlo.

Había oscurecido. Ya no llovía, pero un frente frío recorría veloz el centro del país, trayendo consigo vientos gélidos y ululantes. En Cantwell Hall no había calefacción, y debido a las corrientes de aire, las habitaciones

empezaban a enfriarse. Louise anunció casi gritando que serviría el té en el gran salón. Tras reavivar el fuego y encender el radiador eléctrico junto al sillón de lord Cantwell, dejó bien claro que estaba impaciente por irse a su casa.

Will compartió con Isabelle y su abuelo una merienda ligera que consistió en unos sándwiches de embutidos y pepinillos, galletas de mantequilla y té. Louise iba de un lado a otro, cumpliendo con sus tareas de último momento. Les preguntó si pensaban pasar el resto de la tarde en el gran salón.

—Un rato más —contestó Isabelle.

—Entonces encenderé velas —dijo el ama de llaves—, siempre y cuando se acuerden de apagarlas antes de irse a dormir.

Mientras comían, Louise usó un encendedor desechable de plástico para encender una docena de velas repartidas por toda la estancia. Entre el silbido del viento en el exterior, el chisporroteo del hogar y la penumbra de aquel salón antiguo sin ventanas, las velas eran unos puntos de luz reconfortantes. Will e Isabelle observaron cómo Louise encendía la última vela y se retiraba.

De pronto, se miraron y exclamaron a la vez:

—¡Candeleros!

Lord Cantwell preguntó si se habían vuelto locos, pero Isabelle le hizo a su vez una pregunta en tono apremiante.

—¿Cuáles de nuestros candeleros son del siglo XVI o anteriores?

Él se rascó el mechón de pelo y señaló al centro de la sala.

—Diría que los de plata dorada que están sobre la mesa. Creo que son venecianos, del siglo XIV. Cuando estire la pata, dile a tu padre que valen un buen dinero.

Fueron rápidamente hacia los candeleros, apagaron las velas gruesas con gotas de cera derretida, las sacaron y las colocaron en una bandeja de plata. Eran como ciriales, largos cilindros rematados por un platillo en el que se colocaba una vela enorme de trece centímetros de diámetro. Cada candelero tenía una base muy trabajada de seis pétalos hecha de plata bañada en oro. De cada base se elevaba una columna central que se iba ensanchando hasta adquirir la forma de un campanario románico con seis ventanas de esmalte azul en la parte superior. En lo alto de cada torre, la columna se extendía

hasta formar el cuenco que sostenía la vela.

—Son tan ligeros que podrían estar huecos —observó Will—, pero la base es sólida.

Inspeccionó con detenimiento las juntas entre las piezas de la elaborada columna.

—Vamos, retuércelo sin miedo —le susurró Isabelle—. Ponte de espaldas al abuelo; no quiero que le dé un ataque al corazón.

Will aferró la torre con la mano izquierda e intentó hacer girar la base con la derecha, primero suavemente, después con más fuerza, hasta que se le congestionó la cara. Sacudió la cabeza y dejó el candelero donde estaba.

—No ha habido suerte.

A continuación probó la misma maniobra con el que sostenía ella, pero el candelero se mantuvo firme, como si estuviese forjado en una única pieza de metal. Will relajó los músculos del hombro y de los brazos, pero un espasmo de frustración lo impulsó a intentarlo de nuevo, con furia.

La columna giró.

Solo media vuelta, pero al menos se había movido.

—¡Sigue! —susurró ella.

Él continuó apretando hasta que la columna giró con facilidad y se entrevió en su interior algo cilíndrico que no era dorado. Al final, la base cedió completamente, y Will se quedó con una mitad del candelero en cada mano.

—¿Qué andáis haciendo? —preguntó Cantwell—. No os oigo.

—¡Será solo un momento, abuelo! —gritó Isabelle—. ¡Espera un poco!

Will dejó la base y echó un vistazo a la torre hueca.

—Necesito luz. —Siguió a Isabelle hasta una de las lámparas de pie, introdujo el dedo índice en el tubo y notó un borde duro y circular—. ¡Aquí dentro hay algo! —Retiró el dedo e intentó mirar en el interior de la columna, pero la luz de la bombilla era insuficiente—. Mi dedo es demasiado grande para sacarlo. Inténtalo tú.

Isabelle logró deslizar su dedo, más fino que el de Will, dentro del tubo y cerró los ojos para aguzar el sentido del tacto.

—Es algo enrollado, un papel o un pergamino. He metido el dedo en

medio. ¡Ya está! Lo estoy moviendo.

Hizo girar despacio el candelero en torno a su dedo mientras aplicaba una presión suave pero firme con la yema.

Un rollo amarillo empezó a emerger.

Era cilíndrico, de unos veinte centímetros de largo, y se componía de varias hojas de pergamino apretadamente enrolladas. Con una mezcla de emoción y aturdimiento, se las tendió a Will.

—No, tú —dijo él.

Ella desenrolló el cilindro lentamente. El pergamino estaba seco pero no quebradizo, por lo que Isabelle lo desplegó con bastante facilidad. Alisó las hojas con ambas manos, y Will inclinó la pantalla de la lámpara para verlas mejor.

—Está en latín —dijo ella.

—Lo que hace que me alegre aún más de que estés aquí.

Ella leyó el encabezamiento de la primera página y lo tradujo en voz alta: «Epístola de Félix, superior de la abadía de Vectis, escrita el año de Nuestro Señor de 1334».

Will se sintió mareado.

—¡Dios santo!

—¿Qué ocurre, Will?

—Vectis.

—¿Conoces el lugar?

—Sí, lo conozco. Creo que hemos dado con la veta madre.

## Capítulo 15

1334,  
*isla de Wight, Inglaterra*

En la quietud de la noche, una hora después de laudes y dos antes de prima, Félix, superior de la abadía de Vectis, despertó con uno de sus terribles dolores de cabeza. Por la ventana se colaba el canto de los grillos, así como el batir suave y rítmico de las olas del Solent contra la playa cercana. Eran sonidos relajantes, pero solo le proporcionaron un momento de placer antes de que unas arcadas repentinas lo hicieran incorporarse de golpe. Buscó a tientas el orinal e intentó vomitar en él, pero no salió nada de su boca.

Tenía sesenta y nueve años y albergaba serias dudas de que llegara a la década siguiente.

Apenas tenía comida en el estómago. Lo último que había ingerido había sido un caldo de buey preparado por las hermanas, con médula grasienta y unos trocitos de zanahoria. Había dejado el cuenco medio lleno sobre su mesa de escribir.

Apartó las mantas a un lado, apoyó las manos en el colchón de paja y consiguió ponerse de pie, no sin tambalearse un poco. El golpeteo rítmico en su cabeza era como los mazazos repetidos del herrero contra un yunque y amenazaba con derribarlo, pero logró mantener el suficiente equilibrio para coger su pesado hábito forrado de piel, que había dejado de cualquier manera en una silla de respaldo alto. Se lo puso por encima del camisón y de inmediato notó la agradable sensación de entrar en calor. Encendió una vela

amarilla y gruesa con pulso tembloroso y se dejó caer en la silla para masajearse las sienas. La luz de la vela jugueteaba con las losas pulidas pero irregulares del suelo de sus aposentos y se reflejaba en las vidrieras de colores alegres del patio.

La suntuosidad de la casa del abad siempre lo había incomodado. Cuando había ingresado en Vectis como novicio, hacía ya mucho tiempo, con la cabeza gacha en actitud humilde, su tosco hábito ceñido con un cordón y los pies desnudos y fríos, se sentía próximo a Dios y, por tanto, a la felicidad. Baldwin, su predecesor, un clérigo severo que ponía el mismo entusiasmo en repasar las cuentas del granero como en officiar misa, había ordenado la construcción de una buena casa de madera que rivalizara con las que había visto en las abadías de Londres y Dorchester. Junto a sus aposentos había un salón magnífico con una chimenea ornamentada, un banco de madera labrada y vidrieras emplomadas. En las paredes colgaban tapices primorosamente tejidos, en Flandes y Brujas, con escenas de cacerías y hechos de los Apóstoles. Encima del hogar había una cruz artesanal de plata, tan larga como el brazo de un hombre.

Tras la muerte de Baldwin, acaecida muchos años atrás, el obispo de Dorchester había elegido a Félix, el prior de la abadía, para que lo sucediera como abad de Vectis. Félix rezó mucho para que Dios lo guiara. Quizá debía renunciar al boato del cargo y optar por un reinado modesto, dormir en una celda monacal con los hermanos, seguir llevando su hábito sencillo, comer en comunidad. Pero ¿acaso no mancillaría eso la memoria de su mentor, su confesor? ¿No sería como tachar a Baldwin de derrochador? Se inclinaba ante el poder de su recuerdo, del mismo modo que se había inclinado ante el poder del hombre cuando vivía. Siempre había sido un sirviente fiel, y nunca había desobedecido a Baldwin, ni siquiera cuando lo asaltaban las dudas. ¿Qué habría ocurrido si hubiera puesto en tela de juicio la decisión de Baldwin de disolver la Orden de los Nombres? ¿Serían distintas las cosas en la actualidad si él no hubiera encendido con sus propias manos el fuego que había reducido a cenizas la Biblioteca hacía casi cuarenta años?

Como se encontraba demasiado mal para arrodillarse, agachó su dolorida cabeza y murmuró una plegaria, con un acento bretón tan áspero y rústico

como el que tenía de niño. La oración elegida, del salmo 42, le vino a la cabeza de forma espontánea, casi sorprendente.

*Introibo ad altare Dei. Ad Deum qui laetificat juventutem meam.*

Me acercaré al altar de Dios. Hasta Dios, la alegría de mi juventud.

*Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto. Sicut erat in principio, et nunc, et semper, et in saecula saeculorum. Amen.*

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, como era en un principio, y ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

Félix frunció los labios ante lo irónicas que resultaban estas palabras.

«Ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.»

En otro tiempo, su barba era tan poblada y negra como el carrillo de un jabalí. Había sido un hombre robusto y musculoso, capaz de soportar con ánimo incansable los rigores de la vida monástica, las raciones exiguas, los fríos vientos del mar que helaban los huesos, el trabajo manual que castigaba el cuerpo pero mantenía a flote la comunidad, la brevedad de los períodos de sueño entre las horas canónicas que salpicaban la noche y el día con rezos comunitarios. Ahora, tenía la barba rala, de un color blanco sucio como el pecho de una gaviota, y las mejillas hundidas. Sus vigorosos músculos se habían debilitado y atrofiado, y su piel, despojada de tersura, estaba seca como un pergamino y cubierta de unas costras que picaban y lo distraían de la oración y la meditación.

Pero el cambio físico más alarmante que estaba sufriendo era el de su ojo derecho, había empezado a hincharse y a quedarse inmóvil. Era un proceso lento pero continuo. Al principio, solo había notado una mancha rosa y seca, como una mota de polvo que no pudiera quitarse del ojo. Luego, las leves punzadas que sentía en la parte de atrás del globo ocular empeoraron, y empezó a tener problemas de visión. Al principio, se le nublaba la vista; después, veía destellos, y ahora las imágenes se desdoblaban de tal manera

que tenía dificultades para leer y escribir con los dos ojos abiertos. En las últimas semanas, todos los hombres y las mujeres de la abadía se habían fijado en la inquietante hinchazón de su ojo. Cuchicheaban entre sí mientras ordeñaban las vacas o trabajaban en los campos, y durante los rezos suplicaban a Dios que tuviese piedad de él.

El hermano Girardus, encargado de la enfermería de la abadía y buen amigo de Félix, lo visitaba a diario y se ofrecía a dormir en el suelo de su amplia habitación por si el abad necesitaba su ayuda durante la noche. Girardus no podía determinar la naturaleza de su mal, pero suponía que se debía a un bulto en el interior de la cabeza que ejercía presión sobre el ojo y le ocasionaba el dolor. Si se tratara de un forúnculo bajo la piel, podría abrirselo con una lanceta, pero nadie salvo Dios era capaz de curar un bulto dentro del cráneo. Le preparaba a su amigo infusiones de corteza y cataplasmas de hierbas para aliviar el dolor y la inflamación, pero, sobre todo, rezaba.

Félix meditó durante varios minutos, antes de ir arrastrando los pies hasta el arcón de palisandro situado entre la cama y la mesa. Cuando se agachaba el ojo le dolía demasiado, por lo que se puso de rodillas para abrir la voluminosa caja. Contenía vestiduras, hábitos viejos y sandalias, además de una manta adicional. Bajo la suavidad de la tela había algo duro y sólido. Sacarlo y llevarlo hasta su mesa de escribir casi consumió sus escasas fuerzas.

Era un libro pesado, antiguo, del color de la miel oscura, producto de un siglo remoto. Suponía que era el último que quedaba, el único superviviente del incendio que él mismo había provocado. El motivo por el que lo había mantenido escondido con tanto celo durante tanto tiempo era que llevaba inscrita una fecha para la que faltaban casi doscientos años: 1527.

¿Qué persona viva lo entendería? ¿Cuáles de sus hermanos sabrían reconocer lo que era y adorar su divinidad? ¿O quizá lo confundirían con un espectro de blasfemia y maldad? Todos los que estaban con él ese día gélido de enero de 1297, cuando el infierno visitó la tierra, estaban muertos y enterrados. Él era el último testigo que quedaba, y esto representaba una carga para su alma.



Félix encendió unas velas más pequeñas que iluminaron su escritorio con un arco de luz danzarina y pajiza. Abrió el libro y sacó un fajo de hojas de papel de vitela sueltas que había hecho cortar en el scriptorium de la abadía para que su tamaño se ajustase al de las tapas. Había estado trabajando febrilmente en el manuscrito, temeroso de que su dolencia se lo llevase antes de terminar.

Era una tarea meticulosa y ardua verter sus recuerdos en el papel mientras luchaba con su visión doble y sus terribles jaquecas. Tenía que mantener cerrado el ojo derecho para enfocar la vista en la página y procurar que los movimientos de su pluma siguieran una línea recta. Escribía por la noche, cuando reinaba el silencio y nadie llegaría de improviso y descubriría su secreto. Cuando no podía más, devolvía el libro a su escondrijo y se desplomaba en su camastro antes de que las campanas de la abadía llamaran a la siguiente oración en la catedral.

Cogió con delicadeza la primera de sus páginas y, con un párpado cerrado, se la acercó a los ojos. El encabezamiento rezaba: «Epístola de Félix, superior de la abadía de Vectis, escrita el año de Nuestro Señor de 1334».

*Señor, soy tu sirviente. Alabado seas, y gloria a ti Grande eres, Señor, y grandes deben ser tus alabanzas. Mi fe en ti es el don que me has dado e inspirado por la humanidad asumida por tu Hijo.*

*Estoy decidido a traer a la memoria las cosas que sé, las cosas que vi y las cosas que hice.*

*El recuerdo de quienes me han precedido me llena de humildad, pero el más valioso y venerado es el de Josephus, santo patrón de Vectis, cuyos huesos sagrados descansan en la Catedral. Y es que fue Josephus quien, en su amor verdadero y absoluto hacia Dios, fundó la Orden de los Nombres a fin de exaltar al Señor y afirmar su divinidad. Soy el último miembro de la orden; todos los demás han entregado el alma. Si no dejo constancia de los hechos y sucesos del pasado, la humanidad se verá privada del conocimiento que yo y solo yo, pecador mortal, poseo. No está en mi mano decidir si dicho conocimiento es apropiado para la humanidad. Ese juicio te*

*corresponde a ti, Señor, en tu infinita sabiduría. Yo escribiré humildemente esta epístola, y tú, Señor, decidirás su destino.*

Félix dejó la hoja sobre la mesa para que su ojo sano descansara un momento. Cuando sintió que estaba listo para continuar, pasó unas páginas y siguió leyendo.

*Lo sucedido ese día se ha transmitido de boca en boca entre hermanos y hermanas desde la noche de los tiempos. Josephus, prior de Vectis en ese entonces, asistió a un nacimiento en el fatídico día siete del séptimo mes del año de Nuestro Señor de 777. El momento estuvo marcado por la presencia del Cometes Luctus, un cometa rojo y resplandeciente que hasta la fecha no ha vuelto a aparecer. La esposa de un trabajador estaba encinta, y si daba a luz a un niño, este sería el séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón. Así sucedió, y el padre, atemorizado y entre lamentos, mató a golpes a la criatura. Ante el asombro de Josephus, la mujer alumbró entonces a un octavo hijo, gemelo del anterior, que recibió el nombre de Octavus.*

A Félix no le costó evocar una imagen de Octavus, pues había visto muchos recién nacidos como él a lo largo de los años, pálidos, que no lloraban, con los ojos verde esmeralda y una pelusa rojiza que brotaba de su rosado cuero cabelludo. ¿Sospechó Josephus, entre la cama del parto, manchada de sangre y líquido amniótico, y los murmullos de las comadronas aterradas, que Octavus era en realidad el séptimo hijo?

*El padre, creyendo que el pequeño Octavus debía estar cerca del Señor, lo llevó a la abadía de Vectis a una tierna edad. El niño no hablaba ni quería estar en compañía de hombres, por lo que Josephus se apiadó de él y aceptó que quedara al cuidado de la abadía. Fue entonces cuando Josephus hizo un descubrimiento milagroso. Pese a no haber recibido enseñanza alguna, el muchacho*

*era capaz de escribir letras y números. Y no letras ni números cualesquiera, Dios Todopoderoso, sino los nombres de tus hijos mortales y de los días de su nacimiento y su muerte futura. Este don de la adivinación infundió a Josephus admiración y miedo. ¿Se trataba de un poder oscuro nacido del mal o un rayo de luz celestial? Josephus, en su sabiduría, convocó un consejo de religiosos de la abadía para deliberar sobre el muchacho, y a raíz de ello se fundó la Orden de los Nombres. Estos sabios monjes llegaron a la conclusión de que no estaba interviniendo una fuerza maligna, pues, de lo contrario, ¿por qué había sido confiado el muchacho a su cuidado? Sin duda era obra de la Providencia, una señal, evidenciada por la confluencia del número sagrado siete, de que el Señor había elegido a Octavus, esa humilde criatura, para que fuera su auténtica, voz de revelación divina. Así pues, se decidió proteger al muchacho y enclaustrarlo en el scriptorium, donde se le proporcionaría una pluma, tinta y pergamino, y se le permitiría dedicar las horas a su auténtica vocación.*

Como el dolor de cabeza no remitía, Félix se levantó de la mesa para prepararse una vasija de infusión de corteza. Removió los rescoldos en la chimenea de la enorme habitación y añadió un puñado de ramitas. Pronto, el agua en el cazo de hierro colgado de una barra empezó a emitir un silbido. Félix regresó a su alcoba arrastrando los pies para seguir leyendo.

*Con el paso de los años, el joven Octavus se convirtió en un hombre cuya singular determinación no jaqueó un ápice. Trabajaba noche y día, y sus libros, que contenían nombres acompañados de predicciones sobre nacimientos y muertes, formaban ya una pequeña pero creciente biblioteca. Durante todo ese tiempo, Octavus no mantenía conversaciones ni tratos con sus semejantes, y la Orden de los Nombres atendía a todas sus necesidades fisiológicas, amén de proteger a su persona y su trabajo. Un funesto día, Octavus,*

*consumido por la lujuria animal, violó a una pobre novicia, que gestó y dio a luz a su hijo, un bebé con un semblante extraño como el de su padre. El niño, a quien pusieron el nombre de Primus, tenía los ojos verdes y el pelo rojizo, y, al igual que Octavus, era mudo como un leño y, con el tiempo, reveló poseer los mismos poderes que su padre. Donde antes solo había uno, pasó a haber dos, sentados el uno al lado del otro, escribiendo los nombres de los vivos y los muertos.*

La infusión amarga le alivió un poco el dolor, lo que le permitió leer más deprisa y terminar el pasaje que había escrito la noche anterior.

*Los días se convirtieron en años, los años en décadas y las décadas en siglos. Los escribas nacían y morían, y los guardianes de la Orden de los Nombres también llegaban a este mundo y se iban al otro, no sin antes proporcionarles receptáculos femeninos para la procreación. La biblioteca llegó a tener un tamaño que desafiaba la imaginación, y, a fin de guardar mejor los libros sacros, la orden excavó enormes cavernas en las que la biblioteca estaría oculta y a salvo, y los huesos de los escribas muertos, sepultados en catacumbas sagradas.*

*Durante muchos años, amado Señor, fui el humilde prior de Vectis, un sirviente leal del gran abad Baldwin y fiel miembro de la Orden de los Nombres. Confieso, Señor, que no me complacía procurarles hermanas jóvenes para que las utilizarasen para sus fines, pero llevaba a cabo mi misión lleno de amor hacia ti y con la convicción de que tu biblioteca debía perdurar a fin de que tus futuros hijos contaran con la información contenida en sus anales.*

*Hace tiempo que perdí la cuenta de todas las criaturas mudas traídas al mundo que han crecido para ocupar su lugar en la Sala de los Escribas, pluma en mano, codo con codo con sus hermanos. Sin embargo, no olvido la única ocasión en que vi a una de las hermanas elegidas alumbrar, no a un varón, sino a una niña. Tenía entendido*

*que no era la primera vez que ocurría tan raro suceso, pero nunca había visto nacer a una niña hasta ese momento. La niña muda de ojos verdes y pelirroja creció, pero, a diferencia de sus parientes, no desarrolló el don de la escritura. A los doce años, fue expulsada y entregada a Gassonet el judío, un mercader de grano, quien se la llevó de la isla e ignoro qué hizo con ella.*

Satisfecho, Félix estaba listo para finalizar sus memorias. Mojó la pluma y continuó el relato con su letra florida. Escribió las páginas finales tan deprisa como pudo hasta que su obra quedó terminada.

Dejó la pluma y se permitió el lujo de escuchar el canto de los grillos y las gaviotas mientras se secaban los últimos renglones. Vio por las ventanas que el negror de la noche daba paso poco a poco a una penumbra gris. La campana de la catedral no tardaría en sonar, y él tendría que hacer acopio de fuerzas para dirigir a la congregación en el rezo de prima. Tal vez debería echarse un rato. Pese a su malestar, se sentía como si se hubiera quitado un gran peso de encima, de modo que aprovechó la oportunidad para cerrar los ojos y disfrutar de un descanso breve pero tranquilo.

Cuando se puso de pie, las campanas empezaron a repicar. Félix suspiró. Acabar el texto le había llevado más tiempo de lo que había previsto. Se dispuso a prepararse para la misa.

De repente, oyó unos golpes firmes en la puerta.

—¡Adelante! —gritó.

Era el hermano Víctor, el hospedero, un joven que rara vez iba a la casa del abad.

—Padre, os ruego que me disculpéis. He esperado a que dieran las campanadas.

—¿Qué sucede, hijo mío?

—Un viajero llegó a nuestras puertas anoche.

—¿Y le diste albergue?

—Sí, padre.

—Entonces, ¿por qué vienes a informarme?

—Se llama Luke. Me ha suplicado que os entregue esto. —Víctor le

tendió un pergamino enrollado y atado con una cinta. Félix lo cogió, desató el lazo y alisó la hoja.

De pronto palideció. Víctor tuvo que sostener al viejo monje por debajo de los brazos para evitar que cayese al suelo.

En la hoja solo había una línea escrita y una fecha: 9 de febrero de 2027.

## Capítulo 16

Era tarde, y en el gran salón reinaba el silencio. Lord Cantwell se había esforzado por prestar atención a la metódica lectura en voz alta de su nieta, pero al final había sucumbido a sus problemas de audición, a su edad y a los efectos de la copa de brandy, y se había dirigido pesadamente a su habitación, después de pedir que le hicieran un resumen por la mañana, cuando estuviera más despejado.

Bien entrada la noche, Isabelle, con el crepitar del fuego como música de fondo, tradujo lentamente la carta del abad. Will escuchó impasible mientras las piezas que faltaban sobre la historia de la Biblioteca empezaban a encajar. Pese a que el contenido de la carta era asombroso, él no se inmutó. Sabía que la Biblioteca existía; eso al menos era indudable, y su existencia misma implicaba una explicación sobrenatural. La que estaba cobrando forma no era más descabellada que cualquiera de las que le habían pasado por la cabeza desde el día que Mark Shackleton le había soltado el bombazo.

Mientras Isabelle hablaba, él intentó formarse una imagen mental de Octavus y sus descendientes, eruditos pálidos y larguiruchos que se pasaban la vida encorvados sobre pergaminos en una cámara no mucho mejor iluminada que aquel gran salón. Se preguntó si tenían la menor idea de lo que estaban creando o del porqué. Estudió el rostro de Isabelle mientras leía, intentando imaginar qué estaba pensando y qué le diría cuando terminara. Se preparó para la revelación final: ¿estaba a punto de descubrir la importancia del año 2027?

Ella leyó la última frase: «A los doce años, fue expulsada y entregada a Gassonet el judío, mercader de grano, quien se la llevó de la isla e ignoro qué

hizo con ella». Isabelle alzó la vista hacia él, parpadeando, con los ojos secos.

—¿Qué pasa? —preguntó Will—. ¿Por qué no sigues?

—Eso es todo.

—¿Cómo que eso es todo?

—¡No hay nada más! —respondió ella, contrariada.

El soltó una palabrota.

—Las otras pistas. Para eso nos pagan.

—Nuestro libro —dijo ella, sin más— procede de esa biblioteca, ¿verdad?

Él pensó en contestar con evasivas, pero ¿de qué serviría? Para bien o para mal, ella estaba ahora al tanto de todo, así que, por toda respuesta, asintió con la cabeza.

Isabelle dejó la carta a un lado y se levantó.

—Necesito una copa.

Había un mueble bar en un aparador. Will oyó el tintineo de las botellas al entrechocar y observó cómo la espalda de Isabelle se arqueaba con la elegancia de una clave de fa. Cuando se volvió hacia él, tenía una botella de whisky escocés en la mano.

—¿Me acompañas?

No era la marca habitual de Will, pero aun así, casi podía sentir el calor y el escozor de ese néctar añejo en la garganta. Había pasado mucho tiempo sin tomar ni una gota y estaba orgulloso de ello. Eso lo convertía en mejor persona, sin duda, y su familia también estaba mejor así. En el gran salón flotaba una neblina formada por las partículas procedentes de la chimenea obstruida. La estancia, sin ventanas e incomunicada por completo del exterior, era como una cámara de aislamiento sensorial. Will, a causa del desfase horario, se sentía cansado y descolocado en aquel entorno que no le era familiar. Desde las sombras, una joven hermosa agitaba incitante una botella de whisky.

—Sí. ¿Por qué no?

Media hora después, la botella estaba medio vacía. Los dos bebían a palo seco. Will disfrutaba de cada sorbo, de cada trago, así como de la agradable y progresiva desinhibición que llevaban consigo.



Isabelle lo presionaba para sonsacarle respuestas. Él tuvo que reconocer para sus adentros que era una buena interrogadora, pero no iba a rendirse tan fácilmente. Tendría que trabajárselo más, hacerle las preguntas correctas, vencer su resistencia. Suplicarle. Engatusarlo. Amenazarlo. Lo estaba acribillando.

—¿Qué pasó después? Tiene que haber algo más. ¿Qué pensabas en ese momento? Por favor, sigue, te estás guardando algo. Si no me lo cuentas todo, Will, no te ayudaré con el resto del poema.

Él era consciente de que corría un riesgo si abría las puertas y la dejaba entrar. Se estaría poniendo en peligro a sí mismo y también a ella, pero, qué diablos, la chica ya sabía más sobre el origen de la Biblioteca que la gente de Nevada o Washington. Así pues, la obligó a jurar que no divulgaría el secreto, la clase de juramento que se hace con una copa en la mano. Después le habló de las postales, los «asesinatos», el caso Juicio Final. Las discrepancias entre los asesinatos. Las frustraciones. La compañera que acabaría por convertirse en su esposa. El gran avance en la investigación, que había desenmascarado a un tipo que conocía, su compañero de habitación en la universidad, un pringado y genio de la informática que trabajaba bajo tierra en una base secreta del gobierno en Área 51. La Biblioteca. La utilización de los datos por parte del gobierno. La trama financiera de Shackleton con la compañía de seguros Desert Life. Los vigilantes. El modo en que se había convertido en fugitivo. El último acto, que se había desarrollado en la suite de un hotel en Los Ángeles y había dejado a Shackleton con una bala en el cerebro. La base de datos oculta. Su acuerdo con los federales. Henry Spence. El 2027.

Había terminado. Se lo había contado todo. Las llamas se extinguían, y el salón estaba aún más oscuro. Tras un largo silencio, ella por fin habló:

—Cuesta asimilar tanta información. —Se sirvió unos dedos más de whisky y murmuró—: Este es mi límite. ¿Y el tuyo?

El cogió la botella de entre sus manos y se llenó el vaso.

—Ya no me acuerdo.

La habitación se movía en torno a Will, que se sentía como un trozo de madera a la deriva en un lago de aguas agitadas. Había perdido un poco la

práctica, pero podía acostumbrarse de nuevo a beber en serio, sin problemas. Resultaba agradable, y quería que esa sensación durase. No era precisamente el peor momento para estar atontado.

—Cuando era pequeña —dijo Isabelle en tono pausado, soñador—, sacaba el libro de la estantería, me sentaba al calor del fuego y jugaba con él. Siempre supe que tenía algo especial. Algo mágico. Todos esos nombres y fechas y lenguas extrañas... Es sobrecogedor.

—Sí, lo es.

—Y ¿has llegado a asumirlo, después de vivir con ello durante un tiempo?

—En el ámbito intelectual, tal vez. Pero más allá de eso, no sé.

Ella guardó silencio unos instantes.

—No me asusta —dijo entonces de forma enérgica, casi desafiante.

A Will no le dio tiempo de responder, porque ella tenía prisa por terminar su reflexión.

—Saber que el momento de nuestra muerte está predestinado. En cierto modo, resulta reconfortante. Vivimos agobiados y preocupados por el futuro..., lo que debemos comer, lo que debemos beber, el tipo de airbag que debemos tener en el coche, y así con todo, ad náuseam. Tal vez lo mejor sea vivir la vida y dejar de preocuparse.

Él le sonrió.

—¿Qué edad dices que tienes?

Ella arrugó la frente como diciendo: «Por favor, no seas condescendiente».

—Mis padres siempre estaban enfadados conmigo porque nunca me tomé en serio la religión. Los Cantwell tienen una larga tradición en el catolicismo. Me gustaban las partes en latín, pero los ritos y las ceremonias siempre me parecieron terriblemente vacíos. Tal vez por la mañana me lo replantee. —Se frotó los ojos—. Estoy agotada, así que supongo que tú estarás casi catatónico.

—No me vendría mal echar un sueñecito. —Apuró su copa y, envalentonado por el vínculo de confianza que se había creado entre ellos, preguntó—: ¿Te importa si me llevo la botella?

En Nueva York, había llegado la hora de acostar a Phillip. Después de darle su baño, Nancy yacía en la cama, al lado de su bebé. Le había puesto talco y un nuevo pañal sobre una toalla suave y esponjosa. Jugaba plácidamente con un peluche, manoseándolo y llevándose el morro del oso a la boca. Nancy abrió su teléfono móvil y releyó el último mensaje de Will. «Llegué bien. Vuelvo pronto. T kiero.» Suspiró y escribió un SMS de respuesta. Después hizo reír a Phillip acariciándole la barriguita tersa y redonda, y le besó en las dos mejillas.

A Will le pareció que el largo pasillo de la planta superior se balanceaba como un puente colgante en una selva de colgaduras. Era una sensación agradable, de libertad, y él sentía los pies ligeros, como si la ley de la gravedad estuviera a punto de quedar invalidada. Siguió con cuidado a Isabelle, que iba de puntillas para no despertar al viejo. Aunque Will no estaba seguro, le dio la impresión de que ella también estaba bajo el influjo del demonio, pues caminaba en zigzag, esquivando obstáculos invisibles, y a medio pasillo rozó la pared con el hombro. Abrió la puerta de la habitación de Will haciendo una especie de reverencia.

—Aquí la tienes —susurró.

—Aquí la tengo.

Estaba oscuro, y la luna que brillaba a través de los visillos de encaje convertía los muebles en formas negras y grises.

—No encontrarías el interruptor ni pasado mañana —dijo ella.

Will entró tras ella, contemplando su esbelta silueta recortada contra una ventana. Circuitos inactivos de su cerebro —los relacionados con el alcohol y las mujeres— empezaron a chisporrotear.

—No hace falta que enciendas la luz —se oyó decir a sí mismo.

Sabía que con eso bastaría. Intuía que las copas, la emoción del descubrimiento y la soledad de la campiña la habían puesto a cien.

Estaban en la cama. Se despojaron de la ropa con el ansia apremiante que

caracteriza la primera vez. La piel fresca y seca se tornó cálida y húmeda. Todas las juntas de la pesada cama crujían, y los agudos chirridos de la madera contra la madera servían de contrapunto a los suaves gemidos de los dos. Will no sabía con seguridad cuánto rato llevaban ni si él estaba haciendo un buen papel. Solo sabía que aquello le gustaba.

Cuando terminaron, la habitación se sumió en un silencio absoluto hasta que ella habló.

—Eso no me lo esperaba. —Y añadió—: ¿Has traído la botella?

Estaba intacta, erguida en el suelo, junto a la cama.

—No tengo vasos.

—Da igual. —Tomó un buen trago a morro y se la devolvió a Will, que la imitó.

La cabeza le daba vueltas.

—Oye, me...

Ella ya se había levantado y buscaba a tientas sus cosas. Murmuró una disculpa rápida, cuando le rozó las partes pudendas con las manos al coger sus bragas.

—¿A qué hora te despierto? —preguntó.

Su pregunta descolocó a Will, que no estaba acostumbrado a ser el abandonado después de los rollos de una noche.

—A la hora que te vaya bien a ti —respondió—. No muy tarde.

—Tomaremos un desayuno caliente y seguiremos con la búsqueda. No encuentro mi otro calcetín... ¿Puedo encender la luz ya?

Él cerró los ojos para protegerlos del resplandor y sintió un beso rápido en los labios. Con los párpados entornados, la vio alejarse desnuda, llevando la ropa arrebujada bajo el brazo. La puerta se cerró, y él se quedó solo.

Cuando sacó el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón, la lucecita roja estaba parpadeando. Lo abrió y leyó el mensaje de texto que había recibido: «Ya no estoy enfadada. T echo de -. También Philly. He leído el poema. Increíble. Llámame cuando puedas».

Will se percató de que llevaba un rato incómodamente largo aguantando la respiración, y su exhalación sonó como un ladrido bajo. Escribirle un mensaje estando desnudo y mojado por otra mujer le pareció un poco

impresentable. Pensó en ello un momento, y, finalmente, en vez de responder al SMS, tiró el teléfono en la cama y bebió otro trago de la botella.

Fuera, la cola del frente frío provocaba que unas rachas de viento gélido barriesen el jardín trasero. Un telescopio monocular de visión nocturna asomaba entre las ramas goteantes de un frondoso grupo de rododendros. Vista a través del telescopio, la ventana de Will emitía un brillo desagradablemente intenso.

Cuando Will se levantó para ir al baño, DeCorso vio pasar su torso desnudo. Llevaba horas ahí, pero era la primera vez que conseguía identificarlo; estaba convencido de que se hallaba en la casa, pero fue un alivio comprobar que su hombre estaba realmente allí y localizado. Un minuto antes, cuando la habitación estaba a oscuras, había vislumbrado por unos instantes el culo desnudo de una mujer, que semejaba una diosa verde a través del objetivo del telescopio. Esa noche, Piper se lo estaba pasando mejor que él.

Sería una espera fría y larga hasta el amanecer, pero estaba completamente resignado a llevar a cabo su labor de vigilante.

## Capítulo 17

1334,  
*isla de Wight, Inglaterra*

Félix guió a la comunidad en el rezo de prima. Gracias a Dios, fue el oficio más breve del día, porque él estaba fatigado en extremo y volvía a sentir punzadas en la cabeza. La catedral estaba llena de hermanos y hermanas que respondían diligentemente, elevando la voz en un cántico tan dulce como los gorjeos de los pájaros posados en el tejado de la iglesia que llamaban a sus compañeros de los robles cercanos. Era una época única del año, en la que el ambiente en el interior de la catedral era, en una palabra, celestial; ni demasiado caluroso ni demasiado frío. Él pensó que sería una pena partir de este mundo en pleno esplendor del verano.

Con el ojo sano vio que los monjes intercambiaban miradas furtivas desde los bancos. Él era su padre, estaban intranquilos por él y, de hecho, por ellos mismos. La muerte de un abad siempre era motivo de preocupación mundana. La llegada de un nuevo superior lo cambiaba todo inevitablemente y alteraba el ritmo de vida de la abadía. Después de todos aquellos años, se habían acostumbrado a él. Tal vez incluso lo querían, pensó. El hecho de que la cadena de sucesión fuese incierta aumentaba la confusión. Paul, su prior, era demasiado joven para que el obispo lo nombrase abad, y dentro de los muros del monasterio no había otro candidato. Eso significaba que tendría que venir alguien de fuera. Por el bien de la comunidad, Félix intentaría seguir vivo durante el mayor tiempo posible, pero sabía mejor que todos ellos

que el designio de Dios ya estaba escrito y era inalterable.

Desde el púlpito, elevado y tallado, recorrió la catedral con la mirada buscando a su visitante, pero Luke no se encontraba allí. Esto no sorprendió demasiado a Félix.

Cuando recitaba los últimos versos del salmo 116, un clásico de la hora prima, lo invadió una alegría repentina al caer en la cuenta de que Luke había llegado en el momento en que él ponía punto final a su carta de confesión. Sin duda, se trataba de algo providencial. El Señor había escuchado sus plegarias y le enviaba una respuesta. Como alabanza, Félix decidió incluir en la misa uno de sus himnos favoritos de prima, el antiguo *Iam lucis orto sidere*, «Ya que asoma el astro luminoso», un poema que databa de siglos atrás, de la época del santo fundador espiritual de su orden, Benito de Nursia.

*Iam lucis orto sidere,  
Deum precemur supplices,  
ut in diurnis actibus  
nos servet a nocentibus.*

Ya que asoma el astro luminoso,  
roguemos a Dios que nos ampare,  
y que en nuestras tareas de este día  
nos proteja de riesgos y de males.

El himno pareció elevar el espíritu de los fieles. La voz aguda de soprano de las monjas jóvenes resonaba de forma hermosa en la enorme nave de la fabulosa catedral.

*Ut cum dies abscesserit,  
noctemque sors reduxerit,  
mundi per abstinentiam  
ipsi canamus gloriam.*

Para que cuando el día se retire  
y la noche de nuevo descienda,

libres de los cuidados del mundo  
ensalcemos su gloria eterna.

Al concluir la ceremonia, Félix se sentía rejuvenecido, y si veía doble y le dolía el ojo, apenas lo notaba. Al salir de la iglesia hizo una señal al hermano Víctor, el hospedero, y le pidió que guiase al visitante nocturno a sus aposentos.

La hermana Maria, que lo esperaba en la casa del abad, le sirvió enseguida té y avena gruesa endulzada con miel. El comió unos bocados para contentarla, pero le indicó con un gesto que despejara la mesa cuando el hermano Víctor llamó a la puerta.

En cuanto vio entrar a Luke, le vino a la memoria el día que lo conoció, unos cuarenta años atrás. Félix era prior cuando el joven fornido, cuyo aspecto era más propio de un soldado que de un aprendiz de zapatero, llegó a las puertas de la abadía y pidió que lo dejaran ingresar en la hermandad. Había viajado desde Londres con el fin de apartarse del mundo en la isla, pues había oído hablar de la devoción de la comunidad y de la sencilla belleza del monasterio. El muchacho no tardó en ganarse con su sinceridad e inteligencia a Félix, que lo admitió como oblato. Luke correspondió a su generosidad entregándose al estudio, la oración y el trabajo con un entusiasmo y un candor que cautivaron el corazón de todos los miembros de la orden.

Ahora tenía ante sí a un hombre de cincuenta y tantos años que aún era alto y fuerte, pero le había salido barriga. Su rostro, antes terso y bello, acusaba los estragos de la edad, y estaba flácido y surcado de profundas arrugas. La sonrisa radiante y juvenil había cedido el paso al gesto torcido hacia abajo de unos labios cubiertos de costras. Llevaba la ropa sencilla y gastada de un artesano, y el cabello entreverado de canas peinado hacia atrás y anudado en la nuca.

—Pasa, hijo mío, y siéntate a mi lado —lo invitó Félix—. Ya veo que eres tú, querido Luke, disfrazado de viejo.

—Yo también os he reconocido, padre —respondió Luke, mirando fijamente el ojo hinchado del abad y la cara que, aunque envejecida, le



resultaba familiar.

—Te has fijado en mi dolencia —observó Félix—. Menos mal que has venido hoy a verme. Tal vez mañana habrías tenido que visitar mi tumba. Siéntate.

Luke se acomodó en el blando asiento de crin de una silla.

—Lamento oír eso, padre.

—Estoy en manos de Dios, como todo hombre. ¿Te han dado de comer?

—Sí, padre.

—Dime, ¿por qué no has asistido al rezo de prima en la catedral? Te he buscado pero no te he visto.

Luke contempló, incómodo, la suntuosidad de la sala del abad.

—No he podido —respondió simplemente.

Félix asintió con suavidad y tristeza. Lo entendía, por supuesto, y le agradecía que hubiera vuelto después de tantos años para cerrar el largo arco de dos vidas que habían discurrido juntas durante un tiempo antes de separarse un día de infausta memoria.

No había necesidad de que Luke le recordase al abad los detalles de ese día. Félix recordaba los hechos como si se hubieran producido unos minutos antes y no décadas atrás.

—¿Adónde fuiste después de dejarnos? —preguntó de pronto el abad.

—A Londres. Nos fuimos a Londres.

—¿«Fuisteis»?

—Elizabeth, la chica, se fue conmigo.

—Entiendo. ¿Y qué fue de ella?

—Es mi esposa.

La noticia dejó de piedra a Félix, pero decidió no juzgar a Luke.

—¿Tenéis hijos? —preguntó.

—No, padre, ella es estéril.

Entre la bruma y la lluvia de una mañana de octubre que había quedado muy atrás, Luke vio horrorizado que la hermana Sabeline llevaba a rastras a Elizabeth, una novicia joven y asustada, al interior de la pequeña capilla que

se alzaba en una zona apartada del terreno de la abadía. Durante sus cuatro años en Vectis, había oído rumores sobre las criptas, un mundo subterráneo, seres extraños que vivían bajo tierra y sucesos no menos inquietantes. Los otros novicios hablaban de ritos y perversiones; de una sociedad secreta, la Orden de los Nombres. Luke no concedía el menor crédito a esas habladurías fabricadas por mentes simples. Sí, había una capilla secreta, pero él no tenía por qué saberlo todo acerca del funcionamiento interno de la abadía. Tenía una misión en la que concentrarse: amar y servir a Dios.

La presencia de Elizabeth ponía a prueba su fe y su dedicación. Desde el primer día que la vio de cerca, detrás del dormitorio de las hermanas, donde la ayudó a recuperar una camisa que había volado de un tendedero, el rostro de la joven empezó a desplazar en su pensamiento los rezos y la contemplación. Su cabellera larga y bonita, que todavía no le habían cortado antes de tomar el hábito, sus pómulos altos, sus ojos azul verdoso, sus labios húmedos y su cuerpo grácil lo hacían enloquecer. Sin embargo, él sabía que si dominaba sus impulsos y se negaba a desviarse del buen camino, saldría del trance fortalecido y sería mejor siervo de Dios.

En ese entonces no podía saber que pasaría su última noche como monje en unos establos. Elizabeth le había rogado que acudiese. Estaba angustiada. Por la mañana, la llevarían a las criptas situadas bajo la capilla secreta. Le contó a Luke que iban a obligarla a yacer con un hombre. Le contó una historia de paridoras, sufrimiento y locura. Le suplicó a Luke que la despojase de su virginidad, en ese momento y allí, sobre la paja, para salvarla. Él se marchó a toda prisa, y el suave llanto de Elizabeth se confundió en sus oídos con los relinchos incesantes de los caballos.

A la mañana siguiente, Luke se escondió tras un árbol para vigilar el sendero que conducía a la capilla secreta. La brisa salobre procedente del mar lo mantenía alerta. Al alba, vio a la monja anciana y enjuta, la hermana Sabeline, arrastrar a la chica sollozante hacia el interior del edificio de madera. Se debatió por unos instantes antes de dar el paso que cambiaría para siempre el rumbo de su vida.

Entró en la capilla.

Vio una habitación vacía con suelo de pizarra, sin otro adorno que una

sencilla cruz de madera cubierta de pan de oro. Había una puerta maciza de roble. Cuando la abrió, Luke distinguió una escalera de piedra que descendía en espiral hacia las profundidades de la tierra. Con paso vacilante, bajó los escalones iluminados por antorchas hasta llegar a una cámara fresca y pequeña en la que había una puerta antigua entreabierta, con una llave grande en su cerradura de hierro. La puerta giró pesadamente sobre sus goznes, y Luke se encontró dentro de la Sala de los Escribas.

Los ojos de Luke tardaron unos segundos en acostumbrarse a la tenue luz de las velas. Lo que vio escapaba a su comprensión: docenas de hombres y muchachos pelirrojos de piel clara, sentados hombro con hombro ante largas mesas dispuestas en filas, todos con una pluma que sujetaban con fuerza y mojaban en tinteros para escribir furiosamente en hojas de pergamino. Unos eran ancianos, y otros, poco más que niños, pero, a pesar de las diferencias de edad, todos se parecían notablemente entre sí. Cada rostro era tan inexpresivo como el de al lado. Su única señal de vivacidad era el brillo de sus ojos verdes, que fijaban con intensidad en las hojas de pergamino blanco.

La cámara tenía un techo abovedado, enyesado y encalado, de manera que reflejara mejor la luz de las velas. Había un máximo de diez escribas ante cada una de las quince mesas que llegaban hasta el fondo de la cámara. A lo largo de los muros laterales de la cámara había varios catres, algunos de ellos ocupados por pelirrojos que dormían.

Los escribas no prestaron la menor atención a Luke; tuvo la sensación de haber entrado en un reino mágico en el que quizá era invisible. Sin embargo, antes de que pudiera intentar buscar un sentido a todo aquello, oyó un grito lastimero, la voz de Elizabeth.

Los gemidos provenían de su derecha, de un hueco abierto a un lado de la cámara. Por instinto protector, corrió hacia el oscuro pasadizo abovedado y enseguida percibió los asfixiantes hedores de la muerte. Estaba en una catacumba. Avanzó a tientas por una habitación, rozando cadáveres amarillos con restos de carne en descomposición, apilados como leños en los nichos de las paredes.

Los gritos sonaron más fuerte, y en la habitación siguiente, Luke vio a la hermana Sabeline sosteniendo una vela. Se acercó con sigilo. La llama

iluminaba la pálida piel de uno de los pelirrojos. Estaba desnudo, y Luke vislumbró sus glúteos secos y hundidos, los brazos escuálidos que colgaban a sus costados. Sabeline lo estaba agujijoneando, alterada por su frustración.

—¡He traído a esta chica para ti! —exclamó. Como él no reaccionaba, la monja le ordenó—: ¡Tócala!

En ese momento, Luke vio a Elizabeth, hecha un ovillo en el suelo, tapándose los ojos, preparada para el contacto de un esqueleto viviente.

Luke actuó automáticamente, sin miedo a las consecuencias. Se lanzó hacia delante, agarró al hombre por los huesudos hombros y lo arrojó al suelo. Le resultó extremadamente fácil, como derribar a un niño.

—¿Qué haces tú aquí? Pero ¿qué haces? —oyó chillar a la hermana Sabeline.

Sin hacerle caso, él le tendió la mano a Elizabeth, que pareció notar que no la estaba tocando una mano maligna, sino liberadora. Abrió los ojos y contempló su rostro con gratitud. El hombre pálido yacía en el suelo, intentando levantarse del lugar donde había caído a causa del brusco empujón de Luke.

—¡Hermano Luke, déjenos solos! —gritó Sabeline—. ¡Ha violado un lugar sagrado!

—No me iré sin esta muchacha —gritó Luke a su vez—. ¿Cómo puede ser esto sagrado? Todo cuanto veo es maldad. —Tomó a Elizabeth de la mano y la ayudó a levantarse.

—¡No lo entiende! —rugió Sabeline.

Luke oyó ruidos de caos y tumulto procedentes de la cámara: destrozos, golpes sordos, bandazos y sonidos como los de unos pescados grandes al caer sobre la cubierta de un barco, boqueando y retorciéndose.

El pelirrojo desnudo dio media vuelta y echó a andar hacia el estrépito.

—¿Qué está pasando? —preguntó Luke.

Sabeline cogió la vela y se dirigió a toda prisa hacia la sala, dejándolos solos en la oscuridad.

—¿Te han hecho daño? —le preguntó Luke a Elizabeth.

—Has venido a por mí —musitó ella.

Luke la ayudó a abrirse camino desde las tinieblas hasta la luz de la

cámara.

El recuerdo de lo que vio debió de quedar grabado a fuego en el fondo de sus ojos, porque cada vez que los cerraba, todos los días de su larga vida, veía de nuevo a la hermana Sabeline, caminando como en trance por aquel escenario espantoso murmurando «Dios mío, Dios mío, Dios mío» una y otra vez, como si canturrease un salmo.

Para ahorrarle a Elizabeth aquella visión pavorosa, Luke le rogó que cerrara los ojos y dejase que él la guiara. Mientras se encaminaban con cuidado hacia la puerta, lo asaltó de pronto el impulso incontrolable de llevarse uno de los pergaminos extendidos sobre las mesas de madera, y eligió uno que no estaba empapado en sangre.

Subieron a toda prisa la empinada escalera de caracol, cruzaron la capilla y salieron a la lluvia y la niebla. La obligó a seguir corriendo hasta que se encontraron lejos de las puertas de la abadía. Las campanas de la catedral repicaban para dar la alarma. Tenían que llegar hasta la orilla del mar. Tenía que sacarla de la isla.

—Dime, ¿por qué has regresado a Vectis? —inquirió Félix.

—Lo que vi ese día me dejó marcado de por vida, y no quería irme a la tumba sin comprender. Hace tiempo que acariciaba la idea de regresar. Por fin me ha sido posible.

—Es una lástima que dejaras la Iglesia. Recuerdo tu gran devoción y tu generosidad de espíritu.

—Ya no me queda nada de eso —repuso Luke con amargura—. Me lo arrebataron.

—Eso me entristece, hijo mío. Sin duda consideras la abadía de Vectis un lugar de pecado y maldad, pero no es así. Nuestro elevado cometido tenía un propósito sagrado.

—¿Y cuál era ese propósito, padre?

—Satisfacer las necesidades de Dios al atender a las necesidades de esos escribas endebles y mudos. Por intervención divina, su labor se prolongó durante siglos. Estaban llevando un registro, Luke, un registro de los

nacimientos y los óbitos de todos los hijos de Dios, de entonces y del futuro.

—¿Cómo era posible?

Félix se encogió de hombros.

—La información pasaba de la mano de Dios a las manos de aquellos hombres. Tenían una determinación extraña, única. Por lo demás, en muchos sentidos eran como niños y dependían totalmente de nosotros para subsistir.

—No solo para eso —espetó Luke.

—Sí, tenían la necesidad de reproducirse. Su labor era titánica. Requería que miles de ellos trabajaran durante cientos de años. Era nuestro deber proporcionarles los medios.

—Lo siento, padre, pero eso es una abominación. Obligaban a sus hermanas a convertirse en meretrices.

—¡En meretrices no! —exclamó Félix. La emoción hizo que le subiera la presión dentro de la cabeza y que el ojo le palpitara con violencia—. ¡En siervas! ¡Estaban al servicio de un bien superior! ¡Es algo que los forasteros no pueden entender! —Se apretó la sien con la mano, dolorido.

Luke, temeroso de que el anciano muriese delante de él, moderó el tono.

—¿Qué ha sido de su obra?

—Había una Biblioteca inmensa, Luke; sin duda la mayor de toda la cristiandad. Ese día estuviste cerca, pero no llegaste a verla. Después de que huyerais, el abad Baldwin, de bendita memoria, ordenó que se cerrara la Biblioteca y que la capilla fuera arrasada por el fuego. Tengo la certeza de que la Biblioteca quedó reducida a cenizas.

—¿Por qué se tomaron esas medidas, padre?

—Baldwin creía que el hombre no estaba preparado para las revelaciones de la Biblioteca. Y sospecho que te tenía miedo, Luke.

—¿A mí?

—Temía que revelaras los secretos, que llegaran otros, que los forasteros nos juzgaran, que hombres malintencionados explotaran la Biblioteca con fines perversos. Tomó una decisión, y yo la llevé a efecto. Yo mismo causé los incendios.

Luke vio su pergamino en la mesa del abad, enrollado y sujeto con una cinta.

—El pergamino que me llevé ese día... Os ruego que me expliquéis su significado, padre. Me tiene obsesionado.

—Luke, hijo mío, te contaré todo cuanto sé. Pronto moriré. Llevo una carga enorme sobre los hombros, pues soy el último hombre vivo que tiene conocimiento de la Biblioteca. He puesto por escrito esa información. Por favor, deja que me quite ese peso de encima entregándote el texto y que abuse de tu generosidad pidiéndote algo más.

Se acercó a su arcón y sacó el descomunal libro. Luke se apresuró a ayudarlo, pues el volumen parecía pesar demasiado para el anciano.

—Es el único que queda —dijo Félix—. A ti y a mí nos une otro vínculo, Luke. Tú no sabías por qué te llevaste el pergamino aquel día, y yo no sé por qué salvé este libro de las llamas. Tal vez a ambos nos guió una mano invisible. ¿Te llevarás tu pergamino y también este libro, que contiene una carta escrita por mí? ¿Dejarás que este viejo te traspase su carga?

—Cuando era joven, fuisteis amable conmigo y me acogisteis, padre. Haré lo que me pedís.

—Gracias.

—¿Qué debo hacer con ello?

Félix alzó la vista hacia el techo de la lujosa estancia.

—Eso le corresponde a Dios decidirlo.

## Capítulo 18

*1344,  
Londres*

El barón Cantwell de Wroxall se despertó rascándose y pensando en botas. Al inspeccionarse los brazos y el abdomen encontró unas ronchas pequeñas, señal de que había compartido el colchón con chinches. ¡Por Dios santo! Era un privilegio, desde luego, estar en la corte, en calidad de invitado en el palacio de Westminster, pero sin duda no era deseo del rey que sus nobles fueran devorados vivos mientras dormían. Ya le ajustaría las cuentas al mayordomo.

Su habitación era pequeña pero por lo demás confortable. Tenía una cama, una silla, un arcón, una cómoda, velas y una alfombra para evitar el contacto con el suelo frío. Carecía de chimenea, por lo que a Charles no le habría gustado pasar allí una noche de invierno, pero en plena primavera resultaba agradable. En su juventud, antes de ganarse el favor real, cuando Charles visitaba Londres, se hospedaba en posadas, donde siempre, incluso en las más respetables, tenía que compartir cama con un desconocido. Aunque, por aquel entonces rara vez se acostaba en un estado de conciencia que no fuera de borrachera extrema, así que apenas le importaba. Ahora que era más viejo y había ascendido de rango, procuraba rodearse de las mayores comodidades. Hizo aguas menores en el orinal y se examinó el miembro en busca de llagas, precaución que tomaba siempre después de pasar la noche con meretrices. Aliviado, se puso a mirar por la vidriera. Entre los cristales



verdosos alcanzaba a ver al norte la imponente curva del río Támesis. Un kogge de borda alta desplegaba las velas y navegaba hacia el estuario, cargado de mercancías. Bajo los aposentos reales, a la orilla del agua, un aguilucho lagunero se lanzaba en picado para cazar ratas y, río arriba, un trapero volcaba una carretilla de basura en el agua, a una distancia imprudentemente corta de Westminster Hall, donde el Consejo Real se reuniría al día siguiente. Aunque las vistas de la gran ciudad lo habían distraído momentáneamente, Charles devolvió la atención a sus pies, que parecían más ásperos y despellejados que de costumbre. Hoy tendría sus botas nuevas.

Con su peine de carey se alisó la barba puntiaguda, el largo bigote y el pelo, que le llegaba a los hombros, y después se puso a toda prisa sus bombachos y su camisa de lino, eligió su mejor par de calzas de lana verdes, se las enfundó hasta los muslos y las ató al cinto del pantalón. El jubón era un regalo de un primo francés, de un estilo que llamaban *cotehardie*, ajustado, forrado y azul, con botones de marfil. Pese a sus más de cuarenta años, seguía teniendo un cuerpo viril y en forma, y no dudaba en lucirlo. Como estaba en la corte, completó su atuendo con una túnica especialmente bonita, una desenfadada capa de brocado fino que le dejaba buena parte de las piernas al descubierto. A continuación, con desdén, se puso sus botas viejas haciendo una mueca de disgusto al verlas tan gastadas y deformadas.

Charles había alcanzado su posición gracias en parte a su linaje ilustre y en parte al sentido común. Había pruebas fiables de que la línea de sangre de los Cantwell se remontaba a la época del rey Juan sin Tierra, y de que sus antepasados habían tenido un papel secundario en las negociaciones con la Corona respecto a la Carta Magna. Sin embargo, la familia había formado parte de la nobleza venida a menos hasta que la fortuna les sonrió con el ascenso al trono de Eduardo III.

Edmund, el padre de Charles, había luchado junto a Eduardo II en la desafortunada campaña del rey inglés contra Roberto Bruce en Escocia y había resultado herido en la desastrosa batalla de Bannockburn. Si el desenlace hubiera sido más favorable para los ingleses, los Cantwell habrían podido prosperar en los años siguientes, pero desde luego Edmund no había

desacreditado a la familia a los ojos de la Corona.

Eduardo II no era en modo alguno un monarca popular, y sus súbditos permitieron a todos los efectos que su esposa francesa y su amante traidor, Roger Mortimer, lo destronaran. Edward, el hijo del rey, contaba solo catorce años cuando derrocaron a su padre. Aunque fue coronado como Eduardo III, se convirtió en un títere de Mortimer, el Regente, que no solo quería que el rey depuesto fuese encarcelado, sino también ejecutado. El asesinato de Eduardo en el castillo de Berkeley, en Gloucestershire, fue un asunto sórdido. Los esbirros de Mortimer se le acercaron cuando estaba en la cama, le colocaron encima un colchón pesado para inmovilizarlo, y a continuación le introdujeron un tubo de cobre por el recto a través del cual le metieron un atizador al rojo para quemarle los intestinos sin dejarle marcas visibles. De este modo, el crimen no podría probarse, y la muerte se atribuiría a causas naturales. Además, para el astuto Mortimer era el castigo apropiado para un rey de quien se rumoreaba que era un sodomita.

Poco antes de cumplir los dieciocho años, Eduardo, al enterarse de la espantosa muerte de su padre, planeó una venganza propia de un hijo. Los que se mantenían leales a su padre corrieron la voz de que el joven rey necesitaba personas que participasen en la conspiración. Algunos agentes del monarca se pusieron en contacto con Charles Cantwell, que accedió de buen grado a implicarse, no solo porque era leal al rey, sino también porque, como aventurero que había fracasado en diversos negocios, vio en ello una buena oportunidad de futuro. En octubre de 1330 se juntó con un pequeño grupo de valientes que, audazmente, se colaron por una entrada secreta en la fortaleza particular de Mortimer en el castillo de Nottingham, tomaron prisionera a la alimaña en su alcoba y, en nombre del rey, lo encarcelaron en la Torre de Londres para que se enfrentase a su macabro destino.

En señal de gratitud, Eduardo III, nombró barón a Charles y le concedió una renta real suculenta, así como terrenos en Wroxall, donde Charles comenzó de inmediato a hacer mejoras en su finca y a construir una buena casa de madera cuya magnificencia estuviera a la altura de su nombre, Cantwell Hall.

El caballero mayor tenía lista y ensillada la montura de Charles. Este

partió al trote, por la margen norte del río, disfrutando de la templada brisa lo máximo posible antes de internarse en las callejuelas fétidas y estrechas de la ciudad de artesanos. Al cabo de una media hora, estaba cabalgando por la calle Thames, una vía relativamente amplia y despejada que discurría próxima al río, al oeste de la catedral de San Pablo, y donde le resultó fácil sortear carretillas, caballos y viandantes.

Al pie de la colina de Garrick, espoleó a su cabalgadura para que se dirigiese hacia el norte por un camino serpenteante y claustrofóbico, donde sintió la necesidad imperiosa de taparse la nariz con un pañuelo. La calle Cordwainers estaba flanqueada por dos canales de aguas negras, pero el hedor de los residuos humanos no era la peor agresión contra los sentidos de Charles. A diferencia de los zapateros, que fabricaban calzado barato con piel usada y se ganaban la vida a duras penas haciendo remiendos, sus colegas mejor valorados, los maestros de obra prima, necesitaban piel nueva para confeccionar sus botas. Por eso, esta zona de las afueras de la ciudad albergaba también mataderos y curtidurías, cuyas calderas, en las que se hervía el cuero, la lana y la piel de borrego, despedían unos olores fétidos.

Su buen humor de la mañana se había esfumado por completo cuando Charles desmontó tras haber llegado a su destino, un pequeño taller señalado con un letrero colgante de hierro forjado en forma de bota. Ató el caballo a un poste y, empapándose los pies en un charco, se dirigió al taller de dos plantas encajonado entre otras estructuras similares que formaban una larga fila de edificios gremiales.

De inmediato se olió que algo no iba bien. Mientras que los zapateros y otros maestros de obra prima de ambos lados de la calle tenían las puertas y ventanas abiertas en señal de prosperidad, este taller estaba cerrado a cal y canto. Charles refunfuñó entre dientes y aporreó la puerta con la mano. Como no obtuvo respuesta, golpeó de nuevo, más fuerte todavía; se disponía a emprenderla a patadas contra la condenada puerta cuando esta se abrió despacio, y una mujer asomó la cabeza, cubierta con un velo.

—¿Por qué habéis cerrado? —exigió saber Charles.

La mujer era delgada como una niña, pero estaba demacrada como una anciana. Charles la había visto anteriormente en el taller, y aunque estaba

avejentada, le había parecido que debió de ser toda una preciosidad en su juventud. Pero esa belleza se había difuminado, erosionada por las preocupaciones y el trabajo duro.

—Mi marido está enfermo, señor.

—Lo siento mucho, señora, créame, pero he venido a recoger mis botas nuevas.

Ella se quedó mirándolo, sin comprender.

—¿Es que no me has oído, mujer? ¡Vengo a por mis botas!

—No hay botas, señor.

—Pero ¿qué dices? ¿Acaso no sabes quién soy yo?

A la mujer le temblaba el labio.

—Sois el barón de Wroxall, señor.

—Exacto. Entonces sabrás que vine hace seis semanas. Tu marido Luke, el maestro de obra prima, hizo unas hormas de madera de mis pies. ¡Le pagué la mitad por adelantado, mujer!

—Ha estado enfermo.

—¡Déjame entrar! —Charles se abrió paso hacia el interior y echó un vistazo a la reducida habitación. Hacía las veces de taller, cocina y vivienda. A un lado había un hogar para cocinar, utensilios, una mesa y sillas, y al otro, un banco de artesano, sobre el que se amontonaban varias herramientas y unas pocas pieles de oveja curtidas. En un estante colgado en la pared, encima del banco, había docenas de moldes de madera. Charles fijó la vista en una horma que llevaba grabada la palabra «Wroxal».

—¡Esos son mis pies! —exclamó—. ¿Dónde están mis botas?

Se oyó una voz procedente de la planta superior.

—¿Elizabeth? ¿Quién está ahí?

—No pudo empezar a hacerlas, señor —insistió ella—. Cayó enfermo.

—¿Está arriba? —preguntó Charles, alarmado—. No habrá peste negra en esta casa, ¿verdad, señora?

—Oh, no, señor. Tiene la tisis.

—Entonces subiré a hablar con él.

—Por favor, no lo hagáis, señor. Está demasiado débil, eso podría matarlo.

En los últimos años, Charles había perdido la costumbre de no salirse con la suya. A los barones se los trataba como a... barones, y tanto los siervos como la pequeña nobleza les consentían todos sus caprichos. Se quedó inmóvil, en una postura agresiva, con los brazos enjarras y sacando mentón.

—Así que no hay botas —dijo al fin.

—No, señor. —La mujer luchaba por contener el llanto.

—Os pagué medio noble por adelantado —dijo con frialdad—. Devuélveme el dinero. Con intereses. Me conformo con cuatro chelines.

Entonces brotaron las lágrimas.

—No tenemos dinero, señor. No ha estado en condiciones de trabajar. He empezado a intercambiar con otros miembros del gremio su provisión de pieles por comida.

—¿De modo que no hay botas ni tampoco dinero! ¿Qué me propones que haga, mujer?

—No lo sé, señor.

—Por lo visto, tu marido pasará sus últimos días en prisión a discreción de Su Majestad, y tú también conocerás el interior de una celda para morosos. Cuando vuelvas a verme, iré acompañado del alguacil.

Elizabeth se puso de rodillas y se abrazó a sus pantorrillas enfundadas en las calzas.

—No, por favor, señor. Tiene que haber otra solución —sollozó—. Llevaos sus herramientas o lo que os plazca.

—Elizabeth —la llamó de nuevo Luke con voz débil.

—Todo va bien, querido —le respondió ella.

Aunque mandar a esos ladrones a la cárcel habría complacido a Charles, sabía que sería más útil pasar el resto de la mañana en el taller de otro maestro de obra prima que recorriendo la hedionda ciudad en busca del alguacil. Sin abrir la boca, se acercó al banco de trabajo e inspeccionó la colección de tenazas, punzones, agujas, mazos y cuchillos que había encima. Soltó un resoplido. ¿De qué le serviría todo aquello? Cogió una cuchilla semicircular.

—¿Esto qué es? —preguntó.

Ella seguía arrodillada.

—Es un trinchete, un cuchillo de zapatero.

—¿Qué iba a hacer yo con esto al cinto? —comentó él, con sorna—. ¿Cortarle la nariz a alguien? —Revolvió un poco más la mesa y concluyó—: Esto es basura para mí. ¿No tenéis nada de valor aquí?

—Somos pobres, señor. Por favor, llevaos las herramientas y marchaos en paz.

Charles empezó a caminar de un lado a otro, paseando la mirada por la pequeña habitación en busca de algo que lo satisficiera lo suficiente para no denunciarlos. Sus posesiones eran muy escasas, y similares a las que sus criados tenían en sus miserables casas.

Sus ojos se posaron en un arcón que estaba cerca de la chimenea. Sin pedir permiso, lo abrió. Dentro había abrigos de invierno, vestidos y cosas por el estilo. Charles metió las manos y, por debajo de la ropa, notó algo duro y plano. Al apartar las prendas, vio la tapa de un libro.

—¿Tenéis una Biblia? —exclamó. Los libros eran artículos escasos y caros. Nunca había conocido a un campesino o artesano que poseyera uno.

Elizabeth se santiguó y movió los labios como si rezara en voz baja.

—No, señor, no es una Biblia.

Charles extrajo el pesado libro del cofre y lo examinó. Desconcertado por la fecha grabada en el lomo, 1527, lo abrió. Un fajo de pergaminos sueltos cayó al suelo. Los recogió y echó una ojeada rápida al texto en latín. Vio el nombre Félix en la hoja superior y dejó el fajo a un lado. Acto seguido, inspeccionó las páginas del libro y recorrió con los ojos la aparentemente interminable lista de nombres y fechas.

—¿Qué es este libro, señora?

El miedo secó las lágrimas de Elizabeth.

—Es de un monasterio, señor. El abad se lo dio a mi marido. No sé qué es.

Lo cierto es que Luke nunca le había hablado del libro. Cuando regresó a Londres de Vectis años atrás, lo guardó en el arcón sin decir una palabra, y allí se quedó. Él se cuidaba mucho de no decirle nada que le recordara Vectis. En su casa jamás se mencionaba este nombre. Sin embargo, ella intuía que el libro era maligno, y hacía la señal de la cruz cada vez que tenía que abrir el

arcón por algo.

Charles pasó una página tras otra, cada una relativa al año 1527.

—¿Se trata de algún tipo de brujería? —inquirió Charles.

—¡No, señor! —Y esforzándose por mostrar convicción, añadió—: Es un libro sagrado de los buenos monjes de la abadía de Vectis. Fue un obsequio para mi esposo, que conoció al abad en su juventud.

Charles se encogió de hombros. Sin duda el libro valdría algo, tal vez más de cuatro chelines. Su hermano, más diestro con la pluma que con la espada, sabría calcular su valor. Cuando regresara a Cantwell Hall, le pediría su opinión.

—Me llevaré el libro como compensación, pero estoy muy descontento con nuestro trato, señora. Quería estrenar botas para el Consejo Real, y lo único que me he llevado es una decepción.

Ella guardó silencio mientras el barón colocaba de nuevo los pergaminos sueltos dentro del libro y salía a la calle dando grandes zancadas. Metió el libro en su alforja, montó y partió en busca de otro zapatero.

Elizabeth subió la escalera y entró en el diminuto dormitorio donde Luke yacía febril y consumido. Su hombre sano y robusto, el que le había salvado la vida, había desaparecido y en su lugar había quedado ese cascarón viejo y marchito. Su vida se estaba apagando. El cuartucho olía a muerte. Tenía la pechera de la camisa manchada de sangre seca y marrón, esputos y algunas gotas más recientes, de un color rojo intenso. Ella le levantó la cabeza para que tomase un sorbo de cerveza.

—¿Quién era? —preguntó él.

—El barón de Wroxall.

Los ojos llorosos de Luke se abrieron como platos.

—No llegué a hacerle sus botas. —Le dio un ataque de tos muy fuerte, y ella tuvo que esperar a que se le pasara.

—Se ha ido ya. Todo se ha solucionado.

—¿Cómo lo has resarcido? Me pagó por adelantado.

—Todo ha salido bien.

—¿Le has dado mis herramientas? —preguntó él, con tristeza.

—No. Eso no.

—Entonces, ¿qué?

Elizabeth tomó la mano laxa de su marido entre las suyas y lo miró a los ojos con ternura. Por unos instantes, ambos volvían a ser dos jóvenes inocentes, solos contra las fuerzas arrolladoras y crueles de un mundo desquiciado. Hacía ya muchos años, él se había aventurado a salvarla, como un caballero andante, y la había rescatado de esa cripta pestilente y de su terrible destino. Ella se había pasado el resto de la vida intentando pagárselo dándole un hijo, pero por desgracia había fracasado. Tal vez, de una forma modesta, ese día lo había salvado al echarle un hueso al lobo hambriento. Su amado Luke podría seguir durmiendo en su lecho.

—El libro —dijo ella—. Le he dado el libro.

Él parpadeó con incredulidad antes de volverse despacio hacia la pared y prorrumpir en sollozos.



## Capítulo 19

En el instante en que Will despertó, reconoció el desagradable síndrome de los viejos tiempos; sentía que tenía la cabeza llena de pesos de plomo, la boca como si se la hubieran secado con una esponja y el cuerpo atenazado por mialgias como las de la gripe.

Tenía una resaca de aúpa.

Maldijo su debilidad y, al ver la botella llena hasta un cuarto junto a él, en la cama, ahí tirada como una mujer de mala vida, le preguntó con rabia: «¿Qué narices haces tú aquí?». Sintió el impulso de vaciarla en el lavabo, pero no era de su propiedad, ¿o sí? La tapó con una almohada para no tener que verla.

Se acordaba de todo, por supuesto; no podría justificarse con la penosa excusa de que había perdido el conocimiento. Había engañado a sus ex esposas, había engañado a sus novias y había engañado a las mujeres con las que las engañaba, pero nunca había engañado a Nancy. Se alegraba de estar hecho una mierda; se lo merecía.

El mensaje de texto de Nancy seguía allí, en su móvil, sin responder. Después de salir del baño, tras enjuagarse la boca a conciencia con pasta de dientes mentolada para quitarse el sabor a resaca, aprovechó la única raya de cobertura que tenía para telefonarla. En Nueva York era temprano, pero Will sabía que ella estaría levantada, dándole de comer a Phillip o preparándose para ir a trabajar.

—Hola —contestó ella—. Me estás llamando.

—Pareces sorprendida.

—No respondiste a mi SMS. «La distancia es el olvido», pensé.

—Para nada. ¿Qué tal todo?

—Los dos bien. Philly tiene un apetito voraz.

—Eso es bueno. —Su voz sonó vacilante.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Nancy.

—Sí, estoy bien.

—¿Cómo van tus asuntos?

—Estoy en una vieja y enorme mansión de campo. Me siento como en una novela de Agatha Christie. Pero la gente aquí es... muy amable y me ayuda mucho. He hecho un descubrimiento importante, pero dudo que quieras saber nada del tema.

Ella guardó silencio unos instantes.

—No me hacía mucha gracia —dijo al fin—, pero lo he superado. Me he dado cuenta de algo.

—¿De qué?

—De que esto de la vida hogareña es muy duro para ti. Te sientes encarcelado. Cuando se presenta una aventura, es lógico que estés ansioso por aprovechar la oportunidad.

A Will empezaron a escocerle los ojos.

—Te estoy escuchando.

—Y eso no es todo. Deberíamos empezar a pensar en mudarnos más pronto que tarde. Tienes que salir de la ciudad. Les plantearé a los de recursos humanos la posibilidad de un traslado.

El sentimiento de culpa era insoportable.

—No sé qué decir...

—No digas nada. Háblame de ese descubrimiento.

—Tal vez por teléfono no debería.

La voz de Nancy volvió a teñirse de preocupación.

—Creía que habías dicho que no corrías peligro.

—Claro que no, pero los viejos hábitos... Pronto te lo contaré en persona.

—¿Cuándo volverás a casa?

—No he terminado todavía, tal vez dentro de un par de días. Lo antes que pueda. Ya tenemos la primera pista. Nos faltan tres.

—La llama de Prometeo.

—Era ingenioso para los enigmas, el amigo Shakespeare. Se refería a un candelero grande y viejo.

—¡Ja! ¿Ahora toca el viento en Flandes?

—Sí.

—¿Tienes alguna idea?

—No. ¿Y tú?

—Pensaré en ello. Vuelve pronto.

A altas horas de la noche, en Las Vegas, Malcolm Frazier dormía junto a su esposa cuando la vibración y el timbre de su móvil lo despertaron. Era uno de sus hombres, que llamaba desde el centro de operaciones de Área 51; se disculpó de forma maquinal por molestarlo.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Frazier, girándose para poner los pies en el suelo.

—Acabamos de intervenir una comunicación telefónica entre el móvil de Piper y el de su esposa.

—Pónmela —ordenó Frazier.

Salió arrastrando los pies del dormitorio principal, pasó junto a las habitaciones de los niños y se dejó caer en el sofá del salón mientras la grabación empezaba a reproducirse.

Después de escucharla, pidió que lo comunicaran con DeCorso.

—¡Jefe! ¿Qué haces despierto a las dos de la madrugada?

—Mi trabajo. ¿Y tú dónde estás?

Estaba sentado en su coche de alquiler, en el arcén, desde donde podía vigilar el camino a Cantwell Hall. Nadie llegaba o se marchaba de allí sin que él lo viera. Acababa de quitarle el celofán a un sándwich de pollo y su teléfono móvil quedó manchado de mayonesa.

—Haciendo mi trabajo también.

—¿Le has visto el pelo?

—Aparte de anoche, cuando se tiró a la nieta, no.

—Qué ruin —murmuró Frazier.

—¿Disculpa?

Frazier no se molestó en responder. No era un diccionario.

—Curiosamente, acaba de llamar a su mujer, pero no para confesar. Le ha dicho que había hecho un «descubrimiento importante» y que aún no había terminado. Dice que le quedan tres pistas por encontrar. Habla como si estuviera participando en un maldito concurso. Bueno, ya estás informado.

—La comida de aquí es una mierda, pero sobreviviré.

—Lo sé —dijo Frazier con conocimiento de causa, y acto seguido añadió—: Intenta pasar inadvertido. La CIA ha prometido al SIS que averiguará qué le ocurrió a Cottle, y nuestros enlaces en la CIA nos están haciendo preguntas, pero solo para cumplir. Todos los de nuestro bando quieren que el asunto se olvide. Los que me preocupan son los otros.

A Frazier le costó conciliar el sueño otra vez. Repasó mentalmente su estrategia, intentando no volverse loco al pensar en todas las posibles jugadas. Había decidido dejar tranquilo a Spence hasta que Piper terminara lo que fuera que había ido a hacer a Inglaterra. Por el momento, todo iba bien. Daba la impresión de que Piper se traía algo entre manos. «Que haga él el trabajo —pensó Frazier—. Entonces le echaremos el guante y recogeremos los frutos.» Siempre podrían pillar a Spence y apoderarse del libro más tarde. No les costaría encontrarlo. Frazier había puesto bajo vigilancia su casa en Las Vegas y suponía que el tipo aparecería antes de su fecha de fallecimiento. Spence era hombre muerto. El tiempo no corría a su favor.

Cuando el ama de llaves depositó una fuente con pan frito en la mesa, Will se quedó mirándola con recelo. Isabelle se rio y lo animó a ser más abierto de mente. Él dio un mordisco crujiente.

—No lo entiendo —dijo—. ¿Por qué estropear una buena tostada de esta manera?

En rápida sucesión, le sirvieron huevos fritos, champiñones y beicon, y Will, por cortesía, hizo un esfuerzo por comérselo todo. La resaca se lo estaba poniendo todo muy difícil, incluso respirar.

Isabelle, en cambio, estaba relajada y parlanchina, como si nada hubiera pasado. El no tenía ningún inconveniente; se prestaría al juego, el autoengaño

o lo que fuera aquello. A lo mejor él no lo sabía y así era como se relacionaban ahora los jóvenes. Si les apetecía lo hacían y luego se olvidaban, sin darle mayor importancia. Parecía una forma razonable de ir por la vida. Tal vez él había nacido una generación antes de su tiempo.

Estaban solos. Lord Cantwell no había dado señales de vida todavía.

—Esta mañana he estado documentándome sobre los molinos flamencos —dijo ella.

—Qué diligente.

—Bueno, como tú ibas a pasarte toda la mañana durmiendo, alguien tenía que ponerse a trabajar —repuso con descaro.

—En fin, ¿dónde está la siguiente pista?

—Nos hemos salido.

—¿Cómo?

—¡De la pista! ¡Su cerebro sigue dormido, señor Piper!

—He tenido una noche movidita.

—¿De veras?

Will no quería adentrarse en ese terreno.

—¿Los molinos de viento? —preguntó.

Ella había impreso unas páginas de un sitio web.

—¿Sabías que el primer molino de viento se construyó en Flandes en el siglo XIII? ¿Y que, en su momento de mayor difusión, en el siglo XVIII, llegó a haber miles de ellos? ¿Y que hoy en día quedan menos de doscientos en toda Bélgica, y solo sesenta y cinco en Flandes? ¿Y que el último molino de viento flamenco que funcionaba dejó de utilizarse en 1914? —Levantó la vista y le sonrió con dulzura.

—Nada de eso es útil —dijo él y tomó otro trago de café.

—No, no lo es —admitió ella—, pero me ha puesto en marcha el cerebro. Tenemos que buscar a conciencia un objeto artístico, una imagen, un cuadro, cualquier cosa en que aparezca un molino. Ya sabemos que no es un libro lo que nos interesa.

—Bien. Estás lanzada. Me alegro de que al menos uno de los dos lo esté.

Se la veía entusiasmada y nerviosa, como un potrillo ansioso por dar una galopada matinal.

—Ayer fue uno de los días más estimulantes que he vivido, Will. Fue increíble.

Él la miró a través de la bruma de su malestar.

—¡Mentalmente estimulante! —precisó ella, exasperada, pero, en un susurro apenas audible entre los ruidos que hacía el ama de llaves al limpiar, añadió—: Y físicamente también.

—Recuerda —le dijo él, con toda la gravedad de que fue capaz— que no puedes divulgar nada de esto. Si lo haces, hay unas personas muy serias que te pararán los pies.

—¿No crees que el resto del mundo debería saberlo? ¿Conocer la verdad no es un derecho universal? —Curvó los labios en una sonrisa radiante—. Por no mencionar que eso catapultaría mi carrera de forma espectacular.

—Por tu bien y por el mío, te ruego que no sigas por ahí. Si no me lo prometes, me marcharé hoy mismo, me llevaré el poema y nunca llegaremos al fondo de este asunto. —No bromeaba.

—De acuerdo —accedió ella, haciendo un mohín—. ¿Qué le digo al abuelo?

—Que la carta es interesante pero no arroja luz sobre el libro. Invéntate lo que sea. Algo me dice que tienes mucha imaginación.

Empezaron la jornada recorriendo la casa en busca de algo remotamente interesante. Will se llevó consigo otra taza de café para el camino, lo que a Isabelle le pareció muy típico de un estadounidense. La planta baja de Cantwell Hall era bastante intrincada. En el ala de la cocina, en la parte posterior de la casa, había una serie de despensas y habitaciones de servicio que no se utilizaban. El comedor, una habitación bien proporcionada que daba a la parte delantera, estaba entre la zona de la cocina y el vestíbulo. Will, que se había pasado todo el día anterior en el gran salón y la biblioteca, pudo ver esa mañana otra estancia grande y formal con vistas al jardín trasero, otro salón, que también llamaban «sala francesa» y que contenía una rancia colección de muebles y piezas ornamentales francesas del siglo XVIII. Daba la impresión de que apenas la usaban o entraban en ella. Además, Will descubrió que la gran sala carecía de ventanas porque su pared exterior ya no formaba parte de la fachada de la casa. En el siglo XVII se había construido

una galería larga que comunicaba la casa con unas caballerizas que se habían reacondicionado hacía tiempo como salón de banquetes.

Se accedía a la galería por una abertura de la sala que pasaba inadvertida. Era un pasillo de techo alto y paneles oscuros con numerosos cuadros y alguna que otra estatua de piedra o bronce. Desembocaba en una sala enorme y fría en la que no se había celebrado un banquete o baile desde al menos hacía medio siglo. A Will se le cayó el alma a los pies cuando entró. El sitio estaba repleto de cajas de embalar, pilas de muebles y baratijas tapadas con sábanas.

—El abuelo llama a esto su cuenta corriente —le dijo Isabelle—. Son cosas de las que ha decidido desprenderse para poder pagar las facturas durante un par de años más.

—¿Puede ser que algunos de estos trastos daten del siglo XVI?

—Es posible.

Will sacudió su dolorida cabeza y soltó una palabrota.

La sala de banquetes estaba unida por medio de un corredor corto a la capilla, una reducida iglesia de piedra, el lugar de culto particular de los Cantwell, con cinco filas de bancos y un pequeño altar de piedra caliza. Era un lugar sencillo y tranquilo, con el Cristo crucificado contemplando desde arriba los bancos vacíos moteados por el sol que se colaba por las vidrieras de colores.

—No se usa mucho —dijo Isabelle—, aunque el abuelo quiere que la familia celebre aquí una misa privada para él cuando le llegue la hora.

Will señaló hacia arriba.

—¿Es esta la torre que veo desde mi habitación? —preguntó Will.

—Sí, ven y echa un vistazo.

Isabelle lo guió al exterior. La hierba, espesa y húmeda, relucía al sol. Se alejaron por el jardín justo lo suficiente para abarcar con la vista la capilla de piedra. Al verla, a Will casi le dieron ganas de reír. Era un edificio pequeño y curioso, una rareza de arquitectura claramente gótica, con dos torres rectangulares en la fachada principal y, en el centro, sobre una nave y un crucero cuadrangulares, una aguja puntiaguda y alta que semejaba una lanza apuntando al aire.

—¿La reconoces? —preguntó ella.

Will se encogió de hombros.

—Es una réplica en miniatura de la catedral de Notre-Dame de París. Edgar Cantwell la mandó construir en el siglo XVI. Supongo que la de verdad lo dejó impresionado.

—Tienes una familia interesante —comentó él—. Seguro que los Piper limpiaban la mierda de los zapatos de los Cantwell.

Para Will, lo único positivo de las horas que siguieron fue que la resaca se le pasó poco a poco. Dedicaron la mañana a registrar la sala de banquetes, centrándose en Flandes y el viento, pero teniendo también presentes las otras pistas —el nombre de un profeta, un hijo que cometió un pecado—, por vagas que fuesen. A la hora del almuerzo, se le había abierto el apetito.

El viejo, que ya se había levantado, comió unos sandwiches con ellos. Como la memoria le fallaba un poco, a Isabelle le resultó fácil eludir el tema de la carta de Vectis. Sin embargo, Cantwell seguía muy interesado en el supuesto poema de Shakespeare pues, al parecer, los problemas económicos eran su principal preocupación.

Volvió a acosar a Will con preguntas sobre sus intenciones hasta que quedó convencido de que si la investigación daba frutos, la carta sería suya. Animó a su nieta a prestarle toda la ayuda posible y lanzó una perorata sobre las casas de subastas y sobre su decisión de conceder a los de Pierce & Whyte la oportunidad de sacar tajada, dado el éxito de su última subasta, aunque Sotheby's o Christie's supieran encargarse mejor de un artículo tan importante. A continuación, se excusó para ir a leer su correspondencia.

Antes de regresar al salón de banquetes, aprovecharon que lord Cantwell estaba atareado en la planta baja para subir a hurtadillas y echar una ojeada en su dormitorio. Isabelle no recordaba si había algo de interés allí arriba, pues hacía años que no entraba, pero era una de las habitaciones más antiguas de la casa, de modo que no podían pasarla por alto. La cama estaba sin hacer y despedía un fuerte olor a incontinencia sobre el que no hicieron ningún comentario. Los pocos cuadros que había eran retratos, y ni en los jarrones, ni en los relojes ni en los pequeños tapices había dibujos de molinos. Se batieron en retirada a toda prisa hasta el salón de banquetes, donde se



afanaron durante las primeras horas de la tarde, haciendo palanca para abrir cajas y examinando docenas de pinturas y artículos decorativos.

Hacia el anochecer, habían explorado el comedor y la sala francesa, y le estaban dando otro repaso a la biblioteca y al gran salón, cada vez más desanimados.

Al final, Isabelle suplicó que hicieran una pausa para tomar el té. Como el ama de llaves había ido a comprar, Isabelle se dirigió a la cocina mientras Will se quedaba a encender la lumbre. Esa tarea despertó su instinto de boy scout, y comenzó a reordenar diligentemente los ladrillos de la chimenea y a construir una plataforma de leños que optimizara la circulación del aire y evitara que la habitación se llenase de humo. Cuando terminó, colocó los troncos con cuidado, encendió la estructura con un fósforo de madera y se sentó a admirar su trabajo.

El fuego prendió rápidamente, y las llamas se elevaron hacia la bóveda. Escapaban menos volutas que antes. El viejo monitor de boy scouts de Panama City habría estado orgulloso de Will, más que su desalmado padre, que solía atizarlo verbalmente por casi todos sus logros o la falta de ellos.

La melancolía empezaba a apoderarse de él. Estaba cansado y desilusionado por estar recayendo en sus viejos vicios. La botella de whisky seguía arriba, en su habitación. Dejó vagar la mirada a la vez que sus pensamientos. Uno de los azulejos de Delft azules y blancos que revestían la chimenea le llamó la atención. Era una escena encantadora de una madre que caminaba por un campo con un fajo de ramitas bajo un brazo y su hijo pequeño en el otro. Se la veía completamente feliz. Seguro que no estaba casada con un cabronazo como él, pensó.

Entonces la vista se le fue hacia el azulejo que estaba debajo. Se quedó paralizado por un momento y acto seguido se levantó de un salto. Cuando Isabelle reapareció con un servicio de té en una bandeja, se lo encontró frente a la chimenea, examinándola con atención.

—Fíjate —le dijo Will.

Ella dejó la bandeja y se acercó.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. Y lo teníamos justo delante de nuestras narices. Ayer mismo le estaba dando golpecitos.

A la orilla de un tortuoso río de la campiña se alzaba un pequeño molino, delicadamente pintado en azul y blanco. El artista había sido lo bastante hábil para hacer que las aspas del molino parecieran a punto de girar impulsadas por una brisa que bajaba por el valle, pues, a lo lejos, los pájaros inclinaban las alas, arrastrados por una racha de viento invisible.

El té se enfrió.

Después de asegurarse de que su abuelo estuviera arriba echando la siesta, Isabelle sacó la caja de herramientas del armario de la sala y dejó que Will escogiera los utensilios que iba a usar.

—Por favor, no lo rompas —le rogó.

Él le prometió que tendría cuidado, pero no le garantizó nada. Eligió el destornillador plano más pequeño y fino, y un martillo ligero. Entonces, conteniendo la respiración, comenzó a cincelar la lechada lisa y dura con golpecitos suaves.

Era un trabajo lento y minucioso, pero como la lechada era más blanda que el azulejo, cedió gradualmente al acero. Cuando terminó con la primera junta vertical, continuó con la horizontal superior. Media hora después, las dos horizontales estaban libres de lechada. Como estaba trabajando tan cerca del fuego que había encendido, estaba bañado en sudor y tenía la camisa empapada. Suponía que podría desprender el azulejo golpeando por debajo y haciendo palanca con el destornillador sin tener que labrar la última junta. Isabelle, que estaba prácticamente apoyada contra su espalda, observando todos sus movimientos, dio su aprobación, nerviosa.

Bastaron tres golpecitos oblicuos con el destornillador para que el azulejo se separase del panel unos satisfactorios tres milímetros. Gracias a Dios, estaba entero. Will dejó las herramientas y, con las manos, comenzó a mover muy ligeramente el azulejo hacia arriba y hacia abajo, y luego hacia los lados.

Se desprendió del todo, intacto.

Al instante vieron un tapón redondo de madera en el centro del cuadrado que había quedado expuesto.

—Por eso ayer sonó igual que los demás cuando le di unos golpecitos —dijo ella.

Con la punta del destornillador, Will hizo fuerza bajo el tapón para

sacarlo. Dejó al descubierto un agujero profundo de poco más de dos centímetros de diámetro en la madera.

—Necesito una linterna —dijo Will, apremiante.

Había una de bolsillo en la caja de herramientas. Will iluminó el agujero y cogió unos alicates de punta fina.

—¿Qué ves? —preguntó ella con impaciencia.

Will apretó algo con los alicates y lo sacó del agujero.

—Esto.

Era una hoja de pergamino enrollada en un cilindro.

—¡A ver! —pidió Isabelle, casi gritando.

Él dejó que lo desenrollara y se quedó de pie tras ella mientras se dejaba caer en una silla.

—Está en francés —dijo Isabelle.

—¿Estamos jodidos?

—Claro que no —replicó ella con desdén—. Leo bastante bien el francés, gracias.

—Como ya he dicho antes, me alegro de que estés aquí.

—Cuesta un poco descifrarlo; la letra es horrible. Está dirigida a Edgar Cantwell. ¡Y fechada en 1530! ¡Dios santo, Will, mira quién es el autor! Está firmada por Jean Cauvin.

—¿Y ese quién es?

—¡Juan Calvino! El padre del calvinismo, la predestinación y todo eso. ¡Nada menos que el teólogo más brillante del siglo XVI! —Recorrió la hoja con la mirada—. Y hay algo más, Will: ¡habla de nuestro libro!

## Capítulo 20

1527,  
*Wroxall*

Una nevada de mediados de invierno había cubierto el bosque y los campos que rodeaban Cantwell Hall de un manto blanco propicio para una buena jornada de cacería. El jabalí que la partida de Thomas Cantwell llevaba siguiendo toda la mañana era un animal rápido y fuerte, pero estaba perdido y a punto de acabar asado, pues sus huellas resultaban bien visibles en la nieve, y los perros de caza no se distraían con los olores habituales de la tierra.

El momento en que por fin lo abatieron fue lo bastante emocionante para rememorarlo al calor del fuego durante el resto de la temporada. Cuando el sol estaba en su punto más alto, y su resplandor en la nieve cegaba a los jinetes, los galgos por fin acorralaron al jabalí en un matorral de zarzas impenetrable. La bestia embistió e hirió con los colmillos a uno de los perros, pero a su vez fue mordido en los cuartos traseros por otro. Les plantó cara sin amilanarse, gruñendo y jadeando, con las ancas goteando sangre. Los cazadores lo observaban todo desde sus caballos, colocados en un semicírculo a una distancia prudente de allí.

El barón se volvió en su silla hacia su hijo Edgar, un chico canijo de diecisiete años de cara delgada y angulosa.

—Remátalo, Edgar. Haz que me sienta orgulloso de ti.

—¿Yo?

—¡Sí, tú! —respondió el barón, irritado.

Su hermano William se adelantó sobre su montura hasta que se colocó al lado de su padre.

—¿Por qué no yo, padre?

William era un año más joven que Edgar, pero en muchos aspectos parecía mayor. Era de complexión más fuerte, tenía el mentón más cuadrado y ojos de cazador, inyectados en sangre.

—¡Porque lo digo yo! —masculló el barón.

William crispó el rostro, furioso, pero se mordió la lengua.

Edgar miró en torno a sí a sus primos y tíos, que le gritaban palabras de aliento y le hacían alguna que otra broma sin mala intención. Hinchó el pecho y, al desmontar, uno de los criados le entregó el *tokke*. Era una lanza larga especialmente fabricada para la caza del jabalí, con una barra horizontal detrás de la punta para evitar que se clavara demasiado. Si se manejaba de forma correcta, podía atravesar el corazón y extraerse de la correosa piel con facilidad.

Edgar asió el *tokke* con ambas manos y avanzó despacio sobre la nieve. El jabalí, asustado, al verlo acercarse, se puso a gruñir y a chillar, lo que a su vez motivó que los perros rompiesen a aullar de forma estridente y febril. A Edgar se le hizo un nudo en la garganta cuando llegó a poca distancia del grupo de animales. Nunca antes se le había concedido semejante honor. Estaba ansioso por hacer las cosas bien y no mostrar temor. En cuanto se presentase la ocasión, se lanzaría a la carga y aprovecharía su altura para golpear al animal por encima del lomo de los perros. Vaciló unos momentos y miró hacia atrás. Su padre, impaciente, le hizo señas de que acabara de una vez con eso.

En el instante en que reunió el valor suficiente para atacar, el jabalí, desesperado, decidió arrancar a correr hacia delante para intentar escabullirse entre los perros. Uno de los galgos, presa del pánico, se levantó sobre sus patas traseras justo cuando Edgar se disponía a arrojar la lanza, por lo que tuvo que esperar. El jabalí se enzarzó con el perro en una violenta pelea que duró solo unos segundos antes de que el galgo quedase abierto en canal.

Mientras los otros perros le lanzaban dentelladas a las ancas, el jabalí enfurecido se abalanzó hacia delante, apuntando directamente a la entrepierna de Edgar con los colmillos.

De forma instintiva, el muchacho retrocedió un paso, pero la bota se le hundió en la nieve. Perdió el equilibrio en el acto y cayó de espaldas, al tiempo que el mango de la lanza se clavaba en el suelo. Providencialmente, el jabalí, con un gruñido, saltó y se empaló por el tórax en la hoja del *tokke* a unos pocos palmos de donde habría convertido al joven Edgar en un eunuco. Con un alarido espantoso y sangrando a borbotones, el jabalí murió justo entre las piernas inmóviles del chico.

Edgar seguía temblando a causa del frío y de su experiencia traumática cuando la partida de caza se reunió de nuevo junto al ardiente fuego del gran salón. Los hombres hablaban a voces y soltaban sonoras carcajadas mientras devoraban grandes trozos de pastel regados con jarras de vino. El joven William participaba alegremente en las bromas, encantado con las penalidades de su hermano. Solo Edgar y su padre guardaban silencio. El barón, sentado en su enorme sillón, bebía malhumorado, y Edgar, apartado en un rincón, se remojaba el gaznate con vino dulce.

—¿Vamos a comernos ese jabalí? —preguntó uno de los primos de Edgar.

—¿Por qué no íbamos a hacerlo? —quiso saber otro.

—¡Porque nunca me he comido una bestia que se ha suicidado!

Los hombres se rieron con tantas ganas que les saltaron las lágrimas, lo que no hizo más que poner más taciturno al barón. Su primogénito era una fuente de preocupaciones y disgustos. Daba la impresión de que no destacaba en nada importante. Era un alumno poco entusiasta a quien sus preceptores toleraban pero no alababan, su piedad y su atención a los rezos eran sospechosas, y sus aptitudes como cazador estaban en entredicho. Lo ocurrido ese día confirmaba las dudas de su padre. El chico había salido con vida de milagro. El barón era tristemente consciente de que las únicas actividades que Edgar dominaba eran las de beber e irse de putas.

Durante los doce días de Navidad, el barón había orado en la capilla familiar, había hecho un profundo examen de conciencia y había llegado a una decisión sobre el futuro del muchacho. Ahora estaba más convencido que nunca de que era acertada.

Edgar apuró su copa y llamó al criado para que se la llenase de nuevo. Al ver la expresión de amargura en el rostro de su padre, se echó a temblar una vez más.

Por la tarde, Edgar despertó de la siesta en su fría y oscura habitación en la planta superior de Cantwell Hall. Utilizó la única vela que no se había apagado para encender las otras y echó unos troncos pequeños sobre los rescoldos de la estrecha chimenea. Se puso una capa gruesa sobre el camisón y asomó la cabeza por la puerta. Al final del pasillo, Molly, la doncella, estaba en su puesto, sentada en un banco junto a la alcoba de lady Cantwell, esperando sus órdenes. Era una joven de baja estatura y busto turgente, casi un año más joven que Edgar, y llevaba el pelo negro embutido en una cofia de lino. Había estado atenta por si él aparecía, y le sonrió con timidez.

Edgar le hizo señas con un dedo para que se acercara, y ella se levantó cautelosamente y avanzó despacio hacia él. Sin decir una palabra, entró tras él en su habitación, siguiendo la rutina que tenía tan bien aprendida. Justo cuando la puerta iba a cerrarse a sus espaldas, William Cantwell salió de su dormitorio y alcanzó a ver cómo Molly penetraba a hurtadillas en la habitación. Hecho unas pascuas, bajó la escalera a toda velocidad, listo para hacer una de sus travesuras.

Edgar se tumbó en la cama y le dedicó una amplia sonrisa a la doncella.

—¡Hola, Molly!

—Hola, milord.

—¿Me has echado de menos?

—¿No os vi ayer? —preguntó ella con dulzura.

—Eso fue hace tanto tiempo... —repuso él, enfurruñado, y dio unas palmadas en el lecho—. ¿Vendrás a verme otra vez?

—Tenemos que darnos prisa. —Soltó una risita—. Milady podría

llamarme en cualquier momento.

—Tardaremos lo que tardemos, ni más ni menos. No se puede interferir en las leyes inmutables de la naturaleza.

Cuando la criada se sentó a los pies de la cama, él la agarró y la atrajo hacia sí. Acto seguido comenzaron a revolcarse de un lado a otro del lecho, manoseándose y haciéndose cosquillas el uno al otro hasta que ella soltó un fuerte «¡ay!» y se frotó la coronilla con el ceño fruncido.

—¿Qué guardáis debajo de la almohada? —preguntó.

Apartó el cojín. Debajo había un libro grande y pesado con el número 1527 grabado en el lomo.

—¡Deja eso! —exclamó Edgar.

—¿Qué es?

—Es solo un libro, y no te incumbe en absoluto, moza.

—Entonces, ¿por qué lo tenéis escondido?

Edgar tendría que aplacar la viva curiosidad que había despertado en ella antes de seguir adelante con el asunto que los ocupaba.

—Mi padre no sabe que lo he sacado de su biblioteca. Es muy celoso de sus libros.

—¿Por qué os interesa? —preguntó ella.

—¿Te has fijado en la fecha, 1527? Cuando yo era niño, me intrigaba que un libro llevara inscrita una fecha futura. Me fascinaba. Mi padre siempre me decía que el libro encerraba un gran secreto y que cuando yo tuviera veintiún años, me mostraría una carta antigua que guarda en una caja sellada y que me lo revelaría todo. Me gustaba imaginar cómo sería yo en 1527, el año en que cumpliría los dieciocho. Pues bien, ese año ha llegado. Estamos en 1527, por si no lo sabías. El libro ha alcanzado la mayoría de edad, y yo también.

—¿Es mágico, milord?

El volvió a ponerle la almohada encima y la asió de nuevo.

—Si tanto le interesa la magia a la pequeña Molly, tal vez quiera ver mi varita.

Edgar estaba demasiado absorto en sus actividades amorosas para oír que lo estaban llamando con insistencia para que bajase a cenar. En el momento más inoportuno, su padre abrió la puerta de golpe para encontrarse a su hijo



con sus posaderas rosadas sobresaliendo de un lío de camisones remangados y la cara enterrada entre unos pechos generosos.

—¿Qué demonios...? —gritó el barón—. ¡Deja de hacer eso de inmediato! —Se quedó mirando boquiabierto mientras los jóvenes amantes intentaban adecentarse deprisa y corriendo.

—Padre...

—¡No hables! Aquí el único que habla soy yo. Tú, chiquilla, abandonarás ahora mismo esta casa.

Ella rompió a llorar.

—Por favor, excelencia, no tengo adónde ir.

—Eso no me concierne. Si dentro de una hora sigues en Cantwell Hall, te haré azotar. Y ahora, ¡fuera de aquí!

Ella salió corriendo de la habitación, con la ropa desarreglada.

—En cuanto a ti —dijo el barón a su acobardado hijo—, te veré en la mesa, donde se te informará de tu destino.

La mesa del gran salón, un largo tablero colocado sobre caballetes, estaba dispuesta para el banquete de la noche, y el numeroso clan de los Cantwell atacaba ruidosamente los primeros platos de la cena. El fuego abrasador y la aglomeración de cuerpos habían desterrado el frío de aquella noche de invierno. Thomas Cantwell estaba sentado en el centro, junto a su esposa. Aunque le preocupaban los devaneos de su hijo, tenía un hambre voraz, avivada por el ejercicio de la caza. Había engullido su sustancioso potaje de capón y estaba empezando a tomarse el caldo de jamón y puerros. Pronto servirían el jabalí asado, su plato favorito, así que había que dejar sitio.

La chachara cesó de repente cuando Edgar hizo su entrada, con la vista en el entarimado en vez de en los rostros de sus parientes o de los criados. Supuso que todos lo sabían; tendría que soportarlo. Sus primos jóvenes y burlones, sus tíos incluso, habían cometido los mismos deslices, pero esa noche él era el único a quien habían pillado con las manos en la masa.

Se sentó al lado de su padre y tomó unos tragos de una jarra de barro llena de vino.

—Te has perdido la bendición de la mesa, Edgar —lo reprendió su madre en voz baja.

Su hermano William, sentado junto a su madre, sonrió con malicia.

—Yo diría que ha tenido su propia bendición —susurró.

—¡Silencio! —rugió el barón—. No vamos a hablar de esto en mi mesa.

El banquete prosiguió, entre conversaciones dispersas y apagadas. Uno de los hombres, que había estado en la corte hacía poco, preguntó a los demás qué opinaban de la petición del rey para que el Papa anulara su matrimonio con la reina Catalina. Los Cantwell, que admiraban mucho la piedad de la reina, no le tenían el menor aprecio a la ramera Bolena, pero, incluso entre familiares, tocar ese tema era peligroso. La influencia de Enrique se hacía sentir en cada parroquia. Thomas aseguró a su familia que se llegaría a un acuerdo. La idea de que se produjera un cisma con el Papa por esta cuestión era impensable.

Les llevaron el jabalí trinchado en una fuente de madera gigantesca, y ellos lo devoraron ávidamente con rebanadas de pan negro. Cuando dieron cuenta del plato principal, les sirvieron gachas con crema junto con higos secos, nueces y vino especiado. Al terminar, el barón se limpió las manos y la boca con el mantel que colgaba de la mesa, se aclaró la garganta y, cuando estuvo seguro de que su hijo le prestaba toda su atención, hizo el anuncio que tenía planeado.

—Como mis hermanos y mi buena esposa saben, no estoy satisfecho con tu educación, Edgar. —La áspera seriedad de su voz hizo que los demás comensales bajaran la vista.

—¿No lo estás, padre?

—Esperaba mejores resultados. Tu tío Walter sacó mucho provecho de su educación en Oxford y ahora es, como bien sabes, un abogado de prestigio en esa ciudad. El grado de exigencia de Merton College, por otro lado, ha bajado mucho.

A Edgar empezó a temblarle el labio inferior.

—¿En qué sentido, padre?

—¿Tú te has visto? —bramó el barón—. ¿Qué otra prueba necesito? ¡Estás más versado en vino, meretrices y canciones que en griego, latín y la Biblia! No volverás a Oxford, Edgar. Continuarás tu formación en otro lugar.

Edgar pensó en sus amigos y en sus confortables aposentos en Merton.

Había una taberna muy acogedora cerca del colegio universitario cuyo propietario iba a empobrecerse.

—¿Dónde, padre?

—Irás al colegio de Montaigu, en la Universidad de París.

Edgar levantó la mirada, aterrado, y escrutó el rostro adusto de su primo Archibald. El monstruo taciturno, que se había pasado seis años allí, agasajaba a Edgar desde hacía tiempo con relatos sobre su austeridad y rigurosidad.

Su padre se levantó de la silla y, antes de salir de la gran sala dando grandes zancadas, declaró:

—¡A fe que ese colegio te domará y te convertirá en un Cantwell decente y temeroso de Dios! ¡Prepárate para viajar a París, muchacho! Esa repugnante ciudad será tu hogar.

Archibald esbozó una sonrisa y se cebó en el desdichado joven.

—Solo hay tres cosas que debes saber de Montaigu, primito: la comida es mala, las camas son duras y los golpes también. Te recomiendo que disfrutes del vino que te estás tomando, pues el poco que consigas por allí estará bautizado.

Edgar se puso de pie, ayudándose con los brazos. No iba a permitir que sus infames parientes lo viesen llorar.

—Brindo por mi hermano, que está a punto de partir —dijo William, alegre por el vino de la cena que se le había subido a la cabeza—. Que las buenas damas de París respeten y honren su pureza y piedad recién halladas.

## Capítulo 21

*1527,  
París*

Edgar Cantwell se despertó poco antes de las cuatro de la madrugada en un estado lamentable. Casi se alegraba de que el repique incesante de las campanas del colegio universitario lo hubiese arrancado de un sueño intranquilo. Nunca en su vida había pasado tanto frío. Había hielo en la parte interior de la ventana, y podía ver el vaho que salía de su boca cuando se desprendió de su fina manta para encender una vela. Aunque se había acostado completamente vestido, incluida la capa y los zapatos de piel suave, estaba aterido de frío. Con autocompasión, paseó la mirada por su diminuta habitación, tan austera como la celda de un monje, y se preguntó qué pensarían sus amigos de Merton si vieran la penosa situación en que se encontraba.

Montaigu estaba a la altura de su reputación como infierno en la tierra. Edgar pensó que habría sido mejor estar en prisión. Al menos allí no tendría que leer a Aristóteles en latín ni soportar latigazos cada vez que no fuese capaz de memorizar un pasaje.

La suya era una existencia deprimente, y solo la llevaba desde hacía unas semanas. El curso duraría hasta julio, lo que le parecía una eternidad.

La misión del colegio de Montaigu era preparar a los jóvenes para que fuesen sacerdotes o abogados eclesiásticos. Bajo el dominio absoluto del rector Tempête, un teólogo parisino conservador de la peor especie,

Montaigu controlaba de forma estricta la vida moral de sus estudiantes. Los obligaba a hacer examen de conciencia en confesiones públicas de sus pecados y a denunciar la mala conducta de sus compañeros. Para mantenerlos en el debido estado de contrición, Tempête les imponía un ayuno constante, con alimentos de pésima calidad servidos en porciones exiguas, y en invierno los forzaba a soportar el frío sin protección. Luego estaban las palizas implacables a manos de los profesores despiadados y del propio Tempête, a su discreción.

Edgar tenía que levantarse a las cuatro para asistir al oficio matinal en la capilla antes de irse dando tumbos a su primera clase en un aula casi a oscuras. Las lecciones se impartían en francés, idioma que Edgar había aprendido en Oxford, pero ahora lo obligaban a emplearlo como lengua principal, lo que suponía un enorme esfuerzo para él. La misa se celebraba a las seis, seguida de un desayuno comunitario, cuya brevedad estaba asegurada porque consistía en una rebanada de pan con una pizca de mantequilla para cada uno. Después tocaba la *grande classe* sobre el tema del día —filosofía, aritmética, las escrituras—, en un formato al que Edgar le tenía pavor.

La *quaestio* era un ejercicio dialéctico al que se sometía cada día un miembro distinto de su clase. Los profesores, armados con varas, planteaban preguntas relacionadas con el pasaje de un texto leído previamente. El alumno debía dar una respuesta, que a su vez suscitaba otra pregunta y así sucesivamente, en un toma y daca que se prolongaba hasta que el sentido subyacente del texto se hubiese comentado a fondo. Al estudiante aplicado, este proceso le permitía participar de forma continua, estimulante y creativa. A Edgar, en cambio, le valía golpes que le levantaban ampollas en los hombros y la espalda, insultos y humillaciones.

Después llegaba la hora del almuerzo, acompañado por lecturas de la Biblia y de la vida de algún santo. Edgar tenía sobre algunos de sus compañeros menos afortunados la ventaja de ser uno de los *pensionnaires* ricos, que comían sentados a una mesa común en la que se servían raciones diarias mínimamente aceptables. Los *pauvres* tenían que arreglárselas solos en su habitación, y algunos pasaban hambre. Al propio Edgar su dieta diaria

—pan, un poco de fruta hervida, un arenque, un huevo y un trozo de queso, regados con una jarra de un tercio de pinta de un vino barato rebajado con agua— apenas le bastaba para mantenerse en pie.

A las doce, los estudiantes acudían a una reunión en la que se los interrogaba sobre su trabajo de la mañana. A continuación tenían un descanso o una lectura pública, según el día. De tres a cinco, debían volver al aula para sus clases de la tarde, y después a la capilla para las vísperas, inmediatamente seguidas de una exposición sobre su trabajo posterior al almuerzo. Para la cena, comían más pan, otro huevo o un pedazo de queso y tal vez una fruta, con las voces monótonas que leían la Biblia como sonido de fondo. Los profesores tenían una nueva oportunidad de interrogar a sus alumnos antes de acudir a la capilla por última vez, y a las ocho llegaba la hora de dormir.

Dos días a la semana había un hueco en su horario para un poco de esparcimiento o para un paseo. Pese a la tentación de huir, aunque solo fuera por un rato, dada la naturaleza de los alrededores del colegio, los estudiantes preferían en general quedarse en el *pré aux clerics*, el campo de recreo del colegio. El otro lado de la rue Saint-Symphorien era unapestoso nido de ladrones y maleantes que de buen grado rebanarían la garganta a un estudiante para robarle el broche de la capa o un par de guantes. Por si esto fuera poco, las cloacas de Montaigu desaguaban directamente en la calle, lo que creaba unas condiciones insalubres y malsanas.

Todavía con hambre después del desayuno, Edgar se encaminó hacia la *grande classe* con un terror creciente. El debate de ese día se centraría en las indulgencias y la bula *Exsurge Domine*, en la que León X condenaba los errores de Martín Lutero. Era un tema muy polémico y, por tanto, ideal para una discusión. Edgar tenía miedo de que Bedier, el profesor, lo eligiese a él, pues la semana anterior se había librado. Los veinte estudiantes se sentaron en las dos filas de bancos bajos, acurrucados hombro con hombro para entrar en calor. Amanecía, y una luz tenue empezaba a colarse por las ventanas altas y estrechas de la polvorienta aula. Bedier, gordo y pomposo, caminaba de un lado a otro sobre la tarima, aferrando la vara con la actitud de un gato que se dispone a abalanzarse sobre una rata. Tal como Edgar temía, las primeras palabras que salieron de sus gruesos labios se dirigieron a él.

—Monsieur Cantwell, en pie.

Edgar se levantó del banco y tragó en seco.

—Decidme cuáles son los tres actos que se exigen al penitente.

Edgar respiró aliviado; conocía la respuesta.

—La confesión, la absolución por parte de un sacerdote y la satisfacción, maestro.

—¿Y cómo se logra la satisfacción?

—Con buenas obras, maestro, como visitar las reliquias, peregrinar a lugares santos, rezar el rosario y comprar indulgencias.

—Explicad el significado de «*per modum suffragii*».

Edgar abrió los ojos de par en par. No tenía la menor idea. Intentar adivinarlo sería inútil y solo empeoraría las cosas.

—No lo sé, maestro.

El obeso profesor le ordenó que saliera al frente y se arrodillase. Edgar se acercó como un condenado al patíbulo y se postró de hinojos ante el clérigo, que le propinó cuatro azotes en la espalda con todas sus fuerzas.

—Ahora, quedaos de pie junto a mí, monsieur, pues sospecho que esta abeja tendrá que clavaros de nuevo su aguijón. ¿Quién conoce la respuesta?

Un joven pálido de la primera fila se puso de pie. Jean Cauvin, alto y esquelético, era un chico de dieciocho años con las mejillas hundidas, nariz aguileña y una barba incipiente y rala. Era el mejor alumno de Montaigu, no tenía rival, y su intelecto eclipsaba a menudo el de los profesores. A fin de que se preparase para los estudios universitarios y para el sacerdocio, su padre lo había enviado de su ciudad natal de Noyon al Collège de Marche, en París, cuando contaba catorce años. Tras destacar en gramática, lógica, retórica, astronomía y matemáticas, fue trasladado a Montaigu para que recibiese formación religiosa. Edgar apenas había tenido trato con él. El muchacho parecía tan frío e imperioso como los profesores.

Bedier se dirigió a él.

—Sí, Cauvin.

—Si no os importa, maestro —dijo con altivez—, he decidido latinizar mi nombre: Calvinus.

Bedier alzó la vista al cielo.

—De acuerdo, entonces. Calvinus.

—Es un acto de intercesión, maestro. Puesto que la Iglesia no tiene jurisdicción sobre los muertos en el purgatorio, se nos enseña que solo por medio de un acto de intercesión pueden obtener indulgencias.

A Bedier le extrañó el modo en que se había expresado el joven —«se nos enseña» no era lo mismo que «creo»—, pero lo dejó correr, pues había devuelto su atención al chico inglés. Le indicó a Jean que se sentara.

—Decidme, Cantwell, ¿qué dice el papa León X en la bula *Exsurge Domine* sobre las almas en el purgatorio?

Edgar no lo recordaba. Se había dormido varias veces al intentar leer el documento, así que no pudo hacer otra cosa que prepararse para otra azotaina.

—No lo sé, maestro.

Esta vez Bedier atacó la piel desnuda del cuello y la mejilla de Edgar, que empezaron a sangrar.

—¿Qué te enseñaron en Oxford, muchacho? ¿Acaso los ingleses no son un pueblo temeroso de Dios? Hoy, en lugar de cenar, leerás de nuevo la *Exsurge Domine* y te la aprenderás de memoria. ¿Quién puede responderme?

Jean se levantó de nuevo y comenzó a responder mientras Edgar, encogido, notaba el sabor de la sangre, que le resbalaba de la mejilla a los labios.

—El papa León escribió que las almas del purgatorio no están seguras de su salvación, y, lo que es más, sostenía que nada en las Escrituras demuestra que ya no estén en condiciones de obtener indulgencias.

Había algo en el tono de Jean, un deje de escepticismo, que molestó al clérigo.

—¿No es eso lo que vos mismo creéis, Cauvin..., es decir, Calvinus?

Jean alzó el mentón.

—Creo —contestó desafiante— que el Papa es el único que sale beneficiado cuando concede remisiones a las almas del purgatorio por intercesiones hechas en su favor. Y es que, al igual que otros, creo que nadie tiene autoridad divina para predicar que el alma sale volando del purgatorio en el momento en que el dinero para la compra de indulgencias tintinea al



fondo del cofre.

—¡Venid aquí! —bramó Bedier—. ¡No pienso tolerar herejías luteranas en mi aula!

—¿Pretendéis azotarme? —preguntó Jean, con actitud provocadora. Sus compañeros, que no recordaban haberlo visto recibir el castigo de la vara, intercambiaron miradas de expectación.

—¡En efecto, monsieur!

—Muy bien, pues os lo pondré fácil. —Jean avanzó dando grandes zancadas, se quitó la capa y la camisa, y se arrodilló junto a Edgar—. Adelante, maestro Bedier.

Cuando la vara golpeó las carnes de Jean, Edgar vio que el chico lo miraba, y habría jurado que le había guiñado un ojo.

Aunque Martín Lutero nunca había estado en París, su influencia era tan evidente en esta ciudad como en el resto del continente. El monje de Wittenberg había hecho su espectacular entrada en la escena religiosa el día de 1517 en que había clavado sus 95 Tesis a la puerta de la catedral de Wittenberg y había comenzado a clamar contra la corrupción del papado y el abuso de poder que implicaba la venta de indulgencias.

En esa nueva era de la imprenta, las bulas de indulgencia se habían convertido en un negocio muy lucrativo para la Iglesia. Los vendedores de indulgencias llegaban a las ciudades, exponían su mercancía en una iglesia e interrumpían todos los rezos y oficios habituales. Sus certificados se producían en masa, con espacios en blanco para el nombre, la fecha y el precio, y todos los buenos cristianos se veían obligados, por el bien de sus amigos y parientes muertos, y por el de su propia alma, a comprar esa garantía para, en la otra vida, acelerar la salida del pecador del purgatorio y su acceso al cielo. Lutero, a quien esta práctica le parecía repugnante y plagada de errores teológicos, temía por el destino de quienes creían que la salvación se podía comprar. Los sacerdotes de Wittenberg tenían un dicho que detestaba: «En cuanto una moneda cae en el arca, otra alma del purgatorio saca».

Lutero, en cambio, proclamaba que Pablo había escrito en su Epístola a los Romanos que era Dios quien nos salvaría: «En el Evangelio se revela la justicia de Dios, por la fe y para la fe, conforme a lo que dice la Escritura: el justo vivirá por la fe». Lutero argüía que, con toda seguridad, los hombres no necesitaban del Papa, de los sacerdotes ni de las ceremonias y el boato de la Iglesia para salvarse. Les bastaba con establecer una relación personal con Dios.

Las tesis de Wittenberg de Lutero se tradujeron rápidamente del latín al alemán y tuvieron una gran difusión. Hacía un tiempo que los hombres devotos se lamentaban en voz baja de la decadencia de la Iglesia y los abusos del papado. La publicación de la obra de Lutero fue la chispa que encendió las astillas secas del descontento. El fuego que empezó a arder, la Reforma, se propagó por toda Europa, e incluso en un bastión conservador como Montaigu, empezaba a penetrar el humo de las llamas reformistas. Los estudiantes de mente abierta y brillante, como Jean, comenzaban a sentir su calor.

Edgar estaba en su habitación, hincando los codos en un esfuerzo por memorizar la bula del papa León a la luz de una pequeña vela. Sujetaba el panfleto con una mano mientras se frotaba el verdugón de la mejilla con la otra. Tenía frío, estaba cansado, hambriento y triste. Si el sufrimiento era un requisito para la salvación, no cabía duda de que se salvaría. Era el único pensamiento positivo que se le ocurría. De repente, unos golpes en la puerta lo sobresaltaron.

Cuando la abrió, vio ante sí el rostro plácido de Jean.

—Buenas tardes, Edgar. Me he acercado un momento para ver cómo te va.

Edgar, sorprendido, farfulló algo ininteligible antes de invitar a Jean a entrar y ofrecerle su silla.

—Gracias por la visita —le dijo.

—No es nada, estoy al otro lado del pasillo.

—Lo sé, pero no me lo esperaba. Es la primera vez.

Jean sonrió.

—Hoy tenemos más en común que ayer. Bedier nos ha dejado a los dos marcados.

—Tal vez —dijo Edgar, apesadumbrado—, pero a ti te castigó por tu brillantez, y a mí, por idiota.

—Tienes la desventaja del idioma. Si yo tuviera que desenvolverme en inglés, no sería tan brillante.

—Eres muy amable.

Jean se puso de pie.

—El viejo Tempête hará pronto una ronda por el patio, para asegurarse de que las velas estén apagadas. Más vale que nos vayamos a la cama. Toma. — Le tendió a Edgar un trozo de pan envuelto en un pañuelo.

Edgar, con los ojos arrasados en lágrimas, le dio las gracias efusivamente.

—Por favor, quédate un rato más —le suplicó—. Quiero preguntarte algo.

Jean se sentó y enlazó las manos sobre su regazo en un gesto de afabilidad y paciencia. Esperó a que Edgar engullera el trozo de pan.

—Tengo enormes dificultades —dijo Edgar—. No soy un erudito. Las asignaturas de Montaigu me parecen muy complicadas, y me levanto todos los días aterrorizado. Sin embargo, no puedo marcharme, pues mi padre me haría sufrir aun más que los profesores.

—Lo siento por ti, Edgar. Tu alma está siendo puesta a prueba. ¿Qué puedo hacer?

—Ayudarme con los estudios. Sé mi mentor.

Jean sacudió la cabeza.

—No puedo.

—¿Por qué?

—No dispongo de tiempo. El día no tiene suficientes horas para mí, pues estoy decidido a leer todo lo que pueda sobre las grandes cuestiones de nuestro tiempo.

—La Reforma —gruñó Edgar.

—Tenemos suerte de vivir en estos tiempos tan emocionantes.

—Mi familia es rica —dijo Edgar de pronto—. Encontraré una manera de pagártelo.

—No necesito dinero. Únicamente tengo sed de conocimientos. Y ahora, debo irme.

—¡No! —exclamó Edgar de forma tan enérgica que se sorprendió a sí mismo. Tenía que convencer a Jean de que lo ayudara; no sabía qué más decirle. Se puso a pensar a toda prisa; tal vez había una manera. Quebrantaría un juramento que se había hecho a sí mismo, pero ¿qué alternativa tenía?—. Si me ayudas —soltó sin más—, te mostraré algo que seguro que te fascinará y estimulará tu mente.

Jean arqueó las cejas.

—Has despertado mi interés, Edgar. ¿Qué es lo que tienes?

—Un libro. Tengo un libro.

—¿Qué libro?

Había cruzado el Rubicón. Se agachó, abrió su baúl de la ropa y sacó el voluminoso libro de su padre.

—Este.

—¡Déjame verlo!

Edgar lo colocó sobre la mesa para que Jean lo inspeccionara, y observó cómo el joven lo hojeaba con asombro creciente.

—El año 1527 de Nuestro Señor. Y, sin embargo, casi todas estas fechas son futuras, de los meses que vendrán. ¿Cómo es posible?

—He reflexionado sobre ello desde que aprendí a leer —dijo Edgar—. Este libro pertenece a mi familia desde hace generaciones y ha pasado de padre a hijo. Lo que era el futuro se ha convertido en el presente.

Jean encontró un fajo de pergaminos sueltos metido entre las hojas.

—¿Y esto? ¿Esta carta?

—¡No la he leído todavía! Me llevé las hojas de la colección de mi padre apresuradamente antes de partir de Inglaterra el mes pasado. Tengo entendido desde hace tiempo que guardan relación con el libro. Esperaba tener la oportunidad de estudiar la carta en París, pero me han faltado tiempo y energías. Y no me ayuda mucho que esté en latín. ¡Hace que la cabeza me dé vueltas!

Jean lo miró con desaprobación.

—¿Tu padre no sabe que tienes esto?

—¡No lo robé! Tomé prestado el libro y la carta, y pienso devolverlos. Me he confesado de un pecado menor.

Jean ya estaba absorto en la carta del abad, leyendo el latín como si fuera su lengua materna, en vez del francés. Devoró la primera página y se concentró en la segunda sin decir palabra. Edgar lo dejó hacer, escrutando su rostro en busca de una reacción, conteniendo el impulso de preguntarle, ansioso: «¿Qué? ¿Qué dice?».

Jean pasaba las hojas con expresión indescifrable, aunque a Edgar le daba la impresión de estar contemplando a un hombre mayor y más sabio, en lugar de a un compañero de clase. Leyó sin interrupción durante quince minutos hasta la última página, que llevaba la fecha del 9 de febrero de 2027.

—Increíble —dijo Jean.

—Por favor, cuéntame.

—¿De verdad no lo has leído?

—De verdad. ¡Ilumíname, te lo ruego!

—Me temo que es una historia de locura o fruto de una imaginación perversa, Edgar. Sin duda alguna, lo mejor que puedes hacer con tu tesoro es quemarlo.

—Estoy seguro de que os equivocáis, señor. Mi padre me ha dicho que el libro es una profecía auténtica.

—Te hablaré de los disparates escritos por el tal abad Félix, para que juzgues por ti mismo. Te los resumiré, porque si Tempête nos pilla levantados tan tarde, nos hará ver las puertas del infierno.

## Capítulo 22

A la mañana siguiente, Edgar no se sentía tan aterido ni tan desdichado como de costumbre. Se levantó de la cama con energía, arropado por el espíritu de la emoción y la camaradería. Aunque Jean no había abandonado su actitud burlona y escéptica, Edgar creía completamente todo lo que relataba el abad en su carta.

Por fin tenía la sensación de que entendía el secreto familiar de los Cantwell y el significado del extraño libro. Pero, lo que era tal vez más importante para un joven asustado, solitario y desorientado en una ciudad extranjera: ahora tenía un amigo. Jean era amable y atento y, mejor aún, no era en absoluto desdeñoso. Edgar estaba harto del desdén que sobre él arrojaban como estiércol su padre, su hermano, sus profesores. El chico francés lo trataba con dignidad, como a un ser humano.

Antes de que Jean se retirase a su habitación para dormir, Edgar le había rogado que no descartase la posibilidad de que la carta fuese un relato verídico y fiel de los hechos, y no el simple desvarío de un monje loco. Edgar expuso un plan que llevaba un tiempo ideando y, para su gran alivio, Jean no lo había descartado de inmediato.

En la capilla, Edgar estableció contacto visual con Jean desde el otro extremo del banco y recibió el preciado regalo de un leve guiño. A lo largo de la mañana, ambos jóvenes intercambiaron miradas furtivas durante los rezos, en el aula y a la hora del desayuno hasta que, por la tarde, al fin se les presentó la ocasión de hablar en privado al principio de uno de sus poco frecuentes períodos de descanso.

Caía nieve a rachas, y un viento frío soplaba por el patio del colegio.

—Más vale que cojas tu capa —le aconsejó Jean—, pero date prisa.

Solo disponían de dos horas para su aventura, y pasarían varios días antes de que volvieran a tener la oportunidad. Aunque Jean era serio y estudioso, a Edgar le pareció que le gustaba la perspectiva de hacer una escapada, aunque la considerase una locura. Los dos salieron por la puerta del colegio y cruzaron la bulliciosa y resbaladiza rue Saint-Symphorien, esquivando caballos, carros y boñigas. Caminaban deprisa, con determinación, actitud que esperaban que los hiciese menos visibles para los ladrones y asesinos que rondaban por el barrio.

Se internaron en el laberinto de callejuelas resbaladizas atestadas de mercaderes de carros, cambistas y herreros. Con el sonido de martilleos y cascos de caballos en los oídos, se dirigieron a la rue Danton, que quedaba al oeste, no muy lejos de allí. Era una vía moderadamente ancha que, aunque carecía del esplendor del bulevar Saint-Germain, también era una calle comercial próspera. Las viviendas y tiendas de tres y cuatro plantas se apiñaban las unas contra las otras, y sus pisos superiores, apoyados sobre ménsulas, sobresalían por encima de las aceras. Las fachadas, pintadas de rojo y azul intensos, estaban revestidas de azulejos y paneles ornamentales. Unos letreros vistosos y evocadores identificaban los edificios como tabernas o tiendas. Estas daban a la calle, con mostradores en los que se exhibía todo tipo de artículos.

Encontraron el número 15 de la rue Danton a tres cuartos de camino del río, donde el gran Sena se divisaba a lo lejos como un tajo gris. Alzándose de la Île de la Cité, la aguja de la catedral de Notre-Dame de París dominaba el paisaje urbano como una lanza clavada en el cielo. Edgar había visitado la catedral en su primer día en París, y le había maravillado que el hombre fuera capaz de construir algo tan imponente. Su ubicación en aquel islote pequeño y rechoncho en medio del Sena la hacía aún más asombrosa. Se prometió visitarla lo más a menudo posible.

El número 15 correspondía a una casa en cuyos bajos se encontraba el taller de un artesano que hacía ollas y cacerolas, el único edificio de ese tramo de la calle que era de un austero blanco y negro; yeso blanco sin adornos y vigas negras vistas.

—Monsieur Naudin ha dicho que su apartamento está en la primera planta —recordó Jean, señalando unas ventanas.

Subieron por la escalera fría y estrecha hasta el primer piso y llamaron a una puerta verde brillante. Al no obtener respuesta, la aporrearon de nuevo, con más fuerza e insistencia.

—¡Hola! —gritó Jean a través de la puerta—. Madame Naudin, ¿estáis ahí?

Oyeron unos pasos por encima de su cabeza, y momentos después una mujer de mediana edad apareció en la escalera, arrastrando los pies. Se dirigió hacia los chicos, irritada.

—¿Por qué hacéis tanto ruido? Madame no está en casa.

—¿Puedo preguntaros dónde está? —inquirió Jean educadamente—. Somos estudiantes del colegio. Monsieur Naudin nos dijo que podríamos visitarla esta tarde.

—La han mandado llamar.

—¿Adónde?

—No muy lejos. Al número ocho de la rue Suger. Al menos eso es lo que ha dicho.

Los muchachos se miraron entre sí y se marcharon a paso veloz. Podían llegar a esa dirección en diez minutos, pero tenían que darse prisa. Monsieur Naudin era el vigilante del Collège de Marche, un hombre tosco de barba desaliñada que detestaba a la mayoría de los jóvenes estudiantes que pasaban por la puerta que custodiaba, con la notable salvedad de Jean Cauvin. En todos los años que monsieur Naudin llevaba en el colegio, Jean era el único estudiante que lo había tratado con respeto, le decía «por favor» y «gracias» e incluso encontraba el modo de pasarle un par de monedas los días festivos. Sabía, por sus conversaciones, que la esposa de Naudin tenía una profesión que hasta ese día a él le interesaba poco: era comadrona.

En la rue Suger vivían y trabajaban los tejedores y otros artesanos textiles. El número ocho correspondía a una tienda que vendía rollos de tela y mantas. Fuera, en la calle, había una cuadrilla de mujeres que charlaban y caminaban de un lado a otro, ocupadas en sus cosas. Jean se acercó, las saludó con una ligera reverencia y preguntó si la comadrona Naudin se



encontraba dentro. Le respondieron que estaba en la planta de arriba asistiendo al parto de la mujer del tejedor Du Bois. Nadie impidió a los jóvenes que ascendieran la escalera hasta el apartamento de Lorette du Bois, pero una mujer les cortó el paso en la puerta.

—¡Los hombres no tienen permitido entrar en la habitación del parto! —gritó—. ¿Quiénes sois?

—Queremos ver a la comadrona —dijo Jean.

—Está ocupada, chaval. —La mujer se rio—. Podéis esperar con los demás hombres en la taberna. —Abrió la puerta de la vivienda y entró, pero Jean metió el pie para evitar que la cerrara.

Por el resquicio alcanzaban a ver el cuarto más próximo a la entrada, repleto de parientes de la madre. Más allá, se atisbaba el dormitorio, en el que solo se distinguían la ancha espalda y la cintura gruesa de la comadrona que cuidaba de la parturienta. Estaban interpretando un dúo apasionado: los gemidos y lamentos de madame Du Bois con el contrapunto de las instrucciones insistentes de la partera Naudin.

—Y ahora, respirad. ¡Empujad, empujad! Y ahora respirad, por favor, madame. ¡Si no respiráis, vuestro hijo se asfixiará!

—¿Alguna vez habías visto nacer a un niño? —le susurró Jean a Edgar.

—Nunca, pero parece una tarea bastante escandalosa —respondió Edgar—. ¿Cuánto tiempo les llevará?

—¡No tengo la menor idea, pero por lo que sé, podrían ser horas!

El grito desgarrador de un bebé los sobresaltó. La comadrona, aparentemente satisfecha, empezó a cantar una nana que pronto quedó ahogada por los berridos del recién nacido. Edgar y Jean solo entreveían algunas de las cosas que hacía madame Naudin: anudar y cortar el cordón umbilical, lavar al niño y darle fricciones de sal, y aplicarle miel a las encías para estimular su apetito, antes de envolverlo en unas mantitas tan ceñidas que, para cuando se lo entregó a su madre, parecía un cadáver diminuto y amortajado. En cuanto terminó, cogió el montón de monedas que estaba sobre la mesa y, limpiándose las manos en el delantal, salió como una exhalación del apartamento, farfullando algo sobre que tenía que prepararle la cena a su marido. Estuvo a punto de derribar a los dos jóvenes.

—¿Qué hacéis aquí, mozalbetes? —les preguntó con su voz ronca.

—Conozco a vuestro esposo, madame. Me llamo Jean Cauvin.

—Ah, el estudiante. Me ha hablado de ti. ¡Eres uno de los que se portan bien con él! ¿Por qué has venido, Jean?

—Ese niño, ¿tiene nombre ya?

Con la cara enrojecida, ella puso los brazos enjarras.

—Sí, pero ¿qué te hace pensar que eso es asunto tuyo?

—Por favor, madame, decidme su nombre.

—Se llamará Fremin du Bois. Y ahora, si no os importa, tengo que ir a pelar y cocinar un *poulet* para que cene mi marido.

Los dos chicos se retiraron a toda prisa para poder llegar a tiempo a su siguiente clase. Para entonces nevaba de forma ininterrumpida, y las suaves suelas de sus botas de piel resbalaban sobre el barro congelado y los charcos de la calle.

—Ojalá nos dé tiempo de consultar el libro —resopló Edgar, sin aliento—. Ya estoy deseando que llegue la noche.

Jean se rio de él.

—¡Si crees que el nombre Fremin du Bois figura en tu dichoso libro, también creerás que esta nieve sabe a natillas con bayas! Pruébala. —Dicho esto, Jean cogió un puñado y, con ánimo juguetón, lo lanzó al pecho de Edgar. Este contraatacó, y durante los siguientes minutos, ambos jugaron como niños despreocupados.

No muy lejos de Montaignu, en la rue de la Harpe, su ánimo se ensombreció cuando se encontraron con una procesión fúnebre, una comitiva espectral en medio de la nieve y el viento. La procesión iniciaba su recorrido en esos momentos, frente a la puerta de una residencia en la que habían colgado sargas negras. Un cortejo de deudos vestidos todos de negro llevaba en andas un ataúd. Al frente iban dos sacerdotes de la iglesia de Saint-Julien-le-Pauvre, la parroquia más antigua de París. La viuda, rodeada de sus hijos, se lamentaba en voz alta de su pérdida, y por las características de la procesión los chicos supusieron que el muerto era un hombre rico. Una larga fila de dolientes se estaba formando detrás, integrada por mendigos que sujetaban velas y esperaban recibir limosnas en el cementerio por sus

servicios. Edgar y Jean aminoraron el paso, en señal de respeto, pero de repente el inglés se paró en seco y abordó a uno de los mendigos.

—¿Quién es el difunto? —le preguntó en tono apremiante.

El hombre apestaba, seguramente más que el cadáver.

—Monsieur Jacques Vizet, señor. Un hombre devoto, naviero.

—¿Cuándo ha muerto?

—¿Cuándo? Por la noche. —El hombre estaba ansioso por cambiar de tema—. ¿Os importaría darle una limosna a un hombre pobre? —Su sonrisa desdentada y lasciva repugnó a Edgar, pero aun así llevó la mano a su talego y le dio al infeliz la moneda más pequeña que llevaba.

—¿Eso a qué ha venido? —le preguntó Jean.

—Ya tengo otro nombre para mi dichoso libro —dijo Edgar alegremente—. ¡Venga, corramos el trecho que queda!

Cuando llegaron al *pré aux clercs*, sus compañeros desfilaban hacia el aula para la sesión obligatoria de estudios litúrgicos. El propio rector Tempête rondaba por el patio con su larga capa marrón, hundiendo su bastón en la nieve como si estuviese apuñalando la tierra. Las bocanadas de vaho indicaban que estaba refunfuñando para sí.

—¡Cantwell! ¡Cauvin! ¡Venid aquí!

Los chicos tragaron saliva y, obedientemente, se acercaron al tirano barbado. Jean decidió que no era el mejor momento para corregir al clérigo por no emplear la forma latinizada de su nombre.

—¿Dónde estabais?

—Hemos salido de los terrenos del colegio, rector —respondió Jean.

—Lo sé.

—¿Es que no está permitido? —preguntó Jean con aire inocente.

—¡Os he preguntado adónde habéis ido!

—A la catedral de Notre-Dame, rector —dijo Edgar de pronto.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

—Para rezar, rector.

—¿De veras?

—¿No es más conveniente, rector —intervino Jean, dispuesto a mentir por su nuevo amigo—, ejercitar el alma que el cuerpo mortal? La catedral es

un lugar maravilloso para alabar a Dios, por lo que este paréntesis nos ha sido de lo más provechoso.

Tempête apretó la empuñadura del bastón con la mano, decepcionado por no tener una excusa para blandirlo como un garrote. Masculló algo ininteligible y se alejó.

Edgar tuvo que esforzarse al máximo para evitar la vara durante el resto del día. Tenía la mente en otro sitio. Ardía en deseos de coger su libro y comprobar si la nieve sabía en efecto a natillas.

Al atardecer había dejado de nevar, y cuando los alumnos regresaron a su dormitorio después de los últimos rezos, el resplandor de la luna hacía que la nieve del patio pareciera engastada con millones de diamantes. Edgar se volvió hacia atrás y vio que Jean lo seguía. Para ser tan escéptico, estaba lleno de vigor y entusiasmo.

Cuando Edgar entró en su habitación, Jean le pisaba los talones, y una vez encendidas las velas, este se quedó observando al inglés mientras sacaba el libro del baúl.

—Encuentra la fecha —lo presionó Jean—. ¡El 21 de febrero, vamos!

—¿Por qué estás tan exaltado, Jean? Tú no crees en el libro.

—Estoy ansioso por demostrar que es una patraña y así poder volver a mis estudios más productivos sin más distracciones.

—Eso ya lo veremos —resopló Edgar.

Se sentó en la cama e inclinó el libro de modo que le diese la luz. Pasó las páginas con frenesí hasta que encontró la primera entrada correspondiente al día 21 del mes. Apoyó allí un dedo para marcar el punto y siguió pasando las hojas hasta dar con la primera anotación del 22.

—Cielo santo —susurró—. Hay muchísimos nombres para un solo día.

—Sé sistemático, amigo mío. Empieza por el primero y continúa hasta el último. De lo contrario, nos harás perder el tiempo.

Al cabo de diez minutos, Edgar tenía los ojos rojos y empezaba a sucumbir al cansancio de un largo día.

—Ya he pasado de la mitad, pero me da miedo saltarme algo. ¿Puedes terminar tú la tarea, Jean?

Le cedió su sitio a Jean, que deslizó despacio el dedo por la página de

renglón en renglón, de un nombre a otro. Pasó una hoja, luego otra, pestañeando rápidamente y pronunciando en voz baja todos los nombres, algunos de ellos difíciles o imposibles de descifrar dada la gran variedad de idiomas y escrituras.

De pronto, su dedo se detuvo.

—*Mon Dieu!*

—¿Qué pasa, Jean?

—¡Lo veo, pero me cuesta creerlo! Mira, Edgar, aquí: ¡21 de febrero de 1527, Fremin du Bois Natus!

—¡Te lo dije! ¡Te lo dije! ¿Qué me dices ahora, mi descreído amigo francés?

Un cuarto de página más abajo, sus ojos se posaron en estas palabras: «21 de febrero de 1527 Jacques Vizet Mors».

Dio unos golpecitos a la entrada con el dedo y animó al asombrado Jean a leerla también.

Un espasmo nació en su diafragma y ascendió por su pecho hasta la garganta y la boca. Edgar se alarmó por los sollozos de Jean hasta que se percató de que las lágrimas de su amigo eran de alegría.

—Edgar —exclamó—, es el momento más feliz de mi vida. ¡He comprendido, en un instante y con claridad meridiana, que Dios lo prevé todo! Las buenas obras u oraciones no pueden obligar a Dios a cambiar sus sagrados designios. Todo está escrito. Todo está predestinado. Estamos verdaderamente en manos de Dios, Edgar. Ven, arrodíllate conmigo. ¡Alabemos la gloria del Todopoderoso!

Los dos muchachos se postraron de hinojos, el uno al lado del otro, y rezaron largamente hasta que Edgar apoyó despacio la cabeza en la cama y se puso a roncar. Jean lo ayudó con delicadeza a acostarse en el colchón y lo tapó con la manta. Reverencialmente, devolvió el voluminoso libro al baúl, apagó las velas y salió de la habitación sin hacer ruido.

## Capítulo 23

Isabelle trabajó durante una hora en una traducción meticulosa que escribía en una libreta de hojas pautadas. La letra de Calvino era una serie de garabatos casi ilegibles, y las construcciones y la ortografía del francés antiguo le exigían recurrir a todas sus habilidades lingüísticas. En determinado momento hizo una pausa para preguntarle a Will si le apetecía «una copita». Aunque la tentación era muy grande, él declinó la oferta con determinación. Tal vez acabaría por ceder, o tal vez no, pero al menos no tomaría una decisión precipitada.

En cambio, optó por enviar un mensaje de texto a Spence. Supuso que el hombre debía de estar subiéndose por las paredes por no tener noticias suyas. No estaba dispuesto a mandarle un informe detallado de cada paso; no era su estilo. Durante sus años en el FBI, sacaba de quicio a sus superiores por mantener en secreto la evolución de sus investigaciones y ofrecer información solo cuando necesitaba una orden judicial, una citación o, mejor aún, cuando ya tenía el caso listo y envuelto para regalo.

Sus pulgares eran ridículamente grandes para las teclas del móvil, y la mecánica de escribir mensajes no era algo que le saliese de forma natural. Le costó una eternidad enviar un SMS de lo más simple: «Estoy haciendo progresos considerables. Van 2, faltan 2. No hay garantías pero tengo esperanzas. 1 cosa es segura. Ahora sabemos mucho más que antes. No te decepcionarás. ¡Dile a Kenyon que Juan Calvino está implicado! Espero volver a NY en un par de días. Piper».

Le dio a enviar y sonrió. Entonces se dio cuenta: las pesquisas en la vieja mansión, el reto intelectual de la caza... Lo estaba pasando bien; tal vez

incluso tendría que replantearse lo de la jubilación, después de todo.

Quince minutos más tarde, el mensaje fue reenviado del centro de operaciones de Área 51 a la BlackBerry de Frazier. Su Lear-jet avanzaba cada vez más despacio por la pista de aterrizaje de Groom Lake hasta que al fin se detuvo. Frazier tenía que asistir a una reunión con el comandante de la base y el secretario Lester, que participaría por videoconferencia. Al menos tendría novedades de las que dar parte. Leyó el mensaje por segunda vez, se lo reenvió a DeCorso, que estaba sobre el terreno, y se preguntó: «¿Quién diablos es ese tal Juan Calvino?». Mandó un correo electrónico a uno de sus analistas para que elaborase una lista de todos los Juan Calvino que constaban en la base de datos.

Su analista tuvo la sensatez y el tacto de responder simplemente con un enlace a una página de la Wikipedia. Frazier le echó una ojeada antes de entrar en la sala de reuniones del Edificio Truman, situado muchos metros bajo tierra, al nivel de la Cripta. Por Dios santo, gimió para sí. ¿Un teólogo del siglo XVI? ¿En qué se estaba convirtiendo su trabajo?

Isabelle dejó la pluma y anunció que había terminado.

—De acuerdo, voy a ponerte en antecedentes: Calvino nació en 1509 en una aldea llamada Noyon, y lo enviaron a estudiar a París hacia 1520. Asistió a un par de escuelas afiliadas a la Universidad de París, primero al Collège de Marche de estudios generales, luego al de teología de Montaigu ¿Seguro que no quieres una copa?

Will frunció el ceño.

—Me lo estoy pensando, pero no.

Ella se sirvió una copa de ginebra.

—En 1528 ingresó en la Universidad de Orleans para estudiar derecho civil, por voluntad de su padre. ¡Los abogados ganaban más que los clérigos, igual que ahora! Piensa que hasta ese momento él era un católico muy estricto y doctrinario, pero fue en esa época cuando tuvo lugar su gran

conversión. Martín Lutero había caldeado el ambiente, desde luego, pero Calvino entró en escena pisando fuerte, rechazó el catolicismo y se volvió protestante. En esencia, fundó una nueva rama que imprimió un rumbo más radical a la religión. Hasta ahora, no se sabía qué provocó este cambio en él.

—¿Hasta ahora? —preguntó Will.

—Hasta ahora. Escucha esto. —Cogió su libreta y comenzó a leer en voz alta.

*Mi muy querido Edgar:*

*Me cuesta creer que hayan transcurrido ya dos años desde que me marché de Montaigne a Orleans para cursar la carrera de derecho. Echo mucho en falta nuestras conversaciones y nuestra camaradería, y confío, amigo mío, que durante el tiempo que te queda en París te veas merecidamente libre de la vara de Bedier. Sé cuánto ansías regresar a tu preciada Cantwell Hall, y no puedo sino esperar que lo consigas antes de que la peste vuelva a Montaigne. Tengo entendido que se llevó a Tempête, que Dios se apiade de su alma.*

*Ya sabes, apreciado Edgar, que Dios, pese a mi origen oscuro y humilde, me concedió el honor de ser heraldo y ministro del Evangelio. Cuando era yo muy niño, mi padre tenía la intención de encaminarme al estudio de la teología. Pero cuando cayó en la cuenta de que la práctica del derecho resultaba muy lucrativa para quienes la ejercían, cambió de idea súbitamente. Así pues, me ordenó que abandonara el estudio de la filosofía y me consagrara al del derecho. Me esforcé cuanto pude, pero Dios me hizo tomar otro camino con las riendas secretas de su Providencia. Entenderás muy bien a qué me refiero, pues te hallabas presente en el momento de mi auténtica conversión, aunque ha sido necesaria una reflexión profunda para convencerme del rumbo que debía dar a mi vida.*

*Tu milagroso libro de las almas, tu valiosa joya de la isla de Vectis, demuestra que Dios controla por completo nuestro destino. Pudimos confirmarlo ese maravilloso día de invierno en París,*



*cuando descubrimos que el libro predecía en efecto un venturoso nacimiento y una infausta muerte.*

*Descubrimos que solo Dios elige el momento de nuestro nacimiento y de nuestra muerte, y, por ende, todo lo que acontece durante nuestra estancia en la tierra. Por tanto, debemos adjudicar a Dios tanto la presciencia como la predestinación. Cuando atribuimos presciencia a Dios, queremos decir que todas las cosas han estado siempre, y estarán por toda la eternidad, ante su mirada; que para su sabiduría no hay pasado ni futuro, sino que todos los sucesos son presente, hasta tal punto que no es solo que Él conciba la idea de dichos sucesos, sino que los ve y los contempla verdaderamente como si estuvieran desarrollándose ante Él.*

*Esta presciencia se extiende al mundo entero y a todos los seres. Por ello, solo Dios elige a quienes acoge en su seno, sin basarse en su mérito, su fe o sus corruptas indulgencias, sino únicamente en su propia misericordia. Las supersticiones del papado no importan. La codicia y el engreimiento de las formas degeneradas del cristianismo no importan. Lo único que importa es el don de la devoción verdadera que recibí ese día, y que me llevó a arder en deseos de progresar hacia una doctrina más pura fundamentada sobre el poder absoluto y la gloria de Dios. Debo señalarte como el causante de que me imbuyese del deseo singular y piadoso de buscar todo aquello que es puro y sagrado, y por eso te da las gracias y te saluda tu amigo y servidor leal,*

*IOANNIS CALVINUS  
Orleans, 1530*

Isabelle bajó la libreta.

—Vaya —se limitó a decir, sin aliento.

—Esto es algo gordo, ¿verdad? —preguntó Will.

—Sí, señor Piper, es algo muy gordo.

—¿Cuánto debe de valer esta perla?

—¡No seas tan materialista! Esto posee el mayor valor académico que

puede imaginarse. Es la revelación de uno de los puntales de la revolución protestante. ¡La filosofía de la predestinación de Calvino se basa en su conocimiento de nuestro libro! ¿Te haces una idea?

—Suenan a un dineral.

—Millones —suspiró ella.

—Antes de que terminemos, podrás añadir un ala nueva a la casa.

—No, gracias. Me conformo con reformar la instalación de agua y electricidad y el tejado. Apuesto a que ahora sí que aceptarás una copa.

—¿Queda más whisky por ahí?

Después de la cena, Will siguió bebiendo a un ritmo lo bastante constante para notar que el cerebro empezaba a vibrarle de forma armónica. La idea de que llevaba dos y le faltaban dos reverberaba en su mente. Estaba a dos pistas de completar la misión y volver a casa. La situación aislada de la vieja y fría mansión, aquella chica preciosa, el whisky que corría a raudales; todo en conjunto lo embriagaba, minaba sus fuerzas y su determinación. «No es culpa mía —pensó, atontado—. No lo es.» Volvían a estar junto al fuego del gran salón.

—¿Y los profetas? —preguntó Will haciendo un esfuerzo—. ¿Qué hay de los profetas?

—¿De verdad te sientes con energía suficiente para buscar la siguiente pista? —repuso ella—. Yo estoy agotada. —También arrastraba las palabras. Iban directos hacia una repetición de la jugada.

—Dime nombres de profetas.

Ella crispó el rostro.

—Veamos... Isaías, Ezequiel, Mahoma. No sé.

—¿Hay alguna relación entre alguno de ellos y la casa?

—No se me ocurre ninguna, pero estoy hecha polvo, Will. Sigamos por la mañana, estaremos más frescos.

—Tengo que regresar a casa pronto.

—Empezaremos temprano, te lo prometo.

No la invitó a su habitación; tuvo la fuerza de voluntad suficiente para no

hacerlo.

En cambio, se sentó en un sillón lleno de bultos junto a la cama y escribió torpemente un mensaje de texto a Nancy: «La pista 2 estaba detrás de un azulejo con un molino. Otra revelación. La trama se complica. Pasemos a la pista 3. ¿Conoces nombres de profetas? Ojalá estuvieras aquí».

Veinte minutos más tarde, cuando empezaba a vencerlo el sueño, no tuvo la fuerza de voluntad suficiente para evitar que Isabelle entrara a hurtadillas en su habitación.

—Oye, lo siento —farfulló mientras ella se deslizaba bajo las sábanas—. Mi esposa...

Ella soltó un quejido.

—¿Puedo quedarme a dormir? ¿Solo a dormir? —le preguntó como una niña.

—Claro. Siempre estoy dispuesto a probar algo por primera vez.

Ella se durmió acurrucada contra él y, al amanecer, no se había movido ni un milímetro.

Era una mañana agradable y templada para esa época del año. Después del desayuno, Will e Isabelle pensaban aprovechar que hacía un día radiante para pasear al aire libre y definir su plan de ataque.

Cuando Will subió a por su jersey, Nancy lo llamó al móvil.

—¿Qué pasa? —contestó—. Es temprano para ti.

—No podía dormir. Estaba releendo tu poema.

—Ah, muy bien. ¿Y eso?

—Me pediste ayuda, ¿recuerdas? Te quiero en casa, así que estoy motivada. ¿La segunda pista era importante?

—Sí, en un sentido histórico. Voy a tener mucho que contarte. El nombre de un profeta. ¿A qué crees que se refería el viejo Willie? Tú eres forofa de Shakespeare.

—En eso estaba pensando. Seguro que Shakespeare conocía todos los profetas de la Biblia: Elías, Ezequiel, Isaías, Jeremías... además de Mahoma, claro.

—Ella ya ha pensado en esos.

—¿Quién?

Él titubeó por unos instantes.

—Isabelle, la nieta de lord Cantwell.

—Will... —dijo ella, muy seria.

—Es solo una estudiante —se apresuró a aclarar, y añadió—: Ninguno de esos nombres nos dice nada.

—¿Y Nostradamus? —preguntó ella.

—Isabelle no lo ha mencionado.

—Dudo que Shakespeare nombrase a Nostradamus en ninguna de sus obras, pero en esa época ya debía de ser famoso en toda Europa. Sus Profecías eran un best seller. Las he consultado de madrugada.

—Vale la pena tenerlo en cuenta —dijo Will—. ¿Qué pinta tenía Nostradamus?

—Era un tipo con barba y una túnica.

—Hay muchos de esos por aquí —suspiró Will.

El jardín trasero de la casa estaba descuidado y lleno de hierbajos altos que empezaban a marchitarse con el clima otoñal. En otro tiempo había sido un bello jardín de dos hectáreas que había ganado premios y ofrecía vistas panorámicas de los campos y bosques por encima de los setos de arbustos autóctonos. En su momento de mayor esplendor, el abuelo de Isabelle tenía contratados a un jardinero a tiempo completo y a un ayudante, y él mismo trabajaba en él con sus propias manos. Ningún otro rincón de Cantwell Hall acusaba tanto como ese jardín las consecuencias de la edad avanzada del viejo y de la merma de su cuenta corriente. Un chico de la localidad cortaba el césped y arrancaba las malas hierbas de vez en cuando, pero los bosquecillos y los immaculados arriates se encontraban en un estado lastimoso.

Cerca de la casa había un huerto abandonado y, justo al otro lado, dos macizos triangulares de dimensiones generosas a cada lado de un eje central de grava que conducía a otro huerto. Los macizos estaban bordeados de arbustos de hoja perenne, y en otra época crecían en ellos un césped ornamental y amplios parterres de perennifolias. Ahora más bien parecían

tristes matorrales selváticos. Más allá del huerto había un extenso prado infestado de maleza que le encantaba a Isabelle cuando era una niña despreocupada, sobre todo en verano, época en la que el prado quedaba cubierto por el blanco espectacular de las margaritas.

—Dos para la alegría —dijo de pronto, apuntando con el dedo.

Will alzó la vista, perplejo, y miró al cielo azul con los ojos entornados.

—Allí, en el tejado de la capilla, dos urracas. «Uno para la pena, dos para la alegría, tres para el chico, cuatro para la chica.»

La hierba estaba mojada, y pronto sus zapatos quedaron empapados. Avanzaron con dificultad entre la broza del arcén en dirección a la capilla, cuya torre lanzaba destellos bajo el sol, como haciéndoles señas.

Isabelle ya estaba muy acostumbrada a la rareza de aquel edificio de piedra, pero, al verlo, Will se quedó tan impresionado como la primera vez. Cuanto más se acercaban, más lo confundía aquella visión.

—La verdad es que parece una broma extraña —comentó.

Su aspecto icónico era idéntico al de la catedral de Notre-Dame de París, con su fachada gótica, sus arbotantes, las dos anchas torres rematadas con arcos ojivales, la nave y el crucero coronados con una aguja primorosamente labrada. Pero era una versión en miniatura, casi un juguete para niños. Si en la gran catedral había espacio de sobra para seis mil fieles, en aquella capilla de jardín cabrían a lo sumo veinte. La aguja de París se erguía imponente a casi setenta metros de altura, mientras que la de Cantwell medía doce metros escasos.

—No se me dan muy bien las matemáticas —dijo Isabelle—, pero la escala corresponde a una fracción precisa del original. Por lo visto, Edgar Cantwell estaba obsesionado con eso.

—¿Te refieres al Edgar Cantwell de la carta de Calvino?

—Al mismo. Regresó a Inglaterra después de estudiar en París y, un tiempo después, encargó la construcción de la capilla en honor de su padre. Es una obra arquitectónica única. A veces algunos turistas se desvían de la ruta de senderismo del fondo del valle para visitarla, pero no hacemos ningún tipo de publicidad. Se enteran exclusivamente por el boca a oreja.

Will levantó la mano para tapar el sol.

—¿Es una campana eso que brilla en la torre más cercana?

—Debería tocarla para que la oigas. Es una miniatura en bronce de la que Quasimodo tañía en *El jorobado de Notre-Dame*.

—Tú eres más guapa que él.

—¡Qué galante!

Continuaron su paseo en dirección al prado. Isabelle se disponía a decir algo cuando se percató de que Will se había detenido y estaba contemplando el campanario.

—¿Qué pasa?

—Notre-Dame —dijo, y luego, en voz más alta—: Notre-Dame. Se parece bastante a Nostradamus. ¿Crees que a lo mejor...?

—¡Nostradamus! —gritó ella—, ¡nuestro profeta! ¡«Muy alto, sobre el nombre de un profeta»! Nostradamus se llamaba en realidad Michel de Nostredame. Will, eres un genio.

—Más bien el marido de un genio —murmuró.

Ella lo agarró de la mano y lo llevó casi a rastras por la vereda que conducía a la capilla.

—¿Se puede subir ahí? —preguntó Will.

—¡Sí! Pasé buena parte de mi infancia en esa torre.

Había una puerta recia de madera en la base de la torre. Isabelle la abrió empujando con el hombro, y la madera hinchada chirrió al raspar el umbral de piedra. Se dirigió rápidamente al púlpito y señaló en el rincón una puertecita tipo *Alicia en el país de las maravillas*.

—¡Aquí arriba!

Pasó por la estrecha abertura casi con la misma facilidad que cuando era niña. A Will le costó un poco más. Sus anchos hombros se quedaron atascados, así que tuvo que quitarse la chaqueta para que no se le rasgara. Ascendió detrás de Isabelle por una escalera claustrofóbica de madera que era poco más que una escala de mano con pretensiones, hasta la plataforma en que se alzaba un andamio de madera que rodeaba la gastada campana colgante.

—¿Te dan miedo los murciélagos? —preguntó ella, demasiado tarde.

Justo encima de ellos, había una colonia de murciélagos de Natterer con

el vientre blanco colgados cabeza abajo. Unos pocos echaron a volar y comenzaron a atravesar los arcos zumbando y a revolotear enloquecidos por la torre.

—No me entusiasman.

—A mí sí —chilló ella—, ¡son unos seres adorables!

En el interior de la torre, él apenas podía estar de pie sin golpearse la cabeza. Entre los arcos de piedra se divisaban unos campos esmeradamente arados y, más allá, la iglesia del pueblo. Will apenas se fijó en el paisaje. Estaba buscando algo, un escondrijo, cualquier cosa. No veía nada más que madera y obra de mampostería.

Empujaba con la palma de la mano los bloques de piedra unidos con argamasa, pero todo lo que estaba a su alcance era sólido y firme. Isabelle ya se había puesto a cuatro patas en el suelo para inspeccionar las tablas cubiertas de guano. De pronto, se levantó y empezó a rascar enérgicamente algo con el tacón de la bota, ocasionando que se formara una pequeña nube de excrementos secos.

—Me parece que hay una inscripción en esta tabla, Will, ¡mira!

Él se agachó y tuvo que reconocer que había una especie de grabado pequeño y curvo en una de las tablas. Se llevó la mano a la cartera y sacó su tarjeta VISA, que utilizó como rasqueta para limpiar la madera. Allí, con toda claridad, se apreciaba una figura redonda de cinco pétalos y unos tres centímetros de largo, grabada en la madera.

—¡Es una rosa Tudor! —exclamó Isabelle—. No puedo creer que no la hubiera visto antes.

Will señaló al techo con un gesto.

—Es culpa de ellos. —Dio un fuerte pisotón sobre la tabla, pero esta no se movió—. ¿Qué opinas? —preguntó.

—Voy a buscar la caja de herramientas.

En un abrir y cerrar de ojos, desapareció escaleras abajo y él se quedó a solas con unos cientos de murciélagos. Los miró con recelo, ahí colgados como adornos de Navidad, y rezó porque nadie hiciera sonar la campana.

Cuando Isabelle regresó con la caja de herramientas, él metió un destornillador largo y fino en el espacio entre dos tablas, lo golpeó con el

martillo y repitió la maniobra a lo largo del borde de la pieza que tenía la inscripción, mirando de vez en cuando hacia arriba para asegurarse de no alborotar a los mamíferos aletargados.

Una vez hubo abierto una rendija lo bastante grande, introdujo el destornillador hasta el fondo y lo usó como palanca para levantar la tabla medio milímetro, a trompicones. Insertó otro destornillador más grueso en la abertura y empujó hacia abajo con todo su peso. La tabla crujió y salió despedida hacia arriba, de modo que quedó suelta, en su mano.

Debajo había un hueco de unos treinta centímetros entre el suelo y las tablas del techo de abajo. A Will no le hacía ninguna gracia palpar el interior de un agujero oscuro, sobre todo habiendo tantos murciélagos por lo alto, pero, con una mueca, metió la mano, decidido.

De inmediato notó el tacto del vidrio en las yemas de sus dedos.

Asió un objeto liso y frío y lo sacó a la luz.

Una botella vieja.

Tenía forma de cebolla, de un vidrio soplado grueso de color verde oscuro, con una base plana y un cuello con borde de hilo trenzado. Tenía la boca sellada con cera. Will levantó la botella para mirarla a contraluz, pero el cristal era demasiado opaco. La agitó. Se oyó un repiqueteo leve.

—Hay algo en el interior.

—Adelante —lo apremió ella.

Will se sentó, sujetó la botella entre los zapatos y empezó a descascarillar la cera con uno de los destornilladores hasta que vio la parte de arriba de un corcho. Cambió el destornillador por uno de estrella y dio unos golpecitos suaves al tapón para hundirlo en la botella, hasta que fue a parar al fondo.

Puso la botella boca abajo y la agitó con fuerza.

Un rollo formado por dos pergaminos cayó sobre sus rodillas. Las hojas estaban lisas e inmaculadas.

—Ya estamos otra vez —dijo, sacudiendo la cabeza—. Aquí es donde entras tú.

Isabelle desenrolló las hojas con dedos temblorosos y las examinó. Una estaba escrita a mano; la otra, impresa.

—Es otra carta dirigida a Edgar Cantwell —susurró—. Y la portada de un



libro muy antiguo y muy famoso.

—¿Cuál?

—*¡Las profecías de Nostradamus!*

## Capítulo 24

1532,  
*París*

Edgar Cantwell empezó a sentirse mal cuando estaba cenando en la casa de huéspedes de madame Pucell. Hacía un par de días que era vagamente consciente de un dolor en la ingle, pero no le había dado importancia, pues suponía que era un tirón del músculo. Estaba comiendo una costilla de cordero y un plato de puerros cuando un escalofrío recorrió su cuerpo como un enjambre de insectos alados. Su colega Richard Dudley, otro estudiante inglés, se fijó en la mala cara de su amigo y le preguntó qué le ocurría.

—He cogido frío, eso es todo —respondió Edgar, y a continuación se excusó y se levantó de la mesa.

Apenas llegó al salón, lo acometieron unas náuseas que lo hicieron vomitar una gran cantidad de comida sin digerir sobre la *chaise longue* de madame.

Cuando el médico lo visitó esa noche en su habitación, situada en lo alto de la escalera, Edgar no se encontraba nada bien. Estaba pálido y sudoroso, y tenía el pulso acelerado. Las molestias en la ingle habían dado paso a un dolor insoportable, y también le dolían las axilas. Las náuseas no habían remitido, y había empezado a sufrir accesos violentos de una tos seca. El médico levantó la manta, y sus dedos huesudos se fueron directos a los pliegues de la entrepierna, donde palparon unos bultos firmes y tan grandes como huevos de gallina. Cuando se los apretó, Edgar soltó un aullido de

dolor. Al médico no le hizo falta ver nada más.

En el salón, Dudley lo cogió del brazo.

—¿Qué le pasa a mi amigo? —preguntó.

—Debes marcharte de esta casa —bramó el médico, con los ojos desorbitados y llenos de terror—. Debéis iros todos de esta casa.

—¿Irme de mi casa? ¿Por qué? —preguntó la patraña.

—Tiene la peste.

A Edgar solo le faltaban unos meses para terminar sus estudios y regresar definitivamente a Inglaterra. Se había convertido en un joven seguro de sí mismo que compensaba su aspecto ratonil con unos aires discretos de nobleza y superioridad. Había sobrevivido a Montaigu, así que se creía capaz de superar cualquier obstáculo en la vida. Tres años atrás, se había trasladado al Collège de Sorbonne, donde se había desenvuelto bien. Se avecinaban los exámenes finales, y si todo salía según lo previsto, Edgar volvería a su país con una prestigiosa licenciatura en derecho canónico. Su padre estaría orgulloso, y un futuro brillante se abriría ante él.

Pero en ese momento estaba solo y seguramente moribundo en una habitación fétida de una pequeña casa de huéspedes en aquella ciudad azotada por la peste. Estaba demasiado débil para levantarse de su sucia cama, y apenas le quedaban fuerzas para tomar sorbos de una jarra de té amargo que el médico le había dejado en su fugaz y última visita. En ese estado febril y desesperado, veía imágenes que desfilaban por su mente: un jabalí gruñendo que se transformaba en la cara de Bedier, que gruñía también, armado con su vara; un cortejo fúnebre de hombres sombríos y con túnicas negras; su preciado libro, tirado y abierto, con el nombre de Edgar Cantwell, *Mors*, flotando por encima de las páginas; después, el rostro oblongo y animado de un joven pelirrojo con una barba larga y rojiza, y mejillas de color carmesí, tan cerca, tan real...

—¿Me oís, monsieur Cantwell?

Oyó una voz, vio unos labios que se movían.

—Apretadme la mano si me oís.

Edgar notó una mano fuerte bajo la suya y tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para estrecharla.

—Bien.

Edgar, parpadeando confundido, miró los benévulos ojos color gris verdoso del hombre.

—Me he encontrado con vuestro médico en la casa de otro enfermo. Me ha dicho que había visitado a un estudiante inglés. Aprecio a los ingleses, y más aún si son estudiantes como lo era yo hace no mucho tiempo. Tanto estudio y trabajo duro... Sería una pena dejar que la peste diese al traste con todo eso, ¿no creéis? Además, he oído que vuestro padre es barón.

El hombre se apartó de la cama y abrió de golpe la ventana de Edgar, mascullando algo sobre miasmas inmundos. Llevaba la túnica encarnada de un doctor en medicina, pero a Edgar le pareció un ángel rojo que volaba por la habitación, infundiéndole una brizna de esperanza.

—Vuestro médico es viejo y supersticioso, de los que resultan inútiles en casos de peste. Lo he despedido, así que me haré cargo personalmente de vuestro cuidado, monsieur. Si sobrevivís, estoy seguro de que tendréis la bondad de pagarme. Si no, pasaréis a engrosar mis cuentas pendientes en el cielo. Y ahora, manos a la obra. ¡Hay que adecentar un poco este cuarto tan miserable!

Edgar perdía y recuperaba la conciencia una y otra vez. El ángel rojo era muy parlanchín, y cada vez que Edgar volvía en sí, oía un torrente de palabras.

La única manera de vencer la peste, le estaba explicando el hombre, era deshacerse de la porquería y las aguas negras, y administrar remedios de botica. Le dijo que cuando se declaraba una epidemia, había que vaciar las calles de cadáveres y regarlas con agua limpia, enterrar los cuerpos en cal viva, quemar la basura, limpiar las casas de las víctimas con vinagre y vino hervido, lavar las sábanas con regularidad y obligar a los criados de los muertos a llevar guantes de cuero y mascarillas. El no tenía que preocuparse por su propia salud, le contó, pues había sobrevivido a una infección leve de peste en Toulouse, por lo que estaba protegido contra la enfermedad.

Pero insistió en que nada era tan importante como sus medicinas, y,

después de que el hombre lo frotase hasta dejarlo bien limpio, Edgar notó el sabor agradable de unas pastillas que le metió en la boca, seguido de un poco de vino fresco y diluido. Le oyó decir que regresaría más tarde con sopa y pan, y Edgar por fin consiguió articular unas palabras en poco más que un susurro.

—¿Cómo os llamáis, señor?

—Soy Michel de Nostredame, boticario y médico, y estoy a vuestro servicio, monsieur.

## Capítulo 25

Fiel a su palabra, el médico volvió junto a la cabecera de Edgar, que se mostró muy agradecido por ello. Le administró más pastillas y le dio trozos pequeños de pan mojados en un potaje de verduras. Edgar seguía dolorido y febril, y su cuerpo se convulsionaba por los ataques de tos, pero mirar a su ángel rojo lo serenaba y lo aliviaba en su desesperación. Su estómago no rechazó el pan; al poco rato, Edgar notó que le pesaban los párpados y se dejó engullir por la negrura.

Cuando despertó, era de noche y la habitación estaba a oscuras salvo por una vela solitaria que ardía sobre su mesa. Su ángel rojo estaba sentado en una silla con la mirada baja y vidriosa. Sobre la mesa había un cuenco de cobre lleno de agua hasta el borde. Era este cuenco lo que acaparaba la atención del hombre que, de vez en cuando, removía el agua con un palo. La luz de la vela danzaba en la superficie y bañaba el rostro moreno del hombre en un resplandor amarillo. De su boca salía un suave tarareo, quizá un cántico apagado. Estaba totalmente absorto, sin la menor conciencia de que lo observaran. Edgar decidió preguntarle qué hacía, pero antes de que pudiera intentarlo, la fatiga se apoderó de él, y volvió a quedarse dormido.

Por la mañana, la luz entraba a raudales por la ventana abierta, y corría una brisa refrescante. Junto a la cama había un plato de bacalao salado cuidadosamente partido en trozos pequeños, un pedazo de pan y una jarra de cerveza ligera. A Edgar apenas le alcanzaron las fuerzas para tomar unos bocados y levantar después el orinal para utilizarlo. Escuchó con atención por

si se oían sonidos en la casa y, al no percibir ninguno, llamó al médico en voz más alta de lo que se creía capaz. No obtuvo respuesta.

Se quedó despierto, esperando a que sonaran las pisadas familiares en la escalera. Antes de que terminara la mañana, las oyó de nuevo y se puso eufórico.

El ángel rojo había vuelto con más pastillas y dientes de ajo. Se mostró complacido con la mejoría de Edgar y le comentó animadamente que el hecho de que no estuviera muerto era buena señal. Echó un vistazo rápido a los huevos de gallina en las axilas y la ingle, pero obedeció a Edgar cuando este le suplicó, alarmado, que no se los apretara, pues le escocían de una manera atroz, como si estuvieran al rojo vivo. Saltaba a la vista que sería una visita muy corta, pues el hombre no se quitó la capa y se movía por la habitación con rapidez, limpiando y ordenando.

—Por favor, doctor, no os marchéis tan deprisa —le pidió Edgar con un hilillo de voz.

—Tengo otros pacientes, monsieur.

—Por favor. Hacedme un poco de compañía, os lo ruego.

El médico se sentó y dobló las manos sobre el regazo.

—¿Estuve soñando?

—¿Cuándo?

—La noche que os vi mirar fijamente un cuenco de agua.

—Tal vez, tal vez no. No me corresponde a mí decirlo.

—¿Os estáis valiendo de la brujería para sanarme?

El médico se rio con ganas.

—No. Solo me valgo de la ciencia. Los elementos esenciales son la limpieza y mis pastillas para la peste. ¿Queréis saber qué contienen?

Edgar asintió.

—La fórmula es mía; llevo perfeccionándola desde que estudiaba medicina en Montpellier. Arranco trescientas rosas al alba, las machaco junto con serrín de la madera de ciprés verde y lo mezclo con la medida precisa de iris de Florencia, clavo y cálamo aromático. ¡Confío en que la fiebre os impida recordar esta lista, pues es secreta! ¡Cuento con que mis pastillas me hagan muy rico y famoso!

—Sois ambicioso —dijo Edgar, y logró sonreír por primera vez.

—Siempre lo he sido. Mi abuelo materno, Gassonet, era un hombre ambicioso, y ha tenido una influencia profunda en mi pensamiento.

Edgar intentó incorporarse.

—¿Gassonet, habéis dicho?

—Sí.

Edgar estaba atónito.

—No es un nombre muy común.

—Es posible. Era judío. ¡Volved a tumbaros! Parecéis alterado.

—Continuad, por favor.

—Era un gran erudito de Saint-Rémy. Me enseñó latín, hebreo, matemáticas y las ciencias celestes desde que era yo muy joven.

—¿Sois astrólogo?

—Ya lo creo. Aún conservo el astrolabio de latón que mi abuelo me legó. Las estrellas influyen de forma constante en todas las cosas de la tierra, incluso para diagnosticar las dolencias del cuerpo. Decidme la fecha de vuestro nacimiento, y yo dibujaré vuestra carta astral esta noche.

—Decidme, ¿pueden las estrellas revelarme la fecha de mi muerte? —preguntó Edgar.

Nostredame miró a su paciente con suspicacia.

—No, señor, pero es una pregunta un tanto insólita, si se me permite decirlo. Ahora os aconsejo que mastiquéis tres pastillas más y después os durmáis. Regresaré por la tarde. Hay una mujer más enferma que vos en la rue des Écoles y esta mañana me ha dicho, en su penoso estado, que si no volvía a su lado pronto, tendría que coser su propia mortaja.

El médico visitó a su paciente y le administró sus remedios durante dos días más. Edgar estaba ansioso por hablar con el hombre y siempre insistía débilmente en que se quedara más tiempo, pero el médico protestaba y se quejaba del gran número de desdichados aquejados por la enfermedad que había en el distrito. Pero, una tarde, cuando Nostredame entró apresuradamente con sus pastillas y una olla de sopa, se encontró a Edgar



sollozando de forma incontrolable.

—¿Qué os aflige, monsieur?

Edgar se señaló la entrepierna.

—Mirad —gimió.

El médico levantó las mantas. Los dos pliegues inguinales estaban cubiertos de pus sanguinolento.

—¡Excelente! —exclamó el médico—. Vuestras bubas se han reventado. ¡Estáis a salvo! Si os mantenemos limpio, os prometo que os recobraréis completamente. Esta era la señal que estaba esperando.

Sacó un cuchillo de su saco, cortó una de las delicadas camisas buenas de lino de Edgar en tiras y vendó con ellas los abscesos supurantes. Le dio un poco de sopa y se sentó en la silla, cansado.

—Lo confieso, estoy fatigado —dijo Nostredame.

El sol poniente inundaba la habitación con un brillo dorado que daba al hombre de barba y túnica roja un aire beatífico.

—Sois un ángel para mí, doctor. Me habéis librado de la muerte.

—Estoy satisfecho, señor. Si todo sale como preveo, recuperaréis la salud en menos de dos semanas.

—Debo encontrar un modo de recompensaros, doctor.

Nostredame sonrió.

—Os lo agradecería mucho.

—Tengo poco dinero aquí, pero le escribiré a mi padre, le diré lo que habéis hecho y le pediré que envíe fondos.

—Sois extremadamente amable.

Edgar se mordió el labio. En los últimos días había ensayado mentalmente ese momento.

—Tal vez, doctor, pueda ofrecer os otro obsequio de forma más inmediata.

Nostredame arqueó una ceja.

—Ah. ¿Y de qué obsequio se trata, monsieur?

—Está en mi baúl. Encontraréis un libro y unos papeles que os ruego que examinéis. Creo que os parecerán del mayor interés.

—¿Un libro, decís?

Nostredame sacó el pesado volumen de debajo de la ropa de Edgar y regresó a la silla. Se fijó en el año 1527 inscrito en el lomo y abrió una página al azar.

—Qué curioso —murmuró—. ¿Qué podéis contarme de él?

Edgar le refirió todos los detalles, la larga historia del libro en la familia Cantwell, su fascinación por ese tomo, el hecho de haberlo «tomado prestado» a su padre junto con la carta del abad, el modo en que había comprobado, con un compañero de clase, que el libro predecía de verdad acontecimientos humanos. A continuación, le pidió encarecidamente a Nostredame que leyera la carta por sí mismo.

Observó cómo el joven médico se atusaba nervioso la larga barba con una mano mientras con la otra sujetaba en alto las hojas, una tras otra, a la luz de los últimos rayos de sol. Vio que empezaba a temblarle el labio y que se le humedecían los ojos.

Entonces lo oyó susurrar ese nombre: Gassonet. Edgar sabía qué pasaje de la carta de Félix estaba leyendo.

*Sin embargo, no olvido la única ocasión en que vi a una de las hermanas elegidas alumbrar, no a un varón, sino a una niña. Tenía entendido que no era la primera vez que ocurría tan raro suceso, pero nunca había visto nacer a una niña hasta ese momento. La niña muda de ojos verdes y pelirroja creció, pero, a diferencia de sus parientes, no desarrolló el don de la escritura. A los doce años, fue expulsada y entregada a Gassonet el judío, un mercader de grano, quien se la llevó de la isla e ignoro qué hizo con ella.*

Fijó la mirada en el cabello rojizo y los ojos verdosos del médico. Edgar no leía la mente, pero estaba seguro de que sabía qué pasaba por la cabeza del hombre en ese momento.

Cuando Nostredame terminó, metió las hojas de nuevo entre las páginas del libro y lo depositó sobre la mesa. Se sentó pesadamente y se puso a llorar en silencio.

—Me habéis dado algo mucho más importante que dinero, monsieur; me habéis dado mi *raison d'être*.

—Vos tenéis poderes, ¿verdad? —preguntó Edgar.

El médico tenía las manos trémulas.

—Veo cosas.

—El cuenco. De modo que no era un sueño.

Nostredame alargó el brazo hacia su saco y extrajo de él un cuenco abollado de cobre.

—Mi abuelo era vidente. Y el suyo también, según se dice. Él utilizaba esto para ver el futuro y me enseñó sus secretos. Mis poderes, monsieur, son grandes e insignificantes a la vez. En el estado adecuado, me vienen fragmentos de visiones, cosas oscuras y terribles, pero no poseo el don de ver el futuro con la precisión que describe este tal Félix. No puedo predecir cuándo nacerá un niño o cuándo morirá un hombre.

—Sois un Gassonet —dijo Edgar—. Lleváis la sangre de Vectis en las venas.

—Eso me temo.

—Por favor, examinad mi futuro, os lo ruego.

—¿Ahora?

—¡Sí, por favor! Por obra de vuestra mano sanadora, he sobrevivido a la peste. Ahora, quiero ver lo que me depara el destino.

Nostredame asintió. Cerró las cortinas para que la habitación quedara en penumbra y llenó su cuenco con agua de una jarra. Encendió una vela, se sentó ante el cuenco y se subió la capucha de la túnica hasta que su rostro quedó oculto bajo la tela en forma de pico. Agachó la cabeza sobre el cuenco y comenzó a mover su palo de madera sobre la superficie del agua. Al cabo de pocos minutos, Edgar oyó el mismo cántico suave y vibrante que brotaba de la garganta del hombre la noche en que él se encontraba en estado febril. El cántico se volvió más insistente. Aunque Edgar no alcanzaba a ver los ojos del médico, se imaginó que los tenía desorbitados y se movían frenéticamente. El palo se agitaba de forma violenta sobre el cuenco. Los sonidos guturales iban *in crescendo*, cada vez más fuertes y frecuentes. Los gruñidos y jadeos pusieron nervioso a Edgar, que se arrepintió de haberlo

enviado por ese camino tan aterrador. De repente, de buenas a primeras, todo terminó.

La habitación quedó en silencio.

Nostredame se quitó la capucha y miró a su paciente con respeto reverencial.

—Edgar Cantwell —dijo despacio—, vais a ser un hombre importante, un hombre rico, y antes de lo que os imagináis. Vuestro padre, Edgar, correrá una suerte vil y terrible, y vuestro hermano será el instrumento de su destino. Es todo lo que veo.

—¿Cuándo? ¿Cuándo ocurrirá eso?

—No lo sé. El alcance de mis poderes es limitado.

—Os agradezco lo que habéis hecho.

—No, soy yo quien debe daros las gracias, señor. Me habéis revelado mis orígenes, y ahora sé que no debo combatir mis visiones como si fueran demonios, sino ponerlas al servicio de un bien superior. Ahora sé que tengo un destino que cumplir.

Edgar recobró gradualmente las fuerzas y la salud, y pronto la peste se extinguió por sí sola en el distrito universitario. Se presentó a sus exámenes y obtuvo la licenciatura por la Sorbona. En su último día en París, se pasó toda la mañana sentado en la catedral de Notre-Dame, admirando su esplendor y su majestuosidad por última vez. Cuando regresó a la casa de huéspedes, su amigo Dudley insistió en ir a la taberna de la universidad para tomar una última copa, pero Edgar encontró una carta que la patrona había dejado apoyada en la puerta de su habitación.

Se sentó en la cama, rompió el sello y leyó, horrorizado.

*Queridísimo hijo:*

*Ninguna madre debería pasar por el trance de tener que escribir una carta como esta, pero debo comunicarte que tu padre y tu hermano han muerto. Las trágicas circunstancias me abruman, y te ruego que vuelvas para hacerte cargo de la heredad de tu padre en calidad de*

*nuevo barón de Wroxall. Él y William discutían sobre algún asunto y llegaron a las manos; tu padre cayó sobre el fuego del gran salón y se quemó el hombro. La quemadura no sanó y le provocó una fiebre que le causó la muerte. William quedó muy afligido y se quitó la vida con su propio cuchillo. Desconsolada y llena de dolor, te suplico que vuelvas cuanto antes a mi lado.*

*ELIZABETH*

Veintitrés años después, en 1555, el viejo médico de la peste estaba sentado en su estudio de la buhardilla escribiendo una carta. Era pasada medianoche, y reinaba el silencio en las calles de Salon-de-Provence, por lo que su concentración era absoluta. Aquel era su momento especial, cuando su esposa y sus hijos dormían y él podía trabajar sin que lo molestaran durante todo el tiempo que quisiera o hasta que, rendido por el sueño, se acercaba dando tumbos hasta el catre del estudio.

Hacía ya tiempo que había latinizado su nombre y se hacía llamar Nostradamus, pues le parecía que eso le daba una sonoridad más imponente, y ahora tenía una reputación que mantener. Sus almanaques se vendían en grandes cantidades por toda Francia y en los países vecinos, y su fortuna iba en aumento. Ya no ejercía de boticario ni de médico; en cambio, dedicaba toda su atención a las actividades más rentables de la astrología y la adivinación.

En ese momento, sujetaba en la mano un ejemplar de su última obra, que esperaba que le reportase más fama, reconocimiento y dinero. El libro, impreso en Lyon, pronto saldría a la venta. Su editor le había enviado una caja repleta de ejemplares. Sacó uno y, con su cuchillo más afilado, cortó la portada: *LES PROFITIES, DE M. MICHEL NOSTRADAMUS.*

Mojó la pluma y continuó con la carta.

*Mi querido Edgar:*

*M. Fenelon, el embajador de Francia en Inglaterra, me comunica que estás bien. Me cuenta que te visitó en el palacio de Whitehall y que tienes una buena esposa, dos hijas, y una finca hermosa y*

*próspera. He consultado mis cartas astrales y mi cuenco, que me dicen que pronto serás bendecido con hijos varones.*

*Nada me hace más feliz que saber que sigues siendo mi primo inglés, pues ocupas un lugar especial en mi corazón. Como bien sabes, tu libro y tus papeles de Vectis han tenido un efecto profundo en mi vida y mis inquietudes. Conocer mi linaje me ha dado la confianza necesaria para aceptar mis visiones y comprender que en realidad son profecías auténticas y verídicas de gran utilidad para la humanidad. Desde entonces he deseado poner mi don al servicio de la gente, para advertir y enseñar tanto a los príncipes como al vulgo cómo será su futuro.*

*En los últimos tiempos, he conseguido rehacer mi vida. Mi primera esposa y mis dos amados hijos perecieron de forma cruel a causa de la peste y, pese a mis habilidades, fui incapaz de salvarlos. Más tarde volví a casarme, y mi esposa me ha dado tres hijos y tres hijas que son una gran alegría para mí. He publicado recientemente la primera de mis Profecías, un gran proyecto cuyo objetivo es legar mis predicciones a los siglos venideros en forma de cien cuartetas para interés y aleccionamiento de quienes las lean. Remito adjunta la portada del libro, para que te entretengas un poco, y confío en que comprarás un ejemplar cuando esté disponible en Londres. He guardado tu secreto familiar tal como me pediste y te ruego que hagas tú otro tanto con el mío. Solo tú sabes que soy un Gassonet y que la extraña sangre de Vectis fluye por mis venas.*

*MICHEL NOSTRADAMUS, 1555*

## Capítulo 26

1581,  
*Wroxall*

Edgar Cantwell tenía el aspecto de un hombre muy viejo y se sentía como tal. A los setenta y dos años todo en él se había vuelto gris: su cabello, su barba, incluso su piel marchita y de tintes plateados. Padecía achaques dolorosos, desde el absceso de la mandíbula hasta el gotoso dedo del pie, y su temperamento se había avinagrado de forma crónica. Sus principales placeres eran dormir y beber vino, y dedicaba buena parte de sus días a hacer ambas cosas.

Sus hijas Grace y Bess se mostraban solícitas con él, y sus respectivos maridos le parecían tipos tolerables. Richard, su hijo varón más joven, era un muchacho bondadoso y aplicado, que ya destacaba en griego y latín a los trece años, pero Edgar no podía contemplar su rubia cabellera sin pensar en la madre del chico, que había muerto de fiebre puerperal dos días después de dar a luz.

John, el mayor de los varones, era quien le amargaba la existencia, pues era una fuente constante de ira e irritación. El joven, a sus diecinueve años, se había convertido en un borracho y un fanfarrón que trataba con desdén todo lo que Edgar consideraba sagrado. El anciano recordaba vagamente que en su juventud había sido un muchacho rebelde con cierta propensión al libertinaje, pero siempre había obedecido a su padre y acatado sus deseos, hasta el extremo de dirigirse a París como un cordero al matadero para estudiar en el

espantoso colegio de Montaigu.

Al parecer, el respeto y la consideración filial no iban con su hijo. Era un producto de su tiempo, con la cabeza llena del boato y la ostentación de la modernidad isabelina: ropa elegante, música frívola, *troupes* teatrales y una actitud demasiado displicente hacia cuestiones tan serias como Dios y la religión. En opinión de Edgar, su hijo mostraba más respeto hacia una jarra de vino o las posaderas de una moza que hacia los deseos de su padre. Si Richard hubiera sido el mayor, Edgar no habría temido tanto por el futuro de su patrimonio.

Consideraba particularmente digno de protección dicho patrimonio porque lo había acumulado trabajando con diligencia durante toda su vida al servicio de la Corona, el reino y Cantwell, y no estaba dispuesto a ceder alegremente a un borrachín de pocas luces la influencia que tanto le había costado conseguir. Obligado a cargar con las responsabilidades de la baronía inmediatamente después de la muerte prematura de su padre, había desarrollado una carrera como hombre entregado a la vida pública que debía navegar con cuidado por las procelosas aguas de la política de Estado.

Cuando regresó a Inglaterra en 1532, el rey Enrique, a espaldas de Edgar y de casi todos sus súbditos, se había casado en secreto con Ana Bolena y había iniciado un grave conflicto con Roma al exigir que se anulara su matrimonio anterior con Catalina. Eran días ajetreados para Edgar, que se había propuesto ocuparse de la finca, construir una capilla privada, su Notre-Dame en miniatura, como homenaje a su padre asesinado, asumir un cargo acorde con su formación legal en el Consejo de las Marcas y encontrar una esposa adecuada para él.

Las cadenas que unían Inglaterra a Roma se rompieron poco a poco, por medio de una serie de medidas y contramedidas que culminaron en la primera gran crisis de Edgar cuando, en 1534, el Parlamento aprobó la Ley de Supremacía que declaraba alta traición la negativa a jurar que Enrique era la Autoridad Suprema en la Tierra de la Iglesia de Inglaterra.

Edgar se apresuró a jurar lealtad porque era consciente de los rumores que corrían en la corte acerca de la capilla papista que estaba construyendo en Wroxall. Era un buen católico, desde luego, pero, debido a sus años en París,



su amistad con Juan Calvino y su conocimiento secreto de la certeza de la predestinación, era lo bastante «protestante» para convencerse de que no estaba condenando su alma a las llamas del infierno por ponerse de parte del rey en su «cuestión real».

El rey Enrique presionó a Cromwell, Cromwell presionó al Parlamento y así, eslabón a eslabón, la cadena entre Inglaterra y Roma se fue separando hasta quedar totalmente seccionada en 1536. Declarar nula la autoridad del Papa fue el golpe de gracia. Inglaterra se había convertido en el reino del Reformador.

Edgar se casó con Katherine Peake, una mujer poco agraciada que provenía de una familia acaudalada, pero ella murió al dar a luz a un niño muerto, dejándolo viudo y sin hijos. Se consagró a su trabajo y ocupó el cargo de juez del Tribunal de Sesiones Trimestrales, y luego del Tribunal de Grandes Sesiones, donde llegó a ser juez principal. Hasta cierto punto, su fortuna creció y mermó con el auge y la caída de la tercera esposa de Enrique, Jane Seymour, pues la familia Seymour tenía lazos de sangre con los Cantwell. Pero cuando su hijo Eduardo ascendió al trono en 1547 y el hermano de su madre, Edward Seymour, fue nombrado Lord Protector, Edgar, para su gran satisfacción, pasó a formar parte de la Cámara de los Lores y el Consejo Asesor.

La Reforma del rey Eduardo fue más radical que la de su padre, y todos los vestigios del papismo quedaron erradicados de la campiña. La tarea de dismantelar las iglesias católicas se llevó a cabo en una orgía de vidrieras destrozadas, estatuas rotas y vestiduras quemadas. Se eximió al clero del celibato, se suprimieron las procesiones, se prohibió la bendición de la ceniza y de las palmas, los altares de piedra se reemplazaron por mesas de comunión de madera. Calvino, el amigo de Edgar, estaba ejerciendo desde la lejana Ginebra una enorme influencia sobre las islas británicas. La Notre-Dame en miniatura de Edgar sobrevivió a los desórdenes solo porque se encontraba en terrenos privados y él era un noble poderoso y discreto.

Durante un tiempo, el péndulo fue en la dirección contraria cuando la reina María sucedió a su hermano y reinó durante cinco breves años, pugnando celosamente por restaurar la fe católica. En ese período, quienes

eran aprehendidos y quemados en la hoguera eran los protestantes. Edgar redescubrió astutamente sus raíces papistas, se casó en segundas nupcias con Juliana, que procedía de una familia de católicos encubiertos de Stratford-upon-Avon. Juliana, casi quince años más joven que él, no tardó en darle descendencia, y sus dos hijas vinieron al mundo como católicas.

Y entonces el péndulo cambió de dirección otra vez. En 1558, María murió, su hermana Isabel ocupó su lugar e Inglaterra se convirtió de nuevo en un reino protestante. Edgar, lejos de amilanarse, abrazó de nuevo el protestantismo, haciendo oídos sordos a las súplicas de su esposa, que, a pesar de todo, continuó celebrando misas en secreto en su capilla y educando a sus hijas con la Biblia en latín. Pese a su edad avanzada, Edgar consiguió al fin engendrar un varón, a quien su mujer bautizó con el nombre de John en una ceremonia católica clandestina. Cinco años después nació Richard, y Juliana perdió la vida para gran desconsuelo de Edgar.

Al llegar a la vejez, los esfuerzos por compaginar su vida política y religiosa habían dejado huella en él. Lo aquejaban tantas dolencias que rara vez salía de Cantwell Hall. Hacía dos años que no visitaba la corte, y suponía que la reina se había olvidado de su existencia. Pero, por encima de todo, estaba obsesionado con el tarambana de su hijo.

Aunque era un caluroso día de verano, Edgar tenía frío, como siempre. Insistió en quedarse sentado frente a la pequeña chimenea de su habitación, con un chal sobre los hombros y las piernas cubiertas con una manta. No tenía apetito y andaba siempre suelto de vientre, lo que atribuía a los remedios para la gota que el incompetente boticario del pueblo le administraba. Si el viejo sanador Nostradamus no hubiese muerto, Edgar le habría rogado que viajase a Inglaterra para tratar sus enfermedades.

Por la ventana le llegó el sonido de unas carcajadas y bromas masculinas procedentes del jardín. Cuando apretó los dientes, furioso, el dolor de su mandíbula infectada estuvo a punto de hacerlo caer de su silla. Apuró el vino que quedaba en la jarra con tragos rápidos y largos, manchándose el mentón de rojo. Prefería embotarse el cerebro a soportar esa angustia mental y física. Habría deseado poseer el libro de Vectis, que contenía la fecha de su muerte, para saber durante cuánto tiempo más tendría que sufrir. Su hijo se rio de

nuevo y siguió cotorreando.

John lo estaba pasando bien, embriagado por aquel día de mediados de verano en que la hierba era espesa y verde; el sol, cálido y brillante, y las flores, una explosión abrasadora de color en el jardín. Estaba jugando al tiro con arco, aunque los blancos rellenos de heno estaban a salvo de sus flechas, debido a su mala puntería. Cada vez que fallaba, su amigo se revolcaba literalmente en el suelo, presa de una risa histérica.

—¡A la mierda, Will! —gritó John—. ¡Tú no lo haces mejor!

John, aunque joven, ya tenía el cuerpo grueso de un plebeyo, más propio de un bebedor pendenciero que de un caballero o un estudioso. Como algunos de los jóvenes de la época, iba bien afeitado, lo que a los ojos de su padre hacía que su rostro pareciera desnudo. La barba favorecía el mentón de los Cantwell, y el muchacho no era precisamente un adonis. La nariz ganchuda de los Cantwell no armonizaba con sus ojos llorosos y sus mofletes carnosos, y el chico llevaba los labios fruncidos en un perpetuo gesto lascivo. Durante sus dos lamentables años en Oxford, antes de que lo expulsaran por provocar alborotos, las señoritas del burdel que frecuentaba rezaban para que no las eligiese ese zoquete de carácter violento.

Su amigo era algo más refinado. Tenía diecisiete años, un cuerpo delgado pero musculoso, una expresión inteligente, y un atisbo más que decente de bigote y perilla. Su larga cabellera negra le caía sobre el cuello de la camisa y resaltaba como el ébano contra la palidez de su piel tersa. Tenía unos ojos azules de mirada traviesa y una sonrisa encantadora que parecía no borrarse nunca. Se expresaba de forma clara y precisa, y su presencia incitaba a los hombres a tomarlo en serio.

Conocía a John Cantwell desde la infancia, cuando ambos asistían a la King's New School en Stratford. Aunque Will era mejor estudiante con diferencia, el padre de Will, que era mercader, carecía de medios para enviarlo a la universidad. Cuando echaron a John de Oxford, regresó a su casa solariega y recuperó su relación con el muchacho. No tardaron en hacerse de nuevo buenos amigos, pues disfrutaban con la compañía y las bromas subidas de tono del otro.

Will se echó un chorro de cerveza en la boca con una bota y cogió el arco

de las manos de su acompañante ebrio.

—Por supuesto que puedo hacerlo mejor, señor mío.

Tensó con suavidad la cuerda hacia atrás, apuntó y soltó la flecha, que voló directamente hacia la diana hasta clavarse en el centro.

John soltó un gruñido sonoro.

—Púdrete en el Hades, maese Shakespeare.

Will le dedicó una mueca y dejó caer el arco para beber más cerveza.

—Vayamos dentro —propuso John—. Hace demasiado calor para practicar deportes. ¡A la biblioteca, tu sitio favorito!

En efecto, cada vez que Will entraba en la biblioteca de los Cantwell, parecía un niño en una habitación repleta de tartas de fruta a su entera disposición. Se dirigió directamente hacia uno de sus libros preferidos, *Vidas paralelas* de Plutarco, lo sacó de la estantería y se arrellanó en un sillón grande, junto a la ventana.

—Deberías dejar que me lo lleve a casa, John —dijo—. Yo haré mejor uso de él que tú.

John llamó al criado para que les llevara más cerveza y se dejó caer pesadamente en un diván.

—Pues róbalo —replicó—. Llévatelo escondido bajo la camisa. A mí me da igual.

—Pero tal vez a tu padre no.

—Creo que no se enteraría. Ya no lee. Prácticamente no hace nada. Cuando viene aquí solo es para ponerse El Libro sobre las rodillas y acariciarlo como a un perro viejo.

Pronunció las palabras «El Libro» con veneración fingida. Señaló desdeñosamente el libro que ocupaba el lugar de honor en el primer estante, con la fecha 1527 grabada en el lomo.

Will se rio.

—Ah, el libro mágico de Cantwell Hall. —Con voz de niño, añadió—: Por favor, decidme, señor, ¿cuándo me llegará la última y amarga hora?

—Hoy mismo, si no cierras el pico.

—¿Y quién será el instrumento de mi muerte, bellaco?

John se echó más cerveza entre pecho y espalda.

—Lo estás mirando a los ojos.

—¿Tú? —Will soltó una carcajada—. ¿Tú y cuántas legiones?

Era una invitación a pelear, así que ambos chicos se levantaron y comenzaron a caminar en círculo, mirándose y riéndose el uno del otro. Cuando Will atacó para derribar a su amigo, John cogió el libro que tenía más a mano y lo arrojó con fuerza a la nuca de Will.

—¡Ay! —Will detuvo su ataque, se frotó la nuca y recogió el libro del suelo de madera. Las hojas se habían desprendido de la cubierta por la violencia del golpe y la caída.

—¡Por todos los Dioses! ¡Una tragedia! —exclamó en tono melodramático—. ¡Has roto por la mitad una tragedia griega y has incurrido en la ira de Sófocles!

Una voz procedente de la puerta los sobresaltó.

—¡Habéis estropeado uno de los libros de nuestro padre!

El joven Richard estaba ahí de pie, con los brazos en jarras como una dama indignada. Sus labios temblaban de furia. Ningún otro miembro de la familia compartía como él la forma de pensar de su padre, y se tomaba el comportamiento de su hermano como una afrenta personal.

—Largo de aquí, mocoso —dijo John.

—No me iré. Tienes que confesarle a nuestro padre lo que has hecho.

—Déjanos en paz, renacuajo, o tendré algo más que confesar.

—¡No me iré! —repitió Richard con tozudez.

—Pues entonces te obligaré.

John se abalanzó hacia la puerta. El chico dio media vuelta y huyó, pero no fue lo bastante rápido. Su hermano lo atrapó en el centro del gran salón justo cuando se disponía a deslizarse bajo la mesa de banquetes.

John lo tumbó bruscamente boca arriba y se colocó encima, a horcajadas, con las rodillas sobre sus hombros y las caderas sobre su cintura, de manera que el chico quedó inmovilizado. No podía hacer otra cosa que escupir, lo que irritó tanto a su hermano mayor que le asestó un puñetazo en un lado de la cara. Su anillo de sello le rasgó la piel y le abrió una vena de la cabeza. Un chorro de sangre puso fin súbitamente a la pelea. John lo soltó con un juramento y, mientras el chico se alejaba corriendo, le gritó que él había

causado el incidente con su insolencia.

Minutos después, John volvía a estar en la biblioteca, bebiendo malhumorado; Will tenía la nariz metida en un libro. Edgar Cantwell apareció, arrastrando su dolorido pie enfermo, con una capa demasiado gruesa para la época sobre los hombros. Tenía una expresión temible, a medio camino entre la rabia y el asco.

—¡Le has hecho daño al chico! —gritó, con una voz que le heló la sangre a su hijo.

John hizo un mohín, atontado por el alcohol.

—Se ha hecho daño él solo. Ha sido un accidente. Shakespeare te lo confirmará.

—No lo he visto, señor —dijo Will con sinceridad, rehuendo la mirada del anciano.

—Bueno, jóvenes, lo que yo veo es a unos idiotas borrachos que no sirven para nada salvo para holgazanear y satisfacer su ansia de placeres pecaminosos. ¡Tú, Shakespeare, eres problema de tu padre, pero este infeliz es mi problema!

—Va a casarse, padre —resopló John con descaro—. ¡Pronto será problema de Arme Hathaway!

—¡El matrimonio y la procreación son más nobles que cualquiera de tus aspiraciones! Beber e ir con prostitutas son tus únicos deseos.

—Qué bien, padre —dijo John en tono despectivo—, al menos tenemos algo en común. ¿Quieres más vino?

El viejo estalló, con el rostro encendido.

—¡No soy solo tu padre; también soy abogado, imbécil! Uno de los mejores de Inglaterra. No cuentes con la primogenitura. ¡Existen precedentes de segundogenitura, y tengo la suficiente influencia en el Tribunal de Assize para excluirte como heredero y nombrar a tu hermano! ¡Tú sigue así y ya veremos qué pasa!

Temblando de ira, Edgar se retiró, dejando a los dos jóvenes sin palabras. Al final, John rompió el silencio.

—¿Qué te parece si le pido a un criado que nos traiga una botella de aguamiel de la bodega? —graznó con sequedad y un tono de alegría forzado.

Era tarde por la noche, y todas las personas de la casa se habían ido a dormir. Los dos amigos habían pasado el rato en la biblioteca, emborrachándose, durmiendo la mona y, en cuanto volvían a estar sobrios, emborrachándose de nuevo. Como se habían quedado dormidos durante la cena familiar, los criados les habían llevado una bandeja después.

La embriaguez que iba y venía había puesto a John de un humor sombrío y hosco. Mientras Will saltaba de un libro a otro, John se quedaba mirando al vacío, amargado.

A la luz de las velas, hizo de pronto una pregunta que le había estado rondando todo el día:

—¿Por qué debo aspirar a algo más que al vino y las mujeres? ¿Qué sentido tendría leer, estudiar y trabajar hasta deslomarme? Todo esto será mío igualmente. Pronto seré un barón con tierras y dinero suficiente.

—¿Y si tu padre lleva a la práctica su otro plan para la sucesión? ¿El desgraciado de tu hermano te llenaría siempre la jarra y el bolsillo?

—Mi padre hablaba por hablar, eso es todo.

—Yo no estaría tan seguro.

John suspiró.

—Tú, joven Willie, no llevas sobre los hombros la pesada carga de la nobleza.

—¡Menuda carga! —se burló Will.

—No tengo ninguna inclinación a superarme, dado que siempre he confiado en que el tiempo se encargará de ello. Tú, en cambio, has tenido que fijarte metas elevadas, dicho sea en tu honor.

—Mis metas no son tan elevadas.

—¿No? —John se rio—. ¿Ser uno de los grandes actores? ¿Escribir obras de teatro? ¿Tener a todo Londres a tus pies?

Will agitó la mano como un actor.

—Naderías.

John destapó otra botella de aguamiel.

—¿Sabes? Tengo una aspiración desde hace tiempo, de la que nunca he

hablado con nadie; está relacionada con cierta ventaja que tengo sobre el remilgado de mi hermano menor.

—¿Aparte de tu tamaño?

—El libro —siseó John—. Conozco el secreto del libro. El no, ni lo sabrá hasta que sea mayor.

—¡Hasta yo lo conozco!

—Solo porque eres mi amigo y has hecho un juramento.

—Sí, sí, mi juramento —dijo Will en tono cansino.

—No lo tomes a broma.

—De acuerdo. Me pondré serio.

John sacó el libro de Vectis de la librería y se sentó cerca de Will. Bajó la voz hasta que se convirtió en un susurro de conspirador.

—Sé que no eres un creyente tan acérrimo como yo, pero tengo una teoría.

Will arqueó las cejas con interés.

—Ya has visto la carta. Sabes lo que escribió Félix, ese viejo monje. Quizá la biblioteca no quedara totalmente destruida, después de todo. A lo mejor sigue existiendo. ¿Y si la encontráramos y nos apoderásemos de esos libros? ¿Qué más me daría entonces ser o no propietario del insignificante Wroxall? Si tuviera las llaves del futuro, sería tan rico como cualquier lord; más famoso que ese amigo de mi padre, el viejo Nostradamus, que, como bien sabemos, poseía poderes limitados.

Will lo observó mientras peroraba, fascinado con su mirada encendida.

—¿Y qué pretendes? ¿Ir allí?

—¡Sí! Acompáñame.

—Estás loco. Voy a casarme; no necesito correr aventuras. Pronto viajaré a Londres, por supuesto, pero no pienso ir más lejos. Además, en mi opinión, esta carta del abad es un producto de la fantasía. Se le daba bien contar historias, eso lo reconozco, pero... ¿monjes pelirrojos de ojos verdes? Eso es demasiado.

—Entonces iré yo solo. Creo en el libro con toda mi alma —dijo John con agresividad.

—Te deseo buena fortuna.



—Oye, Will, me niego a permitir que mi hermano descubra el secreto. Quiero esconder los papeles, todos los papeles. Sin las cartas de Félix, Calvino y Nostradamus, el libro no sirve de nada. Aunque mi padre le revelara su origen a mi hermano, no habría ninguna prueba de su veracidad.

—¿Dónde piensas esconderlos?

John se encogió de hombros.

—No lo sé. En un agujero en el suelo. Detrás de una pared. Es una casa muy grande.

A Will empezaron a brillarle los ojos. Enderezó la espalda.

—¿Por qué no convertir esto en un juego?

—¿Qué clase de juego?

—¡Escondamos tus dichosas cartas, de acuerdo, pero ideemos pistas para hallar ese tesoro oculto! Compondré un poema-acertijo con todas las pistas, ¡y luego esconderemos el poema también!

John se rio de buena gana y sirvió más aguamiel para los dos.

—¡Siempre se te ocurre algo para entretenerme, Shakespeare! Adelante con tu juego.

Ambos correataron por la casa, riéndose como niños, buscando escondrijos e imponiéndose muto silencio para no despertar a los criados. Cuando hubieron trazado un plan rudimentario, Will pidió hojas de pergamino y utensilios para escribir.

John sabía que su padre guardaba los papeles de Vectis en una caja de madera oculta tras otros libros, en el estante superior. Utilizó la escalera de la biblioteca para alcanzarla y, después de bajarla, releyó la carta de Félix mientras Will se inclinaba sobre el escritorio. Tras mojar la pluma, escribió rápidamente un par de renglones y se cosquilleó la mejilla con la barba de la pluma, mientras le llegaba la inspiración.

Cuando terminó, agitó la hoja por encima de su cabeza para secarla y se la pasó a John para que le echase un vistazo.

—Estoy muy complacido con mi esfuerzo, y tú también deberías estarlo —dijo—. He optado por la estructura de soneto, lo que hará que el juego resulte aún más divertido.

John comenzó a leerlo y al poco rato se removía en su asiento con un

regocijo malicioso.

—«Conozcan, tú, él...» Astuto, muy astuto.

—Te lo agradezco —dijo Will con orgullo—. Me complace lo suficiente para firmarlo, aunque dudo que esa muestra de vanidad llegue a descubrirse jamás.

John se dio una palmada en el muslo.

—Las pistas son difíciles, pero no insalvables. El tono, travieso, pero no frívolo. Cumple su propósito con creces. ¡Me doy por más que satisfecho! ¡Y ahora, enterremos nuestro tesoro como un par de sucios piratas abandonados en una isla!

Regresaron al gran salón y encendieron algunas velas más para facilitar su tarea. La primera pista fue a parar al interior de uno de los grandes candeleros que adornaban la mesa de banquetes. John había abierto uno de ellos retorciéndolo y había comprobado que dentro cabían varias hojas enrolladas. Will había propuesto que dividieran la carta de Félix entre la primera y la última pista, puesto que el final de la carta contenía la revelación más importante. John introdujo las hojas, cerró el candelero con fuerza y golpeó varias veces la base contra el suelo alfombrado para asegurarse de que no se abriera.

Ocultar la siguiente pista, la carta de Calvino, les costó más trabajo. John corrió hasta el granero a buscar un mazo, un escoplo, un berbiquí y lechada. Una hora después, empapados en sudor, habían conseguido desprender uno de los azulejos de la chimenea y hacer un agujero profundo. Tras insertar en él la carta enrollada, lo taparon y volvieron a colocar el azulejo en su sitio con la lechada. Para celebrarlo, saquearon la despensa, comieron un poco de cordero frío con pan y se acabaron el buen vino que quedaba en una botella de vidrio verde en forma de cebolla.

Eran altas horas de la noche, pero todavía quedaba trabajo por hacer. Había que llevar la carta de Nostradamus y la página de su libro de profecías al campanario de la capilla. Mientras no hicieran sonar la campana sin querer, debido a su estado de ebriedad, era poco probable que los descubriesen tan lejos de la casa. Esta tarea les llevó más tiempo del que habían previsto, pues levantar las tablas del suelo les costó un esfuerzo endemoniado, pero cuando

terminaron, habían dado un buen uso a la botella de vino como receptáculo de las páginas. Para dar el toque final, Will grabó una rosa pequeña en la tabla con su cuchillo de monte.

Temían que amaneciera antes de que pudieran ocultar la última pista, así que se centraron rápidamente en esa tarea que tal vez no habrían podido realizar sobrios.

Cuando regresaron a la casa, sucios y malolientes a causa del trabajo físico, se recogieron en la biblioteca mientras los primeros rayos de sol hendían el cielo.

John mostró entusiasmado su aprobación por el lugar que había propuesto Will para esconder el poema y aplaudió la perfección de la idea. Will recortó una hoja de pergamino de la medida adecuada y la convirtió en una guarda falsa. A continuación, los chicos, agotados, se dirigieron a la cocina, aliviados de que los cocineros estuvieran todavía en la cama. Will, como gran aficionado que era a los libros, sabía preparar engrudo para encuadernar con pan, harina y agua, y poco rato después disponían de la pasta blanca que necesitaban para pegar el poema en la parte interior de la contracubierta del libro de Vectis.

Cuando terminaron, devolvieron el pesado libro a su estante. La luz de la mañana empezaba a inundar la biblioteca, y se oía cada vez más actividad en la casa. Se repantigaron en los sillones para sucumbir a un último ataque de risa. Cuando se les pasó, permanecieron sentados durante un rato, respirando pesadamente, a punto de dormirse.

—¿Sabes qué? —dijo Will—. Todo esto ha sido inútil. Estoy convencido de que tú mismo malogrará todos estos esfuerzos y sacarás los papeles de donde los hemos escondido.

—Seguramente tienes razón. —John sonrió, soñoliento—. Pero lo hemos pasado en grande.

—A lo mejor un día de estos escribo una obra sobre lo que hemos hecho —comentó Will, cerrando sus ojos enrojecidos. Su amigo ya estaba roncando—. La llamaré *Mucho ruido y pocas nueces*.

## Capítulo 27

Corría el otoño cuando John Cantwell por fin emprendió la búsqueda que le quitaba el sueño desde la noche en que, estando borracho, la había planeado. En ese entonces estaba abrigado y seco en la biblioteca de su padre. Ahora atravesaba el Solent con mal tiempo, tiritando, empapado de agua de mar.

Un viento fuerte soplaba desde tierra firme hacia la isla de Wight, así que había tenido que darle al patrón de la barca de vela unos chelines adicionales para que accediese a hacer la travesía ese día. John, que no era un marinero experimentado, se pasó el breve viaje vomitando por la borda. En el puerto de Cowes, se fue directo a la primera taberna de mala muerte que encontró para pedir una copa, conversar con los hombres más viejos con que se topara y contratar a un par de lugareños fornidos.

No se molestó en pagar una cama para pasar la noche, pues tenía pensado trabajar mientras la mayoría de los hombres durmiesen. Después del atardecer, despachó varias jarras de cerveza y un cuenco grande de estofado barato, y, una vez recuperadas las fuerzas, esperó bajo la luz de la luna a que los hombres que había contratado volvieran con picos, palas y rollos de cuerda. A medianoche, el séquito de John Cantwell y tres isleños fornidos que portaban antorchas grasientas salieron de la taberna y se encaminaron hacia un sendero que atravesaba el bosque.

En ningún momento se alejaron más de unos cientos de metros de la costa batida por el mar. Cerca, las gaviotas chillaban y las olas rompían rítmicamente en la playa; la brisa fresca y salobre del Solent hizo que se le pasara la borrachera a John y le despejó la cabeza. Hacía una noche fría, y

para abrigarse se abrochó la capa con cuello de piel sobre el jubón de cuello alto y se puso la capucha de modo que le tapara las orejas. Sus peones encabezaban la marcha, susurrando entre ellos, mientras John dejaba vagar sus pensamientos y fantaseaba con la riqueza y el poder.

Los viejos de la taberna se habían mostrado recelosos y taciturnos hasta que él les había soltado la lengua con alcohol y dinero. Le contaron que la abadía de Vectis era apenas una sombra de lo que había sido, pues los esbirros de Cromwell la habían reducido a escombros en tiempos de Enrique VIII. Como casi todas las iglesias católicas del reino, la habían asaltado y saqueado, y los habitantes de la isla habían recibido permiso para utilizar las piedras para sus obras de construcción. La mayoría de los monjes se habían dispersado, pero algunos religiosos indómitos se habían quedado y, hasta la fecha, un pequeño grupo de benedictinos se negaba a abandonar las ruinas.

Los viejos, que no sabían nada de los restos de una antigua biblioteca, sacudieron la cabeza y se mofaron de las preguntas de aquel tipo rico llegado de tierra firme. Sin embargo, como este insistió, un pescador entrecano dijo recordar que, de niño, había paseado por los campos de la abadía con su abuelo y correteado por una hondonada cubierta de hierba, un terreno más o menos cuadrado, extenso y bajo. Su abuelo le había gritado que volviera a su lado y le había atizado con su bastón, advirtiéndole que no se acercara a ese sitio, pues, según la leyenda, estaba encantado y lo poblaban los fantasmas de monjes con hábito negro y capucha.

Ese lugar le pareció ideal a John para iniciar su búsqueda, por lo que lo convirtió en su destino nocturno.

El sendero conducía a un sembradío, donde, a la luz de la luna, la catedral de Vectis apareció ante sus ojos. Pese a estar en ruinas era una estructura imponente, descomunal. Conforme se acercaban John vio que ya no había torre, y que las paredes estaban parcialmente derruidas. Las ventanas que quedaban no tenían cristales, y crecían hierbajos y maleza en las jambas desnudas de las puertas. Había otros edificios bajos, algunos desvencijados, otros intactos. Desde una hilera de casitas de piedra salían volutas de humo de una chimenea. Dieron un gran rodeo para evitar estas viviendas y se dirigieron hacia un campo más alejado y más cercano a la costa. Los peones,

que sabían dónde estaba la hondonada, refunfuñaron al aproximarse. Aunque desconocían la leyenda que pesaba sobre el lugar, la gravedad con que el viejo pescador les había hablado de ello los había puesto nerviosos.

John cogió una de las antorchas y escrutó la zona. En la oscuridad costaba determinar el contorno. La maleza alta descendía hacia una depresión llana que se extendía poco más de medio metro por debajo del nivel del resto del terreno. No había a la vista elementos destacables, ningún motivo para elegir un punto en vez de otro. Finalmente John se encogió de hombros y escogió el trozo de suelo que tenía bajo los pies. Llamó a los hombres y les indicó que cavaran.

Como los peones vacilaban en bajar a la hondonada John tuvo que ofrecerles a regañadientes una remuneración más elevada. Pero cuando pusieron manos a la obra, cavaron a un ritmo frenético, atravesando la capa de suelo compacta y dura hasta la tierra suelta y fértil de debajo. Dos de ellos habían sido sepultureros, por lo que levantaban la tierra con una destreza asombrosa. Al cabo de una hora, habían abierto una fosa de tamaño considerable. Al cabo de dos, la fosa era ancha y profunda. John observaba acuclillado en el borde y de vez en cuando bajaba de un salto para examinar el fondo de cerca bajo la luz de la antorcha. El suelo, húmedo y marrón, despedía un olor terroso y dulzón, pero en cierto momento John reparó en unos trozos de madera carbonizada y una capa de ceniza.

El corazón le latía desbocado.

—¡Aquí hubo un incendio! —exclamó.

Los hombres no mostraron el menor interés. Uno de ellos preguntó hasta qué profundidad quería que llegaran. Por toda respuesta, él les dijo que se callaran y siguieran cavando.

Por encima de los chillidos de las gaviotas, John oyó el sonido de un golpe metálico.

Una de las palas había topado con piedra.

John bajó de nuevo al hoyo y, al rascar el suelo con la bota, dejó al descubierto una piedra plana. Agarró una pala, raspó con ella la piedra hasta limpiarla de tierra y hundió la herramienta en el suelo, a medio metro de profundidad. Volvió a topar con piedra. Eligió otro punto para cavar: más

piedras.

—¡Despejad bien el fondo de toda la zanja! —ordenó, emocionado.

Pronto quedó expuesta una superficie de piedras planas y lisas cuidadosamente acopladas para formar un pavimento sepultado hacía tiempo. John exhortó a los hombres a usar el pico para ver qué había debajo de las piedras. Los peones, nerviosos, se enzarzaron en una discusión en voz baja pero al final accedieron y, media hora después, habían desenterrado tres de las losas grandes y planas.

John se puso a cuatro patas para examinar el suelo. Con entusiasmo creciente, vio que las piedras estaban colocadas sobre un entramado de maderos grandes. Metió la mano con cautela en el agujero que antes ocupaban las losas. Era tan profundo que llegó a introducir el brazo entero sin tocar el fondo. Cogió un puñado de tierra y lo tiró por el hoyo. Tardó un segundo o más en oír el tamborileo de la tierra contra una superficie dura.

—¡Hay una cámara ahí abajo! —señaló—. ¡Tenemos que bajar cuanto antes!

Los hombres retrocedieron hacia el rincón más apartado de su trinchera. Se apiñaron, cuchichearon en tono apremiante y finalmente declararon que se negaban a bajar. Tenían demasiado miedo.

John les suplicó, luego intentó sobornarlos y, por último, los amenazó, furioso, pero fue en vano. Tras increparlo, treparon por la pared de la zanja para salir. Lo máximo que John consiguió fue que le vendieran la soga y le dejaran una antorcha. Poco después, se encontraba solo en medio de la noche.

La emoción del momento atenuaba sus temores. Ató la cuerda a una de las vigas de madera, dejó caer el otro extremo por el agujero y oyó cómo golpeaba suelo firme. A continuación tiró la antorcha encendida, que repiqueteó en el fondo. La tea permaneció encendida, y John, al mirar al vacío, alcanzó a ver una zona débilmente iluminada, un suelo de piedra y lo que parecía una pared irregular. Respiró hondo para armarse de valor, se sentó al borde del agujero con las piernas colgando, se aferró a la soga y comenzó a bajar, valiéndose de los brazos y con los pies cruzados.

El aire en la cámara subterránea estaba viciado y estancado. John descendía palmo a palmo, concentrándose en el tranquilizador resplandor de

la antorcha para vencer su miedo a la oscuridad. Cuando había bajado unos seis metros, estaba a tres del fondo. Miró al suelo, achicando los ojos para ver a través de las partículas de humo que emanaban de la antorcha.

—¡Aaaay!

Su alarido le retumbó en los oídos cuando se le escapó la cuerda de las manos y se precipitó al fondo. Aterrizó sobre una pila de esqueletos humanos quebradizos. Sus pies fueron a parar sobre unas tibias y resbalaron, lo que evitó que se rompiera las piernas. Su cadera derecha se estrelló contra un cráneo que se partió en pedacitos bajo su peso.

Se quedó tumbado en el suelo, jadeando de dolor y espanto al encontrarse frente a unas cuencas vacías.

—¡Qué Dios me ampare! —gritó.

Volvió la cabeza y vio huesos amarillentos por todas partes: en el suelo, apilados sobre repisas de piedra en las paredes. Estaba en una cripta, de eso no cabía la menor duda. Una segunda oleada de pánico lo invadió cuando cayó en la cuenta de que, si estaba malherido, no podría subir a la superficie. Tal vez acabaría ahí por toda la eternidad, convertido en otro montón de huesos. Hizo fuerza para incorporarse y evaluó el estado de sus extremidades.

Podía mover los brazos y las piernas sin gran dificultad, pero notaba un dolor intenso en la cadera derecha. La única manera de calibrar la gravedad de la lesión era apoyar peso en ella, así que se balanceó para ponerse de rodillas y se levantó. Aumentó poco a poco la presión sobre la pierna derecha, que gracias a Dios aguantó, así que John concluyó aliviado que la tenía magullada pero no fracturada. Dio un paso al frente y oyó el escalofriante crujido de unos huesos bajo sus botas, pero logró avanzar cojeando y recoger la antorcha.

John, dolorido, exploró la Cripta, procurando no pisar huesos, habituándose a la avasalladora presencia de la muerte. Había cientos de cadáveres, quizá miles; esqueletos desnudos, pero también cuerpos secos y momificados con mechones de pelo rojizo y trozos de tela marrón adheridos. John trató de concentrarse en su objetivo. ¿Seguía existiendo la biblioteca de Félix? No tenía idea de si se estaba adentrando más y más en la Cripta o si caminaba en la dirección adecuada, pero se había fijado un rumbo y avanzaba



despacio, alumbrando su camino con la antorcha.

El arco de luz iluminó la entrada de un pasadizo abovedado, y John, con una mueca por el dolor que sentía en la cadera, apretó el paso casi como si huyera de los esqueletos. Atravesó el pasadizo y se encontró en un entorno totalmente distinto.

Estaba en una sala espaciosa, cuyo contorno no alcanzaba a precisar con claridad. A pocos metros de distancia vislumbró el borde de una mesa de madera. Al acercarse, vio que era una mesa larga situada junto a un banco bajo. Caminó a lo largo de ella, tocando la superficie lisa, intrigado. Había algunos objetos encima, y John cogió el que tenía más a mano. ¡Era un tintero de barro! Sujetó la antorcha por encima de su cabeza para que la luz llegara más lejos. ¡Había otras mesas, dispuestas en filas!

Fue entonces cuando se fijó en las manchas que salpicaban el suelo de piedra en toda su extensión. Eran de color marrón óxido. Sangre seca. Allí se había derramado sangre a raudales.

«Era cierto», pensó, presa de una súbita euforia. La carta de Félix decía la verdad, y, lo que era más importante, ¡el *scriptorium* de los monjes no había quedado destruido por el incendio! Eso significaba que tal vez la Biblioteca se había conservado también.

Avanzó junto a la fila de mesas, rozando cada una al pasar. Eran quince en total. Se llevó una desilusión momentánea al ver que detrás de la última no había más que una pared, pero el pulso se le aceleró de nuevo cuando divisó una puerta de madera con herrajes macizos. Tiró de la increíblemente pesada puerta con todas sus fuerzas hasta abrirla, y alumbró el interior con la antorcha.

De inmediato cayó de rodillas y rompió a llorar de alegría.

¡La Biblioteca existía! ¡No había sido destruida!

A su izquierda había una estantería de madera repleta de enormes volúmenes encuadernados en piel. A su derecha vio un mueble idéntico y, entre los dos, un pasillo de la anchura justa para que él pudiera pasar.

Reanudó la marcha y cojeó, maravillado, por el pasillo central. A ambos lados se alzaban librerías altas que parecían sucederse en la oscuridad hasta el infinito.

John se detuvo y sacó uno de los libros. Era idéntico al tomo de los Cantwell, salvo porque estaba fechado en 1043. Lo devolvió a su sitio y continuó avanzando. ¿Qué longitud debía de tener esa cámara?

Continuó andando durante un rato que se le antojó asombrosamente largo. Aparte de los grandes palacios y abadías de Londres, no había estado en una estructura tan gigantesca. Al fin, vio la pared del fondo. Justo delante de él se abría la entrada de otro pasadizo. Al cruzar el umbral, le pareció oír un sonido débil.

¿Ratas?

Llegó a una segunda cripta, aparentemente idéntica a la primera. Estanterías descomunales flanqueaban el corredor hasta perderse de vista en las tinieblas. John echó un vistazo a los lomos del estante más cercano: 1457. Los pensamientos se agolpaban en su cabeza. Ahora que había encontrado la Biblioteca, ¿cómo iba a sacar provecho de ello? Tenía que localizar los libros correspondientes a 1581 y años posteriores. Eso sería lo que le daría beneficios. Debía idear una manera de sacar el precioso botín por el agujero. No estaba en absoluto preparado para esa tarea, pero confiaba en su astucia y estaba convencido de que se le ocurriría un plan en cuanto dejara de notar los latidos de su corazón en la garganta.

Se paraba ante cada librería para comprobar las fechas. Cuando divisó un libro con el año 1573, torció a la derecha y se internó entre las estanterías.

Allí estaban: 1575, 1577, 1580 y, por fin, 1581. ¡El presente! Había más de una docena de libros que llevaban grabado ese año. Se quedó parado frente a ellos, temblando como un conejo acorralado.

Lo que tenía ante sí le ofrecía el poder más extraordinario del mundo, el poder de ver el futuro. Nadie en la tierra salvo John Cantwell tenía la capacidad de adivinar quién iba a nacer y quién iba a morir. El pecho se le hinchó de orgullo. Su padre estaba equivocado. Contra todos sus pronósticos, John había conseguido algo en la vida. Extendió el brazo lenta y pausadamente hacia uno de los libros.

No vio venir el golpe, no llegó a sentir dolor, jamás volvió a sentir nada.

La piedra le hendió el cráneo, y su cerebro quedó anegado en un flujo mortal de sangre. Se desplomó en el suelo como el muñeco de trapo de un

niño.

—Ya está —comunicó el hermano Michael a su acompañante, que estaba unos pasos por detrás en la oscuridad—. Está muerto.

—Que Dios nos perdone —dijo el hermano Emmanuel, inclinándose sobre el cadáver para recoger la antorcha antes de que prendiera fuego a los libros del estante inferior. Ambos se arrodillaron y se pusieron a rezar.

Los dos jóvenes monjes habían visto cómo los cavadores pasaban frente a sus viviendas en plena noche, los habían seguido y los habían observado desde lejos mientras removían la tierra. Cuando los lugareños huyeron, los monjes permanecieron donde estaban para espiar al hombre que quedaba. En el momento en que bajó por una soga a la cámara subterránea, se santiguaron y, silenciosos como serpientes, se arrastraron sobre la hierba y descendieron tras él.

El hermano Michael estaba furioso por aquella invasión del monasterio, y sobre todo por haberse visto obligado a segar una vida.

—¿Qué lugar es este? —espetó.

Su acompañante era unos años mayor, menos atlético, más cerebral.

—Probablemente una biblioteca antigua y sagrada, fundada por los hermanos cuyos restos reposan en la Cripta. La aislaron del exterior por un motivo que no acierto a imaginar. No somos dignos de estar aquí, y con toda seguridad este despreciable intruso tampoco. Acabar con una vida es un pecado grave, pero Dios nos perdonará.

—Marchémonos —dijo Michael—. Propongo que tapemos el agujero, rellenemos la zanja y no digamos una palabra de esto a los demás. ¿Guardarás el secreto conmigo, hermano?

—En nombre de Nuestro Señor, así lo haré.

Dejaron el cadáver de John Cantwell donde había caído y usaron su antorcha para iluminar el camino de vuelta hacia la soga. El cuerpo inició su lento proceso de desecación y no volvería a ser visto por unos ojos humanos hasta 366 años después.

Transcurrió un mes, luego otro y otro. Todas las mañanas, Edgar Cantwell preguntaba a todos los que vivían en su casa si habían tenido noticia de su hijo John.

El otoño cedió el paso al invierno, el invierno a la primavera, y el anciano empezó a resignarse a la idea de que su primogénito había desaparecido de la faz de la tierra. Nadie sabía cuál era su destino cuando partió de Cantwell Hall en secreto, ni qué podía haberle ocurrido.

Un día, mientras Edgar oraba en su capilla para que Dios lo guiara en su estado de debilidad y confusión crecientes, le pareció oír que el Señor le susurraba que revelase el secreto familiar a Richard, su hijo menor, para que lo sucediera como poseedor del conocimiento sobre el libro de Vectis. Al salir de la capilla, pidió a los criados que lo llevaran a la biblioteca. Lo sentaron en una butaca, y él les ordenó que se encaramasen para sacar la caja de madera oculta en el estante de arriba.

Su ayuda de cámara subió, le pasó unos libros a otro sirviente y anunció que había encontrado la caja. Se la llevó a su patrón y la colocó sobre sus rodillas.

Hacía mucho tiempo que el anciano no tenía la caja entre sus manos. Estaba deseando pasar unos momentos con esos papeles, viejos amigos que le traían tantos recuerdos; la carta de Félix, que lo había fascinado cuando era joven, la hoja enigmática con una fecha de un futuro lejano, la carta de Calvino, que valoraba más que las demás por ser un recuerdo de su querido amigo, la carta de Nostradamus, escrita por el hombre que lo había salvado de una muerte segura.

Levantó la tapa despacio.

La caja estaba vacía.

Edgar soltó un grito ahogado y se disponía a decirle al criado que subiese de nuevo la escalera de mano cuando sintió que el pecho le estallaba con el dolor de mil golpes.

Estaba casi muerto cuando su cuerpo marchito resbaló de la silla y cayó al suelo; los sirvientes no pudieron hacer otra cosa que llamar a sus hijos con gritos desesperados. El joven Richard, el primero en aparecer, jamás sabría que el secreto de Vectis había muerto con su padre.

## Capítulo 28

Will e Isabelle estaban sentados en la biblioteca, con la carta de Nostradamus frente a ellos, en una mesa. La enormidad de sus descubrimientos de los dos últimos días los había dejado agotados. Cada uno parecía más trascendental que el anterior. Se sentían como dos almas flotando en el ojo de un huracán; todo lo que los rodeaba estaba en calma y la rutina seguía su curso, pero sabían que se encontraban cerca de una tormenta que giraba violentamente en torno a ellos.

—Nuestro libro —murmuró Isabelle— ha tenido un efecto profundo en grandes hombres. Cuando acabemos con esto, iré corriendo a comprarme un ejemplar del libro de Nostradamus y lo leeré con renovado respeto.

—Tal vez fue tu libro el que hizo grandes a Calvino y Nostradamus —dijo Will, tomando un sorbo de café—. Sin él, quizá hubieran sido hombres del montón.

—A lo mejor nos hace grandes a nosotros también.

—Ya estamos otra vez. —Will se rio—. Sé que cada vez te cuesta más hacerte a la idea de guardar esto en secreto, pero prefiero que vivas muchos años en el anonimato a que tengas una vida afamada pero corta.

Ella no le hizo caso.

—Tenemos que encontrar la última pista, aunque no sé cómo podría superar a las tres primeras. ¡Solo de pensar en las cosas que hemos descubierto...!

Will sintió el impulso de llamar a Nancy para agradecerle su aportación. Debía de estar en el trabajo.

—Todo se centra en el hijo que pecó —dijo.

Isabelle frunció el ceño.

—En este caso no sé ni por dónde empezar. —Oyó que la llamaban desde el gran salón—. ¡Abuelo! —gritó—. Estamos en la biblioteca.

Lord Cantwell apareció, con el periódico bajo el brazo.

—No sabía dónde te habías metido. Hola, señor Piper. ¿Todavía por aquí?

—Sí, señor. Espero que hoy sea el último día que paso aquí.

—¿Acaso mi nieta no está siendo una buena anfitriona?

—Al contrario, señor. Es estupenda. Pero tengo que volver a casa.

—Abuelo —dijo Isabelle de pronto—, ¿consideras que algún Cantwell fue un gran pecador?

—¿Aparte de mí?

—Sí, aparte de ti —respondió ella, siguiéndole la broma.

—Bueno, mi bisabuelo perdió buena parte de la fortuna familiar en un negocio especulativo con un naviero. Si es pecado ser tonto, entonces sí que fue un gran pecador, supongo.

—Yo estaba pensando en épocas anteriores, el siglo XVI más o menos.

—Bueno, como ya te he dicho, al viejo Edgar Cantwell siempre se lo consideró un poco como una oveja negra. El hombre se cambiaba la chaqueta de católico a protestante y viceversa con la velocidad de un galgo. Yo diría que era un oportunista, pero logró evitar la prisión y conservar la cordura.

—¿Hubo alguien con una fama aún peor? —preguntó ella.

—Pues...

Por la expresión de su abuelo, a Isabelle le pareció que se le había ocurrido algo.

—¿Sí?

—Estaba William, el hermano de Edgar Cantwell, supongo. Por ahí hay colgado un retrato pequeño de él cuando era niño. A principios del siglo XVI mató sin querer a su padre, Thomas Cantwell. Aparece también en el cuadro grande que está en la pared sur del salón. Es el que va a caballo.

—Sé a cuál te refieres —dijo Isabelle, con curiosidad creciente—. ¿Qué fue de William?

Lord Cantwell hizo un gesto como de cortarse la garganta.

—Se quitó de en medio, según se dice. Pero no sé si es cierto.

—¿Cuándo ocurrió? ¿En qué año? —preguntó Isabelle.

—Que me aspen si lo sé. La mejor manera de averiguarlo sería echar un vistazo a la fecha de su lápida.

Will e Isabelle se miraron y se levantaron de un salto.

—¿Crees que estará en la parcela familiar? —inquirió ella, emocionada.

—No lo creo —dijo lord Cantwell con indiferencia—; lo sé.

—¡No me diga que hay un cementerio familiar aquí! —exclamó Will en voz lo bastante alta para que el viejo hiciera una mueca.

—Sígueme —dijo Isabelle, y salió corriendo por la puerta.

Lord Cantwell sacudió la cabeza, se sentó en uno de los sillones desocupados y se puso a leer el periódico.

El cementerio de los Cantwell estaba en un claro rodeado de árboles en el extremo más alejado de la finca, una zona no muy visitada, pues a lord Cantwell lo afligía visitar la tumba de su esposa y ver la parcela reservada para sus restos mortales. Isabelle se acercaba allí de vez en cuando, sobre todo en las mañanas soleadas de verano, cuando el buen tiempo contrarrestaba el ambiente sombrío del lugar. Como llevaba semanas desatendido, la maleza había crecido bastante. Los hierbajos, que empezaban a marchitarse en esa época del año, se encorvaban perezosamente sobre las piedras.

Había más de ochenta lápidas; pocas para un cementerio de pueblo, muchas para un camposanto familiar. No todos los Cantwell reposaban allí. A lo largo de los años, muchos habían caído en alguna guerra u otra y estaban enterrados en campos de batalla ingleses o en otros países. Cuando salieron al claro, Isabelle le explicó a Will lo difícil que había sido conseguir que el ayuntamiento local diese permiso a su padre para enterrar allí a su esposa.

—Por las normas de sanidad —resopló indignada—. ¿Y las tradiciones qué?

—Me gusta la idea de un cementerio familiar —comentó Will con delicadeza.

—Yo ya he elegido un sitio para mí. Al pie de ese hermoso limero.

—Bonito lugar —dijo Will—, pero no tengas prisa.

—Eso no depende de mí, ¿verdad? Todos estamos predestinados, ¿ya no te acuerdas? Muy bien, al lío: ¿dónde está nuestro pecador?

La lápida de William Cantwell era una de las más pequeñas del camposanto y estaba casi totalmente cubierta de maleza, por lo que hizo falta una busca metódica para localizarla. La encontraron hacia el centro del claro y en ella no constaba más que el nombre y el año de su muerte, 1527.

—«Con el hijo que cometió un pecado horrendo» —dijo Will—. Supongo que necesitamos una pala.

Isabelle fue al cobertizo del jardín y regresó con dos palas. Aunque estaban solos, pusieron manos a la obra sintiéndose culpables, mirando de vez en cuando hacia atrás, pues no estaban realizando una actividad socialmente aceptable.

—Nunca había profanado una tumba —declaró Isabelle con una risita.

—Yo sí —dijo Will. No bromeaba. Hacía años, por un caso que estaba investigando en Indiana, pero no tenía ganas de hablar de ello, e Isabelle no le pidió más detalles—. Me pregunto a qué profundidad los plantaban en esa época.

Estaba haciendo buena parte del trabajo, por lo que había empezado a sudar. Como había otras dos sepulturas de antepasados cerca, el espacio no era suficiente para que ambos cavaran a la vez.

Will se quitó la chaqueta y el jersey y continuó sacando tierra oscura y fértil hasta que formó un montículo sobre una tumba cercana. Cuando llevaban una hora, los dos empezaron a desanimarse; se preguntaron si William estaba realmente enterrado allí. Will salió del agujero y se sentó en la hierba. El sol de la tarde brillaba con una intensidad otoñal y soplaba un viento frío. Las hojas del limero de Isabelle susurraban ruidosamente sobre sus cabezas.

Ella tomó el relevo y saltó a la fosa como una niña a una piscina. Sus dos pies tocaron el fondo a la vez con un golpe que sonó curiosamente a hueco.

—¿Qué ha sido eso? —preguntaron al mismo tiempo.

Isabelle, con un nudo de emoción en la garganta, se puso de rodillas y



comenzó a rascar el suelo con la punta de la pala hasta que dejó al descubierto una superficie metálica áspera.

—¡Dios santo, Will! ¡Creo que lo hemos encontrado! —gritó.

Cavó alrededor del objeto y despejó los bordes. Era un rectángulo de cerca de medio metro de largo y veinte centímetros de ancho. Will la miró mientras hincaba la pala en el suelo junto a uno de los bordes largos y hacía palanca.

Era una caja de cobre totalmente deslustrada. Debajo se entreveía la madera podrida y mohosa de un ataúd. Isabelle le tendió la caja a Will, que estaba arriba.

Aunque la cubría una gruesa pátina verde y negra, saltaba a la vista que se trataba de una pieza de metalistería bellamente grabada con unas patas pequeñas y redondeadas. Los cantos de la tapa tenían incrustaciones de un material duro y rojo. Cuando Will lo frotó con la uña, se descascarilló.

—Es una especie de cera —dijo—, para sellar o para velas. Querían cerrar la caja herméticamente.

Ella había subido y estaba junto a él.

—Espero que lo consiguieran —dijo con expectación.

Fueron lo bastante disciplinados para rellenar de nuevo el agujero antes de concentrarse en la caja, pero cuando lo hicieron se entregaron a la tarea a toda prisa. Una vez que la fosa quedó tapada, corrieron a la casa y fueron directos a la cocina, donde Isabelle encontró un cuchillo pequeño pero robusto. Desprendió la cera endurecida de todo el contorno y, con la avidez de una niña que abre el primer regalo en Navidad, arrancó la tapa.

Había tres hojas de pergamino, con manchas de color verde cobrizo, pero secas y legibles. Isabelle las identificó de inmediato.

—Will —susurró—. ¡Son las últimas páginas de la carta de Félix!

Se sentaron a la mesa de la cocina. Will la vio recorrer la página con la mirada a toda velocidad y mover ligeramente los labios, y la animó a traducirla sobre la marcha. Ella comenzó a leerla despacio, en voz alta.

*El noveno día de enero del año 1217 de Nuestro Señor, llegó el fin para la Biblioteca y la Orden de los Nombres. Los escribas, que eran*

*más de cien, habían estado comportándose de un modo extraño, trabajando sin la diligencia habitual. Era como si hubieran perdido toda vitalidad. De hecho, no acertábamos a explicamos su lasitud, pues no podían expresar lo que sentían o pensaban. Antes de dicho día, acaeció algo, un presagio de lo que iba a ocurrir. Uno de los escribas, en una asombrosa violación de las leyes humanas y divinas, se quitó la vida, clavándose la pluma en el ojo hasta hundirla en la sustancia de su cerebro.*

*Después, el Día Final, me pidieron que acudiese a la Biblioteca, donde me encontré con una escena que aún me hiela la sangre cuando la recuerdo. Desde el primero hasta el último de los escribas, todos los hombres y muchachos de ojos verdes, se habían atravesado el ojo con la punta de la pluma y habían causado su propia muerte. Sobre sus mesas de escribir, cada uno había terminado de escribir una última página, algunas de las cuales estaban manchadas de sangre. Y en las páginas de todos ellos se leían idénticas palabras: 09 de febrero de 2027. «Finis Dierum». Habían finalizado su trabajo. No había más nombres que anotar. Habían llegado hasta el Final de los Días.*

*El gran Baldwin, en su sabiduría suprema, proclamó que la Biblioteca debía ser destruida, pues la humanidad no estaba preparada para la revelación que contenía. Yo mismo supervisé el traslado de los escribas muertos a sus criptas, y fui el último hombre en atravesar las vastas cámaras de la Biblioteca entre las interminables filas de estantes con libros sagrados. Pero esta, Señor, es mi confesión: prendí fuego con mis propias manos a los montones de heno dispuestos alrededor de la Biblioteca. Para encenderlos utilicé las hojas que llevaban escritas las palabras Finis Dierum hasta que todas quedaron reducidas a cenizas. Vi cómo el fuego consumía las vigas y el edificio se venía abajo. Pero, pese a las órdenes de Baldwin, no arrojé una antorcha a las criptas. No soportaba la idea de ser el artífice terrenal de la destrucción de la Biblioteca. Creía fervientemente, y sigo creyéndolo, que esta decisión corresponde solo a Dios Todopoderoso. A decir verdad, ignoro si el incendio arrasó la enorme Biblioteca situada debajo del edificio. Lo*

*único que me consta es que el suelo ardió durante largo rato. Mi alma lleva también mucho tiempo consumiéndose, y cuando camino sobre el terreno calcinado, no sé si bajo mis pies hay cenizas o páginas.*

*Mas he de confesar, amado Señor, que por un arranque de locura blasfema elegí al azar un libro de la Biblioteca antes de que quedara clausurada y quemada. Hoy día sigo sin saber por qué.*

*Por favor, te suplico que me perdones por mi maldad. Es el volumen que tengo ante mí. Este libro y esta epístola son prueba y testimonio de lo que ha ocurrido. Si tu deseo, Señor, es que destruya este libro y esta carta, lo haré de buen grado. Te pido, Dios, Señor, mi Salvador, que me envíes una señal, y yo satisfaré tu deseo. Seré tu obediente y más humilde servidor hasta el fin de mis días.*

*FÉLIX*

El texto de la tercera y última hoja, quebradiza y amarillenta, estaba escrito por otra mano. Parecía un garabato trazado a toda prisa. Solo había dos renglones.

*9 de febrero de 2027*

*Finis Dierum*

Isabelle se puso a llorar, primero con suavidad, luego en un crescendo, cada vez más fuerte, hasta que prorrumpió en sollozos y jadeos, con el rostro enrojecido. Will la miró con pena, pero estaba pensando en su hijo. Phillip tendría diecisiete años en 2027, sería un joven lleno de esperanzas. Estuvo en un tris de deshacerse en lágrimas también, pero se levantó y posó las manos sobre los convulsos hombros de Isabelle.

—No sabemos si es verdad —dijo.

—¿Y si lo es?

—Supongo que no nos queda más remedio que esperar para averiguarlo.

Ella se puso de pie, como invitándolo a estrecharla entre sus brazos. Permanecieron abrazados durante largo rato hasta que él le dijo de forma escueta y sin rodeos que había llegado el momento de partir.

—¿Tan pronto?

—Si regreso a Londres esta noche, podré coger un vuelo por la mañana.

—Por favor, quédate solo una noche más.

—Debo irme a casa —dijo simple y llanamente—. Echo de menos a mi gente.

Ella se sonó la nariz y asintió.

—Volveré —le prometió Will—. Cuando Spence haya terminado con estas cartas, estoy seguro de que se las devolverá a la familia Cantwell. Son vuestras. Tal vez algún día puedas inspirarte en ellas para escribir el libro más importante de la historia.

—En vez de esa tesis mediocre que escribiré, ¿verdad? —Lo miró a los ojos—. ¿Dejarás aquí el poema?

—Un trato es un trato. Podrás arreglar tu tejado.

—Nunca olvidaré estos últimos días, Will.

—Yo tampoco.

—Tu esposa es una mujer con suerte.

Él sacudió la cabeza con actitud culpable.

—Yo tengo mucha más suerte que ella.

Isabelle pidió por teléfono un taxi, mientras él subía a su habitación a hacer la maleta. Cuando terminó, envió dos mensajes de texto.

*Para Spence:*

*Misión cumplida. He encontrado las 4. Vuelvo con ellas mañana. Prepárate para algo increíble.*

*Para Nancy:*

*Eres genial. Acertaste el profeta. Es alucinante. Llego mañana. No t imaginas cuánto t echo de menos. No volveré a irme de tu lado.*

Esa noche, en Cantwell Hall volvió a reinar el silencio y a haber solo dos residentes: un anciano que dormía y su nieta, que daba vueltas y más vueltas en la cama. Antes de acostarse, Isabelle había pasado por la habitación de

invitados y se había sentado en la cama. Todavía olía a Will. Ella aspiró ese olor y rompió a llorar de nuevo hasta que se oyó a sí misma decir «no seas tonta». Se hizo caso, se enjugó los ojos y apagó la luz.

DeCorso observaba, oculto tras los arbustos. El cuarto de invitados quedó a oscuras y, a continuación, se encendió una luz en la habitación de Isabelle. Miró la esfera luminosa de su reloj. Se agachó y escribió un mensaje cifrado a Frazier en su BlackBerry, pulsando furiosamente con sus recios pulgares las teclas que brillaban en la oscuridad.

Mi trabajo en Wroxall casi ha terminado. He recibido los datos del hotel y el vuelo de Piper del centro de operaciones. ¡Ha usado su tarjeta de crédito! Aún no se huele que vamos a por él. El plan es interceptarlo antes de que llegue a Heathrow. Espero instrucciones respecto a los Cantwell.

Frazier leyó el mensaje y, cansado, se frotó el cuero cabelludo. Aunque en el desierto era media tarde, bajo tierra la hora del día era una abstracción. Frazier llevaba dos días enteros sentado a su mesa y no quería pasar allí otro más. La operación estaba llegando a su punto crítico, pero había decisiones finales que tomar, y su jefe había dejado claro que, en vista de lo desagradables que resultaban las opciones, serían responsabilidad de Frazier, no suya.

—Esas cosas forman parte de su trabajo, no del mío —había gruñido Lester por teléfono, y a Frazier le habían dado ganas de replicar: «Así podrás mantener las manos limpias y dormir por las noches».

La decisión respecto a Piper fue la más fácil de tomar para Frazier.

DeCorso lo interceptaría en su hotel de Heathrow, lo inmovilizaría por todos los medios necesarios y se apoderaría de todos los objetos que Piper hubiera encontrado en Cantwell Hall. Un equipo de extracción de la CIA los recogería en el hotel y los llevaría a la base militar estadounidense en Mildenhall, donde los esperaría un avión de transporte de la armada enviado por el secretario Lester. Piper era FDR, así que no había posibilidades de que DeCorso matase al muy cabrón, pero nada le impedía dejarlo hecho un Cristo. «Que pase lo que tenga que pasar —pensó Frazier—, siempre y cuando nos apoderemos de todo el material que pueda poner en peligro la integridad de la misión de Área 51.»

Después detendrían a Spence y a los compinches que tuviera, y se llevarían a la Cripta el volumen que faltaba. Suponía que se celebraría alguna especie de ceremonia in situ, pero ese era el tipo de nimiedades que incumbían al contraalmirante de la base.

La decisión sobre Cantwell Hall era más complicada. Al final, Frazier hizo lo que ya había hecho a menudo en situaciones similares. Dejó que la Biblioteca le ayudase a tomar una determinación. Tras estudiar las fechas de fallecimiento de las personas implicadas, asintió, atando cabos. A continuación se concentró en los detalles del plan. No tenía duda de que DeCorso cumpliría con su cometido eficientemente. Lo único que le preocupaba eran los ingleses. El SIS había reaccionado al asunto Cottle como un enjambre de avispones enfurecidos, y lo que menos necesitaba en ese momento era que DeCorso hurgara con un palo en el avispero. Le indicaría que obrase con cautela, con una cautela excepcional. Pero, si ponía en la balanza riesgos y beneficios, estaba convencido de que era el camino correcto. ¿De qué serviría neutralizar a Piper si la chica y su abuelo podían irse de la lengua sobre lo que fuera que hubiesen descubierto?

Escribió un mensaje de correo electrónico a DeCorso en que le comunicaba sus órdenes y le lanzaba una severa letanía de advertencias.

Seguramente, esa sería su última misión con DeCorso, pensó, sin el menor atisbo de sentimentalismo.

Cuando Isabelle apagó la luz de su habitación, DeCorso miró por su telescopio de visión nocturna para cerciorarse de que ella no saliera a dar vueltas por la casa. Esperó media hora larga, a fin de estar más seguro, y se puso manos a la obra. Contaba con un cóctel que era su favorito para este tipo de trabajo; barato, fácil de comprar, con el equilibrio perfecto entre velocidad y alcance. Queroseno, disolvente de pintura y combustible para acampadas mezclados en la proporción justa. Se acercó a la casa arrastrando dos bidones de veinte litros y comenzó a verter el líquido en silencio a lo largo del perímetro del edificio. La vieja estructura de la época Tudor prendería con bastante rapidez, pero no quería que quedaran resquicios. Quería crear un anillo de fuego.

Continuó hasta dar la vuelta completa y regresar al jardín trasero. Todavía

quedaba un bidón medio lleno. Valiéndose de una pequeña ventosa y un cortavidrios con punta de diamante, hizo un agujero en la ventana de la sala francesa, justo debajo de la habitación de Isabelle. Vació dentro el líquido que quedaba. Acto seguido, con la indiferencia de un trabajador de fábrica al final de su turno, encendió una cerilla y la tiró a través del cristal.

Isabelle estaba soñando.

Yacía en el fondo de la tumba de William Cantwell. Notaba encima el peso de Will, que estaba haciéndole el amor, y la tapa del ataúd de madera crujía y chirriaba debajo de ellos. La sorprendía, y de hecho la angustiaba profundamente el placer tan inapropiado que sentía en aquel escenario tan tétrico. Pero de pronto veía el cielo, por encima del hombro de Will. El sol del ocaso despedía un brillo anaranjado, y la brisa agitaba su limero. El suave susurro de sus grandes ramas verdes la tranquilizaba, y la invadía una felicidad absoluta.

Mientras ella sucumbía a la intoxicación por humo, el fuego devoraba la planta baja de Cantwell Hall. Los delgados paneles, los tapices y las alfombras, las habitaciones repletas de muebles viejos ardían como astillas y yesca. En el gran salón, los retratos al óleo de Edgar Cantwell, sus antepasados y sus descendientes burbujearon y siseaban antes de desprenderse uno tras otro de las paredes en llamas.

En el dormitorio de lord Cantwell, el viejo había muerto a causa de la inhalación de humo antes de que el fuego llegara hasta allí. Cuando llegó, trepó por las paredes y se propagó por los muebles hasta su mesilla de noche, donde prendió la esquina de lo último que había leído antes de dormirse.

El poema de Shakespeare se arrugó hasta formar una bola amarilla ardiente, antes de quedar reducido a cenizas.

## Capítulo 29

DeCorso salió de la carretera de circunvalación norte y entró en el aparcamiento de Hertz. Eran las tres de la madrugada, estaba cansado y quería llegar al Marriott del aeropuerto, lavarse para quitarse el olor a sustancias inflamables del cuerpo y dormir unas horas antes de lidiar con Piper. Como era muy tarde y no había ningún empleado del hotel en el aparcamiento, llevó su maleta al vestíbulo. Había un solo recepcionista en el turno de noche, un sij joven y aburrido con un turbante y un polo, que lo registró con gestos maquinales y empezó a prepararle la factura.

Le cambió la expresión y se quedó mirando la pantalla de su ordenador.

—¿Algún problema? —preguntó DeCorso.

—Se me queda colgado. Tengo que ir a ver qué pasa con el servidor. Enseguida vuelvo.

Desapareció por una puerta. DeCorso giró la pantalla para echarle un vistazo, pero estaba en blanco. Pasó su peso de una pierna a otra, impaciente y cansado, y tamborileó con los dedos en el mostrador de recepción.

La rapidez con que llegó la policía lo impresionó desde un punto de vista puramente profesional. Las luces azules centellearon en el aparcamiento y rodearon la oficina. DeCorso sabía que los polis ingleses normales no iban armados, pero aquellos tipos llevaban fusiles de asalto. Debía de ser una unidad antiterrorista del aeropuerto. No se andaban con chiquitas, así que cuando le gritaron que se tumbase en el suelo, él obedeció sin vacilar, aunque antes soltó un taco de rabia.

Cuando le pusieron unas esposas de plástico y le incorporaron con brusquedad, miró a la cara al oficial que estaba al mando. Era de la policía



secreta, un subinspector que parecía tan pagado de sí mismo como un gato que ha cazado un canario.

—¿A qué viene esto? —quiso saber DeCorso.

—¿Ha estado alguna vez en Wroxall, Warwickshire, señor?

—Nunca he oído hablar de ese sitio.

—Pues, curiosamente, la policía local recibió una denuncia de un ciudadano que alertaba sobre un vehículo sospechoso que rondaba la zona por un camino de tierra. Su vehículo, señor.

—No puedo ayudarlos.

—Ha habido un incendio con víctimas mortales hace unas horas en una casa de Wroxall. La matrícula de su Ford Mondeo coincide con la del vehículo denunciado. Hemos estado esperando a que apareciera usted. —El subinspector olfateó el aire—. ¿Percibo un ligero olor a queroseno, señor?

DeCorso le dedicó una mirada de desprecio.

—Solo tengo una cosa que decirle.

—¿Cuál, señor?

—Tengo inmunidad diplomática.

Will despertó temprano en el Marriott de Heathrow, sin saber nada del incendio ni de sus consecuencias. Sin que nadie lo molestara, cogió el autobús lanzadera a la Terminal 5 y embarcó en el vuelo de las 9.00 de British Airways al aeropuerto JFK; sus ronquidos resonaron en la zona de primera clase durante casi toda la travesía sobre el Atlántico.

Tras aterrizar en Nueva York, Will pasó por el control de aduana antes del mediodía, hora local. Atravesó la zona de llegadas a grandes zancadas, sacó su teléfono móvil y se lo guardó de nuevo sin haberlo utilizado. Había decidido tomar un taxi y darle una sorpresa a Nancy en su oficina. Sería divertido.

Era antes del mediodía en Nevada, y Frazier estaba en el centro de operaciones de Área 51, presa del pánico. Se habían enterado por medio de

las noticias locales del Reino Unido de que DeCorso había cumplido con éxito la primera parte de su misión. Cantwell Hall, una vieja mansión señorial en tierras de Shakespeare, era el escenario de un crimen todavía humeante. Pero ¿dónde narices estaba DeCorso? No era propio de él desaparecer del mapa cuando estaba realizando este tipo de trabajos. Intentaron contactar con él por teléfono y correo electrónico, pero estaba ilocalizable.

La línea de Frazier se iluminó y él contestó, con la esperanza de que se tratara de su hombre, pero en su lugar oyó la voz conocida de un ayudante del secretario de Marina, que le indicó que esperara a que el señor Lester se pusiera al aparato. Frazier golpeó la mesa con el puño, enfadado. No era un buen momento para que Lester llamase para pedir que le pusieran al tanto de las novedades.

—¡Frazier! —atronó Lester—. ¿Qué pasa?

Esto descolocó a Frazier. ¿Qué manera de iniciar una conversación era esa?

—¿Disculpe, señor?

—Acabo de recibir una llamada del Departamento de Estado, que a su vez ha recibido una llamada de la embajada estadounidense en Londres. ¡Uno de tus hombres está en el trullo, alegando inmunidad diplomática!

Will salió de la terminal a la pálida luz de esa mañana de llovizna. Se dirigía hacia la parada de taxis cuando oyó un bocinazo sonoro y vio que la caravana de Spence se acercaba a la terminal. Frunció el entrecejo, molesto. Pensaba ir a verlos a la hora convenida, pero antes quería reconciliarse con su esposa, coger a Philly en brazos y darle un beso en su carita mofletuda. La puerta de la caravana se abrió, y Will se encontró frente al rostro gordo y barbado de Spence. Curiosamente, este no parecía contento de verlo. Le hizo señas con aire apremiante para que subiera.

Kenyon iba y venía por el interior del vehículo.

—Hemos estado dando vueltas —dijo con nerviosismo—. Menos mal que estás aquí y que te hemos encontrado.

Will se sentó mientras Spence pisaba el acelerador.

—¿Por qué no me habéis llamado al móvil?

—No me he atrevido —respondió Spence, con expresión sombría—. Han quemado la casa. Sale en todas las noticias de Inglaterra.

A Will se le dispararon todas las alarmas, su sentido del equilibrio se descontroló; se sintió mareado y con ganas de vomitar.

—¿La chica? ¿Su abuelo?

—Lo siento, Will —dijo Kenyon—. No nos queda mucho tiempo.

Will notó que se le humedecían los ojos y se echó a temblar.

—Llévame al centro, a las oficinas del FBI. Tengo que pasar a recoger a mi esposa.

—Cuéntanos qué has descubierto —le pidió Spence enérgicamente.

—Tú conduce, yo hablaré. Después nuestro trato habrá concluido. Para siempre.

Frazier corrió por los pasillos del edificio Truman, con dos de sus hombres trotando tras él. Subieron en el ascensor al nivel del suelo y luego montaron de un salto en un todoterreno que los esperaba para llevarlos al aeródromo. Un Learjet aguardaba en la pista, listo para despegar, así que Frazier ordenó que partiese de inmediato. Los pilotos preguntaron cuál era su destino.

—Nueva York —gruñó Frazier—. Me da igual cuánto tarden habitualmente en llegar allí. Hay que tardar menos.

Will resumió los días anteriores con frases escuetas y directas, al estilo militar. El asombro por el descubrimiento, la emoción de la búsqueda y el pasmo ante la revelación quedaron ensombrecidos por la demoledora noticia. ¿Habían muerto porque él había metido las narices en el asunto? La idea le pasó por la cabeza. Sí y no, concluyó con amargura; sí y no. Un maldito sabio monje pelirrojo había escrito sus nombres en un pergamino hacía mil años: Mors. El día anterior era su día. Era inevitable. Nada podría haber cambiado su destino.

«Es para volverse loco», pensó.

«Debería volverme loco.»

Cuando finalizó su informe robótico, entregó a Kenyon los originales de la carta de Félix, la carta de Calvino, la carta de Nostradamus y las correspondientes traducciones de Isabelle, escritas a mano con todo cuidado. En el vuelo desde Londres, Will había dividido la carta de Félix en dos partes, tal como Isabelle y él la habían encontrado, para recrear la emoción de su descubrimiento. Pero el impacto del relato ya no le importaba demasiado.

Cerró los ojos mientras Kenyon leía en voz alta las traducciones y Spence conducía, con los dientes apretados, moviendo su pesado pecho al compás de los silbidos de la máquina de oxígeno.

Kenyon, con el aliento entrecortado, iba haciendo comentarios y digresiones. Aunque habría sido difícil encontrar a un hombre más afable y de modales más exquisitos, al leer las cartas de Cantwell, su delgado cuerpo se estremeció, electrizado, y se le desorbitaron los ojos.

La carta de Félix los entusiasmó. De golpe y porrazo, todos aquellos años de discusiones y conjeturas sobre el origen de la Biblioteca quedaban superados, gracias a un testimonio de la época.

—¿Lo ves, pedazo de acémila? —gritó Kenyon—. ¡Yo tenía razón! De la mente de Dios a la mano de un escriba. Esta es la prueba definitiva. Por fin, el hombre tiene la respuesta a la pregunta que se hace desde tiempos inmemoriales.

Spence negó con la cabeza.

—¿Prueba de qué? ¿Por qué Dios? ¿Por qué no puede haber una fuerza sobrenatural o mística tras esa historia del séptimo hijo? O, ya puestos, ¿por qué no extraterrestres? ¿Por qué tiene que ser siempre Dios?

—¡Oh, por favor, Henry! Pero si está claro como el agua. —De pronto, cayó en la cuenta de que la carta estaba incompleta—. ¿Dónde está el final? ¿No hay nada más?

Will, que tenía la cabeza gacha, la alzó.

—Sí —dijo—. Hay más. Sigue.

Kenyon pasó a la carta de Calvino y leyó el final en un tono cada vez más triunfal.

—Puede que tú no estés convencido, Henry, pero ¡sí lo estaba el teólogo más grande de su época!

—¿Qué otra cosa iba a pensar? —resopló Spence—. Lo interpretó en función del contexto que le era familiar. Eso no tiene nada de raro.

—¡Eres un caso perdido!

—Y tú eres monolítico.

—Bueno, hay algo en lo que podemos estar de acuerdo. Esto es una prueba concluyente de dónde obtuvo Calvino su fe inquebrantable en la predestinación.

—Eso no te lo negaré —dijo Spence.

Kenyon se lanzó al ataque.

—¡Y si yo quiero creer con absoluta certeza, como Calvino, que Dios sabe todo lo que va a ocurrir porque El ha decidido lo que ocurrirá y por tanto hace que ocurra, eso tampoco podrás negármelo!

—Puedes creer lo que quieras.

Los dos viejos amigos esgrimían sus argumentos sin hacer el menor esfuerzo por incluir a Will en la conversación. Les había quedado claro que quería que lo dejaran en paz.

La carta de Nostradamus arrancó una risita a Spence.

—¡Siempre había pensado que era un viejo charlatán!

—Por lo visto tenías razón a medias —señaló Kenyon—. Por algún motivo, los poderes no se transmitían en su totalidad por vía materna. Nostradamus heredó solo una parte. Por eso sus predicciones son tan vagas.

Aunque el tráfico era muy denso en la autopista E D. R., la caravana se acercaba sin prisa pero sin pausa a la salida del bajo Manhattan.

—Muy bien, Alf —dijo Spence—. Ha llegado el momento de la pista número cuatro. Va a ser el plato fuerte, ¿verdad, Will?

—Sí —contestó Will, desmoralizado—. Es la hostia.

Kenyon pasó a las últimas páginas en la carpeta de Will. Leyó la traducción de Isabelle del final de la carta de Félix en voz monótona y baja, y cuando terminó, todos se quedaron callados. Llovía de nuevo, y los limpiaparabrisas se movían lentamente de un lado a otro como un metrónomo.

—*Finis Dierum* —dijo al fin Kenyon.

—Es lo que siempre había temido —murmuró Spence—. El peor panorama imaginable. Joder.

—No estamos seguros —farfulló Kenyon.

—Sabemos que dentro de tres días estaré muerto —espetó Spence.

—Así es, viejo amigo. Eso lo sabemos. Pero esto es algo totalmente distinto. Podría haber otra explicación para el suicidio en masa. A lo mejor les pasó algo y se les cruzaron los cables. Una enfermedad mental, una infección o adivina qué.

—O tal vez dieron en el clavo. ¡Por lo menos reconoce que es posible!

—Claro que es posible. ¿Contento?

—Has satisfecho el deseo de un moribundo al darme la razón. ¿Qué tal si sigues así durante un par de días más?

Will lo interrumpió para darle una indicación.

—Gira aquí.

Estaba harto de esos dos viejos, harto de la Biblioteca y de todo lo que tenía que ver con ella. Había sido un error dejar que lo arrastraran de vuelta a su mundo de locos. Quería perder de vista a Spence y a Kenyon, y olvidar todo lo que había ocurrido. El 2027 era el futuro. Él quería ver a su mujer y a su hijo. Quería vivir el presente.

Guió a Spence hasta la oficina central del FBI en Liberty Plaza y esperó a que abriese la puerta de la caravana.

—Fin del trayecto, chicos —anunció Will—. Siento lo de la semana que viene. ¿Qué puedo decir? ¿Sigue en pie lo de dejar que me quede con la caravana?

—Te enviarán el título de propiedad y las llaves. Alguien te dirá dónde debes ir a recogerla.

—Gracias.

La puerta del lado del pasajero seguía cerrada.

Spence exhaló un fuerte suspiro.

—¡Tienes que dejarme ver la base de datos! ¡Tengo que saber qué será de mi familia! No quiero morirme sin saber si llegarán vivos al año 2027.

Will explotó.

—¡Olvídalo! No pienso volver a mover un maldito dedo por vosotros. ¡Nos habéis puesto en peligro a mi familia y a mí! Me he metido en un brete de cojones gracias a vosotros, y no tengo ni idea de cómo voy a salir de esta. Vuestros vigilantes no son más que asesinos a sueldo con un pase para salir de la cárcel.

Spence intentó tomarlo del brazo, pero Will se apartó.

—Abre la puerta.

Spence dirigió a Kenyon una mirada suplicante de desesperación.

—¿Hay algo que podamos hacer para convencerte, Will? —preguntó Kenyon.

—No, nada.

Kenyon frunció los labios y le entregó una abultada bolsa de plástico llena de cosas.

—Al menos llévate esto y piénsalo. Llámanos si cambias de idea. —Sacó un teléfono móvil de la funda que llevaba al cinto y se lo mostró a Will—. Tienen memorizado nuestro número, y dispones de muchos minutos de saldo. Debemos coger un avión de vuelta a Las Vegas. Ya le encargaré a alguien que te lleve la caravana.

Will echó una ojeada al interior de la bolsa. Contenía media docena de teléfonos de prepago de AT&T. Conocía bien el percal. Los vigilantes estaban interviniendo y colocando micrófonos ocultos por todas partes. Los teléfonos de prepago anónimos era el único sistema de comunicación que ellos no podían controlar. Aunque los teléfonos y todo lo que implicaban le daban náuseas, se llevó la bolsa consigo cuando bajó de la caravana.

No miró hacia atrás ni se despidió con un gesto.

Uno de los guardias de seguridad uniformados de la recepción lo reconoció.

—¡Eh, dichosos los ojos! —exclamó—. ¿Cómo te va, tío? ¿Qué tal la jubilación?

—La vida sigue —respondió Will—. ¿Hay alguna posibilidad de que me dejes subir para darle una sorpresa a mi mujer?

—Lo siento, tío. Tendría que hacerte firmar el registro y acompañarte. Ya sabes cómo va esto.

—Entiendo. ¿Puedes llamarla y decirle que estoy aquí abajo?

Ella salió zumbando del ascensor y le echó los brazos al cuello. Cuando él se enderezó, los pies de Nancy dejaron de tocar el suelo. El vestíbulo estaba atestado de gente, pero eso les dio igual.

—Te he echado de menos —dijo ella.

—Lo mismo digo. Lo siento.

—No tienes por qué. Has vuelto a casa. Todo ha terminado.

Will la soltó. Ella supo que algo iba muy mal al fijarse en su expresión apesadumbrada.

—Detesto decírtelo, Nancy, pero no todo ha terminado.



## Capítulo 30

DeCorso estaba sentado en el duro banco de su celda, en el sótano de la comisaría de la policía metropolitana del aeropuerto de Heathrow. Le habían quitado el cinturón, los cordones de los zapatos, el reloj y sus documentos. Si estaba nervioso, no se le notaba. Tenía más pinta de pasajero molesto por el contratiempo que de sospechoso de asesinato.

Cuando tres policías fueron a buscarlo, dio por sentado que lo escoltarían hasta la terminal, donde lo meterían en un avión con destino a Estados Unidos, pero en vez de eso lo llevaron a unos pocos metros de allí, a una sala de interrogatorios sin decoración alguna y con una iluminación estridente.

Dos hombres de mediana edad con traje oscuro entraron, se sentaron y le comunicaron que la conversación no se grabaría.

—¿Van a decirme quiénes son? —preguntó DeCorso.

El hombre que estaba justo delante de él, al otro lado de la mesa, lo miró por encima de sus gafas.

—Eso no le concierne.

—¿Se le ha olvidado a alguien decirles que me he acogido a la inmunidad diplomática?

El otro hombre hizo una mueca de desprecio.

—Nos pasamos la inmunidad diplomática por el forro de los cojones, señor DeCorso. Usted no existe, y nosotros tampoco.

—Si no existo, ¿por qué están interesados en mí?

—Su gente mató a uno de los nuestros en Nueva York —dijo el de las gafas—. ¿Sabe algo de eso?

—¿Mi gente?

—Le diré lo que vamos a hacer —terció el otro hombre—. Vamos a contarle lo que sabemos, para que podamos dejarnos de gilipolleces, ¿de acuerdo? Usted trabaja en Groom Lake. Malcolm Frazier es su jefe. Vino hace poco a nuestro territorio para intentar comprar un libro antiguo interesante. Le ganó la puja un postor telefónico, desde Nueva York. Nuestro hombre fue a entregarlo y, antes de que pudiera comunicarse con nosotros, se lo cargaron. Luego, esta mañana, aparece usted apestando a sustancias inflamables tras preparar una barbacoa en casa del propietario original de ese libro.

DeCorso se quedó callado, poniendo su mejor cara de póquer.

El segundo hombre tomó el relevo.

—Bueno, esto es lo que hay, señor DeCorso: usted no es más que el pez pequeño. Nosotros lo sabemos, usted lo sabe. Pero si no nos sigue el juego, lo convertiremos en una ballena enorme a ojos de su gobierno. Hay cosas que queremos saber. Queremos saber qué capacidades operativas tiene en la actualidad Área 51. Queremos saber por qué les interesa tanto ese libro. Queremos saber qué información confidencial se esconde detrás del Suceso de Caracas. Queremos saber qué se nos viene encima. En pocas palabras, queremos que nos abra una ventana a su mundo, señor DeCorso.

DeCorso apenas reaccionó.

—No sé de qué demonios me hablan —fue lo único que consiguieron sacarle.

El hombre de las gafas se las quitó para limpiarlas con un pañuelo.

—Estamos preparados para impugnar su alegación de inmunidad. Estamos preparados para filtrar al público su papel en el incendio, lo que pondrá en evidencia a su gobierno y me temo que no favorecerá precisamente su carrera. Por otro lado, si se pasa a nuestro bando, su fortuna personal aumentará considerablemente ya que se convertirá en el orgulloso propietario de una cuenta en Suiza. Queremos comprarle, señor DeCorso.

DeCorso sacudió la cabeza con incredulidad y dejó de interpretar el papel de tipo imperturbable.

—¿Queréis que trabaje para el MI6? —preguntó.

—Ahora se llama SIS. Esto no es una película de James Bond.

DeCorso soltó una risotada.

—Voy a repetirlo una vez más: me acojo a la inmunidad diplomática.

Se oyó un golpe seco y metálico, y la puerta se abrió. Uno de los oficiales de alto rango de la policía metropolitana irrumpió en la habitación.

—Siento interrumpir, señor —le dijo al tipo de las gafas—, pero unos caballeros desean verle.

—Dígales que esperen.

—Son el embajador de Estados Unidos y el secretario de Exteriores.

—¿Se refiere a enviados suyos?

—¡No, son ellos en persona!

DeCorso se levantó, estiró los brazos por encima de la cabeza y sonrió.

—¿Me devuelven los cordones de los zapatos?

Will y Nancy iban sentados en el asiento trasero de un taxi que avanzaba por la Henry Hudson Parkway en dirección a White Plains. Nancy sujetaba a Phillip contra su pecho sin decir una palabra. Will notaba que ella seguía asimilando la avalancha de informaciones con que la había apabullado en su piso después de que Campanilla les entregase el bebé y se marchara.

Le había expuesto los hechos de forma descarnada; no había tiempo para preámbulos ni adornos: había encontrado pruebas del origen de la Biblioteca en Cantwell Hall. Monjes sabios. Calvino. Nostradamus. Shakespeare. De algún modo, los vigilantes habían conseguido localizarlo. Habían incendiado la casa y matado a los Cantwell. Tenía miedo de que después fuesen a por ellos. Debían marcharse de Nueva York de inmediato. Se abstuvo de mencionar la revelación Finís Dierum; no era un buen momento. Tampoco mencionó que era un cerdo mentiroso e infiel; tal vez nunca sería un buen momento para eso.

La primera reacción de Nancy fue recaer en el enfado. ¿Cómo había podido Will poner en peligro la seguridad de Philly? Si ella había visto venir esos problemas, ¿por qué él no había sido capaz? ¿Qué se suponía que debían hacer? ¿Pasar a la clandestinidad? ¿Desaparecer del mapa? ¿Escondarse en la lujosa caravana nueva de Will? Los vigilantes eran despiadados. ¿Qué más

daba que los tres fuesen FDR? Eso no significaba que no fueran a sufrir las consecuencias.

Will encajó los ganchos al hígado sin defenderse. Nancy tenía razón: él había llegado a la misma conclusión.

Hicieron un par de maletas atropelladamente, añadieron algunos de los juguetes favoritos de Phillip, sus armas de servicio y algunas cajas de cartuchos.

Antes de irse, Nancy recorrió a toda prisa el apartamento para asegurarse de que todo estuviera apagado y tiró la leche por el fregadero. Cuando terminó miró a Will, que estaba sentado en el sofá, haciendo saltar a Philly sobre su rodilla, cautivado con las carcajadas y balbuceos de su hijo. A Nancy le cambió el estado de ánimo. Suavizó su expresión.

—Eh —le dijo en voz baja.

Él alzó la mirada y vio su esbozo de sonrisa.

—Hola.

—Somos una familia —afirmó ella—. Tenemos que luchar por seguir unidos.

El trayecto en taxi a Westchester les brindó la oportunidad de estudiar todas las posibilidades e intentar trazar algo parecido a un plan. Pasarían la noche en casa de los padres de Nancy. Les dirían que estaban fumigando el piso o alguna otra mentira por el estilo. Will llamaría a Jim Zeckendorf, su viejo compañero de habitación en la época de la universidad, que actualmente era abogado, para pedirle que los dejara quedarse en su casa de New Hampshire unos días. Hasta ahí llegaron. Tal vez los vientos gélidos del lago les darían la inspiración suficiente para decidir adónde dirigirse después.

Mary y Joseph Lipinski dijeron que recibirían encantados a Philly esa noche, pero parecía preocuparlos que su hija y su yerno se hubiesen metido en algún lío. Nancy ayudó a su madre a hornear una tarta mientras Will, pensativo, se quedaba en el salón esperando a que sonara su teléfono móvil nuevo. Joseph estaba en la planta de arriba con el bebé, escuchando la radio y leyendo el periódico. Por fin, Zeckendorf devolvió la llamada a Will.

—Eh, colega, no he reconocido el número —empezó a decir en su tono optimista de costumbre.

—Móvil nuevo —dijo Will.

Zeckendorf era el amigo más antiguo de Will, uno de los compañeros de residencia durante su primer año en Harvard con los que formaba un cuarteto de amigos al que también había pertenecido Mark Shackleton; aunque este no inspiraba a Will más que desprecio y pena. Le había hundido la vida al involucrarlo en la trama del Juicio Final y vincularlo para siempre con Área 51.

Zeckendorf, en cambio, era el reverso de la medalla. Era un triunfador, y Will lo consideraba una especie de ángel guardián. Como abogado suyo, Zeckendorf le había guardado siempre las espaldas. Cada vez que Will tenía dudas sobre un alquiler, una hipoteca, un problema con el departamento de personal de la oficina, un divorcio o, más recientemente, un acuerdo de cese con el FBI, Zeck estaba a su disposición para darle una cantidad ilimitada de consejos gratis. En cuanto aceptó ser el padrino de Phillip, abrió una cuenta de ahorros para los estudios del chico. Siempre había admirado la labor de Will como defensor de la ley, por lo que veía cierta nobleza en ser su benefactor.

Últimamente se había convertido también en el garante de su supervivencia. Cuando Will logró huir de los vigilantes llevándose consigo la base de datos de Área 51 pirateada por Shackleton, nombró a Zeckendorf depositario de una carta escrita y sellada a toda prisa con instrucciones de que la abriese en caso de que Will desapareciera.

Era el seguro de vida de Will.

Will había dicho a los vigilantes que el dispositivo de memoria obraba en poder de una persona que lo sacaría a la luz si a él le pasaba algo. No les quedó más remedio que creerle. En realidad, las llamadas mensuales de Will a Zack eran más que nada una excusa para que los dos viejos amigos mantuviesen el contacto.

—Siempre es un placer hablar contigo, pero ¿no me habías llamado hace poco? —preguntó Zeck.

—Ha surgido algo.

—¿Qué ocurre? Te noto un poco raro.

Will nunca le había contado detalles a Zeck. Ambos lo habían preferido así. El abogado había atado algunos cabos. Sabía que la carta sellada de Will tenía algo que ver con el caso Juicio Final y lo que le había sucedido a Mark Shackleton. También sabía que guardaba alguna relación con la jubilación anticipada de Will, pero eso era todo. Tenía claro que Will corría algún peligro y que, de alguna manera, esa carta lo protegía.

Siempre le había ofrecido a Will una combinación perfecta de asesoramiento legal y bromas de ex compañero de habitación. Will se imaginaba la expresión de preocupación en el rostro terso de Zeck, y sabía que seguramente se estaba alisando de forma compulsiva el pelo rebelde y encrespado con la mano, como hacía siempre que se ponía nervioso.

—He cometido una estupidez.

—Vaya, qué novedad.

—¿Recuerdas mi acuerdo de confidencialidad con el gobierno?

—Sí, ¿qué ocurre con él?

—Digamos que me lo he saltado a la torera.

Zeck lo interrumpió, adoptando de pronto un tono profesional.

—Oye, no se hable más. Deberíamos vernos para tratar el asunto.

—Me preguntaba si podríamos quedarnos un par de días en tu casa de New Hampshire, si no estáis usándola vosotros.

—Por supuesto. —Hizo una pausa—. Will, ¿es segura esta línea?

—Es un teléfono limpio. Tengo uno para ti; te lo enviaré.

Zeck percibió la tensión en la voz de Will.

—De acuerdo. Tú procura mantener a salvo a Nancy y a mi ahijado, capullo.

—Así lo haré.

Como Will y Nancy no habían avisado con mucha antelación de su llegada a White Plains, los Lipinski insistieron en ir a un restaurante para no tener que preparar una cena con las sobras que tenían. Dejaron junto a una ventana abierta una tarta de manzana recién horneada para que se enfriase mientras estaban fuera. En la habitación que había sido de Nancy y que ahora utilizaba con Will como cuarto de invitados, ella se estaba maquillando frente

al espejo de su tocador infantil. En el reflejo veía a Will sentado en la cama, atándose los cordones de los zapatos con aspecto cansado y abatido.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy hecho una mierda.

—Se te nota. ¿Eran buena gente?

—¿Los Cantwell? —preguntó él con tristeza—. Sí. El viejo era todo un personaje. Un lord inglés de la cabeza a los pies.

—¿Y la nieta?

—Una chica preciosa. Y lista. —Se le hizo un nudo en la garganta—. Parecía que el futuro le deparaba grandes cosas, pero no pudo ser.

Will temió haber hecho una confesión sin querer, pero si Nancy había sospechado algo, lo dejó correr.

—¿Te ha devuelto Jim la llamada?

—Sí. Nos dejará su casa de Alton. Allí no nos encontrarán. Les daré a tus padres un teléfono de prepago para que puedas mantener el contacto con ellos.

—Al menos mamá y papá están contentos por tener a Philly aquí esta noche.

Frazier detestaba la falta de autonomía. Se sentía como un peón por tener que llamar al secretario Lester cada pocas horas, pero si no lo hacía con la puntualidad de un reloj, el ayudante de Lester lo llamaba a él. El asunto DeCorso había marcado su destino. La avalancha de mierda era inminente.

Lester contestó. Sonaba como si estuviera en una fiesta, con voces de fondo y entrechocar de copas.

—Espere un momento —dijo Lester—. Deje que encuentre un lugar más tranquilo.

Frazier estaba solo en su coche. Había echado a sus hombres al frío de la noche para poder hablar en privado. Caminaban de un lado a otro junto a su ventanilla con cara de pocos amigos, y un par de ellos con un cigarrillo en la mano.

—Bien, aquí estoy —dijo Lester—. ¿Estado de la misión?

—Ya está hecho. Ahora solo hay que esperar.

—¿Probabilidades de éxito?

—Altas. Muy altas.

—No podemos permitirnos otra metedura de pata, Frazier. No imagina cuánto nos ha perjudicado que dejara que pillasen a su hombre. Esto ha salpicado a las más altas instancias. Me han dicho que el primer ministro hizo salir del cagadero al presidente para gritarle por teléfono. Le soltó una perorata interminable sobre el abuso de confianza entre aliados, el perjuicio para la relación especial entre ambos países y demás. Entonces los británicos amenazaron con retirar su apoyo naval a la operación Mano Tendida, lo cual me jodería la vida en varios aspectos. No tiene usted ni idea de los problemas logísticos que acarrea este asunto. Será casi tan monumental como lo de la invasión de Irak. En cuanto se produzca el Suceso de Caracas, tenemos que estar listos para actuar. Con los británicos o sin ellos.

—Sí, señor, entendido —dijo Frazier con voz inexpresiva.

—Eso espero. Bien, pronto tendrá usted su recompensa. Como gesto de reconciliación, el presidente ha accedido a abrirse el quimono por primera vez. Va a dejar que los británicos visiten Área 51. Enviarán a un equipo del SIS la semana que viene, y usted será su anfitrión y les dispensará un trato exquisito. Pero le juro, Frazier, que si fastidia esta operación, les serviré su culo en bandeja.

Después de cenar en un Applebee's, Joseph detuvo el coche frente a una oficina de UPS que abría toda la noche para que Will le enviase un teléfono móvil a Zeckendorf. Phillip dormía apaciblemente en su sillita para el coche. Cuando Will regresó al vehículo, hizo un comentario sobre el frío que hacía. Caía una lluvia helada a la que poco le faltaba para ser aguanieve. Joseph, tan ahorrador como siempre, chasqueó la lengua.

—Como Philly está aquí, encenderé la calefacción.

La familia se preparó para irse a dormir, mientras la caldera de gasóleo ronroneaba en el sótano como una vieja amiga. Arroparon a Philly en su cuna, y Nancy se fue a la cama a leer una revista. Los Lipinski se retiraron a



su dormitorio a ver un programa de televisión, y Will se quedó solo en el salón, taciturno y completamente agotado pero demasiado inquieto para dormir.

De pronto lo asaltó el deseo incontenible de beber, no una copa del consabido Merlot de Joseph, sino un buen vaso de whisky escocés. Sabía que los Lipinski no eran aficionados a los licores, pero él buscó por la casa por si algún invitado les había llevado una botella como regalo. Como no encontró ninguna, cogió las llaves del coche de Joseph y salió a hurtadillas de la casa para dirigirse a un bar.

Llegó a la avenida Mamaroneck, la calle comercial principal, y aparcó frente a un parquímetro, cerca de Main Street. Hacía una noche de perros, lluviosa y deprimente, así que había poco movimiento en la calle. Unos metros más adelante, vio el único edificio bien iluminado, el nuevo hotel Ritz-Carlton, y se encaminó hacia allí, con el cuello subido para protegerse de la lluvia.

El bar estaba en lo alto del edificio, en la planta cuarenta y dos. Will se arrellanó en una butaca y contempló la vista como si estuviera en una nave espacial. Al sur, Manhattan se divisaba como una franja de lucecitas que flotaban en la oscuridad. No había mucha gente en el bar. Will pidió un Johnnie Walker. Se prometió a sí mismo que no se pasaría con la bebida.

Una hora y tres copas después, aunque no estaba borracho tampoco estaba del todo sobrio. Tenía la vaga conciencia de que un grupo de tres mujeres de mediana edad que estaban en la otra punta del bar lo miraban con insistencia y que la camarera se mostraba muy atenta con él. Típico. Le ocurría constantemente, y por lo general sacaba partido de ello, pero esa noche no estaba de humor.

En cierto modo había sido un ingenuo al creer que podía firmar un acuerdo de confidencialidad y dejar atrás la Biblioteca sin que conocer su existencia supusiera una carga que lo convertía en esclavo de su destino. Había intentado olvidarlo, vivir la vida sin pensar en los grilletos de la predestinación, y durante un tiempo lo había conseguido, hasta que Spence y Kenyon habían aparecido con su caravana.

Ahora estaba metido en ello hasta las orejas, abrumado por la certeza de

que Isabelle y su abuelo habían muerto porque él había tenido que visitarlos. Y Spence había tenido que convencerlo de que viajara a Inglaterra. Y Will había tenido que jubilarse a causa del caso Juicio Final. Y Shackleton había tenido que robar la base de datos y cometer aquellos delitos. Y Will había tenido que ser su compañero en la residencia de estudiantes. Y antes había tenido que poseer las dotes atléticas y la inteligencia necesarias para ingresar en Harvard. Y el padre alcoholizado de Will había tenido que conseguir que se le levantara y cumplir como un campeón la noche que lo engendró. Y la cadena de acontecimientos seguía y seguía...

Pensar en ello bastaba para volverse loco, o al menos para entregarse a la bebida.

Después de la tercera copa decidió dejarlo y pagó la cuenta. Sentía el deseo apremiante de regresar a casa a toda prisa, meterse en la cama haciendo ruido para despertar a Nancy, estrecharla en sus brazos, decirle otra vez cuánto lo sentía y cuánto la quería, y tal vez, si a ella le apetecía, hacer el amor, recibir la absolución. Regresó corriendo al coche y diez minutos después entró sigilosamente en el cálido y acogedor hogar de los Lipinski.

Se sentó en el borde de la cama y se desvistió, mientras las gotas de lluvia tamborileaban en el tejado. Philly dormía plácidamente en su cuna. Will se deslizó bajo las sábanas y posó la mano sobre el muslo de Nancy. Notó la piel caliente y tersa al tacto. La cabeza le daba vueltas. Sabía que debía dejarla dormir, pero la deseaba.

—Nancy. —Al ver que no se movía, insistió—. Cariño.

Le dio un pellizco suave, pero ella no reaccionó. Otro pellizco. Luego, una sacudida. ¡Nada!

Alarmado, Will se incorporó y encendió la luz. Ella, tendida de costado, no se despertó pese al brillo intenso de la lámpara de techo. Le dio la vuelta para que quedara boca arriba. Nancy respiraba de forma superficial. Tenía las mejillas enrojecidas. De color rojo cereza.

Fue entonces cuando se percató de que su propio cerebro funcionaba con lentitud, no por la borrachera, sino por algo que lo entorpecía, como barro arenoso en unos engranajes.

—¡Gas! —gritó con todas sus fuerzas y, haciendo un gran esfuerzo, se

levantó para abrir las dos ventanas de par en par.

Se abalanzó hacia la cuna de su hijo y lo cogió en brazos. Tenía el cuerpecito laxo y su piel parecía de plástico rojo reluciente.

—¡Joseph! —aulló Will—. ¡Mary!

Empezó a practicarle a Philly el boca a boca mientras bajaba corriendo la escalera. En el recibidor cogió el teléfono, abrió la puerta de la calle de un empujón y depositó al bebé sobre el áspero felpudo. Se puso de rodillas. Entre soplo y soplo de aire que insuflaba a su hijo por la nariz y la boca diminutas, haciendo que se le hinchara el pecho, telefoneó a urgencias.

A continuación, tomó una decisión desesperada. Depositó al bebé en el felpudo y entró corriendo a buscar a Nancy, llamándola a pleno pulmón, como si intentara despertar a los muertos.

## Capítulo 31

Will oyó su nombre. La voz sonaba muy lejana. ¿O quizá estaba cerca pero susurraba? Fuera como fuese, lo arrancó de un sueño inquietantemente ligero y lo devolvió a la realidad del presente: una habitación de hospital inundada de sol.

Al despertar no estaba seguro de si era un paciente o una visita, si yacía en la cama o estaba junto a ella, si alguien le sujetaba la mano o él se la sujetaba a alguien.

Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, lo recordó todo.

Estaba sujetando la mano de Nancy, que miraba fijamente sus ojos inyectados en sangre y apretaba lastimosamente sus gruesos dedos.

—Will...

—Hola. —Tenía ganas de llorar.

Leyó el desconcierto en su rostro. Las luces parpadeantes y los pitidos de las máquinas de la UCI la confundían.

—Estás en el hospital —le explicó él—. Te pondrás bien.

—¿Qué ha pasado? —Tenía la voz ronca. Le habían quitado el tubo de oxígeno hacía solo unas horas.

—Monóxido de carbono.

Ella lo miró con ojos desorbitados.

—¿Dónde está Philly?

Will le dio un apretón suave en la mano.

—Está bien. Se ha recuperado enseguida. Es todo un luchador, el pequeñajo. Está en el ala de pediatría. He estado yendo y viniendo de aquí para allá.

—¿Dónde están mamá y papá? —preguntó Nancy después de una pausa. Él le apretó la mano de nuevo.

—Lo siento, cariño. Ya no despertaron.

El jefe de policía y el de bomberos se pasaron el día acribillando a Will a preguntas, abordándolo en los pasillos del hospital, sacándolo a rastras de la habitación de Nancy, tendiéndole emboscadas en la cafetería. Alguien había desconectado un cable del motor de la caldera, lo que había ocasionado una acumulación letal de monóxido de carbono. También habían inutilizado el interruptor diferencial. Para colmo de males, los Lipinski no tenían detectores de CO<sub>2</sub>. Se trataba sin lugar a dudas de un acto deliberado, y por el interrogatorio inicial Will supo que lo consideraban «persona de interés» hasta que el descubrimiento de que la cerradura de la trampilla del sótano estaba rota les indicó que era más probable que fuese una víctima que un sospechoso.

No se les escapó el detalle de que él era un ex agente del FBI y que Nancy estaba en servicio activo, así que, a primera hora de la tarde, las autoridades del FBI en Manhattan prácticamente habían quitado de en medio a la policía local y habían tomado las riendas de la investigación. Los ex colegas de Will lo rondaban con recelo, esperando el momento oportuno para interrogarlo.

Lo interceptaron en uno de sus trayectos entre la habitación de su esposa y el ala donde se encontraba su hijo. Solo se sorprendió a medias al ver acercarse a Sue Sánchez, con sus tacones altos repiqueteando en el suelo. Pero se le revolvió el estómago al ver que la acompañaba John Mueller.

Will y Sánchez siempre habían tenido una relación basada en la desconfianza y la antipatía mutuas. Años atrás, él había sido su supervisor. El propio Will reconocía que como jefe era un desastre; por su parte, Sue siempre estaba convencida de que podía hacer las cosas mejor que él. Se le presentó la oportunidad de demostrarlo cuando a él lo degradaron por mantener una «relación inapropiada» con la ayudante de otro supervisor.

Si el viernes ella estaba a sus órdenes, el lunes se habían vuelto las tornas. La nueva cadena de mando era una pesadilla. Will reaccionó portándose con ella como un patán pasivo-agresivo. De no ser porque necesitaba aguantar

mecha durante un par de años para tener derecho a la jubilación completa, le habría dado una patada metafórica y tal vez también literal en su culo de latina prepotente.

Sánchez era su superior durante la investigación del Juicio Final, y también el títere que, siguiendo órdenes, había apartado a Will del caso cuando este estaba cerrando el círculo en torno a Shackleton. Una cadena de titiriteros la había utilizado, y ella seguía resentida por no saber por qué le habían ordenado dejarlo fuera, por qué el caso Juicio Final había quedado totalmente paralizado y sin resolver y por qué le habían concedido a Will una jubilación anticipada con condiciones tan absurdamente atractivas.

Si la relación de Will con Sue no era para echar cohetes, la que mantenía con John Mueller era aún peor. Mueller era remilgado, un fanático de las normas, y le preocupaba más el procedimiento que los resultados. Era un trepa ansioso por dejar el trabajo de campo lo antes posible y hacer carrera en la burocracia. Le irritaba la actitud displicente y rebelde de Will, así como sus transgresiones morales, su afición a la bebida y a las mujeres. Además, le horrorizaba que Nancy Lipinski, una joven agente especial con madera para convertirse en una segunda Mueller, se hubiese pasado al lado oscuro por culpa de Piper ¡y encima se había casado con el muy rufián!

Will, por su parte, consideraba a Mueller un modelo de todo lo que no iba bien en el FBI. Will trabajaba en los casos para encerrar a los malos. Mueller lo hacía para acelerar su ascenso profesional. Era una criatura política, y Will no soportaba los politiqueos.

En un principio, Mueller era el agente especial a cargo del caso Juicio Final, y de no ser por el ataque repentino que lo había incapacitado temporalmente, nunca le habrían asignado el caso a Will. Nunca habría trabajado con Nancy, ni se habría liado con ella. Tal vez el caso Juicio Final se habría resuelto. Toda una cadena de acontecimientos se habría evitado si a Mueller no se le hubiera formado un pequeño trombo que se desplazó hasta el cerebro.

Mueller se había recuperado completamente y se había convertido en uno de los perritos falderos de Sánchez. Cuando la llamaron para comunicarle que alguien había atentado contra la vida de Nancy y su familia, su primera

medida había sido pedirle a Mueller que la llevara en coche a White Plains.

En una sala de visitas vacía, Sánchez le preguntó a Will cómo estaba y le dio el pésame. Mueller esperó a que finalizara esta breve muestra de humanidad para entrar directamente en materia en un tono desagradable.

—Según el informe de la policía, estuviste una hora y media fuera de la casa.

—Has leído muy bien el informe, John.

—Bebiendo en un bar.

—La experiencia me ha enseñado que los bares son un buen lugar para beber.

—¿No encontraste nada de beber en la casa?

—Mi suegro era un tipo estupendo, pero solo bebía vino. Me apetecía un whisky.

—Un momento muy oportuno para salir por ahí, ¿no te parece?

Will avanzó dos pasos, agarró de las solapas al hombre, más bajo que él, y lo estampó contra la pared. Estuvo tentado de sujetarlo con una mano y propinarle un puñetazo en la cara. Cuando Mueller se disponía a subir los brazos con fuerza para liberarse, Sánchez les gritó a los dos que se tranquilizaran.

Will soltó a Mueller y retrocedió, respirando agitadamente, con las pupilas contraídas de rabia. Mueller se alisó la americana y dedicó a Will una sonrisa arrogante, como diciendo: «Esto no va a quedar así».

—Will, ¿qué crees que ocurrió anoche? —preguntó Sánchez, impasible.

—Alguien forzó una puerta mientras cenábamos y metió mano en la caldera. Si yo no hubiera salido, ahora mismo habría tres personas en coma.

—¿En coma? —preguntó Mueller—. ¿Por qué no muertas?

Will hizo caso omiso de él, como si no estuviera allí.

—¿Quién crees que era su objetivo? ¿Tú? ¿Nancy? ¿Sus padres?

—Sus padres han sido daños colaterales.

—De acuerdo —dijo Sánchez—. ¿Tú o Nancy?

—Yo.

—¿Quién es el responsable? ¿Cuál es el móvil?

Will se dirigía únicamente a Sánchez.

—Sé que lo que voy a decir no te va a gustar, Sue, pero esto sigue tratándose del caso Juicio Final.

Ella entrecerró los ojos.

—¿De qué estás hablando, Will?

—El caso nunca se cerró.

—¿Me estás diciendo que el asesino del Juicio Final ha vuelto a las andadas?

—No. Te estoy diciendo que el caso nunca se cerró.

—Qué tontería. ¡Menuda chorrada! —protestó Mueller—. ¿En qué te basas para decir eso?

—Sue —continuó Will—, sabes que el caso se fue complicando cada vez más. Sabes que me dejaron de lado. Sabes que me jubilaron para apartarme del FBI. Sabes que no quieren que hagas preguntas, ¿verdad?

—Así es —convino ella en voz baja.

—Entre algunas de las personas que están muy por encima de ti en el escalafón están pasando cosas que te dejarían atónita. Un acuerdo de confidencialidad federal me impide revelar lo que sé, y solo una orden presidencial podría revocarlo. Solo puedo decirte que hay algunas personas que quieren ciertas cosas de mí y están dispuestas a matar para conseguirlas. Tienes las manos atadas. No puedes hacer nada para ayudarme.

—¡Somos el FBI, Will! —exclamó ella.

—Los que quieren acabar conmigo están en el mismo bando que el FBI. No puedo decirte nada más.

Mueller soltó un resoplido.

—Es la trola más descarada e inverosímil que he oído nunca. ¿Nos estás diciendo que no podemos investigarte ni a ti ni este caso por alguna supuesta actividad clandestina de las altas esferas? ¡Venga ya!

—Voy a ver a mi hijo —respondió Will—. Vosotros haced lo que queráis. Buena suerte.

Las enfermeras dejaron a Will a solas junto a la cuna de Phillip en la unidad de cuidados intensivos. Le habían retirado el tubo de respiración, y el color de Philly empezaba a volver a la normalidad. Dormía e intentaba agarrar con la manita algo que veía en sueños.



Will se sentía como una olla a presión. Hizo un esfuerzo por centrarse. No había tiempo para el cansancio. No había lugar para el abatimiento. Y por nada del mundo iba a permitir que el miedo lo paralizara. Concentró toda su energía en la única emoción que sabía que podía ser una aliada fiable: la ira.

No le cabía duda de que Malcolm Frazier y sus esbirros estaban ahí fuera, seguramente no muy lejos. Los vigilantes tenían una ventaja: contaban con las fechas de fallecimiento, pero hasta ahí llegaba su presciencia. Sabían que habían conseguido matar a sus suegros y confiaban en que habrían conseguido dejarlo a él y a su familia en estado de coma. Pero no lo habían conseguido. Ahora él jugaba en su terreno. No necesitaba a la policía ni al FBI. Le bastaba su propia fuerza. Palpó la Glock que llevaba al cinto, cuyo cañón se le clavaba dolorosamente en el muslo. Canalizó el dolor hacia una imagen mental de Frazier.

«Voy a por ti —pensó—. Voy a por ti.»

En el aeropuerto JFK, DeCorso abrió la puerta trasera del coche de Frazier y se sentó junto a su jefe. Ninguno de los dos abrió la boca. La posición del mentón de Frazier lo decía todo: no estaba contento. Su teléfono echaba humo a causa de tantas llamadas.

La decisión de DeCorso de acogerse a la inmunidad diplomática había armado un lío transatlántico. El Departamento de Estado no tenía idea de quién era DeCorso ni de por qué el Departamento de Defensa insistía en que se respetase su supuesta inmunidad. Los mandamases del SIS intentaban por todos los medios sacar información sobre DeCorso a sus homólogos de la CIA. La patata caliente política fue pasando de mano en mano, subiendo por la cadena de mando hasta que el secretario de Estado estadounidense, muy a su pesar, no tuvo más remedio que interceder en persona con el ministro de Exteriores británico.

DeCorso obtuvo al fin su pase para salir de la cárcel. El gobierno británico cedió de mala gana y lo entregó a un grupo enviado por la embajada de Estados Unidos. Lo llevaron a toda prisa al aeropuerto de Stansted, donde embarcó en el Gulfstream V privado del secretario de Marina estadounidense,

y la investigación sobre el incendio intencionado y los homicidios quedó cerrada a todos los efectos.

Finalmente, DeCorso, incapaz de soportar el silencio, le pidió perdón.

—¿Cómo te trincaron? —gruñó Frazier.

—Alguien llamó a la policía y les dio el número de matrícula del coche que había alquilado.

—Tendrías que haberlo cambiado.

—Te presento mi dimisión.

—Ningún subordinado mío dimite. Cuando decida despedirte, te avisaré.

—¿Habéis quitado a Piper de en medio?

—Lo intentamos anoche. Monóxido de carbono en casa de los Lipinski. Lo apañamos mientras ellos estaban en un restaurante.

—La fecha de fallecimiento era la de ayer, ¿verdad?

—Sí. Hemos actuado de forma causativa. Piper salió de la casa, regresó y dio la voz de alarma. Su esposa y su hijo se pondrán bien. No hemos podido echarle el guante a lo que fuera que encontró en Inglaterra. Por lo que sabemos, podría haberle pasado ya el material a Spence.

—¿Dónde está Spence?

—No se sabe. Seguramente va camino de vuelta a Las Vegas. Lo estamos buscando.

DeCorso aspiró entre dientes.

—Mierda.

—Ya.

—¿Cuál es el plan?

—Piper está en el hospital de White Plains. El lugar está abarrotado de federales. Lo estamos vigilando, y en cuanto él salga, lo pillaremos.

—¿Seguro que no me darás la patada?

Frazier sabía algo que su hombre ignoraba. Al cabo de dos días, DeCorso estaría muerto. No tenía sentido embarcarse en los trámites interminables para un despido.

—No será necesario.

DeCorso le dio las gracias y se quedó callado durante el resto del trayecto a White Plains.

Nancy despertó de nuevo a última hora de la tarde. Ya no estaba en la UCI, sino en una habitación individual. Al ver que Will no se encontraba allí, le entró el pánico. Pulsó el botón para llamar a la enfermera, y esta le dijo que él debía de estar en la UCI de pediatría con el bebé. Unos minutos después, la puerta se abrió y apareció Will.

Nancy tenía un pañuelo de papel en la mano y se estaba secando los ojos.

—¿Dónde están mamá y papá?

—En Ballard-Durand.

Ella asintió. Era la empresa de pompas fúnebres que habían elegido. Joseph era muy previsor.

—Está todo preparado para mañana, si te ves con fuerzas. Si no, podríamos aplazarlo un día.

—No, mañana está bien. Necesito un vestido.

Se la veía muy triste. Esos ojos húmedos, ovalados...

—Laura ya se ha encargado de eso. Ha ido de compras con Greg.

—¿Cómo está Philly?

—Van a sacarlo de la UCI. Está de maravilla. Come como una lima.

—¿Cuándo me dejarán verlo?

—Esta noche, en algún momento, seguro.

La siguiente pregunta lo pilló desprevenido.

—¿Y tú cómo estás? —¿De verdad le importaba?

—Voy tirando —respondió con aire sombrío.

—He estado pensando en lo nuestro —dijo Nancy.

Will esperó a que continuara, aguantando la respiración. Ella querría echarlo de su vida. Él ni siquiera debería haberla cortejado. Phillip y ella estarían mejor sin él. Estaba bebiendo en un bar mientras gaseaban a su familia. Ya la había engañado una vez; ¿qué garantía había de que no volviera a hacerlo?

—Mamá y papá se querían. —Se le atragantaron las palabras, y le temblaba el labio inferior—. Se fueron a dormir juntos como cada noche desde hacía cuarenta y tres años. Murieron en la cama, sin darse cuenta. No

llegaron a estar decrépitos ni enfermos. Era su hora. Era su hora, pasara lo que pasase. Es lo que quiero que me pase cuando me llegue la hora. Quiero dormirme una noche en tus brazos, y ya no despertar nunca.

Will se inclinó sobre la barandilla de la cama y la abrazó con tanta fuerza que ella casi no podía respirar. Dejó de estrujarla como una pitón y le dio un beso en la frente, agradecido.

—Tenemos que hacer algo, Will —dijo ella.

—Lo sé.

—Tenemos que coger a esos cabrones. Quiero machacarlos vivos.

Will no podía usar su teléfono móvil sin que las enfermeras lo riñeran, así que bajó al vestíbulo. En la lista de contactos del teléfono de prepago había un número memorizado. Will lo marcó.

—¿Sí? —respondió una voz jadeante.

—Soy Will Piper.

—Qué bien que hayas llamado. ¿Cómo te va, Will?

—Los vigilantes intentaron matarnos anoche. Los padres de mi esposa han muerto.

Hubo un momento de silencio.

—Lo siento mucho. ¿Has sufrido algún daño?

—Yo no; mi mujer y mi hijo sí, pero se pondrán bien.

—Me alivia oír eso. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Tal vez. Y he tomado una decisión. Voy a conseguirte la base de datos.

Esa noche, Will durmió en una silla en la habitación de su hijo en el hospital. Se habían ultimado todos los preparativos para el día siguiente, y ya no le quedaba nada que hacer salvo entregarse a un sueño reparador. Ni siquiera las enfermeras que iban y venían cada pocas horas para controlar las constantes vitales perturbaron su descanso.

Al amanecer despertó al oír los gorgoritos alegres procedentes de la cuna de Phillip, que jugaba con su muñeco de peluche, y Will, animado por este

comienzo optimista, se preparó psicológicamente para el duro día que le esperaba.

Se tensó al oír que alguien entraba en la habitación, pero no se trataba de una enfermera, sino de Laura y Greg. Habían viajado en coche desde Washington y habían sido de gran ayuda para resolver las cuestiones logísticas. Los Lipinski eran un matrimonio muy querido, por lo que el funeral sería multitudinario. Debido a las filtraciones sobre una posible manipulación de la caldera, los medios también estaban interesados, y se esperaba que acudiese un contingente nutrido de periodistas de Nueva York. Quedaban algunos detalles por concretar con el sacerdote, la funeraria y el cementerio. Dado que el embarazo de Laura no le permitía grandes ajetreos, Greg había asumido las responsabilidades de portavoz de la familia ante el mundo exterior, y Will le estaba muy agradecido por ello.

—¿Has podido dormir? —le preguntó su hija.

—Un poco. ¿Habéis visto qué buena cara tiene?

Greg bajó la vista hacia Phillip como si estuviese probando cómo le sentaba el papel de padre.

—Hola, colega.

Will se levantó, se acercó a su yerno y le posó la mano en el hombro. Era la primera vez que tenía con el joven un contacto físico que fuera más allá de un apretón de manos.

—Nos has ayudado mucho. Gracias.

—No ha sido nada —dijo Greg, ligeramente avergonzado.

—Buscaré la manera de compensártelo.

Will se hizo cargo de las funciones de jefe de seguridad, y mientras desayunaba en la cafetería, planeó meticulosamente la coreografía. Tenían que permanecer a la vista del público, en medio del gentío. Frazier podría observarlos cuanto quisiera, pero no iría a por ellos delante de todo el mundo. Los detalles eran importantes. Todo tenía que ir como la seda, pues de lo contrario acabarían en el fondo de un agujero muy profundo.

Cuando entró en la habitación de Nancy, esta ya llevaba puesto su vestido negro nuevo y estaba de pie frente al espejo del baño. Parecía decidida a mantener el rostro seco mientras se maquillaba. Un viejo amigo del FBI se

había pasado por el piso de Will para llevarle uno de sus trajes oscuros. Ninguno de los dos se había puesto ropa tan elegante desde el día de su boda. Will colocó la mano en la parte baja de la espalda de Nancy.

—Estás muy guapo —comentó ella.

—Tú también.

—No sé si puedo hacer esto —dijo Nancy con voz temblorosa.

—Estaré a tu lado en todo momento —le aseguró él.

Una limusina de la funeraria Ballard-Durand los recogió delante del hospital. Siguiendo el protocolo de alta hospitalaria, llevaron a Nancy en silla de ruedas hasta el borde de la acera. Sujetando a Phillip contra sí, subió al Cadillac. Will escrutaba el tramo de acceso y la calle como si hubiera vuelto al trabajo y estuviese protegiendo a un testigo. Un pequeño grupo de agentes de la oficina de Nueva York escoltaba la limusina como una unidad del Servicio Secreto asignada a un dignatario.

Cuando la limusina arrancó, Frazier bajó sus prismáticos y, con un gruñido, le dijo a DeCorso que Piper era intocable en ese momento. Lo siguieron a cierta distancia y, al poco rato, aparcaron su coche en la avenida Maple, en un lugar desde donde se divisaban las columnas blancas de la funeraria.

Los Lipinski habían sido unas personas campechanas y sencillas, de modo que sus amigos de la comunidad se habían asegurado de que se organizara una ceremonia acorde con la sensibilidad de la pareja. Tras un sentido discurso fúnebre pronunciado por el sacerdote de la parroquia de Nuestra Señora de las Angustias, una procesión interminable formada por colegas de trabajo, compañeros de bridge, feligreses e incluso por el alcalde se pusieron de pie para contar anécdotas emotivas y graciosas de ese matrimonio atento y afectuoso cuya vida les había sido arrebatada antes de tiempo. Nancy, en el banco de la primera fila, lloraba sin parar, y cuando Phillip hacía demasiado ruido, Laura se lo llevaba por el pasillo al vestíbulo hasta que se calmaba. Will permanecía tenso y alerta, estirando el cuello y recorriendo con la mirada la sala repleta de gente. Dudaba que ellos estuviesen ahí dentro, entre ellos, pero nunca se sabía.

El cementerio de Mount Calvary estaba en el norte de White Plains, a unos kilómetros de la casa de los Lipinski, junto al campus del Westchester Community College. A Joseph siempre le había gustado aquella zona tan tranquila y, fiel a su carácter metódico, había comprado treinta años atrás una parcela familiar en el cementerio. Ahora esa parcela lo estaba esperando, y una excavadora acababa de abrir en la tierra de color marrón oscuro dos fosas, una al lado de la otra. Era una de aquellas mañanas frías y despejadas de otoño en que el sol parecía estrecho y plano, y las hojas crujían bajo los pies de los asistentes que caminaban pesadamente sobre el césped.

Frazier observaba la ceremonia frente a las tumbas a través de sus prismáticos desde una vía de acceso, a medio kilómetro de allí. Ya había ideado un plan. Seguirían el cortejo fúnebre hasta la casa de los Lipinski. Sabían que el velatorio sería allí porque le habían pedido al centro de operaciones de Groom Lake que se colaran en el servidor de la funeraria para averiguar el recorrido fúnebre y la dirección de destino de la limusina. Esperarían a que Will y Nancy se quedaran a solas con su hijo por la noche, y entonces entrarían y aprehenderían a Will, empleando la fuerza en la medida necesaria. A continuación registrarían la casa en busca de cualquier cosa que él hubiese encontrado en Cantwell Hall. Una vez que Will estuviese a buen recaudo a cuarenta mil pies de altura, solicitarían nuevas instrucciones al Pentágono. Los hombres de Frazier estaban de acuerdo en que propinar dos golpes en la misma casa en noches consecutivas era la mejor forma de aprovechar el factor sorpresa.

Mientras el sacerdote decía misa frente a las tumbas, Frazier y su equipo merendaban unos sándwiches. Y mientras Nancy tiraba un puñado de tierra sobre los ataúdes de sus padres, los vigilantes ingerían dosis de cafeína bebiendo latas de refresco Mountain Dew.

Cuando el oficio terminó, Frazier seguía observando con atención. Una multitud rodeaba a Will y Nancy, por lo que Frazier los perdió por unos momentos en un mar de abrigo negros y azul marino. Dirigió su atención a la limusina, que estaba aparcada a la cabeza del cortejo, y cuando vio subir a un hombre y una mujer con un bebé en brazos, ordenó a su conductor que

arrancara.

El cortejo fúnebre avanzó serpenteando en dirección a la casa de los Lipinski. Anthony Road era un callejón sin salida corto y flanqueado de árboles frondosos. Era imposible que Frazier aparcara allí sin que lo descubriesen, por lo que se apostaron en North Street, la arteria principal, y aguardó pacientemente bajo la luz mortecina de la tarde a que las visitas se marcharan.

El coche fúnebre de Ballard-Durand, una berlina negra, entró en el aparcamiento de una terminal privada en el aeropuerto de Westchester County. El conductor, con traje negro, bajó y echó un vistazo alrededor antes de abrir la puerta del pasajero.

—Vía libre —dijo.

Will bajó el primero, ayudó a Nancy con Philly, y los guió a toda prisa al interior de la terminal. Volvió a salir para darle una propina al chófer y sacar las maletas.

—Usted no ha estado aquí, ¿entendido?

El conductor se levantó la gorra para despedirse y se marchó.

Dentro de la terminal, Will divisó de inmediato a un hombre de complexión mediana pero recia, con el pelo cano muy corto, vaqueros y una chaqueta de cuero de aviador. El hombre descruzó los brazos y se llevó la mano a un bolsillo interior. Will, receloso, no le quitó ojo mientras el tipo sacaba una tarjeta de visita, antes de acercarse a él y tendérsela.

DANE P. BENTLEY, CLUB 2027

—Tú debes de ser Will. Y tú debes de ser Nancy. ¿Y quién es este hombrecito?

A Nancy le inspiró simpatía el rostro de Dane, con su barba gris de dos días.

—Se llama Phillip.

—Mi más sentido pésame. Vuestro avión tiene el depósito lleno y está listo para despegar.



Frazier esperó toda la tarde hasta que el ir y venir de coches por la manzana de los Lipinski cesó prácticamente por completo. A última hora de la tarde, vio que Laura Piper y su marido se marchaban en un taxi. Al anochecer, enfiló Anthony Road para pasar por delante de la casa en coche. El único vehículo que quedaba en el camino de entrada era el de Joseph. Había luces encendidas en ambas plantas. Decidió aguardar una hora más, por si alguien se presentaba a última hora para expresar sus condolencias.

A la hora señalada, sus hombres y él aparcaron en el camino de entrada y se dividieron en dos parejas. Frazier indicó a DeCorso que entrara por las trampillas del sótano y él mismo abrió la puerta del patio empujándola con el hombro. Le había quitado el seguro a la pistola, que con el tubo del silenciador parecía más larga y amenazadora. Le gustaba mover por fin el culo, entrar en acción. Estaba preparado para ejercer cierto grado de violencia, ansioso incluso. Se relamía de gusto al imaginar cómo derribaría al cabrón de Piper de un culatazo en la sien.

Sin embargo, no estaba en absoluto preparado para lo que encontró; algo que le hizo soltar una maldición. La casa estaba totalmente vacía, y un muñeco del tamaño de Phillip yacía en el sofá de la sala allí donde Laura Piper lo había dejado.

## Capítulo 32

Dane Bentley pilotaba un Beechcraft Barón 58 de veinte años de antigüedad, un bimotor ligero y estilizado, con una velocidad máxima de unos trescientos setenta kilómetros por hora y una autonomía de casi dos mil cuatrocientos kilómetros. Prácticamente no había un solo rincón del Estados Unidos continental donde no hubiese tocado tierra, y nada le gustaba más a Dane que tener una excusa para volar.

Cuando su viejo amigo Henry Spence lo llamó en calidad de miembro del Club 2027 y le dijo que la factura del combustible corría de su cuenta, Dane, ni corto ni perezoso, se puso al volante de su Mustang del sesenta y cinco y se dirigió a toda velocidad al hangar del aeropuerto municipal de Beverly, en la accidentada costa de Massachusetts. Durante el trayecto, dejó un mensaje en el buzón de voz a su compañera sentimental para comunicarle que pasaría unos días fuera, y luego le dejó otro a la mujer más joven con la que tenía una aventura. Dane se conservaba bien para sus sesenta años.

A lo lejos, unas quince millas náuticas al norte, el sol del atardecer cabrilleaba en el largo y estrecho lago Winnepesaukee, una masa de agua grande y profunda salpicada con doscientas islas erizadas de pinos. Reprimiendo su instinto de guía turístico, Dane se abstuvo de comentarlo. Detrás de él, sus tres pasajeros dormían como troncos en asientos de piel roja situados frente a frente. En vez de eso, estableció contacto con la torre de control del aeropuerto de Laconia y, unos minutos después, sobrevolaba el lago, descendiendo hacia la pista de aterrizaje.

Jim Zeckendorf había llevado uno de sus coches al aeropuerto para que Will lo utilizara, y le había dejado las llaves en un sobre en el mostrador de

aviación general. Will metió a toda prisa a su familia en el deportivo utilitario y se puso en marcha hacia la casa, mientras Dane se quedaba en el aeropuerto para consultar el parte meteorológico, presentar un plan de vuelo y echar un sueñecito en la sala de pilotos.

Tras recorrer quince kilómetros hacia el este por la carretera 11 se llegaba a Alton Bay, una de las poblaciones más pequeñas que bordeaban Winnepesaukee. Will había visitado el lugar una vez, hacía unos años, para pasar un fin de semana pescando y bebiendo. Recordaba que había llevado consigo a una novia, no lograba acordarse de cuál. En aquella época, las mujeres entraban y salían de su vida de forma vertiginosa, en una vorágine de amantes. Lo único que Will recordaba con claridad era que Zeckendorf, que aquel fin de semana estaba solo, parecía más interesado en ella que él mismo.

La segunda residencia de Zeckendorf era un refugio ideal para un abogado de éxito de Boston. Se encontraba en Adirondack, tenía quinientos cincuenta metros cuadrados y estaba construida en lo alto de un risco sobre las embravecidas aguas de la bahía de Alton. Nancy estaba demasiado cansada y aturdida para admirar la sala de estar rústica, espaciosa y abovedada que se prolongaba en una cocina de planta abierta con encimeras de granito. En circunstancias más alegres, se habría puesto a revolotear de una habitación a otra como una abeja en un campo de tréboles, pero en aquel momento era inmune a la magnificencia del lugar.

Anocheía, y al otro lado de los ventanales que daban al lago, los abedules y los pinos se mecían con el viento, y las aguas de color gris oscuro imitaban al mar, batiendo metódicamente el rompeolas de piedra. Nancy fue directamente al dormitorio principal para cambiarle el pañal a Philly y quitarse el vestido de luto.

Will recorrió la casa a paso veloz, inspeccionándolo todo. La esposa de Zeck había ido allí desde Boston para abastecer la nevera y la despensa de provisiones, potitos y cajas de pañales. Había toallas limpias por todas partes. Los termostatos estaban a la temperatura adecuada. En el garaje había un coche con las llaves puestas. Incluso había una cuna de viaje nueva en el dormitorio y en la cocina una trona que todavía llevaba pegada la etiqueta del precio. Los Zeckendorf eran increíbles.

Will sacó el arma de servicio de Nancy de su funda, comprobó el cargador y el seguro, y la dejó bien a la vista en la mesita de noche de ella, junto a un teléfono de prepago.

Nancy había limpiado al bebé, le había echado polvos de talco y se había puesto unos vaqueros cómodos y una sudadera. Will sujetó a Phillip contra su pecho y miró por la ventana mientras ella trasteaba en la cocina. Se pusieron a charlar de banalidades domésticas, como si nada de lo ocurrido los últimos dos días hubiera pasado; era un alivio darse un respiro. Cuando ella estuvo lista para dar de comer al niño, Will sentó en la trona a Phillip, que no paraba de moverse.

Entonces la abrazó durante largo rato y solo la soltó para enjugarle dos lágrimas de la cara con los pulgares.

—Te llamaré en cada escala del camino —le prometió.

—Más te vale. Soy tu compañera, ¿lo recuerdas?

—Lo recuerdo. Como en los viejos tiempos; volvemos a trabajar en un caso.

—Tenemos un buen plan. Tiene que dar resultado —dijo ella con empatía.

—¿Seguro que estarás bien? —preguntó él.

—Sí y no. —Su seguridad en sí misma se vino abajo—. Tengo miedo.

—Aquí no te encontrarán.

—No por mí; por ti.

—Sé cuidar de mí mismo.

Ella le dio un abrazo.

—Eso era antes. Ahora eres un abuelete jubilado.

Will se encogió de hombros.

—Experiencia o juventud. ¿Qué prefieres?

Ella lo besó de lleno en los labios y luego lo apartó con suavidad.

—Te prefiero a ti.

Casi había oscurecido cuando Dane despegó. El avión se ladeó sobre el lago y efectuó un elegante viraje hacia el este. Una vez que el rumbo estuvo

fijado y el aparato estabilizado a una altitud de crucero de dieciocho mil pies, Dane se volvió hacia Will, que iba apretujado en el asiento del copiloto, y se puso a hablar. Le había costado un gran esfuerzo pasar tanto rato callado. Pocas personas eran más parlanchinas o gregarias que Dane Bentley, que durante las dieciocho horas siguientes tendría un público cautivo.

La primera etapa los llevaría a Cleveland, a unos mil kilómetros de allí. Para cuando aterrizaron, cerca de cuatro horas y media después, para repostar, estirar las piernas y comprar algo de comer en las máquinas expendedoras, Will sabía muchas cosas de su piloto.

En cuanto Dane decidió en el instituto que se alistaría en el ejército, estaba cantado que se enrolaría en la Marina. Se había criado en la costa, en Gloucester, Massachusetts, donde su familia llevaba una empresa especializada en chárteres de pesca deportiva, y su padre y su abuelo eran veteranos de la Armada. A diferencia de la mayoría de sus compañeros de clase, no vivía angustiado por la posibilidad de que lo llamasen a filas para combatir en Vietnam, pues estaba ansioso por ofrecerse voluntario para descargar su energía reprimida armando gresca en el golfo de Tonkin y disparando artillería pesada.

Cuando lo destinaron por segunda vez a Vietnam, quiso entrar en el servicio de inteligencia naval, donde recibió adiestramiento para participar en operaciones encubiertas, y se pasó dos períodos de servicio subiendo y bajando por el Mekong, acompañando a las tripulaciones de lanchas rápidas para localizar las posiciones del Viet Cong. Cuando la guerra terminó, lo convencieron de que aceptara un trabajo fantástico en la Oficina de Inteligencia Naval en Maryland, donde lo nombraron suboficial de Marina en el Centro de Operaciones Marítimas.

Era un donjuán apuesto, así que no estaba precisamente en su salsa en una comunidad militar concebida para tipos casados y sus familias. Se planteó apuntarse a un programa de formación de oficiales o de mandarlo todo a la porra y volver al negocio familiar. Lo que no sabía era que el Centro de Operaciones Marítimas era el principal campo de reclutamiento para Área 51. Más de la mitad de los vigilantes de Groom Lake habían pasado por Maryland en algún momento de su carrera.

Como a todos los que se veían arrastrados a trabajar en Área 51, a Dane lo había seducido el misterio de una base naval ultrasecreta situada lejos del mar, en pleno desierto de Nevada. Cuando le concedieron la autorización de seguridad final y le revelaron la misión de la base, le pareció lo más alucinante que había oído nunca. Por otro lado, era un tipo bastante primario. Nunca le había pasado un solo pensamiento profundo por la cabeza, y no era dado a mirarse el ombligo o a meditar sobre los misterios del universo. Los fabulosos incentivos adicionales bastaron para convencerlo de que había tomado la decisión correcta.

A Will le sorprendió que el hombre que lo estaba ayudando a burlar a los vigilantes hubiese sido uno de ellos. Al principio esto le provocó cierto recelo, pero tenía que fiarse de su capacidad para juzgar a la gente, y la sinceridad y falta de malicia de Dane le decían que no suponía una amenaza. Además, ¿qué alternativa tenía? ¿Saltar del avión sin paracaídas?

Dane le dio algunas pistas sobre la forma de pensar de los vigilantes. Había desempeñado prácticamente todos los trabajos en sus filas durante tres décadas, desde manejar los arcos detectores de metales de los controles de seguridad hasta dirigir operaciones sobre el terreno contra empleados sospechosos de consultar las fechas de fallecimientos de amigos o parientes, o de comprometer el éxito de la misión de alguna otra manera. Eran unos tipos estirados, distantes y sin sentido del humor, tal como les recomendaban sus superiores, y trataban al personal con la misma actitud amenazadora con que los funcionarios de prisiones trataban a los presos.

Pero Dane era demasiado afable para llegar a ocupar un cargo directivo; en todas sus evaluaciones anuales le aconsejaban que guardara las distancias y le advertían que no confraternizara con nadie. Conoció a Henry Spence fuera del trabajo cuando tras un encuentro fortuito en una gasolinera fueron a tomarse unas copas en el casino Sands.

Dane lo sabía todo acerca de Spence. A los vigilantes les habían dicho que era un fuera de serie, un ex agente de la CIA con una mente privilegiada. Los dos hombres eran como la noche y el día, uno era todo cerebro y el otro todo músculo, pero entre los dos surgió una química debido a ese magnetismo que existe entre polos opuestos. Spence era un residente del club

de campo, educado en Princeton, con una esposa de la alta sociedad. Dane era un urbanita bebedor de cerveza de Massachusetts a quien le gustaba armar camorra y salir con strippers.

Pero ambos compartían la pasión por volar. Spence tenía una Cessna último modelo, mientras que Dane alquilaba cualquier cacharro por horas. Cuando se hicieron amigos, Spence dejó que Dane usara su avioneta siempre que le apeteciera, por lo que el vigilante se sentía en deuda con él para siempre.

Dane le contó a Will que se había retirado hacía tan solo un año, poco antes de cumplir los sesenta, la edad de jubilación obligatoria para un vigilante. Mantuvo su apartamento en Las Vegas para los inviernos y planeaba usar el bungalow que había heredado en Massachusetts para pasar los veranos junto al mar. Había comprado el Beechcraft a muy buen precio. Al cabo de un año, el plan estaba dando frutos y era un hombre feliz. Spence no había tardado en distinguir a Dane con el honor de ser el primer vigilante a quien se ofrecía la posibilidad de ingresar en el Club 2027, pese a las reticencias de otros miembros a los que les costó asimilar la idea.

Will veía a lo lejos las luces parpadeantes de Cleveland, que ocupaban la mitad del parabrisas, y la negrura del lago Erie, que ocupaba la otra mitad.

—Conoces a Malcolm Frazier, ¿verdad? —preguntó Will.

—Vaya si lo conozco. ¡Era mi jefe! Desde el instante en que salió del ascensor en su primer día, todos pensamos que llegaría a lo más alto. Un hijo de puta implacable. Habría entregado a su propia abuela. Nos daba miedo a todos. Nos observaba mientras hacíamos nuestro trabajo. Se chivaba de los compañeros por robar un miserable clip. Estaba dispuesto a todo para medrar. Ya sabes, se había ganado su reputación cargándose a gente. Un analista que trabajaba en la sección de Estados Unidos sacó bajo mano una nota con fechas de fallecimientos, enrollada y metida en una bolsita. Se la puso entre la mejilla y la encía, como tabaco de mascar. No estamos seguros de qué pensaba hacer con eso, pero era una lista de residentes de Las Vegas con fechas de muerte próximas. El tipo se emborrachó y se lo contó todo a otro tipo del laboratorio. ¡Fue así como nos enteramos! Frazier lo dejó frito con un rifle de mira telescópica a mil metros de distancia mientras el pobre

desgraciado estaba haciendo un pedido en el Burger King desde su coche. Tal vez fue el Mark Shackleton de su época.

—¿Qué sabes de Shackleton?

—Pues casi todo.

—¿Y qué sabes de mí?

—Casi todo, excepto lo que has estado haciendo últimamente. Quiero que me lo cuentes todo en nuestra siguiente parada para repostar.

Will hizo una llamada rápida a Nancy desde la sala VIP del aeropuerto. Ella estaba bien, y Philly también. Estaba dormido. Will le dijo que descansara un poco. No había nada que añadir.

Cuando estuvieron listos para proseguir el viaje, Dane hizo una inspección ocular del avión con una taza de café solo en una mano y una linterna en la otra.

—¡Siguiendo destino, Omaha! —anunció alegremente durante el despegue.

Will tenía ganas de dormir.

Dane tenía ganas de hablar.



## Capítulo 33

Unos ciento cincuenta kilómetros al sur, al doble de altitud y casi el triple de velocidad, el Learjet de Malcolm Frazier adelantó al Beechcraft, volando hacia el mismo destino.

Frazier estaba hecho polvo. La reacción del secretario Lester a la noticia de que Piper le había dado esquinazo otra vez había sido como una nueva erupción del Vesubio. Frazier se había apresurado a presentar su dimisión, y durante unas horas le pareció que Lester iba a aceptarla o a despedirlo directamente.

Pero Lester dio marcha atrás después de estudiar su agenda. Faltaban veinte días para el Suceso de Caracas. Si sustituía a Frazier menos de tres semanas antes de lanzar la operación Mano Tendida, se dispararían las alarmas de toda la comunidad de inteligencia. De la noche a la mañana, convertiría el problema hipotético de un posible peligro para la seguridad de Área 51 en un problema real. Se vería obligado a dar parte al secretario de Defensa, que seguramente enviaría a Lester al Despacho Oval a comerse el marrón de rendirle cuentas al presidente.

Todavía no sabían qué había descubierto Piper en Inglaterra, ni para qué quería Spence el libro de 1527, ni si alguien tenía la más remota intención de levantar la liebre de Groom Lake. A medio plazo, Frazier acabaría de patitas en la calle. A corto plazo, era mejor que un delantero reserva. Rechinando los dientes, Lester tomó la decisión.

Frazier ya se había hecho a la idea de que lo despedirían, así que cuando Lester llamó para echarse atrás, experimentó todo un abanico de emociones. Por un lado, habría sido un alivio para él desentenderse de aquel follón, dejar

su BlackBerry encima de la mesa y subir en el ascensor al nivel del desierto por última vez. Ya se las apañarían sin él. Por otro lado, desde una perspectiva más visceral, detestaba la idea de marcharse como un perdedor. ¿El hito más importante de su carrera sería haber dejado que Will Piper lo engañase como a un chino? ¡No si él podía evitarlo!

Piper siempre parecía ir uno o dos pasos por delante de él, lo que minaba su autoestima. Ciertamente: el tipo no era un objetivo normal y corriente, había sido un agente destacado del FBI, pero... ¡por Dios! Actuaba en solitario, disponía de recursos limitados y se enfrentaba a todo el poderío de Frazier. Por las fechas de fallecimiento que Frazier llevaba en el bolsillo, estaba bastante seguro de que todo terminaría pronto, pero no sabía cómo.

Lester le había dado una última oportunidad para redimirse. Cada vez que sucedía algún imprevisto en una misión, había un factor en el que Frazier había aprendido a confiar para enderezar la situación: su inteligencia. Había llegado a jefe de seguridad porque no solo era un hombre de acción, también tenía cerebro. La mayoría de los vigilantes no eran más que miembros de la Policía Militar con pretensiones, tipos que obedecían órdenes y ejecutaban planes trazados por otros. Él se consideraba superior a ellos, y, según sus cálculos, habría llegado a ser un analista de alto nivel como Spence o Kenyon si no le hubiera importado pasarse todo el día metido en un despacho como un chupatintas cualquiera.

Así que se había comprometido con el éxito, y un poco de pensamiento lateral le daba buenos resultados. Por una corazonada, había indicado a sus hombres del centro de operaciones de Área 51 que intervinieran los teléfonos fijos y móviles de todos los miembros conocidos del Club 2027, de cada uno de los jubilados que constaran en sus archivos y que conocieran a Henry Spence de algo más que de vista. Supuso que Spence y Piper se comunicarían a través de teléfonos seguros, pero había una pequeña posibilidad de que intentasen contactar con más gente.

La conversación telefónica clave no se procesó hasta casi un día después de su grabación, debido a la gran cantidad de material procedente de las escuchas. Cuando Frazier la recibió, estaba exprimiéndose el cerebro en White Plains intentando decidir cuál sería el siguiente paso. El archivo de

audio llevaba la marca de máxima prioridad. Frazier lo escuchó por el altavoz de la BlackBerry.

*Dane, aquí Henry Spence. ¿Tienes un minuto?*

*Para ti tengo incluso dos minutos. No he reconocido el número.  
¿Cómo estás?*

*Vivito y coleando, ¡al menos durante unos días más! Te estoy llamando por uno de esos teléfonos en los que pagas por adelantado. Creo que hay saldo de sobra, pero deja que vaya al grano.*

*Vale.*

*¿Te acuerdas del asunto Shackleton?*

*Claro.*

*Will Piper me ha estado ayudando con un asunto relacionado con el 2027. Lo enviamos a Inglaterra, y lo encontró.*

*Encontró ¿qué?*

*Las respuestas. Lo tenemos todo.*

*Cuéntame.*

*Ya te lo contará él. Necesito que llenes el depósito de tu Beechcraft —yo te lo pago— y lo lleses a un sitio. Frazier y los suyos andan tras él.*

*¿Adónde tengo que llevarlo?*

*Reúnete mañana con él en la terminal de aviación general del aeropuerto de Westchester Country en Nueva York, a las dos del mediodía. El te dará los detalles, pero te aconsejo que lleses un cepillo de dientes. ¿Te apuntas?*

*La duda ofende.*

Frazier tenía un nuevo blanco de su ira acumulada: Dane Bentley. ¡Un ex vigilante, uno de los suyos! ¡La mayor traición imaginable! Ese tipo siempre le había inspirado sentimientos contradictorios. Costaba no dejarse cautivar por la afabilidad de Dane, pero a Frazier siempre le había parecido sumamente sospechoso que se llevara tan bien con los subalternos. Nunca

había conseguido pillarlo in fraganti, pero sus sospechas habían mantenido a Bentley fuera de su círculo de allegados.

Ordenó de inmediato a uno de sus hombres que comprobara la fecha de fallecimiento de Bentley, pero cuando la obtuvo se sintió decepcionado.

El centro de operaciones localizó rápidamente la matrícula del avión de Bentley en la base de datos de la Administración Federal de Aviación, y poco después tenían en sus manos el plan de vuelo presentado: de White Plains a Laconia, New Hampshire; de allí a Cleveland, Ohio; de allí a Omaha, Nebraska; de allí a Grand Junction, Colorado, y de allí, por último, al aeropuerto Bob Hope de Burbank, California. Ahora también tenían el número del teléfono de prepago de Spence, que podría resultarles de lo más útil.

—Los Ángeles —gruñó Frazier cuando le transmitieron esa información—. Quiere volver al escenario del delito.

—Va a buscar la memoria USB, ¿verdad? —preguntó DeCorso.

Frazier asintió.

—Nos vamos cagando leches a Los Ángeles.

A Will le sorprendió que Dane estuviese tan lleno de energía a esas horas. Era una buena noche para volar, sin incidencias meteorológicas importantes en el trayecto, así que Dane prestó de buena gana casi toda su atención a la explicación que, según él, Spence quería que Will le diera.

Will se lo contó todo, con la lengua pastosa por el cansancio. Aunque Dane no era un hombre culto, se emocionó al oír que había una conexión con Shakespeare, y la historia de Nostradamus le pareció fascinante. Nunca había oído hablar de Juan Calvino, pero no le avergonzaba admitir su falta de conocimientos. Escuchó maravillado el relato de los monjes escribas y su suicidio en masa, pero restó importancia a la revelación *Finis Dierum*.

—No creo que el mundo vaya a acabarse así como así. Sé que a Spence le van esos temas, pero, joder, no estaré vivo para verlo.

Will lo miró de reojo.

—Sí, he sido un chico malo. Le pedí a Spence que me buscara en la base

de datos antes de que se jubilara. La palmaré en 2025 a la edad no tan avanzada de setenta y cuatro años. Me queda mucha guerra que dar hasta entonces. Tú eres FDR, ¿verdad?

—¿Hay algo de mí que no sepas?

—¡Vamos, el Club 2027 no es más que una panda de viejos que se reúnen para darle a la sinhueso! Tu caso del Juicio Final por fin les dio algo de que hablar. —La cháchara que se oía por los auriculares lo distrajo por un momento—. Siento lo de la chica y su abuelo. Me da la impresión de que habías conectado con ella. —Dijo «conectado» con cierto retintín. En lo que se refería a las mujeres, Dane estaba en la misma onda que él.

—¿Tanto se me nota?

—Sí, señor.

—No me siento precisamente orgulloso de ello.

—Un hombre tiene que hacer lo que debe hacer. Ese es mi lema. —Tras confirmar su altitud a un controlador aéreo, le dijo a Will—: Quiero darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por ayudar a Henry. Pasado mañana le toca liar el petate. Gracias a ti, se irá luchando con uñas y dientes en vez de quedarse sentado mirando el reloj. A mí, personalmente, me gustaría que la parca me pillara con una modelo de trajes de baño.

Will le dio unas palmaditas en el hombro. Era un tipo legal.

—Estoy contigo.

Pensó en ello mientras Dane surcaba la negrura de las llanuras. No, en realidad estaba seguro de que elegiría un final distinto: estar con Nancy cuando le llegara la muerte.

Estaba claro que a Dane no le gustaba el silencio, así que empezó a darle a la lengua otra vez.

—Te voy a contar algo, pero es totalmente confidencial, ¿vale?

—De acuerdo. ¿Por qué?

—Porque me está quemando por dentro. Creo que sé por qué están moviendo cielo y tierra para quitarte de en medio. Tú me has revelado un montón de información secreta esta noche, amigo mío, así que te pagaré con

la misma moneda. Al fin y al cabo, los dos estamos metidos en esta mierda hasta las orejas.

—Adelante. Te escucho.

—Va a pasar algo muy gordo dentro de unas tres semanas, en Caracas, Venezuela. Lo descubrieron tiempo atrás, pero hace un par de años, la CIA desarrolló un plan de acción para sacar partido de la situación, y para cuando yo dejé Groom Lake, habían dado luz verde al proyecto.

—¿Qué va a pasar?

—La madre de todos los terremotos en Latinoamérica, con el epicentro en Caracas. Morirán más de doscientas mil personas en un día. Al menos los cerebritos creen que va a ser un terremoto. Ninguna otra desgracia arrojaría esas cifras.

—Eso es mucha gente —comentó Will.

—No hace falta que te diga que Venezuela posee dos cosas que tienen muy pendiente al Tío Sam: petróleo y rojos. Vamos a aprovechar el desastre para mezclar las cosas.

—¿Un derrocamiento?

—En esencia, sí. Por lo que sé, lo disfrazarán de misión humanitaria. Habrá un cargamento de tiendas de campaña, catres, comida y material médico preparado para enviar en cuanto se despeje la polvareda. Suponen que aquello será un caos absoluto. El gobierno venezolano no dará abasto. Su presidente sobrevivirá, pero mucha de su gente no. Contaremos con la colaboración de los partidos de la oposición, que estarán listos para tomar cartas en el asunto. Los colombianos y guyaneses pondrán su grano de arena invadiendo territorios fronterizos en disputa. Se supone que los ejércitos de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia tienen planeado intervenir como fuerzas de paz. El malo de la película saldrá por patas. Uno de los nuestros tomará el poder y abrirá las puertas de nuevo a las petroleras estadounidenses y europeas. Ese es el plan, al menos hasta donde mi pobre y limitado cerebro llega a entender.

El zumbido de los motores del Beechcraft ahogó el tenue silbido de Will. Todo encajaba: su interés desmedido por el libro que faltaba; su decisión fría y calculada de matar a los Cantwell y a sus suegros; su determinación de

neutralizar a Will Piper. Frazier y sus superiores estaban luchando por todos los medios para evitar que saliese a la luz la mayor de las operaciones encubiertas de la historia: el derrocamiento del régimen hostil de un país rico en petróleo valiéndose de las predicciones de la Biblioteca de Área 51. Solo había una cosa de la que Will estaba seguro: el gobierno utilizaría todo su poder para aplastarlo como a una cucaracha.

Mientras Dane iniciaba el descenso hacia las llanuras de Nebraska, Will de pronto se sintió muy pequeño. El bimotor no era más que un punto diminuto en el inmenso cielo nocturno, y él no era más que un hombre que iba a enfrentarse contra una máquina gigantesca.

## Capítulo 34

Llegaron al término de su viaje al día siguiente, bajo el sol californiano, de un color amarillo deslucido por el aire contaminado del mediodía. Will durmió durante todo el vuelo y apenas despertó a tiempo para contemplar la extensión inabarcable de Los Ángeles, una visión onírica en la neblina.

—Final de trayecto —anunció Dane al ver que Will se rebullía.

—No sé cómo has conseguido mantenerte despierto.

—¡A lo mejor estaba en piloto automático! —Hizo una pausa—. ¡Es broma! He estado de palique con todas las voces femeninas que he encontrado por la radio. Soy como un camionero del aire.

En la pista de aterrizaje del pequeño aeropuerto, Will se desperezó al sol como una iguana soñolienta mientras aguardaba a que Dane pusiera el avión a punto. Soplaban una ligera brisa, la temperatura rondaba los veintitrés grados y la sensación del viento suave en la piel resultaba agradable, como un bálsamo cálido. Telefonó a Nancy. Estaba bien, todavía anestesiada por la tristeza, pero bien. Temprano por la mañana había llevado a Philly al muelle, se había acomodado en una piedra grande y plana del rompeolas, y había mecido al bebé en sus brazos al ritmo del oleaje hasta que se había dormido de nuevo.

El plan del día era sencillo. Dane alquilaría un coche, porque si Will pagaba con su tarjeta de crédito, podrían seguirle la pista. Luego, mientras Will hacía sus recados, Dane se echaría una siesta en un motel cercano. Más tarde, se reunirían en el aeropuerto y darían el pequeño salto a Las Vegas para ver a Spence y a Kenyon. Al menos, esa era su intención.

Will agitó la mano para despedirse de Dane en el aparcamiento de la



agencia de alquiler de coches y enfiló hacia el sur, en dirección a Pershing Square, en el centro de Los Ángeles.

Frazier lo estaba observando.

No pensaba dejar nada al azar. Había hecho venir a más hombres de Groom Lake para contar con tres equipos de tres. Uno de ellos, encabezado por DeCorso, siguió el coche alquilado de Will; el vehículo desde el que Frazier dirigía la operación iba detrás, como refuerzo para DeCorso, y el tercer equipo, comandado por un agente llamado Sullivan, se quedó vigilando a Dane.

Frazier escupió una orden en su micrófono en cuanto su coche arrancó.

—Sullie, no pierdas de vista al piloto y mantenme informado. Y, cuando llegue el momento, dale un rodillazo en los huevos de mi parte.

El tráfico del mediodía era lo bastante fluido para que Will llegara al centro en menos de media hora. Dejó el coche en un aparcamiento municipal situado frente al edificio art déco de la Biblioteca Central y cruzó la calle Cinco con el semáforo en rojo, con el descaro de todo buen neoyorquino.

Aunque hacía quince meses que había estado en esa biblioteca por última vez, tenía la sensación de que no había pasado el tiempo. Recordaba el sabor del miedo que había notado en su boca ese día. Acababa de sobrevivir a treinta segundos en el infierno, un tiroteo en una reducida habitación del hotel Beverly Hills. Había dejado a cuatro vigilantes desangrándose sobre la alfombra mullida de tonos pastel de uno de los bungalows. Los sesos de Shackleton asomaban burbujeantes por una herida del tamaño de un corcho que tenía en la cabeza. Will sujetaba en la mano un dispositivo de memoria que contenía una copia de la base de datos pirateada de Shackleton, con las fechas de nacimiento y de muerte de todo el mundo en Estados Unidos. Era su póliza de seguros, su salvavidas, y necesitaba un sitio donde esconderlo. ¿Qué mejor lugar que una biblioteca?

Will subió a grandes zancadas la escalinata de la biblioteca y abrió de un empujón las puertas de la entrada, sin advertir que dos jóvenes vigilantes le iban a la zaga. DeCorso se había quedado en el coche, pues Frazier lo había reducido a la humillante condición de chófer. Quería que se encargaran de la persecución hombres más jóvenes, y sabía que DeCorso tenía las horas

contadas. No sabía cómo, ni exactamente cuándo, pero no quería que nada le estropeará la operación.

Will pasó rápidamente frente al mostrador de información y los ascensores hasta la escalera principal, y comenzó a descender hasta el tercer nivel subterráneo. Bajo la desagradable luz fluorescente del sótano, se adentró en las hileras de estanterías, dirigiéndose hacia una en concreto situada en el centro de la sala. Los vigilantes bajaron a la velocidad justa para que Will no los descubriera, pero sin perderlo nunca de vista; luego se separaron y zigzaguearon entre las estanterías. Por suerte para ellos, había al menos una docena de usuarios de la biblioteca en el sótano, por lo que les resultaba relativamente fácil pasar inadvertidos.

Will encontró el sitio exacto que recordaba perfectamente y se paró en seco, desconcertado. La última vez que había estado allí, la estantería estaba repleta de libros desgastados de color ocre, la colección completa de códigos municipales del distrito de Los Ángeles, que abarcaba siete décadas. Había decidido que era un escondrijo ideal por el aspecto descuidado de los libros, que indicaba que nadie los había tocado desde hacía tiempo.

El volumen correspondiente a 1947, el que él había elegido, no estaba allí.

¡Ninguno de los volúmenes estaba allí!

Will avanzó ansioso a lo largo de las hileras de estantes, buscando en vano. Masculló una palabrota. Caminó entre las librerías a paso acelerado, con una angustia creciente.

El mostrador de información estaba desierto, con un teléfono en una de las paredes. Will descolgó el auricular y esperó hasta que contestó una empleada de la biblioteca.

—Sí, estoy en la tercera planta subterránea. Busco los códigos municipales del distrito de Los Ángeles. Antes estaban aquí abajo. —Uno de los vigilantes escuchaba desde detrás de una estantería cercana—. Esperaré —dijo Will. Al poco rato, volvió a hablar—. ¿Bromea? ¡No, no puedo esperar seis semanas! ¿Me da la dirección para que hable con ellos directamente? ¿Qué le cuesta darme la dirección? Gracias. Se lo agradezco. —Colgó, sacudiendo la cabeza con frustración, y subió la escalera a toda

prisa.

Frazier oyó por el auricular que su hombre le susurraba:

—Estaba buscando unos tomos de los códigos municipales del distrito de Los Ángeles. Por alguna razón, ya no están en la biblioteca. Le han dado una dirección. Es posible que vaya hacia allí.

Will regresó corriendo a su coche y desplegó el mapa de la agencia de alquiler. El bulevar East Olympic estaba a solo unos cinco kilómetros de allí, lo que fue un alivio para él porque no se sentía en condiciones de recorrer grandes distancias. Salió del aparcamiento y avanzó por la calle Cinco hacia Alameda. Menos de diez minutos después había cruzado el río Los Ángeles, con las orillas revestidas de hormigón, y se había adentrado en una zona industrial gris repleta de naves de una sola planta. Frazier y DeCorso lo seguían a una distancia prudente.

Encontró el Centro Olímpico Industrial y aparcó en una de las plazas para visitantes. Tenía un mal presentimiento. Ya era mala suerte que su libro estuviese entre los volúmenes que habían elegido para que los digitalizaran, como parte de un programa conjunto entre la red de bibliotecas del distrito de Los Ángeles y una empresa de búsquedas por internet. Ahora tenía que perder el tiempo con esas tonterías.

Cuando Will entró en la recepción de una de las naves industriales, a Frazier le entró el pánico. Necesitaba tener un control absoluto sobre la situación, y sin embargo acababa de perder de vista a Piper. Al otro lado del aparcamiento divisó una furgoneta grande de UPS. Pensó a mil por hora. Envío hacia allí a los dos vigilantes que iban con él y les dijo que antes de diez minutos uno de ellos debía estar dentro de la nave industrial. Los dos jóvenes entusiastas bajaron del coche.

La decoración de la recepción era tan anodina que resultaba deprimente. Una recepcionista solitaria y aburrida estaba sentada tras un largo mostrador. En la pared había colgadas placas que conmemoraban logros de la empresa, pero eso era todo. Will esperó pacientemente a que la chica dejara de hablar por teléfono; cuando lo hizo, le soltó una explicación enrevesada sobre por qué necesitaba consultar uno de los libros que habían llevado allí para escanear. Ella lo miró con expresión de no entender nada, y Will empezó a

preguntarse si entendía su idioma.

—Esta es una nave industrial y un centro de escaneado —dijo al fin la joven—. Aquí no prestamos libros.

Will lo intentó de nuevo, despacio, desplegando todos sus encantos para que ella se mostrase más dispuesta a ayudar. La placa de identificación en el mostrador indicaba que se llamaba Karen. Will pronunciaba su nombre repetidamente, con voz aterciopelada, para conectar con ella, pero por más que intentaba venderle la moto, la chica no parecía dispuesta a comprársela.

En ese momento entró un repartidor de UPS con una camisa y unos pantalones cortos marrones que le quedaban muy apretados. Will se fijó en sus músculos, propios de alguien que hacía pesas, pero no le dio mayor importancia. El joven se quedó esperando a una distancia respetuosa. Dentro de la furgoneta de UPS, el hombre al que el uniforme le sentaba bien yacía entre los paquetes, inconsciente como consecuencia de una presión ejercida en un punto específico del cuello.

—Oiga —dijo Will, suplicante—, he venido desde Nueva York para conseguir ese libro. Ya sé que no es algo que suelen hacer, pero le estaría muy agradecido si me hiciera este favor personal.

Ella lo contemplaba con una mirada gélida.

Will se sacó la cartera.

—Le daré algo por las molestias, ¿de acuerdo?

—Esto es una nave industrial. No sé por qué le cuesta tanto entenderlo. —Miró por encima del hombro de Will al hombre de UPS—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Sí —dijo el repartidor—. Llevo un paquete al 2555 de East Olympic. ¿Es aquí? Estoy sustituyendo al que cubre esta ruta.

—Este es el 2559 —señaló ella—. El número que busca está allí.

Un empleado de la empresa entró, saludó a la recepcionista con un gesto de la mano y acercó una tarjeta de seguridad blanca a un lector magnético negro instalado en la pared. La puerta se abrió con un chasquido. Mientras el hombre de UPS se tomaba su tiempo antes de marcharse, Will advirtió que había una tarjeta de seguridad similar en el mostrador, junto al teclado de la recepcionista, en la que se leían las palabras visitante autorizado. La joven

alzó la vista hacia Will con cara de exasperación, como diciéndole «¿sigues aquí?».

—Quisiera hablar con el encargado, si no le importa —exigió Will. Como la amabilidad no le había dado resultado, había adoptado un tono amenazador—. No me iré sin hablar con él. O con ella. ¿Lo captas, Karen? —Esta vez pronunció su nombre como si fuera un insulto.

Ella, nerviosa, hizo lo que le pedía: marcó un número y preguntó a un tal Marvin si podía acudir a recepción. Will se quedó esperando de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, tan tensos que se sentía como si llevara una camisa de fuerza.

En la parte trasera de la camioneta de UPS, el hombre de Frazier se cambió la ropa, comprobó que su víctima siguiera respirando e informó de la situación a su jefe a través de su transmisor.

La recepcionista se mostró aliviada al ver llegar al encargado de planta, como si aquel hombre delgado con gafas pudiera protegerla de la mole desafiante que esperaba frente al mostrador. La chica se levantó para susurrarle algo, y Will aprovechó el momento para inclinarse, coger la tarjeta de seguridad y esconderla en la palma de la mano.

Marvin dejó que Will le expusiese su petición, pero se mantuvo inflexible. Aquellas instalaciones no estaban abiertas al público. El procedimiento que él les pedía no se contemplaba en el reglamento. No estaban autorizados para localizar libros por separado. Por cierto, añadió con sarcasmo, ¿no le sería más fácil encontrar otra copia de los códigos municipales de Los Ángeles correspondientes a 1947 en otra biblioteca? Al fin y al cabo, la que ellos tenían no era la única en el mundo.

Will se quedó sin argumentos. La conversación empezaba a desviarse hacia terrenos pantanosos del tipo «si no te vas, tendré que llamar a la policía». Salió de allí con ademán furioso, mientras se guardaba la tarjeta de seguridad en el bolsillo. Había otro lector magnético negro junto a la puerta exterior. Ya volvería.

Frazier observó a través de los prismáticos a Will, que regresaba a su coche con las manos vacías. Cuando el vehículo de Will se puso en marcha, Frazier lo siguió, preguntándose adónde iría a continuación.

Will no lo había planeado así, pero tenía que matar el tiempo de alguna manera, y cuando se le ocurrió la idea, le gustó.

Le daba una sensación de simetría, parecía una buena forma de cerrar el círculo. En un semáforo, volvió a echar un vistazo al mapa de la zona. Tal vez tardaría una hora en llegar allí, pero no podía regresar a la nave industrial antes del atardecer. Además, tendría que rezar por que el taller de escaneado no tuviera un turno de noche o un guardia de seguridad. Dejaría dormir a Dane, pero en algún momento de la tarde tendría que llamarlo para avisarle de que se retrasaría.

Tomó la carretera 710, y Frazier lo siguió despacio en aquel tráfico denso como la melaza. Will aprovechó que avanzaba a paso de tortuga para llamar a Nancy y compartir su frustración con ella. La vio mejor, más fuerte, lo que también lo hizo sentirse mejor y más fuerte. La entereza de Nancy le daba fuerzas para seguir adelante.

Cuando la 710 se convirtió en la autopista de peaje de Long Beach al sur de la 405, Frazier comprendió adónde se dirigía Piper. Lo anunció por radio a los demás.

—No puedo creerlo. Va a Long Beach. ¿A que no sabéis quién está en Long Beach, niños y niñas?

## Capítulo 35

El hospital para enfermos crónicos de Long Beach, en un débil intento de presentar un aspecto alegre, tenía unas macetas de barro con plantas multicolores de temporada colocadas junto a la entrada. Por lo demás, el edificio bajo de ladrillo blanco hacía honor a lo que era: un depósito industrial para los desahuciados y los dependientes. Los pacientes que ingresaban allí nunca recibían el alta.

Ya en el vestíbulo se respiraba un aire viciado que olía a enfermedad y antisepsia. Indicaron a Will que Shackleton estaba en el ala este, y él caminó por los pasillos sombríos de color verde lima, cruzándose con visitas y empleados que andaban despacio, pues no había nada por lo que valiera la pena ajetrearse. Nadie parecía alegrarse de estar allí. El mar, a menos de un kilómetro, fresco y vigoroso, pertenecía a otro mundo.

Frazier estaba sentado en el coche frente al hospital, pensando en el siguiente paso. ¿Debía enviar a alguien dentro y correr el riesgo de que lo reconocieran? ¿Qué se llevaba Piper entre manos? ¿Era posible que por algún motivo necesitara a Shackleton para recuperar la base de datos? Eso no tenía sentido. Por las declaraciones del propio Piper tras los hechos, sabía que después del tiroteo en Beverly Hills, había comprado un dispositivo de memoria en una tienda Radio Shack y lo había ocultado en algún lugar de Los Ángeles. Ahora sabían que lo había escondido en un libro de la Biblioteca Central. Shackleton no era un elemento esencial.

—No es más que una visita social para pasar el rato —dijo Frazier a sus hombres—. Estoy seguro. Solo tenemos que esperar.

Se puso en contacto con Sullivan, su otro hombre, y le preguntó por la

situación del piloto. Sullivan respondió que Dane se había resistido como un jabato en el motel antes de que le inyectasen un tranquilizante y lo metieran en un carrito de lavandería. Iba en un Learjet, camino de su antiguo hogar, Área 51, donde lo interrogarían y lo retendrían mientras decidían qué hacer con él. Frazier se relajó y mandó a uno de sus hombres a por café.

No había nadie en el puesto de enfermeras, y Will tamborileó con los dedos en el mostrador esperando a que apareciera alguien. Una joven regordeta embutida en un uniforme almidonado salió por fin de la sala de descanso con una mancha de algo rojo y pegajoso en la comisura de la boca.

—Quisiera ver a Mark Shackleton.

La mujer pareció sorprendida. Will supuso que el tipo no recibía muchas visitas.

—¿Es usted pariente suyo?

—No. Un viejo amigo.

—Las visitas son solo para parientes.

—Vivo en Nueva York. He venido de muy lejos.

—Las normas son las normas.

Will suspiró. La historia se repetía.

—¿Puedo hablar con su supervisor, por favor?

La enfermera llamó a una mujer mayor y negra, una tía dura y estricta con pinta de llevar el reglamento tatuado en el brazo. Estaba explicándole a Will la política de visitas del hospital cuando de pronto se interrumpió y lo escrutó atentamente por encima de sus gafas para ver de cerca.

—Usted es el que sale en su fotografía.

—Ah, ¿sí?

—La única que tiene. Nadie viene a verlo, ¿sabe? De vez en cuando se presenta alguien del gobierno con un pase especial que solo se queda unos minutos. ¿Dice usted que es un amigo?

—Sí.

—Acompáñeme. Haré una excepción.

La visión de Shackleton en la cama lo impresionó, por su aspecto empequeñecido y escuálido. Nunca había sido un tipo precisamente fornido, pero tras un año de coma y de alimentación por sonda parecía un esqueleto



viviente con la piel amarillenta y c rea, y huesos prominentes y puntiagudos. Will habría podido levantarlo en brazos con la misma facilidad con que levantaba a su hijo pequeño.

Estaba tendido de costado, pues lo cambiaban de posición a diario para evitar las llagas. Tenía los ojos abiertos pero velados, y la boca permanentemente abierta formando un óvalo que dejaba al descubierto sus dientes marrones. Llevaba una gorra mugrienta de los Lakers encasquetada en la calva, que tapaba la hendidura de su terrible herida. Una sábana lo cubría de la cintura para abajo. Tenía el torso y los brazos tan raquíticos como los de un preso de un campo de concentración, y las manos, crispadas como garras. Su pecho se movía con brusquedad; cada respiración era un jadeo espasmódico. Una sustancia en su cuerpo se introducía a través de una bolsa de plástico: un líquido blanco que goteaba a través de un tubo gástrico. En otra bolsa de plástico se acumulaba otra sustancia del cuerpo: orina a través de un catéter.

Sobre la mesilla de noche no había más que una foto enmarcada. En ella aparecían los cuatro compañeros de residencia estudiantil en la celebración de los veinticinco años de su graduación. Jim Zeckendorf en un extremo, sonriendo de oreja a oreja, y Alex Dinnerstein en el otro. En medio, Shackleton con una sonrisa forzada y la misma gorra de los Lakers, al lado de Will, que le sacaba una cabeza, fotogénico y relajado.

—Cuando fueron a su casa, esta fue la única foto que encontraron, así que la trajeron aquí, todo un detalle por su parte.  Qui nes son los otros dos?

—Fuimos compañeros de habitación en la universidad.

—Se nota que era un hombre inteligente, aunque no hable.

— Hay alguien que crea que puede llegar a recuperarse? —preguntó Will.

— Cielo santo, no! —exclamó la enfermera—. Su estado ya no va a mejorar. Las luces están encendidas, pero Dios sabe que no hay nadie en casa.

Dejó a Will solo junto a la cama.  l acercó una silla y se sentó a medio metro de la barandilla, fijándose en la mirada vacía de Shackleton. Deseaba poder odiarlo. Ese hombrecillo desdichado le había tendido una trampa como

a un conejo y lo había arrastrado a su mundo desquiciado. Le había revelado la existencia de la Biblioteca sin que él se lo pidiera y había lanzado su vida hacia una órbita extraña. Quizá todo estaba predestinado, escrito en las estrellas, pero aquel hombre digno de lástima había seguido un plan deliberado para fastidiarle la vida, y lo había conseguido de manera espectacular.

Sin embargo, Will no era capaz de sentir odio hacia ese ser medio muerto que boqueaba como un pez fuera del agua y cuya cara recordaba al personaje boquiabierto y angustiado de *El grito*, el cuadro de Munch. No sentía más que tristeza al pensar cómo había malgastado su vida.

No se tomó la molestia de hablarle, como hacen las visitas ingenuas y esperanzadas a los pies de la cama de un comatoso. Simplemente se quedó sentado y aprovechó el tiempo para reflexionar sobre su propia vida, las decisiones que había tomado, los caminos que había elegido y los que no. En todas las ocasiones en que sus decisiones habían afectado a la vida de otros, ¿estaban esas decisiones predestinadas por una inteligencia invisible? ¿Era responsable de sus actos o no? ¿Serviría de algo que planeara su siguiente paso? Después de todo, pasaría lo que tuviera que pasar, ¿no? A lo mejor no regresaría a la nave industrial para pasar una noche insoportable buscando el dispositivo de memoria. A lo mejor se quitaría la camisa y se quedaría tumbado en la playa toda la noche, mirando las estrellas. A lo mejor esa era la siguiente gran jugada en el tablero de ajedrez del universo.

La mente de Will no era demasiado propensa a filosofar. Él era un hombre práctico que se regía por el instinto y la acción. Si le entraba hambre, comía. Si se ponía cachondo, buscaba una mujer. Si su matrimonio o una relación le amargaban la vida, la rompía. Si tenía un trabajo que hacer, lo hacía. Si había un asesino, él lo encontraba.

Había vuelto a convertirse en marido. Y en padre. Tenía una esposa estupenda y un hijo que prometía mucho. Tenía que concentrar sus energías en ellos. Debía basar sus decisiones en lo que fuera mejor para Nancy y el bebé. Si había otros factores en juego, mala suerte. No debía dar demasiadas vueltas a las cosas. Su siguiente paso sería recuperar la memoria USB. Luego se la metería metafóricamente por el culo a Frazier.

Se sintió mejor, más como el Will de siempre.

¿Y el año 2027?

Se tratara o no del fin del mundo, no era inminente. Le quedaban diecisiete años para compensar cinco décadas de egoísmo. Disponía de tiempo para reparar sus errores.

La cosa habría podido ser mucho peor.

—Gracias, gilipollas —le dijo a Shackleton.

## Capítulo 36

En el camino de vuelta a la nave industrial, Will hizo tres llamadas telefónicas: una lo animó y dos lo desalentaron.

Nancy ya no estaba sola. La hija y el yerno de Will acababan de llegar a la casa del lago para hacerle compañía hasta que Will regresara. Will la notó alegre y distraída, y al fondo se oían los agradables sonidos de gente cocinando.

Las otras llamadas lo dejaron preocupado. Dane no cogía su teléfono móvil. Cuando telefoneó al motel, pasaron la llamada a su habitación, pero nadie contestó. El recepcionista le confirmó que se había registrado. Will supuso que el hombre tenía el sueño muy pesado, pero no se quedó tranquilo.

En Área 51, el móvil de Dane recibió un aviso de llamada perdida de Will. Un técnico del centro de operaciones localizó las antenas repetidoras con las que se había conectado el móvil de Will y descubrió que estaba en la zona septentrional de Long Beach y avanzaba hacia el norte. Llamó a Frazier para comunicarle la noticia.

Frazier soltó un gruñido. Saber el número de teléfono de Piper estaba bien, pero esperaba no necesitarlo. Mantenía el contacto visual directo con Will y, si todo salía bien, pronto lo detendría y se apoderaría de la base de datos.

Entonces realizaría un registro sorpresa de la casa de Henry Spence y se llevaría lo que fuera que Piper había encontrado en Inglaterra.

Estaba deseando quitarse a Lester de encima. Quería comunicarle que había realizado su trabajo, que había conjurado la amenaza y neutralizado a sus objetivos. Quería oír al burócrata deshacerse en elogios hacia él, por una

vez. Luego se tomaría unos días libres para barnizar el suelo de madera de su terraza o dedicarse a alguna otra tarea agradable y cotidiana. Cuando faltase una semana para el Suceso de Caracas, la base cerraría sus puertas, y él viviría allí las veinticuatro horas, todos los días.

Como todavía era algo temprano para poner manos a la obra, Will hizo una parada para cenar a un par de kilómetros de la nave industrial. En el aparcamiento del restaurante chino intentó contactar con Dane de nuevo, pero no lo consiguió. Esta vez le dejó un mensaje en el buzón de voz.

—Soy Will. Son las cinco y media. He estado intentando localizarte. Este asunto me está llevando más tiempo del que había previsto. Llámame en cuanto oigas este mensaje.

Una hora después, continuaba allí, lleno a reventar de cerdo Mu Shu y té verde. En el restaurante había un bar bien provisto, con gran variedad de bebidas alcohólicas, pero él seguía sirviéndose tazas del maldito té.

Antes de irse, partió en dos su galleta de la suerte. La tira de papel decía: «Lo más inteligente es prepararse para lo inesperado».

«Caray, muchas gracias», pensó.

Cuando dobló la esquina para entrar en el aparcamiento de la nave industrial, Will contuvo la respiración. Estaba vacío. Gracias a Dios, no había turno de noche. Hacía media hora que se había puesto el sol, y le reconfortó que la luz se estuviese extinguiendo rápidamente, aunque habría preferido la oscuridad absoluta. Dio dos vueltas en el coche alrededor del edificio para asegurarse de que no hubiera moros en la costa, aparcó en un costado y se encaminó hacia la puerta principal.

La tarjeta de seguridad robada hizo que la lucecita roja del lector magnético cambiara a verde, y la puerta se abrió. Había conseguido entrar.

Se preparó para enfrentarse con un guardia de seguridad, pero el vestíbulo y la recepción estaban desiertos, iluminados por una sola lámpara. La tarjeta funcionó por segunda vez, y Will se adentró en la nave principal.

No estaba totalmente a oscuras. Había un puñado de fluorescentes encendidos en el techo, proyectando un brillo muy tenue en el amplio espacio.

Lo primero que le llamó la atención fue la hilera de robots situados en la

parte delantera de la sala. Eran como televisores gigantes sin pantalla. Cada uno tenía un compartimiento en forma de caja con un soporte en V diseñado para sostener un libro firmemente sujeto con correas elásticas.

En la máquina más cercana a él, un brazo robótico estaba paralizado en la posición en que se encontraba cuando lo apagaron, sujetando una hoja con delicadeza entre sus pinzas. El lápiz óptico estaba en posición para empezar a escanear cuando el robot se activase de nuevo y la página estuviese extendida y horizontal.

Detrás de los robots había un espacioso almacén que en aquella planta industrial hacía las veces de biblioteca. Contenía una fila tras otra de estanterías de metal negro lo bastante bajas para que una persona pudiese llegar a los estantes más altos con facilidad. A lo largo del perímetro del almacén había varios despachos a oscuras.

Will suspiró al pensar en la tarea que tenía por delante. Allí debía de haber decenas de miles de libros. Aunque seguramente estaban ordenados según un sistema de catalogación y localización, supuso que le llevaría más tiempo buscar el manual en los despachos y los archivos que encontrar el libro con un método más pedestre. De modo que eligió una fila en un extremo del almacén y comenzó a recorrerla sin más.

Media hora más tarde, tenía la cabeza como un bombo por el mar de lomos de libros, con sus etiquetas de códigos de barras del almacén. Tenía que ser meticuloso. No podía estar seguro de que todos los tomos del código municipal de Los Ángeles estuvieran guardados juntos. Se le cayó el alma a los pies al ver que algunas colecciones estaban dispersas como semillas de alpiste. Al final de una de las filas, al fondo del edificio, hizo una pausa para llamar a Dane de nuevo, pero le saltó el buzón de voz otra vez. Ya no cabía duda de que algo iba mal.

Sus ojos se posaron de pronto en una imagen luminosa. En el despacho más cercano a donde se encontraba, había un monitor en blanco y negro, en el que aparecía la imagen que captaba una cámara de seguridad instalada en el vestíbulo mal iluminado. La placa de la puerta decía marvin hempel, encargado general. Se imaginó al enclenque encargado de planta sentado a su mesa, tomando sopa a sorbos y espiando lascivamente a la recepcionista

durante su pausa para el almuerzo. Sacudió la cabeza y pasó a la siguiente fila.

Aceleró el paso e hizo un esfuerzo por concentrarse. Si se descuidaba, se pasaría horas allí, se marcharía con las manos vacías y tendría que hacerlo todo de nuevo. Comenzó a tocar cada lomo con el dedo para asegurarse de haber leído bien el título antes de continuar, pero no dejaba de pensar en otras cosas.

¿Dónde estaba Dane?

¿Cómo estaba Nancy?

¿Cómo terminaría todo aquello?

Frazier había ordenado a sus hombres que rodearan la nave industrial, pero le preocupaba que no fueran suficientes para un edificio tan grande. Únicamente eran seis, y tenían que cubrir la parte delantera, la zona de carga trasera y la salida de emergencia que había en cada uno de los largos costados. Había apostado a DeCorso y a dos más frente a la entrada principal. Piper había entrado por allí, por lo que seguramente saldría también por el mismo sitio. Frazier había dispersado a su grupo de tres enviando a un hombre a cada salida lateral. Él, por su parte, vigilaba la zona de carga y no dejaba de imaginar que Piper abría lentamente la puerta y se quedaba boquiabierto antes de que Frazier le pegara un tiro. Piper no moriría, pero con un poco de suerte sentiría dolor.

DeCorso, por supuesto, estaba a punto de exhalar el último suspiro. Frazier se despidió de él mentalmente. Cuando volviera a verlo, con toda seguridad ya sería cadáver. Algo iba a matarlo en cuestión de horas. ¿Piper? ¿El fuego amigo? ¿Un ataque al corazón? La noche no iba a terminar plácidamente.

Transcurrió otra hora, y Will sacó un libro a medias para marcar el punto en que se había quedado. Fue al servicio de caballeros para expulsar el té chino de su organismo y mojarse la cara con agua fría.

Al mismo tiempo, Frazier y DeCorso mantenían una conversación agitada por radio. ¿Por qué tardaba tanto Piper? ¿Habían pasado por alto alguna salida? ¿Era posible que hubiese un sistema de túneles que conectaran entre sí las naves del polígono industrial?

Frazier decidió enviar al equipo de DeCorso al vestíbulo como primer paso. Sería un buen punto de control si Piper salía por allí, y estaría más próximo al objetivo si optaban por entrar y abatirlo a tiros. Uno de los hombres de DeCorso tenía un dispositivo estándar que actuaba sobre los lectores magnéticos de tarjetas de seguridad. Entraron en la recepción y ocuparon posiciones defensivas.

Will se acercaba de nuevo al fondo del edificio cuando, en la última estantería de la fila vio algo que le provocó un estremecimiento, como si hubiera rozado un cable con corriente.

¡Allí estaban! Una fila entera de códigos municipales del distrito de Los Ángeles de la década de 1980. «Vamos bien —pensó—. Vamos bien.»

Giró ciento ochenta grados para examinar la primera librería de la fila siguiente, y el corazón empezó a latirle a toda prisa. La estantería estaba repleta de aquellos libros de color ocre. No estaban ordenados, pero al recorrerlos con la mirada vio volúmenes de todas las décadas.

El del año 1947 tenía que estar allí, en alguna parte.

Comenzó a tocar cada lomo y a decir el año en voz alta. Llegó al estante inferior y allí, agachado, lo tocó y lo sacó rápidamente: 1947.

Se sentó en el suelo de la nave con el libro encima de las piernas, lo abrió todo lo que pudo, hasta combar el lomo, y golpeó varias veces el pesado volumen contra el suelo. La pistola que llevaba en la cintura se le clavó en la pierna, pero él continuó, sin importarle la incomodidad. Oyó un repiqueteo agradable cuando el dispositivo de memoria cayó sobre el suelo de cemento. Cerró los ojos y dio gracias en silencio.

Cuando se levantó, vio que estaba otra vez enfrente del despacho del encargado de planta y, de forma instintiva, echó un vistazo al monitor de televisión.

Se quedó helado.

Algo se movía en la pantalla.



Dos hombres. No, tres. Con armas en las manos.  
Vigilantes.

Se guardó el dispositivo de almacenamiento en el bolsillo, sacó la Glock y quitó el seguro. Había diecisiete balas en el cargador y una en la recámara. Eso era todo, no llevaba otras de repuesto. Dieciocho balas no le durarían mucho en un tiroteo. Tenía que haber una solución mejor.

Seguramente habrían cubierto todas las salidas. Al menos tenía una pequeña ventaja sobre ellos: podía verlos. ¿Había alguna manera de subir a la azotea? Aunque lo más probable era que la nave estuviera construida sobre unos cimientos de hormigón, más valía que averiguara si había un nivel subterráneo.

Corrió por todo el edificio buscando vías de escape y fijándose en todos los rincones. Cada vez que completaba un circuito regresaba al despacho para echar un vistazo a la panda del vestíbulo.

No le seducía ninguna de las opciones. Pensó rápidamente y se preparó para la violencia. Era FDR, pero eso no le garantizaba que, la próxima vez que Nancy lo viera, él no fuera un vegetal como Shackleton. El miedo le dejó un regusto a cobre en la boca.

DeCorso oyó por su auricular que Frazier le pedía un informe de la situación. Le estaba respondiendo en un susurro «todo está tranquilo, no hay rastro de...» cuando se armó la de Dios.

Se encendieron unas luces deslumbrantes, y una sirena estridente rompió a ulular a un volumen que resultaba casi insoportable sin taparse las orejas con las manos.

—¡La alarma contra incendios! —gritó DeCorso, lo bastante fuerte para que Frazier lo oyera por encima del estrépito.

—¡Seguro que está conectada a la central! —bramó Frazier—. ¡Los bomberos llegarán en cualquier momento! ¡Entrad ahora mismo e id a por él! Los de mi equipo, mantened vuestra posición frente a las salidas.

—¡Recibido! —gritó DeCorso—. ¡Vamos a entrar!

DeCorso ordenó a su hombre que abriese la puerta, y los tres se separaron en cuanto irrumpieron en el almacén.

Lo que vieron casi los hizo pararse en seco.

La fila entera de robots se movía animadamente, como si bailara una especie de conga. Los brazos robóticos pasaban páginas. Destellos de una luz cegadora iluminaban las páginas. Imágenes de texto digitalizado aparecían en las pantallas de ordenador.

DeCorso vio algo. A través de la caja de escaneado de los robots de en medio vislumbró fugazmente un objeto de acero negro.

—¡Un arma! —chilló por encima de los pitidos rítmicos de la alarma contra incendios, y alzó su pistola para abrir fuego.

Will estaba en posición de disparar, detrás de un robot. Apretó el gatillo dos veces, y ambas balas impactaron en el centro del pecho de DeCorso. El hombre parpadeó una vez y cayó de rodillas antes de darse de bruces contra el suelo. Los otros dos vigilantes eran muy buenos, seguramente ex agentes de operaciones especiales, y durante los siguientes segundos, Will se percató de que mantenían la calma en el fragor del combate.

Ninguno de los dos se distrajo al ver caer al jefe de su equipo. El que estaba a la izquierda de Will se parapetó rápidamente tras un carro de metal y disparó varias ráfagas contra los robots de en medio. Saltaba a la vista que no sabía exactamente dónde estaba Will. Saltaron por el aire trozos de papel y vidrios rotos, pero los brazos robóticos seguían buscando páginas que pasar.

Will se concentró en el hombre que tenía a su derecha y que estaba en cuclillas, más expuesto que el otro, buscando un blanco. Apuntó al centro de su masa corporal y efectuó tres disparos seguidos. El hombre soltó un gruñido y se desplomó, con una mancha de sangre cada vez más grande debajo de la chaqueta.

Los fogonazos del arma de Will fueron una señal luminosa inevitable para el tercer hombre, que abrió fuego contra su robot. Will se agachó detrás de la máquina y notó un dolor agudo en la parte interior del muslo izquierdo, como si alguien le hubiera marcado la piel con un hierro candente. La pernera se le empapó de sangre enseguida. Si la bala le había alcanzado la arteria femoral, aquello sería el fin. Pronto lo sabría. Lo vería todo gris, y luego negro.

Los robots estaban tan juntos que casi formaban un muro continuo. Will se arrastró hacia la izquierda hasta situarse detrás del que estaba más alejado.

Ya no tenía controlada la posición del último vigilante. La pierna le sangraba copiosamente, pero conservaba los cinco sentidos. Si la bala le hubiese seccionado la arteria, estaría al borde del desmayo.

Entonces, el último vigilante cometió el error de obedecer una orden.

Por el auricular oía a Frazier gritando como un demente.

—¿Cuál es tu situación? ¡Dame un informe de tu puta situación, ahora mismo!

—¡Hay dos bajas! —respondió el hombre a pleno pulmón—. ¡Me disparan! ¡Parte delantera del edificio!

Will apoyó todo el peso en la pierna sana y se enderezó rápidamente, asomándose por la caja de escaneado del robot como uno de esos topos de plástico a los que hay que asestar un mazazo en los juegos de feria. Apuntó hacia el sitio de donde provenía la voz y atravesó el carro de metal con seis balas. El último vigilante intentó levantarse pero se vino abajo, sangrando por el abdomen.

Will se apresuró a quitarse el cinturón y se lo apretó en torno al muslo con toda la fuerza que fue capaz de soportar. Apenas aguantaba su propio peso. Arrancó a correr como un loco, pasó por encima de los hombres sangrantes, cruzó cojeando el vestíbulo y salió a la noche sin luna.

A lo lejos se oían sirenas de bomberos que sonaban cada vez más fuerte.

Will no sabía cuántos vigilantes más habría ahí fuera, pero sabía que tendrían que cubrir las otras salidas, al menos durante un rato.

Su coche estaba a solo unos metros.

Iba a conseguirlo.

## Capítulo 37

La sangre del muslo de Will se derramaba sobre el asiento del coche. El aturdimiento iba y venía, y de pronto sintió unas náuseas que lo obligaron a detenerse en el arcén de la carretera. Abrió la puerta, se inclinó hacia fuera y vomitó.

Tenía que restañarse la herida cuanto antes. Necesitaba tener la mente despejada. De lo contrario, estaría perdido.

Frazier se arrodilló junto al cuerpo de DeCorso para palparle la carótida y tomarle el pulso que sabía que no tenía. «Piper dos, DeCorso cero», pensó Frazier. El mismo tipo le había disparado dos veces, y la segunda había sido mortal. ¿Quedaba claro cuál de los dos era el mejor? La esposa de DeCorso se llevaba bien con la suya. Recibiría una buena indemnización por la muerte en acto de servicio de su marido, así que la pérdida no sería tan terrible.

Tendría que encargarse de Piper en persona.

Los otros dos hombres estaban vivos, pero por poco. Ordenó a su equipo que llamaran a una ambulancia. No podía hacer nada por ellos. Sabía que uno de ellos iba a morir. Conocía las fechas de fallecimiento de todos sus hombres, algo imprescindible desde el punto de vista operativo, en su opinión.

No conocía la suya propia.

Podría haber infringido las normas para averiguarlo, pero era muy respetuoso con el reglamento. Además, su instinto le decía que era FDR.

Las sirenas de los bomberos se oían ya muy cerca. Al salir de la nave,

reparó en un rastro de sangre que atravesaba el vestíbulo. «Me alegro — pensó—. Espero que le duela.»

Antes de que llegaran los bomberos, se alejó en el coche con sus dos hombres, que seguían enteros. A saber dónde estaba Piper.

Will aprovechó un semáforo en rojo para reajustarse el torniquete y arrancó de nuevo. Iba por la avenida Vernon, en dirección este, buscando una tienda abierta. Necesitaba encontrar una farmacia. Necesitaba un par de pantalones nuevos. Necesitaba un ordenador. Necesitaba encontrar a Dane. Necesitaba deshacerse del coche. Necesitaba hablar con Nancy. Necesitaba más balas; solo le quedaban siete en el cargador. Necesitaba hacer muchas cosas en muy poco tiempo.

Llamó de nuevo al móvil de Dane y una vez más saltó el buzón de voz. Nadie cogía el teléfono en su habitación del motel, y, por insistencia de Will, el recepcionista mandó a alguien a llamar a la puerta y abrirla con una llave maestra. La habitación estaba vacía. Por último, Will llamó a la terminal de aviación general, donde le comunicaron que nadie había tocado el avión de Dane desde el mediodía. El piloto no había vuelto por allí.

«Ya está —pensó Will—. Los vigilantes lo han encontrado.» Estaba solo. Se quedó mirando el teléfono que sostenía en la mano y se maldijo, irritado.

Si tenían a Dane, tenían su teléfono y el número de su móvil de prepago. Y si tenían eso, lo tenían a él. Abrió la ventanilla, tiró el móvil a la calle y se despidió de su medio de contacto con el resto del mundo.

Frazier permanecía en comunicación constante con el centro de operaciones de Área 51. Circulaba hacia el este por Vernon, guiándose por la ubicación del móvil de Piper.

—¡Hemos perdido la señal! —gritó el técnico a través del auricular de Frazier.

—¿Cómo que la habéis perdido?

—Ya no se recibe nada. Debe de haber apagado el móvil, o le ha quitado la batería.

Frazier aporreó el salpicadero, frustrado.

—¡Lo teníamos a un kilómetro!

—¿Qué hago ahora? —le preguntó el conductor.

—Sigue conduciendo. Deja que piense.

Will estaba en Crenshaw, conduciendo hacia el norte, atravesando la oscura extensión urbana sin rumbo fijo. El dolor lo estaba volviendo loco, y el mareo empezaba a resultar peligroso. Divisó a lo lejos el letrero del centro comercial Baldwin Hills Crenshaw Plaza y siguió adelante hasta llegar allí. Al ver que había un Wal-Mart, entró en el aparcamiento cubierto y estacionó el coche en la plaza más cercana a la entrada que encontró.

Bajó, luchando contra el dolor, y agarró el primer carrito con que se topó, tanto para apoyarse en él al andar como para ocultar en la medida de lo posible la pernera ensangrentada. Haciendo una mueca, entró en los grandes almacenes bamboleándose, pasó junto a un hombre mayor con delantal, el encargado de dar la bienvenida a los clientes, que se fijó de inmediato en las manchas rojas de su pantalón pero miró hacia otro lado, algo que la gente de ese barrio estaba acostumbrada a hacer.

Will empujó su carrito directamente hacia la sección de parafarmacia, donde cogió gasa estéril, vendas, pinzas y antiséptico, además de un bote de paracetamol, como si eso fuera a aliviarle el dolor. Necesitaba narcóticos, pero eso quedaba descartado.

A continuación, se dirigió a la sección de ropa para caballero y eligió unos pantalones oscuros talla cuarenta y cuatro, así como un paquete de calzoncillos y unos calcetines. En la zona de probadores, se dirigió al compartimiento del fondo y se quitó los pantalones, adheridos a las piernas por la sangre. De pie frente al espejo, temblando, examinó la herida. Tenía un agujero morado de poco más de cinco milímetros en la parte interior del muslo, a unos diez centímetros del pliegue de la ingle, del que manaba de forma incesante una sangre viscosa color rojo oscuro. Había presenciado suficientes autopsias para saber que había tenido suerte. El músculo abductor estaba a una distancia considerable de la arteria femoral. Pero hasta ahí llegaba su suerte. No había orificio de salida. Seguramente el robot había frenado la bala lo suficiente para que perdiera parte de su energía. La tenía alojada en el muslo. En menos de un día, se le infectaría la pierna. Si no lo

operaban ni le administraban antibióticos, desarrollaría una sepsis.

Sacó del envoltorio los tres calzoncillos, enrolló uno de ellos hasta que quedó bien apretado y se lo puso en la boca a manera de mordaza. Mojó la herida con una solución de yodo marrón oscuro y acometió la tarea más dolorosa. Con las pinzas, introdujo una tira de gasa por el agujero de bala. Mordió la prenda con fuerza, y le saltaron las lágrimas de dolor. No tenía elección. Debía rellenar la herida para detener la salida de sangre. Si no se coagulaba, se desangraría. Se sometió a la tortura de meter las pinzas repetidamente y empujar la gasa a través de la piel y los tejidos subcutáneos hasta el interior del músculo carnoso.

Cuando ya no soportaba más, empapó la gasa en yodo y se aplicó encima una venda muy tirante. Acto seguido escupió la tela y se dejó caer al suelo, respirando agitadamente. Al cabo de un minuto, estaba listo para ponerse ropa nueva. Antes de salir de la zona de probadores, tiró sus prendas sanguinolentas a una papelera.

El dolor lo cegaba, pero tuvo que aguantarse para pedir ayuda a un dependiente de la sección de electrónica.

—¿Cuál es el portátil más barato que tenéis con puerto USB y tarjeta WiFi?

—Todos tienen puerto USB y tarjeta WiFi —respondió el chico.

—Entonces, ¿cuál es el portátil más barato?

—Tenemos un Acer de 498 dólares.

—Me lo llevo. Y dame también una bolsa con correa para el hombro. ¿Tendrá algo de carga la batería?

—Supongo que sí, ¿por qué?

—Porque quiero usarlo en cuanto salga de aquí.

Había una parada de taxis cerca del Wal-Mart. Will, que había metido todo lo que había comprado en la bolsa, se sentó rígidamente en el asiento de atrás de un taxi. Se palpó los pantalones nuevos y comprobó aliviado que seguían secos.

—¿Adónde vamos? —preguntó el taxista.

—A la estación de autobuses. Pero primero pararemos en una licorería.

Frazier estaba hartándose de dar vueltas en el coche buscando una aguja en un pajar. Indicó a su hombre que aparcara junto a una cafetería. Facilitaron a la policía de Los Ángeles información sobre Piper, incluido el número de matrícula de su coche de alquiler. Lo denunciaron como sospechoso de asesinar a unos agentes federales. Iba armado y era peligroso; posiblemente estaba herido. La policía se lo tomaría en serio. Los hospitales estaban alertados. A Frazier no le quedaba más remedio que intentar adelantarse a sus movimientos. ¿Qué haría con la base de datos, suponiendo que la tuviera? ¿Adónde iría? No podría volar de regreso a Nueva York sin que lo detuviesen. Entonces se le ocurrió.

Spence. El día siguiente era la fecha de fallecimiento de Spence.

Vivía en Las Vegas. Era lógico suponer que Will se reuniría allí con Spence para entregarle la base de datos. Seguramente esa iba a ser la siguiente escala de Bentley.

No hacía falta que rastrease a Piper. Solo tenía que viajar a Las Vegas y esperar a que llegara.

Alguien del centro de operaciones especiales le habló al oído.

—Piper ha utilizado su tarjeta VISA hace veinte minutos en un Wal-Mart de Crenshaw.

—¿Qué ha comprado? —preguntó Frazier.

—Un ordenador, una bolsa, algo de ropa y un montón de gasas y vendas.

—De acuerdo. Nos dirigimos de vuelta a Nevada. Ya sé adónde va.

Will compró un billete solo de ida a Las Vegas en la estación de Greyhound y pagó en efectivo. Todavía faltaban unas horas para que saliera el autobús, pero no quería quedarse esperando en la estación; no se sentía cómodo. Al otro lado de la calle había una tienda de donuts. Se fue cojeando hasta una mesa con un café y un vaso de papel vacío. Lo llenó de Johnnie Walker por debajo de la mesa, se llevó seis pastillas de paracetamol a la boca y se las tomó con varios tragos que le abrasaron la garganta.

El alcohol le ayudó a paliar el dolor, o al menos lo distrajo lo suficiente de él para sacar el ordenador nuevo de la caja y encenderlo. No detectó redes inalámbricas.



—¿Tenéis WiFi? —le preguntó a la chica mexicana de aspecto simplón que estaba detrás del mostrador, pero fue como si le pidiese que le explicara la mecánica cuántica. Ella se quedó mirándolo y se encogió de hombros.

Will enchufó el dispositivo de memoria y guardó la base de datos de Shackleton en el disco duro. Un minuto después, apareció un mensaje pidiéndole la contraseña, y él la recordó de inmediato: Pitágoras. Suponía que tenía un significado especial para Shackleton, pero nunca había llegado a saber cuál.

El motor de búsqueda de la base de datos estaba listo para ser utilizado. El hecho de poder introducir un nombre, algún dato identificativo, y saber al momento en qué fecha moriría esa persona lo hacía sentirse un poco como Dios. Comenzó por Joe y Mary Lipinski, como muestra de respeto. Allí estaban. 20 de octubre.

Luego consultó la fecha de Henry Spence, por si acaso. Confirmado: 23 de octubre. El día siguiente.

Tecleó un par de nombres más y contempló la pantalla.

Tenía una vaga idea de lo que iba a ocurrir ese día.

Aunque en New Hampshire pasaba de la medianoche, tenía que hablar con Nancy, aunque eso significara despertarla y dejarla preocupada. No tenía alternativa. Hasta donde sabía, podía ser su última conversación.

Había teléfonos públicos junto a los aseos. Pidió cambio de un billete a la chica, que le dio un montón de monedas, y marcó el número del teléfono fijo de Zeckendorf en Alton. Los vigilantes debían de tener un registro de todos los móviles a los que había llamado, y sin duda los habían intervenido. Ese número no lo tenían. Todavía. Cuando sonó el teléfono, advirtió que los pantalones nuevos se le estaban manchando de sangre fresca.

Nancy respondió, con una voz sorprendentemente despierta.

—Soy yo —dijo él.

—¡Will! ¿Cómo estás? ¿Dónde estás?

—En Los Ángeles.

—¿Y? —preguntó ella, claramente preocupada.

—Tengo la memoria USB, pero han surgido problemas.

—¿Qué ha pasado?

—Tienen a Dane. Ha habido un poco de jaleo.

—Will, ¿te encuentras bien?

—Me han pegado un tiro. En el muslo izquierdo. Por poco me dan en los cataplínes.

—¡Joder, Will! ¡Tienes que ir al hospital!

—No puedo. Voy a coger un autobús. Tengo que reunirme con Spence.

Se dio cuenta de que Nancy estaba intentando pensar. Oyó que el bebé se movía.

—Deja que llame a la oficina de Los Ángeles —dijo ella—. El FBI puede protegerte.

—¡Por Dios, no! Seguro que Frazier se enteraría. Debe de estar interceptando todas las comunicaciones de la oficina local. Tengo que apañármelas solo. Lo conseguiré.

—Te noto raro.

—Tengo algo que confesarte.

—¿Qué?

—Me he comprado una botella de whisky. Nancy...

—¿Sí?

—¿Estás enfadada conmigo?

—Siempre estoy enfadada contigo.

—Me refiero a si estás enfadada de verdad.

—Will, te quiero.

—No te he dado más que problemas.

—No digas eso.

—Quiero poder cuidar de ti y de Philly en 2027.

—Lo harás, cariño. Sé que lo harás.

## Capítulo 38

Si el alternador del autobús Greyhound que cubría la ruta de Los Ángeles a Las Vegas no hubiera fallado, el día siguiente tal vez habría terminado de otra manera. Así era la naturaleza de la predestinación y el destino. Una variable influía en otra, que a su vez influía en otra, y así sucesivamente, en una cadena infinita y compleja. En vez de salir de Los Ángeles a las diez y media de la noche anterior, el autobús dejó la terminal cuatro horas más tarde.

Durante buena parte del trayecto nocturno de seis horas por el desierto, Will iba dando tragos a la botella para mitigar el dolor, y cuando estaba lo bastante atontado dormitaba un poco. Tenía casi toda la parte de atrás del vehículo para él solo. La mayoría de los pasajeros habían preferido coger el autobús siguiente. Solo unos pocos testarudos se habían quedado para esperar a que reparasen la avería, y las personas que tomaban un autobús a Las Vegas a las tantas de la noche tendían a dejarse en paz unas a otras.

Periódicamente, iba al lavabo a introducir más gasa en la herida y empaparla de yodo. Pero no paraba de sangrar, y cada vez estaba más débil.

Despertó bajo el resplandor colorido de la mañana, con un intenso dolor, con jaqueca y con la boca seca. Estaba tiritando, así que se tapó hasta el cuello con la chaqueta para entrar en calor. Por la ventanilla veía un terreno llano, marrón y cubierto de maleza. Deseaba que el aire acondicionado se estropeará y la temperatura se equilibrase con el calor del desierto. Probablemente empezaba a acusar los efectos de la infección.

La última hora del viaje fue un suplicio. Lo atormentaban las náuseas, el dolor y unos escalofríos espasmódicos que hacían que le castañetearan los

dientes. Luchaba contra ello poniendo rígidas las articulaciones, lleno de rabia. Tendría que echar mano de toda su fuerza de voluntad para terminar el trabajo. Si se rendía a su debilidad creciente, Frazier ganaría la partida. Se negaba a permitir que eso pasara. Se concentró en Nancy y en su hijo. La imagen de Philly tomando el pecho mientras ella miraba por la ventana de su piso con aire soñador se instaló en su mente. Sin darse cuenta, se echó a reír cuando esa imagen cedió el paso a otra de la enorme caravana de Spence.

—Quiero esa caravana —dijo en voz alta, y soltó una carcajada.

Al otro lado de las ventanillas tintadas de verde, Las Vegas apareció a lo lejos, elevándose sobre la llanura como la Ciudad Esmeralda. Apoyándose en los brazos, se puso de pie para cambiarse el vendaje una vez más. El tipo al que le tocara limpiar la papelera del baño pensaría que se había producido una situación peliaguda en el autobús.

Finalmente, el vehículo entró en la terminal Greyhound, cerca del casino Golden Nugget, a pocos metros del Strip. Will fue el último en apearse, batallando por llegar al final del pasillo y bajar la escalera, ante la mirada recelosa del conductor.

—¿Se encuentra bien, amigo?

—De perlas —murmuró Will—. Me siento con suerte.

Echó a andar, cojeando, directo hacia un taxi. El calor del sol lo hizo sentirse más cómodo. Se acomodó despacio en el asiento trasero del coche.

—Lléveme a Henderson. A la calle St. Croix.

—Un barrio de postín —comentó el conductor, mirándolo con desconfianza.

—Supongo que sí. Si me lleva deprisa le daré cincuenta dólares más.

—¿Seguro que no preferiría ir al hospital?

—No me encuentro tan mal como parece. Apague el aire acondicionado, si no le importa.

La última vez que había estado en Las Vegas había tomado la firme decisión de no volver nunca. Había sido hacía más de un año, cuando había volado hasta allí para entrevistarse con el director general de la aseguradora Desert Life como parte de la investigación del caso Juicio Final. Fue como acertar el caballo ganador pero equivocarse de carrera. Nelson Eider,

presidente de la compañía, estaba implicado en el caso, pero de un modo que Will jamás habría imaginado. Y su llamada de cortesía a su viejo compañero de residencia, Mark Shackleton, también había resultado ser una experiencia muy distinta de lo que parecía. El viaje le había dejado un mal sabor de boca respecto a Las Vegas, aunque nunca había sido precisamente un enamorado de esa ciudad. Pasara lo que pasase en esta ocasión, se juró a sí mismo que sería la última.

Era hora punta, así que había mucho tráfico en las vías de acceso a Las Vegas desde el sur, pero como el taxi iba en la dirección contraria, llegó a Henderson con bastante rapidez. Las montañas color chocolate de la sierra de McCullough ocupaban una extensión cada vez mayor del parabrisas conforme se acercaban a Mac Donald Highlands, la comunidad exclusiva donde vivía Spence. Mientras Will se esforzaba por no perder la conciencia, apretando los puños, desafiante, el conductor lo miraba con disimulo por el retrovisor.

Era una comunidad protegida por una cerca en el terreno que ocupaba el Country Club Dragón Ridge, una urbanización de casas de superlujo enclavada en las colinas, con vistas al campo de golf. Al llegar a la caseta de vigilancia, Will bajó la ventanilla y le dijo al guardia que Will Piper quería ver a Henry Spence. Oyó la voz de Spence a través del teléfono del guardia, y a continuación este le hizo señas al taxi de que pasara.

Cuando se detuvieron junto a la acera, Will contempló la casa más grande que había visto jamás, una construcción enorme de estilo mediterráneo color arenisca. La puerta principal estaba abierta, y al otro lado Will vio a Spence, sentado en su silla de ruedas eléctrica. Kenyon salió dando saltos, agitando la mano y saludándolo, pero se detuvo de golpe al ver que Will bajaba con dificultad del taxi. Corrió hacia él y lo rodeó con el brazo para ayudarlo a subir por el sendero que llevaba a la casa.

—¡Cielo santo! ¿Qué te ha pasado? —jadeó Kenyon.

Will apretó los dientes.

—Los vigilantes. Creo que tienen a Dane.

—Estábamos muertos de preocupación —dijo Kenyon—. No sabíamos nada de ti. Ven, vamos adentro.

Spence hizo retroceder su silla para dejar entrar a los hombres.

—¡Alf, que se recueste en el sofá del salón! ¡Madre mía, está sangrando!  
Will, ¿te han seguido?

—No lo creo —respondió con voz áspera.

La casa, ochocientos metros cuadrados de opulencia, era un Taj Mahal al estilo Las Vegas construido para la esposa de Spence, que tenía una intensa vida social. Kenyon arrastró a Will por el interior en forma de herradura hasta una estancia con una chimenea, un escritorio con un ordenador y un gran mueble modular marrón orientado hacia la piscina del patio trasero. Will se desplomó en el sofá, y Kenyon le levantó con cuidado las piernas para que estuviese en posición horizontal. Pálido y sudoroso, Will respiraba ruidosamente. Tenía la pernera empapada en sangre pegajosa, y se respiraba en el aire un olor empalagoso y penetrante.

—Necesitas un médico —murmuró Kenyon.

—No. Aún no.

—Henry, ¿tienes unas tijeras a mano?

Spence se deslizó hacia ellos, entre el siseo de sus tubos de oxígeno.

—En el cajón del escritorio.

Kenyon encontró las tijeras y recortó un cuadrado grande de los pantalones de Will, dejando al descubierto el vendaje ensangrentado. Hizo una hendidura, retiró la gasa y echó un vistazo a la herida. Durante su período de servicio en la selva nicaragüense había aprendido técnicas elementales de primeros auxilios.

—¿Te has curado la herida tú mismo?

Will asintió.

—¿Sin calmantes?

—Me temo que sí.

Tenía el muslo hinchado y enrojecido. La gasa despedía un hedor afrutado y fétido.

—Se te ha infectado.

—Tengo una farmacia entera en mi botiquín —dijo Spence—. ¿Qué necesitas?

—Tráeme analgésicos, codeína, Vicodina o lo que tengas, y todos los

antibióticos que encuentres. ¿Hay algún maletín de primeros auxilios por ahí?

—En el maletero del Mercedes. Los alemanes piensan en todo.

Will intentó incorporarse.

—La tengo —dijo—. Está en mi bolsa.

Spence cerró los ojos.

—Gracias a Dios.

—Lo primero es encargarnos de ti —insistió Kenyon.

Puso manos a la obra con presteza. Atiborró a Will de oxicodona y ciprofloxacina; luego, pidiéndole disculpas, sacó la gasa vieja de la herida y la rellenó dolorosamente con gasa limpia. Will gemía y apretaba las mandíbulas, y cuando todo terminó, pidió un whisky.

A Kenyon no le pareció muy aconsejable, pero Will lo convenció de que le sirviera una copa generosa de todos modos.

—Mañana lo dejo —dijo cuando devolvió el vaso vacío.

Kenyon se sentó a su lado, y Spence se acercó en su silla. Fue entonces cuando Will advirtió que Spence iba acicalado, hecho un pincel. Llevaba el pelo y la barba pulcramente peinados. Se había puesto una camisa buena y una corbata.

—¿Por qué vas tan elegante? —preguntó Will.

Spence sonrió.

—Ya no me quedan cumpleaños por celebrar, así que hemos pensado celebrar el día de mi muerte. Alf se ha portado como un campeón. Me ha preparado tortitas. Ha hecho planes para todo el día, aunque no hay garantía de que yo vaya a participar en todas las actividades. Pizza y cerveza para el almuerzo. Por la tarde vamos a ver *Ciudadano Kane* en la sala audiovisual. Bistecs a la parrilla para la cena. Luego desconectaré el oxígeno y me fumaré un puro en el patio.

—Seguramente es eso lo que lo matará —comentó Kenyon con tristeza.

—Siento interrumpir vuestros planes —dijo Will—. Pásame mi bolsa.

Sacó su ordenador portátil y, mientras se iniciaba el sistema, les contó cómo había recuperado el dispositivo de memoria y el encuentro letal que había tenido con los vigilantes. No había visto a Frazier, pero había oído su presencia.

—Despachemos nuestro asunto antes de ponernos a ver pelis, ¿vale? — los apremió.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Spence—. Además, ya lo sé todo acerca de Rosebud.

Will abrió la base de datos de Shackleton y la activó con la contraseña. Anunció que estaba lista para consultarla.

Spence respiró hondo y se humedeció los labios reseco con la lengua. Quería saber, pero el proceso sería una tortura para él. Pronunció el primer nombre.

—William Avery Spence. Baltimore, Maryland. Es mi hijo mayor.

Will empezó a teclear.

—Es FDR —informó.

Spence exhaló y tosió varias veces.

—Thomas Douglas Spence, Nueva York.

FDR.

—Susan Spence Pearson, Wilmington, Delaware, mi hija.

FDR.

—Bien —dijo con tranquilidad—. Pasemos a los nietos. Tengo un montón.

Todos FDR.

A continuación Spence nombró a una serie de nueras y yernos, a su hermano menor y a algunos primos hermanos.

Uno de sus primos tenía una fecha de fallecimiento para la que faltaban siete años. Spence asintió al oírlo.

Ahora que casi había terminado, se mostraba relajado y satisfecho. La tensión se había disipado.

—Alf —dijo finalmente—, quiero conocer tu futuro también.

—¡Pero yo no! —protestó Kenyon.

—Entonces déjanos solos un momento. No tienes por qué oírlo, pero sí tienes que concederle un deseo a un moribundo.

—¡Por Dios santo, Henry, no hago otra cosa desde hace dos semanas!

—Pronto te verás libre de esa carga. Y ahora, largo de aquí. —Los dos hombres intercambiaron una sonrisa fraternal.



Un par de minutos después, Kenyon regresó con unas tazas de café en una bandeja. Los miró a los dos y chasqueó la lengua.

—No voy a preguntároslo, y no vais a decírmelo. No quiero que echéis a perder mi bonita y ordenada relación con Dios. Quiero que el Señor me sorprenda. Es lo más natural.

—Tú mismo, Alf —dijo Spence—. Yo me tomaré uno de esos cafés. He terminado. Will me ha hecho un regalo estupendo. Ahora puedo morir en paz.

Los narcóticos empezaban a hacer efecto, y a Will le entró un sueño incontenible.

—Tengo que conectarme a internet.

—Dispongo de una red inalámbrica —dijo Spence—. Se llama HenryNet. Will hizo clic en ella.

—Me pide una contraseña.

—¿Adivinas cuál es? —preguntó Spence con un centelleo en los ojos.

—No, ni idea. —No estaba para jueguecitos.

—Estoy seguro de que sí.

Unos cristales saltaron hechos añicos.

Una masa de aire caliente que bajaba de las colinas sopló con fuerza a través de las puertas correderas rotas.

Había dos hombres más en la sala.

Por el pasillo llegó un tercero.

Will se quedó mirando un par de pistolas automáticas Heckler & Koch empuñadas por unos jóvenes de aspecto vigoroso que respiraban agitadamente. Frazier llevaba un arma más ligera, una Glock como la suya.

A Will le faltaron fuerzas y agilidad para desenfundar la pistola que llevaba en la cintura. Uno de los vigilantes se la quitó y la lanzó a la piscina a través del cristal roto.

—Coge el ordenador —ordenó Frazier a su hombre, que se lo arrebató a Will de entre sus débiles manos.

—¿Dónde está la memoria USB?

Will se llevó la mano al bolsillo del pantalón y tiró el adminículo al suelo. No habría servido de nada resistirse. Había perdido la partida.

—Podrías haber llamado al timbre, Frazier —dijo Spence.

—Sí, la próxima vez. No tienes muy buen aspecto, Henry.

—Enfisema.

—No me sorprende. Eras un fumador empedernido. Aunque iba contra las normas, fumabas en el laboratorio, ¿te acuerdas?

—Sí, me acuerdo.

—Sigues saltándote las normas.

—Solo soy un jubilado que dirige un pequeño club social. A lo mejor un día quieres hacerte socio. No cobramos cuotas.

Frazier se sentó con aire cansino en una silla, enfrente de ellos.

—Tenéis que entregarme el libro de 1527 y todo el material que hayáis encontrado en Cantwell Hall. Hasta el último objeto.

—¿Por qué no nos dejas en paz? —se quejó Kenyon—. No somos más que un par de viejos, y él está herido. Necesita cuidados médicos.

—No me sorprende que estés metido en esto, Kenyon. Tú y Henry erais como uña y carne. —Señaló a Will con la pistola—. Mató a dos de mis hombres —dijo impasible—. ¿Crees que voy a llevarlo a un médico? ¿Por quién me tomas? ¿Crees que voy a poner la otra mejilla?

—Mejores hombres que tú lo han hecho.

Frazier se rio.

—Corta el rollo, Alf. Tú siempre fuiste un mierda. Al menos Henry tenía pelotas. —Devolvió su atención a Spence y a Will—. Dadme el libro y contadme qué descubristeis en Inglaterra. Lo conseguiré de un modo u otro.

—No le des nada, Henry —dijo Kenyon, indignado.

Frazier arqueó una ceja, y uno de sus hombres golpeó en la cara con el dorso de la mano a Kenyon, que cayó al suelo de rodillas.

—¡Déjalo en paz! —gritó Will.

—Y si no, ¿qué vas a hacerme? —espetó Frazier—. ¿Lanzarme un chorrito de sangre?

—Vete al carajo.

Frazier hizo caso omiso de él y se dirigió a Spence.

—Sabes cuánto ha costado mantener la Biblioteca en secreto durante todos estos años, Henry. ¿Creías que no íbamos a hacer cuanto estuviese en nuestra mano para averiguarlo todo sobre el libro que faltaba? Esto es más

importante que todos nosotros. No somos más que unos peones insignificantes. ¿Es que no te habías dado cuenta de eso?

—No vas a sacarme nada —aseguró Spence, desafiante.

Frazier sacudió la cabeza y encañonó con su pistola a Kenyon, que seguía en el suelo, arrodillado por el dolor y la impresión, o tal vez porque rezaba. Le disparó a la rodilla.

Gotitas de sangre saltaron por el aire, y el hombre profirió un alarido. Will intentó levantarse, pero el vigilante que tenía más cerca le puso una mano en el pecho y lo empujó hacia abajo. Como Will comenzó a agitar los brazos con furia, el hombre lo redujo asestándole un puñetazo violento y cruel justo en la herida de bala. Will soltó un aullido de dolor.

—¡Alf! —chilló Spence.

—Hacedle un torniquete —le dijo Frazier al otro hombre—. No dejéis que se desangre.

El joven miró a su alrededor y se acercó a toda prisa a Spence para quitarle la corbata. Volvió rápidamente hacia Kenyon y se la ató con fuerza a la pierna, justo por encima de la rodilla.

—Y ahora, escúchame bien, Henry —dijo Frazier—. Si no me das lo que necesito, le quitaré el torniquete y la palmará en un minuto. Tú decides.

Spence, pálido de rabia, luchaba por recuperar el aliento.

—¡Hijo de puta! —gritó.

Acto seguido, aceleró a fondo su silla, que se abalanzó directamente hacia Frazier.

El pequeño vehículo rojo de tres ruedas, con su embestida a diez kilómetros por hora, no era precisamente una locomotora. Seguramente a Frazier le habría bastado con levantar las piernas para evitar el contacto, pero se sentía cansado y no estaba preparado para reaccionar de forma tan sutil. En cambio, le pegó dos tiros en la cara a Spence, uno en la boca y el otro en el ojo izquierdo.

La silla chocó con todo el impulso que llevaba contra la espinilla de Frazier, y el cuerpo de Spence se desplomó pesadamente sobre la alfombra. Frazier, lleno de dolor y soltando maldiciones, se levantó con brusquedad y, presa de la furia, disparó dos veces más contra el cuerpo sin vida de Spence.

Kenyon rompió a llorar, y Will se mordió el labio con rabia. Miró alrededor buscando algo que pudiera usar como arma.

Frazier estaba de pie ante Will, apuntándole a la cabeza con la pistola.

—Alf, dime dónde guarda el material, o le pego un tiro a Piper también.

—No me toca morir hoy —masculló Will, enfurecido.

—Eso no te lo discuto —gruñó Frazier—. Pero te haré algo que me dará casi tanto placer. —Bajó el arma para apuntarle a la entrepierna.

—No le digas nada —le gritó Will a Kenyon.

—No seas idiota —replicó Frazier.

Will vio algo. Frazier se puso nervioso al ver su repentina sonrisa.

—No me toca morir hoy —repitió Will.

—Eso ya lo has dicho.

—Pero a ti sí.

En el momento en que Frazier abría la boca en una mueca desdeñosa, su cabeza reventó en una explosión de espuma roja y gris.

Para cuando su cuerpo dio en tierra, Nancy había abierto fuego por segunda vez y estuvo a punto de alcanzar al vigilante más cercano a Kenyon. Estaba disparando a través de las cristaleras rotas, flanqueada por John Mueller y Sue Sánchez, mientras los tres pugnaban por asimilar el caos que reinaba en la sala.

Will se dejó caer del sofá y se abrazó con fuerza a los tobillos del vigilante que tenía más cerca. El hombre, mientras luchaba por soltarse, disparó con su arma automática una ráfaga que cruzó el abdomen a Mueller como la cola de un cometa.

Mueller, tambaleándose, logró hacer media docena de disparos antes de caer en la piscina. El vigilante se desplomó hacia atrás sobre Will, jadeando, con una herida en el pulmón por la que salía el aire.

El otro vigilante giró sobre sus talones para ayudar a su compañero y, al ver que había caído, encañonó a Will con su automática, listo para apretar el gatillo.

Sue y Nancy dispararon a la vez.

El vigilante se vino abajo con gran estrépito sobre la mesa de centro, convertido en un peso muerto.

Nancy corrió hacia Will mientras Sánchez se aseguraba de que el peligro había pasado, apartando las armas con el pie y empujando los cuerpos con el zapato para comprobar que estuvieran muertos.

—¡Will! ¿Estás bien? —exclamó Nancy.

—Joder, Nancy. ¡Has venido!

Sánchez la llamó. Necesitaba su ayuda para sacar a Mueller del agua ensangrentada. Con un gran esfuerzo, las dos mujeres lograron izarlo hasta la orilla, pero ya era demasiado tarde.

Sánchez sacó su móvil y marcó el número de urgencias. Explicó a gritos que era del FBI y pidió, desgañitándose, que enviaran todas las ambulancias que tuvieran.

Will se arrastró hasta los auriculares con micrófono que estaban en el suelo, junto al vigilante más cercano, atraído por la vocecilla que se oía a duras penas. Se puso los auriculares. Alguien vociferaba y exigía que le informaran sobre cómo iba la operación.

—¿Quién es? —preguntó Will, hablando por el micrófono.

—¿Quién está utilizando esta frecuencia? —inquirió la voz.

—Frazier está muerto. A los otros tampoco los veo muy lozanos.

—¿Con quién estoy hablando?

—¿Qué tiempo hace en Área 51? —preguntó Will.

Hubo un silencio.

—Bueno, veo que he logrado captar su atención. Al habla Will Piper. Dígale al secretario de Marina, al secretario de Defensa y al puto presidente que esto ha terminado. ¡Y dígaselo ahora mismo!

Se arrancó los auriculares y los pisoteó con la pierna sana.

Nancy regresó a su lado a toda prisa. Se abrazaron unos instantes, pero no era el momento ni el lugar para un abrazo largo.

—No puedo creer que estés aquí —dijo él.

—Llamé a Sue. Le dije que estabas en un lío y que no podíamos confiar en nadie más.

Sánchez temblaba por la adrenalina. Intentaba consolar a Alf Kenyon para evitar que cayera en estado de choque.

Will se puso de rodillas y le dio un apretón en la mano a Kenyon.

—No vas a morir, Alf. Hasta dentro de mucho tiempo.

Kenyon asintió con un gesto de dolor.

Will se volvió hacia Sánchez.

—Gracias. —No necesitaba decir nada más.

A ella le temblaba la mandíbula.

—Nadie intenta matar a mi gente. Nos protegemos mutuamente. Conseguí que nos trajera un avión desde Teterboro. Recogimos a Nancy en New Hampshire y volamos durante toda la noche. Acabamos de llegar. Will, Mueller está muerto.

—Lo siento —dijo Will. Lo sentía de verdad.

Entonces cayó en la cuenta de que si su autobús no se hubiera retrasado, él habría llegado a la casa demasiado temprano para que lo salvaran. «Estaba escrito», pensó.

Nancy estaba de pie junto al cadáver de Frazier.

—¿Es este el tipo que mató a mis padres?

—Sí.

—Me alegro.

—¿Dónde está Philly? —preguntó Will.

—Con Laura y Greg, en la casa del lago. Tengo que llamarlos.

Con la ayuda de Nancy, Will se tumbó de nuevo en el sofá.

—Aquí se va a armar la gorda. Enviarán otra oleada de vigilantes. Tenemos que darnos prisa.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó ella.

Will le apretó otra vez la mano a Kenyon.

—Alf, ¿dónde guardaba Henry los papeles de Cantwell?

—En el cajón de abajo del escritorio —respondió con voz débil—. Allí.

Nancy corrió hasta el escritorio. Los pergaminos estaban en una carpeta sencilla y sin adornos, encima del libro de 1527. Eran las cartas de Félix, Calvino, Nostradamus y esa hoja en la que no había nada más que el garabato que decía: «9 de febrero de 2027. *Finis Dierum*».

—¿Tiene escáner esa impresora? —le preguntó Will, señalando la impresora que estaba junto al ordenador de sobremesa.

Lo tenía. Era un aparato rápido y caro, y las hojas salían volando del

alimentador. Will le pidió a Nancy que escaneara la carta de Vectis y las otras y que las guardara en el dispositivo almacenador que recuperaron del bolsillo de Frazier.

Will abrió su ordenador portátil, enchufó la memoria USB e hizo clic en HenryNet. Se oía el eco de unas sirenas entre las colinas. Hacía falta la contraseña.

—Alf, ¿cuál es la clave de la red inalámbrica de Henry?

Sánchez le dio una sacudida al hombre.

—Se ha desmayado.

Will se frotó los ojos y meditó por unos instantes.

Entonces introdujo el número 2027.

Había conseguido entrar.

Mientras el ulular de las sirenas sonaba cada vez más cerca, Will escribió rápidamente un mensaje de correo electrónico, adjuntó unos archivos y pulsó el botón de enviar.

«Greg, viejo amigo, te va a cambiar la vida para siempre —pensó—. Como a todos nosotros.»

Nancy lo ayudó a levantarse y lo besó, aunque para ello tuvo que ponerse de puntillas.

—Ve a recoger el libro y los papeles —le indicó él—. Quiero ir al hospital y volver a casa contigo. En ese orden.

## Capítulo 39

Lo único que iba despacio en la vida de Will era el lento goteo de los antibióticos hacia sus venas. Esa tarde de lunes, acostado en su cama del Hospital Presbiteriano de Nueva York, disfrutaba de un raro momento de soledad. Desde el instante en que las ambulancias y la policía llegaron a la casa de Spence en Henderson, se había visto rodeado de médicos, enfermeras, polis, agentes del FBI y un equipo de profesionales sanitarios de la ambulancia aérea que le estuvieron acribillando a preguntas durante todo el vuelo de Las Vegas a Nueva York.

Su habitación del hospital tenía una vista espectacular del East River. Si hubiera sido un apartamento, habría sido exorbitantemente caro. Sin embargo, por primera vez en su vida, Will echaba de menos su caja de zapatos de una sola habitación, porque era allí donde estaban su esposa y su hijo.

Aquel período de calma relativa no duraría mucho. Una enfermera menuda y severa le había dado un baño con esponja con la profesionalidad de un túnel de lavado. Mientras jugueteaba desganado con la comida de su bandeja, Will había visto unos minutos de noticias de deportes en la ESPN para recuperar cierta sensación de normalidad. Nancy no tardaría en llegar con una camisa y un jersey para cuando lo grabaran las cámaras de televisión.

Frente a su puerta, un cordón de agentes del FBI protegía su habitación y controlaba el acceso a la planta. Agentes del Departamento de Defensa y la CIA iban a por él, y el fiscal general estaba enzarzado en un conflicto interno con sus homólogos del Pentágono y Seguridad Nacional. Por el momento, el FBI no daba el brazo a torcer.



El mundo no estaba preparado para la noticia que inundó las calles, los buzones, los umbrales de las casas e internet una mañana de domingo, justo antes de Halloween.

En el *Washington Post* aparecieron unos grandes titulares que a primera vista hicieron pensar a la gente que el venerable periódico estaba lanzando un bulo.

EL GOBIERNO DE EE.UU. TIENE UNA GRAN BIBLIOTECA DE LIBROS MEDIEVALES QUE PREDICEN NACIMIENTOS Y MUERTES FUTURAS HASTA EL AÑO 2027; HARRY TRUMAN CONSTRUYÓ UNAS INSTALACIONES SECRETAS EN EL ÁREA 51, NEVADA, PARA ANALIZAR LOS DATOS; EL ORÍGEN DE LA BIBLIOTECA: UN MONASTERIO INGLÉS; PRESUNTAS CONEXIONES CON EL CASO DEL ASESINO DEL JUICIO FINAL.

por Greg Davis (redacción),  
en primicia para el *Washington Post*

El artículo de cinco mil palabras no era un bulo. Nombraba numerosas fuentes e incluía diversas declaraciones de Will Piper, ex agente especial del FBI que había llevado el caso Juicio Final, en las que describía las circunstancias de un tal Mark Shackleton, científico informático, investigador de Área 51 y artífice de una falsa serie de asesinatos en Nueva York, así como la violenta operación de encubrimiento orquestada por el gobierno para proteger las instalaciones secretas ocultas en el desierto desde hacía seis décadas. El Post tenía en su poder una copia de la base de datos correspondiente a la población de Estados Unidos hasta el año 2027, y había cotejado las predicciones sobre cientos de individuos de todo el país con registros contemporáneos de nacimientos y defunciones. Los datos coincidían.

También poseían unas cartas de los siglos XIV y XVI que explicaban el origen de los libros y los situaba en un contexto histórico. El artículo mencionaba una orden misteriosa de monjes sabios de la isla de Wight, pero hacía hincapié en la falta de pruebas fehacientes de su existencia. En artículos

futuros, el Post profundizaría en la influencia que había tenido la Biblioteca en personajes históricos como Juan Calvino y Nostradamus.

Por último, estaba la cuestión de 2027. En una carta del siglo XIV había una anotación sobre algún tipo de acontecimiento apocalíptico, pero lo único que se sabía a ciencia cierta era que los libros no tenían entradas correspondientes a fechas posteriores al 9 de febrero de 2027.

Piper había sido el blanco de un ataque violento que se había cobrado la vida de sus suegros y había resultado herido en un enfrentamiento con agentes encubiertos del gobierno. Se desconocía su paradero, pero, según ciertas fuentes, su estado de salud era estable.

El domingo por la mañana, la Casa Blanca, el Pentágono y el Departamento de Estado se negaron oficialmente a hacer comentarios sobre el asunto, pero altos cargos cercanos a la administración, concretamente el jefe del Estado Mayor de la Casa Blanca y el vicepresidente declararon al periódico, tras pedir que no se los nombrara, que no tenían ni idea de qué les estaba hablando el periodista del Post. Más tarde quedó claro que decían la verdad. No estaban al corriente de lo que ocurría en Área 51.

Para el lunes, la postura oficial de Washington había pasado gradualmente de «sin comentarios» a «la Casa Blanca emitirá próximamente un comunicado» y luego a «el presidente dirigirá un mensaje a la nación a las nueve de la noche, hora del Este».

El artículo del periódico provocó un revuelo que se propagó por todo el mundo a la velocidad de los electrones. Las revelaciones acaparaban casi todas las conversaciones del planeta. Esa primera tarde, prácticamente todos los adultos en pleno uso de sus facultades habían oído hablar de la Biblioteca y tenían una opinión al respecto. La curiosidad y el miedo se apoderaron de la gente.

En todos los rincones de Estados Unidos, los electores llamaban a sus representantes, y los congresistas y senadores llamaban a la Casa Blanca.

A lo largo y a lo ancho del mundo, los fieles acudían en masa a sus sacerdotes, rabinos, imanes y pastores, que, profundamente preocupados, intentaban conciliar el dogma oficial con la realidad que se desprendía de las últimas revelaciones.

Los jefes de Estado y los embajadores de prácticamente todos los países colapsaron el Departamento de Estado con peticiones de información.

Las emisoras de radio y las cadenas de televisión, tanto generalistas como por cable, dedicaban todos sus recursos y su tiempo a cubrir la noticia. Varias horas después del bombazo, se hizo patente un problema: no había nadie a quien entrevistar. Nadie había oído hablar del tal Greg Davis del *Post*, y el periódico se negaba a facilitar sus datos.

Will Piper estaba ilocalizable. El director del *Post* atendía a los medios y daba fe de la veracidad del artículo, pero no podía hacer otra cosa que remitirse a la versión de los hechos ya publicada. El periódico, que se resistía a hacer pública la base de datos, puso el asunto en manos de su abogado, del bufete Skadden Arps, que en un comunicado aseguró que se estaba estudiando la cuestión de la propiedad y la privacidad.

Así pues, por el momento, los entendidos no podían hacer otra cosa que entrevistarse los unos con los otros y sacarse de quicio mutuamente mientras los medios que solían recurrir a ellos se afanaban por contactar con filósofos y teólogos, personas cuyos teléfonos por lo general no sonaban durante los fines de semana.

Por fin, el lunes a las 18.00, hora del Este, CBS News emitió un comunicado de prensa urgente anunciando que el programa *60 Minutes* ofrecería una entrevista en directo con Will Piper, el hombre que había destapado la noticia. El mundo solo tendría que esperar dos horas.

En la Casa Blanca se indignaron porque le robasen el protagonismo al presidente, y el jefe del Estado Mayor de la Casa Blanca llamó al director de CBS News para comunicarle que había en juego cuestiones de seguridad nacional y recordarle que el hombre a quien iban a entrevistar no había sido interrogado por las autoridades competentes. Dio a entender que podían llegar a presentarse cargos graves contra Piper y que era una fuente no autorizada y poco fiable. El director de la cadena mandó educadamente a la Casa Blanca a freír espárragos, y se dispuso a esperar con toda tranquilidad a que un tribunal federal emitiese una orden de prohibición.

A las 17.45, Will estaba sentado en su cama del hospital, luciendo un bonito jersey azul, bañado en la luz procedente de los focos. Teniendo en

cuenta todo aquello por lo que había pasado, se le veía apuesto y relajado. Nancy estaba allí, sujetándole la mano y susurrándole palabras de aliento que los técnicos y productores de televisión no alcanzaban a oír.

El abogado de la cadena salió a toda prisa del ascensor en la planta de Will, agitando en el aire la orden judicial enviada por fax. El director de la cadena cuchicheaba en un corrillo con el productor ejecutivo del programa y con Jim Zeckendorf, que había acudido para asesorar a Will como amigo y como abogado. El director, que acababa de hablar con Will, estaba visiblemente conmovido.

Cogió la orden, la dobló y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Esta es la noticia más escandalosa de la historia sobre la operación de encubrimiento más escandalosa de la historia. Me da completamente igual si tengo que pasarme el resto de mi puñetera vida entre rejas. Empezaremos a emitir en directo dentro de quince minutos —dijo su abogado.

Cassie Neville, la veterana presentadora de 60 Minutes, se acercó por el pasillo majestuosamente, seguida de una cuadrilla de ayudantes. Pese a sus sesenta y tantos años, después de una sesión de maquillaje y peluquería de una hora, tenía un aspecto juvenil y radiante acentuado por la mirada severa y los labios fruncidos que eran su sello distintivo. Sin embargo, esa tarde estaba con los nervios a flor de piel por las prisas y el tema que iba a tratar, y le expresó sin rodeos su principal preocupación al director de la cadena.

—Bill, ¿crees que es prudente hacer esto en directo? ¿Y si ese tipo es un fiasco? Estaremos acabados.

—Cassie —respondió él—, me gustaría que conocieras a Will Piper. Acabo de conversar con él durante un rato y puedo asegurarte que no es ningún fiasco.

—Solo quisiera recordarles —terció Zeckendorf— que le he aconsejado a Will que no responda a preguntas sobre el asesinato de los Lipinski o sobre las circunstancias en que resultó herido. Hay una investigación criminal en curso que no podemos comprometer.

Nancy se hizo a un lado cuando Cassie entró en la habitación. La presentadora se fue directa hacia la cama de Will y lo miró fijamente a los ojos.

—Bueno. Me han dicho que no es usted un fiasco.

—Me han llamado de muchas maneras, señora, pero esa no es una de ellas.

—Hacía muchos años que nadie me llamaba señora. ¿Es usted del sur, señor Piper?

—Del noroeste de Florida. La Riviera de los Palurdos.

—Bien. Es un placer conocerle en estas circunstancias tan extraordinarias. Estaremos en el aire dentro de diez minutos, así que tenemos que ir preparándonos. Quiero que esté relajado y que se comporte con naturalidad. Me han dicho que es posible que esta sea la entrevista con más audiencia de todos los tiempos. El mundo quiere conocer esta historia. ¿Está listo, señor Piper?

—No hasta que me llame Will.

—De acuerdo, Will. Vamos allá.

El director hizo con un gesto de la mano la cuenta atrás hasta uno y apuntó con el dedo a Cassie, que alzó la vista y empezó a leer en el teleprompter.

—Buenas noches, señoras y señores. Soy Cassie Neville, y hoy el programa *60 Minutes* les ofrecerá una entrevista histórica y exclusiva desde esta habitación de hospital en Nueva York, donde el hombre que está en boca de todo el mundo nos dará su punto de vista sobre la que creo sinceramente que es la noticia más extraordinaria de nuestro tiempo: la revelación de que existe una Biblioteca misteriosa que predice el nacimiento y la muerte de todos los hombres, mujeres y niños del planeta. —Añadió una frase de su cosecha—. Me dan escalofríos solo de decirlo. Por si fuera poco, también se nos ha revelado que el gobierno de Estados Unidos ha mantenido en secreto desde 1947 la existencia de esta Biblioteca, que está oculta en Área 51, en Nevada, donde se utiliza para investigaciones clasificadas. Y esta noche me acompaña el hombre que ha hecho estas revelaciones, el ex agente del FBI, Will Piper, que no está aquí a título oficial; es más, ha sido un fugitivo que ha tenido que huir y esconderse de fuerzas del gobierno que han intentado

silenciarlo. Pues bien, ya no es un fugitivo. Esta noche está conmigo para contarles su increíble historia. Buenas noches, Will.

Los nervios de Cassie empezaron a disiparse tras los primeros minutos de la entrevista. Will estaba tranquilo, se expresaba con fluidez y claridad y resultaba tan creíble que tanto ella como la audiencia estaban pendientes de cada palabra. Sus ojos azules y su rostro apuesto seducían totalmente a la cámara. En los planos que mostraban las reacciones de Cassie saltaba a la vista que la había cautivado.

Una vez establecidos los hechos, ella quería conocer su opinión sobre la Biblioteca, como si él fuera un tipo corriente, el vivo representante del hombre de a pie.

—Mi hermano John falleció el año pasado de forma inesperada a causa de un aneurisma —dijo Cassie, con una lágrima asomándole a los ojos—. ¿Alguien lo sabía, o podría haberlo sabido de antemano?

—Sí, tengo entendido que sí —respondió Will.

—Eso hace que me sienta enfadada —dijo ella.

—No es para menos.

—¿Cree que su familia o él mismo deberían haber sido informados?

—Eso no me corresponde a mí decirlo. No soy una autoridad en cuestiones morales, pero creo que si alguien del gobierno dispone de esa información, debería facilitársela a quien se la pida.

—¿Y si las personas no quieren saberlo?

—Yo no le daría a nadie esa información contra su voluntad.

—¿Se buscó usted a sí mismo?

—Sí —contestó—. Estaré vivo al menos hasta 2027.

—¿Y si en lugar de eso hubiera averiguado que iba a morir la próxima semana, o el mes que viene, o dentro de un año?

—Estoy seguro de que cada persona reaccionaría de un modo distinto, pero creo que yo personalmente me lo tomaría con calma y viviría al máximo cada día que me quedara. A lo mejor hasta resultarían ser los mejores días de mi vida.

Esta respuesta hizo sonreír a Cassie, que asintió en señal de aprobación.

—2027. Usted ha dicho que los libros llegan hasta el año 2027.

—Así es. Hasta el 9 de febrero de ese año.

—¿Por qué no van más allá?

—Yo diría que eso nadie lo sabe.

—Se hace referencia a algún suceso apocalíptico, ¿no es cierto?

—Estoy convencido de que la gente necesita verlo de ese modo —dijo Will con serenidad—. Pero es algo bastante vago, así que creo que no hay motivo para ponerse histérico.

—Esperemos que no. También ha dicho que se sabe muy poco de las personas que escribieron esos libros.

Will sacudió la cabeza.

—Está claro que poseían un poder extraordinario. Todo lo demás serían conjeturas por mi parte. Habrá hombres y mujeres mucho más capacitados que yo para opinar sobre eso. No soy más que un agente federal jubilado.

Neville adelantó la mandíbula, gesto con el que se había hecho famosa.

—¿Es usted un hombre religioso?

—Me criaron como baptista, pero no soy lo que se dice muy religioso.

—¿Puedo preguntarle si cree en Dios?

—Algunos días más que otros, supongo.

—¿Ha influido la Biblioteca en sus creencias?

—Me ha enseñado que hay cosas en el mundo que no comprendemos. Supongo que eso no es tan extraño.

—¿Cuál fue su reacción cuando se enteró de la existencia de la Biblioteca?

—Seguramente la misma que la de la mayoría de la gente. Me quedé de piedra. Lo sigo estando.

—Hábleme de Mark Shackleton, el empleado del gobierno que robó la base de datos y resultó herido de gravedad en un tiroteo.

—Lo conocí en la universidad. Yo estaba presente cuando le dispararon. Me parecía un tipo triste, patético incluso.

—¿Qué lo movió a cometer el fraude del caso Juicio Final?

—Creo que fue la codicia. Decía que quería una vida mejor.

—La codicia.

—Sí. Era un hombre muy listo. Habría podido salirse con la suya.

—Si usted no hubiera descubierto el pastel.

—No lo hice solo. Mi compañera, la agente especial Nancy Lipinski, me ayudó. —La buscó con la mirada detrás de una de las cámaras y le sonrió—. Ahora es mi esposa.

—Una mujer afortunada —comentó Cassie con coquetería—. El gobierno de Estados Unidos no quiere que tengamos conocimiento de la Biblioteca.

—Sí, creo que eso es bastante evidente.

—Y había personas del gobierno dispuestas a matar para proteger el secreto.

—Ha muerto gente.

—Usted era un objetivo.

—Lo era.

—¿Es por eso por lo que ha salido a la palestra y ha comunicado la historia a la prensa?

Will se inclinó todo lo que pudo.

—Oiga, soy un patriota. Estuve en el FBI. Creo en la ley y el orden y en nuestro sistema judicial. El gobierno no puede ser juez, jurado y verdugo por mucho que esté protegiendo información clasificada. Tengo suficientes razones para creer que iban a silenciarme a mí, a mi familia y a mis amigos si no hacía algo para evitarlo. Han matado a gente mientras intentaban acabar conmigo. Prefiero dejar mi destino en manos de mis conciudadanos.

—Me han avisado que no piensa usted responder a preguntas sobre el matrimonio Lipinski o sobre cómo resultó usted herido. Se está recuperando a buen ritmo, ¿verdad?

—Sí. Todo eso saldrá a la luz a su debido tiempo, supongo. Y, sí, gracias, me pondré bien.

—Cuando informaba usted a la prensa sobre el supuesto caso Juicio Final, lo llamaban Piper, el de la flauta. ¿Es usted como el flautista de Hamelín?

—No sé tocar la flauta, ni me entusiasman las ratas.

—Ya sabe a qué me refiero.

—No bailo a las órdenes de nadie, eso seguro, pero tampoco me he considerado nunca un líder.



—Eso podría cambiar esta noche. Dígame, ¿por qué decidió contar todo esto a un periodista muy joven del *Washington Post* que lo dio a conocer ayer en ese sorprendente artículo de primera plana?

—Es el marido de mi hija. Pensé que eso le daría un empujoncito a su carrera.

Cassie se rio.

—¡Qué sinceridad! —Entonces se puso seria de nuevo—. Bueno, Will, para finalizar: ¿qué hay que hacer? ¿Se hará pública la información de la Biblioteca? ¿Cree que debería hacerse pública?

—¿Se hará pública? Tal vez alguien debería preguntárselo al presidente esta noche. ¿Debería hacerse pública? Mi consejo es que reúnan a un montón de personas listas y buenas de todo el mundo en una gran sala para que determinen qué es lo mejor. No me corresponde a mí decidirlo, sino al pueblo.

Cuando las luces de tungsteno se apagaron y a Will le quitaron el micrófono de la solapa, Nancy salió de entre las sombras y le dio un abrazo de oso.

—Los tenemos pillados —susurró—. Tenemos a esos cabrones pillados por los huevos. Ya no podrán hacernos nada. Estamos a salvo.

El presidente de Estados Unidos pronunció un discurso breve, muy centrado en el tema de la seguridad nacional, sobre el peligro que representaban para el país los enemigos exteriores y la importancia vital de las operaciones secretas. Aludió indirectamente al papel que desempeñaba Área 51 en la compleja estructura de los servicios de inteligencia y prometió consultar a los líderes del Congreso y del mundo durante los días y semanas siguientes.

En su piso de Islington, Toby Parfitt leía el ejemplar de *The Guardian* que le había dejado el repartidor mientras un cruasán se calentaba en el horno tostador. Un periodista había encontrado el viejo catálogo de artículos en

subasta de Pierce & Whyte. En portada aparecían una foto del libro de 1527 y un comentario tipo «no sabe/no contesta» de Toby, a quien el periodista había llamado la noche anterior para pedirle su opinión.

En realidad, tenía opiniones muy rotundas al respecto, pero no eran aptas para el público. ¡Había tenido ese libro en sus manos! Había sentido un vínculo emocional con él. Era sin duda alguna uno de los libros más valiosos del planeta. ¡Y ahora había quien aseguraba que había un soneto de Shakespeare escondido bajo sus guardas!

¡Doscientas mil libras! ¡Lo había vendido por doscientas mil miserables libras!

Se llevó a los labios la taza de té del desayuno con mano temblorosa.

Unos días después, el *Post* anunció que no permitiría a nadie acceder a su copia de la base de datos mientras no hubiese una sentencia firme sobre la demanda federal que exigía su devolución y que se estaba remitiendo a instancias cada vez más altas, previsiblemente hasta llegar al Tribunal Supremo. Entre tanto, el nuevo periodista estrella del periódico, Greg Davis, empezó a hacer entrevistas y a demostrar que se le daba bastante bien.

Por otro lado, ni el circo mediático ni la indignación popular daban señales de remitir; ni remitirían durante mucho tiempo. La vida y la muerte eran temas candentes.

## Capítulo 40

En Garden Street, al norte de Harvard Square, la mayoría del personal del Centro Harvard-Smithsonian de Astrofísica estaba almorzando en la cafetería del campus o sentada ante la mesa de su despacho.

Neil Gershon, profesor adjunto de astrofísica en Harvard y subdirector del Centro de Planetas Menores, estaba limpiando una gota de mayonesa que había caído de la punta de su rosbig sobre el teclado. Uno de sus alumnos de posgrado entró en su despacho y lo miró, divertido.

—Me alegra servirte de entretenimiento, Govi. ¿Puedo ayudarte en algo?

El joven investigador indio sonrió y refrescó la memoria a su olvidadizo jefe.

—Me dijiste que viniera a verte a la hora del almuerzo, ¿ya no te acuerdas?

—Ah, sí. El 9 de febrero de 2027.

Los astrofísicos se habían vuelto muy populares de la noche a la mañana.

El artículo del *Post* y la entrevista a Piper habían desencadenado un torrente de conjeturas en círculos tanto académicos como de aficionados sobre sucesos que podrían acabar con la humanidad. Para aplacar la histeria, los gobiernos habían recurrido a científicos, que a su vez habían consultado a sus modelos informáticos. Mientras ellos trabajaban en ello, la prensa popular metía cuchara alegremente.

Esa misma mañana, el *USA Today* había publicado una encuesta realizada a tres mil estadounidenses sobre sus hipótesis favoritas respecto a la famosa fecha. Había muchas teorías que iban de lo verosímil a lo más ridículo; una cuarta parte de los ciudadanos de Estados Unidos creía que se produciría una

invasión alienígena, al estilo de *La guerra de los mundos*. El castigo divino y el Juicio Final figuraban asimismo entre las respuestas más votadas. El porcentaje de quienes creían que un asteroide chocaría contra la Tierra tenía también dos dígitos.

Se formó de inmediato un equipo de trabajo en el Laboratorio de Propulsión a Chorro de la NASA, en Pasadena, para que explorase a fondo algunas de las posibilidades extraplanetarias más serias. Al Centro de Planetas Menores del Harvard-Smithsonian se le encargó que analizara la base de datos del programa de seguimiento de asteroides cercanos a la Tierra para descartar amenazas de colisión.

Esto no les llevó mucho tiempo. De los 962 asteroides potencialmente peligrosos, o APP, que constaban en la base de datos, solo uno representaría un posible riesgo en 2027: el 137108 (1999 AN10), un asteroide cercano a la Tierra de la clase Apolo que el Lincoln Lab del MIT había descubierto en 1999. Se trataba de un cuerpo muy grande, de casi treinta kilómetros de diámetro, pero de relativamente poco interés. En los próximos mil años, pasaría por el punto de su trayectoria más cercano a la Tierra, el 7 de agosto de 2027, a 390.000 kilómetros de distancia. En la escala de Turín para medir el peligro de impacto, de diez puntos, este asteroide era de categoría uno, algo apenas digno de mención.

Como quería ser prudente y meticuloso en extremo, Gershon le había encomendado a su mejor alumno, Govind Naidu, que observara de nuevo el asteroide y actualizara los parámetros de su órbita. Como el proyecto de la NASA tenía la máxima prioridad, Naidu había podido saltarse la cola e indicar a los encargados de los telescopios de 48 pulgadas del Centro de Observación Espacial de Maui (MSSS) y el observatorio de Palomar que enfocasen de nuevo el 137108. Además, le permitieron utilizar durante ocho valiosas horas el superordenador del gobierno en el Centro Nacional de Informática para la Investigación Energética (NERSC) en el Laboratorio Nacional Lawrence Berkeley.

—¿Tienes los datos nuevos del MSSS y de Palomar? —preguntó Gershon.

—Sí. ¿Quieres que lo veamos en mi puesto de trabajo?

—¿Por qué no te conectas desde aquí mismo?

—Tienes mayonesa en el teclado.

—¿Y eso va en contra de tu religión o algo así? —Gershon se puso de pie y le cedió su silla—. Esta tarde tengo que hablar por teleconferencia con el Laboratorio de Propulsión a Chorro, y quiero pasarles datos precisos.

Naidu se sentó y accedió con su contraseña a las bases de datos del observatorio.

—De acuerdo, este es el cálculo de la órbita del 137108 realizado a partir de la última observación, en julio de 2008. Ahora mismo, ha dejado atrás Júpiter y se dirige hacia el centro del Sistema Solar con un período orbital de 1,76 años. Esta es la última simulación; deja que la adelante hasta agosto de 2027. Como puedes ver, en ese momento llega a estar a 400.000 kilómetros de la Tierra.

—Necesito los datos nuevos, Govi.

—A eso voy. —Hizo clic varias veces para abrir las hojas de cálculo marcadas con fecha y hora de la noche anterior—. Bien, ambos telescopios obtuvieron imágenes nítidas. Deja que combine las bases de datos de Hawai y Palomar. Me llevará solo un minuto.

Sus dedos teclearon a toda prisa mientras fusionaba los dos conjuntos de observaciones.

—Déjame ver —dijo Gershon cuando terminó.

Naidu hizo clic en la aplicación de cálculo orbital y adelantó la simulación hasta 2027.

—¿Lo ves? No ha cambiado. Sigue alcanzando el punto más cercano en agosto, a una distancia de casi medio millón de kilómetros. El 9 de febrero está mucho más lejos todavía.

Gershon parecía satisfecho.

—Así que ya está. Podemos tachar el 137108 de la lista negra.

Naidu no se levantó. Estaba accediendo a la base de datos de Lawrence Berkeley.

—He pensado que tal vez te harían más preguntas, así que he programado una serie de situaciones hipotéticas en el superordenador del NERSC.

—¿Qué clase de situaciones hipotéticas?

—Colisiones entre asteroides.

Gershon soltó un gruñido de aprobación. El joven tenía razón, seguramente le harían esa pregunta. Había unos cinco mil asteroides en el cinturón entre Marte y Júpiter, y de vez en cuando chocaban entre sí, lo que modificaba su órbita.

—¿Qué modelo has utilizado?

Naidu sacó pecho y describió con orgullo el modelo estadístico que había desarrollado para sacar el máximo provecho del enorme poderío informático del NERSCC y examinar cientos de miles de colisiones posibles entre el 137108 y otros asteroides.

—Hay un montón de variables relacionadas con el segundo cuerpo —dijo Gershon con un silbido de admiración—. Masa, velocidad, ángulo de contacto, dinámica orbital en el punto de colisión...

Naidu asintió.

—Cada choque potencial puede cambiar todos los parámetros del 137108. En algunos casos la variación sería pequeña, pero aun así se traduciría en diferencias significativas en el afelio, el perihelio, el período orbital, la longitud del nodo ascendente, la inclinación, el argumento del perihelio, etcétera.

—Bueno, muéstrame. ¿Qué has descubierto?

—Como solo disponía de ocho horas para usar el superordenador, he limitado el modelo a cerca de quinientos asteroides cuyas características orbitales hacen que sea más probable una colisión con el 137108. Solo una de seiscientos mil simulaciones ha arrojado un resultado interesante. —Naidu inició un programa de simulación gráfica y comenzó a comentar las imágenes—. Este indica una colisión entre los asteroides 137108 y 4581 Asclepius, un objeto de la clase Apolo bastante pequeño, de solo unos trescientos metros de diámetro. Pasó a menos de 700.000 kilómetros de la Tierra en 1989. Si se hubiera estrellado contra nosotros, no habría pasado gran cosa. —Se rio con desdén—. ¡Solo el equivalente a una explosión como la de Hiroshima cada segundo durante cincuenta días! Esta simulación presupone que el 4581 es desviado de su órbita al topar con otra roca, y colisiona con el 137108 cerca de Júpiter en marzo de 2016. Esto es lo que ocurrirá si eso pasa.

Naidu ejecutó el simulador orbital a partir del momento presente. En la pantalla, un punto verde que representaba el 137108 describía una órbita elíptica excéntrica por el Sistema Solar y se acercaba a la Tierra cada dos años aproximadamente, antes de salir disparado hasta más allá de Júpiter para después dirigirse de nuevo hacia el Sol.

Cuando la simulación llegó al año 2022, Naidu la ralentizó para poder observarla con más detenimiento. Se apreciaban dos órbitas independientes, la de la Tierra y la del asteroide; un punto verde y uno rojo que se desplazaban por el Sistema Solar. En cierto momento de enero de 2026, Naidu ralentizó aún más la simulación, que ahora iba a paso de tortuga.

Gershon se inclinó sobre el hombro de su alumno.

—La verdad es que cuesta determinar visualmente si su nueva órbita empeora o mejora las cosas.

Naidu se quedó callado.

El reloj avanzaba despacio, y a mediados de 2026, el asteroide 137108 viraba hacia el Sol. La órbita terrestre acercaba lentamente el planeta hacia una intersección con la trayectoria del asteroide.

Octubre de 2026.

Noviembre de 2026.

Diciembre de 2026.

Enero de 2027.

Los puntos rojo y verde se aproximaban.

Febrero de 2027.

La simulación se detuvo el 9 de febrero.

Una ventana emergente apareció en la pantalla:

Probabilidad de impacto: 100% \*\*\*\*Turín 10\*\*\*\* Turín 10\*\*\*\*Turín  
10\*\*\*\*

Gershon ahogó un grito.

—El tamaño del asteroide, ¿cambia tras el impacto con el 4581?

Naidu bajó el puntero hasta una tabla, hizo doble clic en una celda y señaló con el dedo.

—Sigue siendo enorme. Arrasaría con todo. —Cerró la conexión remota con su terminal—. No es más que una hipótesis, pero he pensado que debías

verlo. No estamos hablando de probabilidades muy altas.

Gershon miró por la ventana. Era un día tormentoso de otoño, y fuertes ráfagas arrancaban las últimas hojas de sus ramas. Sentía la necesidad de notar el viento en la cara y de caminar por el césped haciendo crujir los montones de hojas secas.

Le tocó con delicadeza el hombro de su alumno.

—Estoy seguro de que tienes razón, Govi. Oye, voy a salir a pasear un poco.



## Capítulo 41

*Dos semanas después,  
Caracas, Venezuela*

El terremoto se produjo a las 11.05. El seísmo de magnitud 7,8 tuvo su epicentro veinte kilómetros al este de Caracas, sobre la falla de El Pilar. En el momento en que sobrevino el primer temblor de tierra, hacía un día soleado y ventoso, y unas pocas nubes surcaban veloces el cielo azul brumoso. Cuarenta segundos después, el sol quedó oculto tras columnas de polvo de hormigón que se elevaban sobre los restos achatados de bloques de pisos, torres de oficinas, dependencias municipales y escuelas. Después, varias roturas en las tuberías de gas ocasionaron incendios que, avivados por el viento, se propagaron con furia por el barrio histórico de Altamira y el complejo urbanístico Parque Central.

El ochenta por ciento de las doscientas veinte mil muertes acaeció durante los segundos que siguieron al primer terremoto; hombres, mujeres y niños perecieron aplastados sin piedad bajo el acero, el vidrio y el cemento. La mayoría de los que quedaron atrapados entre los escombros murieron víctimas de una lenta deshidratación. A otros los matarían las fuertes réplicas y los incendios que asolaron la ciudad durante las setenta y dos horas siguientes.

Los datos telemétricos recibidos encendieron todas las luces de alarma de la Red Sismográfica Mundial como si fuera un árbol de Navidad. El centro de monitorización del Departamento de Estudios Geológicos de Estados Unidos,

en el Laboratorio Sismológico de Albuquerque, clasificó enseguida el terremoto de Caracas como Movimiento Sísmico de Gran Intensidad y, siguiendo el protocolo, efectuó llamadas por líneas de comunicación directa al Departamento de Seguridad Nacional, el Pentágono, el Departamento de Estado y la Casa Blanca.

En el anillo C, en lo más profundo de las entrañas del Pentágono, el secretario de Marina se enteró de lo ocurrido por boca de un simple ayudante del subsecretario de Defensa. Lester lo escuchó, soltó un gruñido de asentimiento y colgó. Llevaba dos años dedicando todos sus esfuerzos a planificar ese día, y no era así como se suponía que debía acabar todo.

El plan de la misión establecía que en el momento en que se produjera el Suceso de Caracas, Lester descendería a un búnker de mando en un subsótano del Pentágono y daría autorización al Comando Sur de Estados Unidos para que se lo notificase a la Cuarta Flota. Los barcos se dirigirían al norte de Aruba, donde simularían realizar maniobras conjuntas con la Armada Real Británica. Se les ordenaría que pusieran rumbo a Venezuela como punta de lanza de la operación Mano Tendida. Los principales líderes de la oposición venezolana y los oficiales disidentes de alto rango permanecerían a la espera con sus familias en Valencia, lejos de la zona de peligro. Unos helicópteros los transportarían a la capital y, bajo la protección de una fuerza expedicionaria de marines, el gobierno se alinearía con Estados Unidos en menos de veinticuatro horas.

Nada de eso ocurrió.

Will Piper se había cargado la operación Mano Tendida él solito.

Cuando se publicó el artículo del *Post*, el vicepresidente convocó una reunión de urgencia del grupo de expertos y abortó la operación. Nada de ajustes, nada de modificaciones: directamente a la basura. No se alzaron voces discrepantes. Cualquiera con dos dedos de frente ataría cabos y vería la relación entre Área 51 y una operación militar que a toro pasado parecería planeada expresamente para coincidir con el desastre.

La ayuda humanitaria se haría llegar allí por vía aérea, y la rápida reacción estadounidense sería recibida con cordialidad por el conmocionado presidente venezolano, que se comprometería a reconstruir Caracas y

mantener al país en la senda socialista.

Dos años de trabajo tirados por la borda.

Lester suspiró, consultó su agenda y anunció a su secretaria que iba a salir. Tenía la tarde totalmente libre, así que había decidido pasarse por el club para jugar unos partidos de squash.

# Epílogo

*Seis meses después,  
isla de Wight, Inglaterra*

Era una tarde resplandeciente y fresca de primavera. El amarillo del sol y el verde del césped recién cortado eran de una viveza que parecía irreal. Más allá de los prados, las gaviotas sobrevolaban el Solent, entre chillidos apremiantes.

La torre de ladrillo rojo de la iglesia, recortada contra el cielo despejado y azul, era un objetivo irresistible para las cámaras de los turistas. Aunque la abadía de Vectis siempre había estado abierta al público, las revelaciones sobre su antigua Biblioteca la habían convertido en un lugar de enorme interés, para gran consternación de los monjes que vivían allí. Los fines de semana, voluntarias de la aldea de Fishbourne realizaban visitas guiadas, más que nada para intentar reunir a los visitantes en grupos, pues de este modo alteraban menos la rutina de la vida monástica que si vagaban desperdigados y sin rumbo por la iglesia y los terrenos de la abadía.

El bebé que iba en el cochecito se puso a llorar. Esto pareció irritar a los turistas, en su mayoría personas mayores que habían dejado muy atrás la época en que les gustaban los niños, pero los padres ni se inmutaron.

La madre echó un vistazo al pañal.

—Voy a buscar un sitio para cambiarlo —dijo Nancy, y se alejó del grupo en dirección a la cafetería.

Will asintió y continuó escuchando a la guía, una mujer de mediana edad

con una pronunciada joroba que señalaba unos brotes tiernos que asomaban por detrás de una valla para conejos y peroraba sobre la importancia de las verduras para una orden religiosa.

Will había estado deseando irse de vacaciones para huir del mundo frenético que había creado en torno a sí. Tenía entrevistas por conceder, libros que escribir, todas las obligaciones que lleva consigo la fama. Todavía había paparazzi apostados en la calle Veintitrés. Aparte de eso, había contraído otros compromisos. Alf Kenyon, que se había recuperado casi por completo de la herida en la rodilla, iba a emprender una gira pocos meses después para promocionar su libro sobre Juan Calvino, Nostradamus y los documentos de Cantwell. Kenyon le había pedido que lo acompañara en sus apariciones en los medios, y Will no había podido negarse. Por otro lado, Dane Bentley iba a celebrar pronto una despedida de soltero y una boda, aunque Will no estaba muy seguro de con cuál de sus novias se iba a casar.

Por el momento, Will había conseguido no pensar en la vorágine de acontecimientos de los últimos meses y concentrarse en el presente. Le fascinaba todo lo relacionado con su visita a la isla: la gélida y ventosa travesía en ferry con el coche desde tierra firme; el almuerzo en un pub de Fishbourne —donde había titubeado en la barra antes de pedir una Coca-Cola—; la primera vista del monasterio desde el sendero; los monjes, que, a pesar de sus hábitos y sus sandalias, parecían hombres normales... hasta que se habían dirigido en fila a la iglesia exactamente a las 14.20 para la misa de nona. Dentro del templo, todos se habían transformado al unísono en seres distintos. La concentración con que rezaban y entonaban sus cánticos, la fuerza de su determinación, la seriedad de su placer espiritual, creaban una barrera entre ellos y los visitantes, que se habían quedado sentados en la parte posterior de la iglesia abovedada, observando con curiosidad y con una incómoda sensación de voyeurismo.

Ahora, los monjes estaban realizando sus tareas de la tarde: unos se ocupaban del jardín y los gallineros; otros trabajaban dentro, en la cocina o en los talleres de cerámica o encuadernación. No eran muchos, menos de una docena, casi todos mayores. En estos tiempos la vida monacal atraía a muy pocos jóvenes. La visita guiada estaba llegando a su fin, y Will todavía no

había visto lo que lo había llevado hasta allí. Levantó la mano, al igual que otros turistas. Todos estaban interesados en lo mismo, y la guía lo veía venir.

Le dio la palabra a él porque destacaba entre la multitud, alto y apuesto, con un brillo de inteligencia en los ojos.

—Quisiera ver el monasterio medieval.

El grupo prorrumpió en un murmullo. Eso era lo que todos querían.

—Ya. ¡Qué curioso que me pida eso! —bromeó ella—. Precisamente iba a indicarles cómo llegar allí. Solo tienen que seguir ese camino y andar menos de cuatrocientos metros. Todo el mundo quiere ir allí últimamente, aunque no hay gran cosa que ver, solo unas ruinas. Ahora hablando en serio, señoras y señores, comprendo su interés y los animo a que visiten el lugar con un silencio contemplativo. El sitio está señalado con una pequeña placa.

Mientras la guía respondía a las preguntas, no le quitaba ojo a Will; cuando terminó se acercó a él y estudió atentamente su cara, sin ningún escrúpulo.

—Gracias por la visita —le dijo él.

—¿Puedo preguntarle algo?

Él asintió.

—¿No será usted por casualidad el señor Piper, el estadounidense que sale en las noticias por su relación con todo este asunto?

—Sí, señora.

Ella sonrió de oreja a oreja.

—¡Ya me lo parecía! ¿Le importa si aviso al abad de que está usted aquí? Creo que querrá conocerle.

Dom Trevor Hutchins, abad de la abadía de Vectis, era un hombre corpulento de cabello cano que rebosaba entusiasmo. Guió a Will y a Nancy por el camino de grava hasta los derruidos muros medievales del antiguo monasterio. Les pidió que le dejaran empujar el cochecito para «dar un paseo al jovencito».

Se empeñó en contarles de nuevo la historia que ya habían oído sobre el cierre y el saqueo de la abadía medieval en 1536 como consecuencia de la

Reforma de Enrique VIII; el desmantelamiento de las piedras de la mampostería, una a una, para enviarlas a Cowes y Yarmouth con el fin de construir castillos y fortificaciones. El majestuoso complejo ya no era ni sombra de lo que había sido, y no quedaban de él más que muros bajos y cimientos.

La abadía moderna la habían erigido unos monjes franceses a principios del siglo XX, con ladrillo rojo para recuperar la tradición benedictina, cerca del terreno sagrado donde se alzaba la antigua. El abad llevaba ya casi veinticinco años en Vectis, desde que era un joven recién licenciado en estudios clásicos por Cambridge.

En cuanto doblaron un recodo del camino, aparecieron ante ellos los desiguales restos de la abadía. Estaban en un campo desde el que se dominaba el Solent y, al otro lado de la estrecha franja de mar, se divisaba la imponente costa meridional de Inglaterra. Los muros de argamasa y guijarros que habían sobrevivido al paso de los siglos eran fachadas descabaladas en las que aún se apreciaban las aberturas de lo que habían sido ventanas y arcos. Unas ovejas pacían cerca de las ruinas.

—¡He aquí la antigua abadía de Vectis! —dijo el abad—. ¿Es como esperaba usted, señor Piper?

—Parece un lugar tranquilo.

—Sí, lo es. Aquí tenemos tranquilidad para dar y regalar. —Señaló las paredes que habían pertenecido a la catedral, la sala capitular y los dormitorios. Más lejos estaban dispersos los restos de la muralla de la abadía medieval.

—¿Dónde estaba la Biblioteca?

—Aquí no. Más adelante. Como era de esperar, la construyeron en un sitio recóndito.

Will tomó a Nancy de la mano cuando llegaron a la hondonada en un prado cercano, una gran extensión de forma rectangular hundida un metro por debajo del resto del campo. En el borde de la depresión había un mojón de granito recién colocado con una placa de bronce. La inscripción era sorprendentemente escueta: LA BIBLIOTECA DE VECTIS: 782-1297.

El abad se subió encima del mojón.

—Este ha sido su regalo para el mundo, señor Piper —comentó—. He leído en internet todo acerca de lo que hizo.

Nancy se rio al imaginarse a los monjes navegando por internet.

—¡No se sorprendan, tenemos una conexión de alta velocidad! —presumió el abad.

—No todo el mundo lo ve como un regalo —repuso Will.

—Bueno, desde luego no es una maldición. La verdad nunca lo es. Todo lo relacionado con la Biblioteca me reconforta bastante. Detrás de ello percibo la mano firme de Dios. Me siento vinculado con el abad Félix y con todos aquellos de sus predecesores que protegieron y alimentaron celosamente ese enorme esfuerzo como a una orquídea delicada que se marchitaría si la temperatura subiera o bajara un grado. Me he aficionado a venir aquí a meditar.

—¿Le preocupa el 2027? —preguntó Nancy.

—Aquí vivimos el presente. Nuestra comunidad se preocupa de trabajar para alabar al Señor, celebrar las misas y rezar las oraciones de las Sagradas Escrituras. En esencia, nos preocupamos de conocer a Jesucristo. No nos preocupan el año 2027, los asteroides ni todas esas cosas.

Will le sonrió.

—En mi opinión, el revuelo en torno al 2027 es seguramente algo positivo. Todo el mundo estará demasiado ocupado estudiando rocas del espacio y cosas así para machacar a sus semejantes. Por una vez, tenemos una meta común. Ganemos o perdamos, estoy convencido de que serán los mejores diecisiete años de nuestra historia.

El abad le devolvió el cochecito del bebé a Nancy.

—Es un jovencito estupendo, y tiene unos padres magníficos. Le espera un futuro prometedor. Y ahora, tengo que dejarlos. Quédense todo el tiempo que quieran.

—¿Te alegras de haber venido? —le preguntó Nancy cuando se quedaron a solas.

Will bajó la vista a la hondonada y se imaginó a los escribas pelirrojos de ojos verdes que habían trabajado allí en silencio durante siglos, a los monjes que guardaban su secreto como un deber sagrado y el sangriento episodio que



había puesto fin a todo aquello. Intentó visualizar cómo debía de ser entonces la Biblioteca, con su inmensa colección de libros gruesos y pesados en su cavernosa cripta. Todavía albergaba la esperanza de que, algún día, lo invitaran a Nevada para que viese cómo era la Biblioteca en la actualidad. Pero dudaba mucho que eso fuese a ocurrir pronto.

—Sí, me alegro. Y me alegro de que Philly y tú estéis aquí conmigo. — Dirigió la mirada al mar, más allá del prado—. Caray, qué tranquilidad se respira aquí.

Se quedaron durante un rato más, hasta que el sol empezó a ponerse. Debían tomar el ferry y hacer un largo recorrido en coche. En un cementerio familiar, en la tierra natal de Shakespeare, había una tumba bajo un limero que quería visitar antes de tomar el vuelo de regreso a Miami. Nancy tenía una oficina del FBI en Florida a la que aclimatarse y una casa que decorar.

Y él tenía que ir a pescar en las tentadoras aguas del golfo de México.

## Agradecimientos

Quiero reiterar mi agradecimiento a Steve Kasdin. Sin su «intervención divina», es posible que ni *La biblioteca de los muertos* ni *El libro de las almas* hubiesen visto la luz. También quiero dar las gracias a mi primera lectora, Gunilla Lacoche, por sus sagaces comentarios; a Lyssa Keusch, mi fantástica editora en Harper, y a todo el equipo editorial de Harper Collins. Como siempre, estoy muy agradecido a Tessa y a Shane por prestarme su apoyo desde la retaguardia.

# Notas

[<sup>1</sup>] En castellano en el original. (N. del T.) <<